

EL FANTASMA DE LOS VIVOS

ANATOMÍA Y FISIOLÓGÍA DEL ALMA

Investigaciones experimentales respecto al desdoblamiento
de los cuerpos del hombre

Por

H. DURVILLE

Director del Instituto Magnético de Francia

VERSIÓN ESPAÑOLA

de

Eduardo E. García



Librerie du Magnetisme
28, RUE SAINT NERUI, 28
PARIS

Biblioteca de LA IRRADIACION
PRIM, 10
(Barrio de doña Carlota)
MADRID

Derechos reservados



R. Bacon



Agrippa.



Paracelso.



Van Helmont.

PREFACIO

Los casos de desdoblamiento del cuerpo humano en los vivos son tan extraordinariamente numerosos en todos los tiempos, así como en todos los pueblos, que su historia se confunde con la de los fantasmas, espectros, aparecidos y almas en pena.

Una antigua tradición escocesa pretende que todo hombre tiene su igual en la tierra, y que éste puede aparecérsese en las grandes circunstancias de la vida, y sobre todo en el momento de la muerte.

Hojeando las *vidas de los santos* y los procesos de la hechiceria, de fines de la Edad media, el lector queda admirado de hallar en los místicos religiosos, así como en los hechiceros, considerables casos de desdoblamiento, bien com-

*Dedico esta obra á la Sociedad
Magnética de Francia, que me ha
honrado, tomando mis investigacio-
nes bajo su patrocinio.*

Lamé

probados. Bajo el aspecto fenomenal, presentan los mismos caracteres. Parecen ser provocados por un violento deseo, aunque el móvil de la pasión sea diferente en el místico contemplativo que en el hechicero, que sólo sueña con odios y venganzas.

En la actual Sociedad, donde el hechicero ha desaparecido y el religioso no tiene la fe que permitía á sus antecesores realizar prodigios, los hechos de desdoblamiento parecen todavía más numerosos que en los siglos pasados. Esto depende de que se les observa mejor que antes, porque hay numerosas revistas psíquicas y ocultistas que los buscan, observan y estudian para encontrar la confirmación de sus teorías, ó cuando menos argumentos serios en que apoyarlas.

Si el desdoblamiento del cuerpo humano vivo puede producirse ¿será solamente en circunstancias poco conocidas y en algunos especiales individuos lo cual no permitiría estudiarlo experimentalmente bajo sus diferentes aspectos?

Tal estudio es posible.

Se sabe, por un lado, que el desdoblamiento se produce en los místicos cuando, sumergidos en profunda meditación, quedan insensibles á las excitaciones del mundo exterior y en los hechiceros, cuando quedan dormidos; por otro lado, en el sueño magnético y en ciertos estados análogos, se observan á veces ciertos fenóme-

nos extraños, y más particularmente el conocimiento de hechos ocurridos á gran distancia, hechos inexplicables si no se hace intervenir el transporte *de algo de la persona del sujeto dormido* á el lugar y hora en que el fenómeno se produce.

Razonando así por analogía, se comprende enseguida que el *Magnetismo* está indicado para servir de campo de investigación á las indagaciones de este género. Además esta idea, no es nueva, el coronel de Rochas ha obtenido ya por este medio el desdoblamiento experimental de sujetos sonámbulos llevando el sueño magnético más allá de los límites en que el sujeto está ordinariamente lúcido.

Ninguna rama de los conocimientos humanos es en la actualidad susceptible de estudiar el desdoblamiento con tantas probabilidades de éxito como el Magnetismo.

Todos los que lo han observado, bajo el aspecto filosófico, comprenden que la materia sería inerte si no estuviera animada de una fuerza independiente, que por todas partes hay *materia* y *fuerza* y que el hombre es doble, es decir, que está formado de un cuerpo material, y que este cuerpo hállese animado por una fuerza inteligente, que se llama vulgarmente *alma* ó *espiritu*. Los magnetizadores serios que han estudiado experimentalmente el Magnetismo con los

procedimientos de la ciencia actual, saben que el agente magnético emitido por el cuerpo humano posee una potencialidad muy superior á las fuerzas físicas y químicas, y que pertenece, no al cuerpo visible, sino á la fuerza que lo anima. Al transmitirse á un cuerpo cualquiera, el agente magnético penetra en el interior del cuerpo, hasta en los átomos que le constituyen, pues resiste á la ebullición, á la combustión y á los diversos procedimientos que pudieran descomponer sus elementos constitutivos. Como he demostrado en mi *Física Magnética* (1), es indestructible, al menos ante las potencialidades inferiores de la naturaleza.

Se ve que la indestructibilidad del agente magnético humano llega casi á la inmortalidad; y valiéndose del razonamiento, se puede comprender como el Magnetismo pueda ser el puente que permita pasar directamente del mundo físico al mundo psíquico, ó para servirme de la expresión de los teósofos, del plano psíquico, al plano astral y de este hasta el plano mental.

El resultado de estas investigaciones no demostrará la inmortalidad, pero la hará entrever, porque demostraré, del modo más cierto y más indiscutible, la existencia en nosotros de mu-

(1) Véase la edición española publicada por *La Irradiación*.

chos principios, de muchos cuerpos que se compenetran. Haré comprender que el cuerpo visible no es, bajo el punto de vista psíquico, más que el instrumento del cuerpo invisible, que es el que anima al otro y sirve de asiento á la conciencia. Probaré también que estos dos elementos de nuestra individualidad pueden ser separados durante la vida y estudiados, aun á distancia, independientemente uno de otro. Así mismo demostraré la existencia del alma, que habita el cuerpo invisible. De esto, á la prueba de que la muerte no es más que un cambio de estado y que nuestra individualidad sobrevive más allá de la tumba, no hay más que un paso que será fácil de franquear.

Divido la obra en dos partes: 1.^a *El desdoblamiento bajo el punto de vista Histórico, Teórico y Filosófico.* 2.^a *El desdoblamiento bajo el punto de vista Experimental.*

En la primera parte, expongo los hechos tal como han sido comprobados en diferentes épocas de la historia, y me limito á extraer deducciones conducentes á hacer comprender que el desdoblamiento del cuerpo humano vivo, ha sido observado en todas las clases de la sociedad. La segunda comprende la exposición de mis investigaciones y de mis observaciones personales. Describiendo los hechos lo más sencillamente posible, me esfuerzo en enseñar á los lec-

tores lo que yo he aprendido por mí mismo; y consideraré que mi tarea no ha sido inútil si, como espero, consigo hacerme comprender de algunos de ellos.

Todavía algunas palabras con respecto al título de esta obra y del nombre que doy á la parte desdoblada del cuerpo humano viviente.

Con muchos nombres se ha designado esa parte desdoblada del cuerpo humano. Los más conocidos son: el *doble*, el *cuerpo astral*, el *fantasma*, el *cuerpo fluidico*, el *espectro*, la *sombra*, etc. De estos diferentes calificativos hay tres que responden muy bien á la idea que se ha formado del objeto del desdoblamiento. El primero sería el mejor si no diese lugar á una confusión, porque se le puede confundir con el doble etérico que no tiene más que una importancia muy relativa en el fenómeno del desdoblamiento. La expresión de cuerpo astral es buena igualmente; pero el cuerpo astral exteriorizado está casi siempre compuesto del doble etérico que le sirve de instrumento y del cuerpo mental que es el alma. Entre los otros calificativos, evidentemente es el mejor la palabra *fantasma*, porque ahora es muy popular, tal vez porque ya ha sido empleado á propósito por sabios estimados.

Por otra parte, en el curso de mis descripciones, hablando del fantasma, haré frecuentemen-

te intervenir las expresiones de doble etérico y de cuerpo astral, porque estos dos elementos de nuestro cuerpo invisible entran de un modo casi constante en la composición material de éste.

He ahí por qué designo esta obra bajo el título EL FANTASMA DE LOS VIVOS.

H. DURVILLE.



En 1906



El fantasma de los vivos

Parte teórica, histórica y filosófica

I

Los cuerpos del hombre

- I. LOS CUERPOS DEL HOMBRE SEGÚN LOS TEÓSOFOFOS.—
- II. LOS CUERPOS DEL HOMBRE PARA LOS ANTIGUOS.—
- III. LOS CUERPOS DEL HOMBRE PARA LOS CHINOS CONTEMPORÁNEOS.

El cuerpo del hombre y hasta el de los animales, no es tan sencillo para poderlo juzgar por la vista y el tacto, al menos en las condiciones ordinarias de nuestra existencia física.

Los materialistas no admiten que el cuerpo humano, para no ocuparnos más que de éste, sea un compuesto de varios cuerpos. Para explicar el pensamiento y los diversos fenómenos que dependen de la conciencia, se ven obligados á conceder á la materia propiedades que no tiene ni pueden tener.

Si ante ellos se habla de fantasmas que se han presentado en alguna parte, se contenta con declarar que esas *apariciones* son imposibles y que los que afirman haberlas visto son alucinados ó locos.

Los creyentes de todas las religiones, consideran por el contrario, que el cuerpo visible está forrado con un principio invisible *alma ó espíritu* que continúa viviendo después de la muerte del cuerpo en condiciones y medios especiales. Muchos de ellos, hasta piensan que hay, como se verá más adelante, un tercer principio, que durante la vida sirve de intermediario, de lazo, de *medium* entre el uno y el otro.

Los ocultistas doctos y los teósofos, herederos directos de la alta filosofía espiritualista de la India, que es mucho más avanzada que la nuestra, tienen dicen, la certeza absoluta de que el cuerpo visible, al que llamo con ellos *cuerpo físico*, siente por sí mismo, está animado por un principio superior. Y este principio no es tan sencillo como los creyentes religiosos y hasta los filósofos suponen, sino que está compuesto de muchos principios, animando varios cuerpos que se compenetran, ocupando por tanto el mismo lugar, y que sobreviven unos á otros durante un período más ó menos largo de tiempo.

I. El cuerpo del hombre según

los teósofos.—Trataré de resumir muy sucintamente, pero lo más exacto que me sea posible, la teoría de los teósofos relativa á los cuerpos del hombre.

Los espiritualistas en general, y los miembros de la Iglesia en particular, no dan al alma otro cuerpo que el grosero que afecta directamente á nuestros sentidos. Los teósofos afirman que, puesto que vive después de la muerte de este cuerpo, es necesario otro cuerpo para manifestarse.

El alma, dicen, no puede existir sin un cuerpo transcendental, y no podría actuar sin éste, porque toda fuerza exige un punto de apoyo. Si pudiera concebirse un alma espíritu puro, sin portador, estaría condenada á la inacción, porque le haría falta un vehículo.

Por doquiera, el espíritu asociado á la materia, teniendo lugar esta asociación, en cada plano, donde la más insignificante partícula tiene por cuerpo la materia, y el espíritu por vida. El pensamiento pertenece á la materia, más no en el sentido de Moleschott, quien afirma que el pensamiento es el movimiento de la materia. El pensamiento es material, formándose su cuerpo de materia astral. Chatterji se expresa claramente á este respecto:

«Lo que es vida bajo un punto de vista, puede ser forma, es decir, materia bajo otro aspecto. Toda cosa, mientras sea forma, desaparecerá; en tanto que sea vida continuará existiendo. Tomemos como ejemplo el cuerpo humano: en él, la forma será aquella materia sólida, líquida ó gaseosa que podamos percibir. Esta forma se halla directamente ani-

mada por una *fuerza* que es la vida vegetativa, el elemento etérico, que es *vida* con relación á lo grosero del cuerpo. Deshágase la combinación de elementos groseros, y sobrevivirá el elemento etérico, supervivencia, que no obstante ser de efímera duración, no será menos indiscutible para los clarividentes.

»El doble etérico es, pues, *vida* con relación á lo grosero del cuerpo; pero es *forma* con relación al principio siguiente: el cuerpo astral. El doble etérico se dispersa, y el astral sobrevive. Cuando éste se dispersa á su vez, el mental persiste como *vida*, y así sucesivamente. El mismo elemento es á la vez *vida* y *forma*, vida en el inferior y forma en el superior. En el universo todo es vibración; no existe diferencia alguna de esencia en los principios. Ellos son vida ó forma, macho ó hembra, positivo ó negativo, según el punto de vista en que nos coloquemos. Cuando una vibración cesa, otra más sutil continúa; de arriba abajo de la escala, *perece la forma y la vida persiste*. (*Filosofía esotérica de la India*, pág. 68.)»

Los diferentes cuerpos del hombre no son sino las vestiduras de que se recubre el *alma*; el hombre verdadero, el *yo*, el principio inmortal que constituye nuestra individualidad. Su número es, ó debe de ser, de siete en el hombre completamente evolucionado. De ellos, cuatro solamente constituyen nuestra personalidad temporal, que en el estado actual de nuestros conocimientos son accesibles á nuestras investigaciones. Partiendo del más grosero, que parece ser el más exterior y el menos importante,

puesto que es el primero que el alma abandona, para llegar hasta el más sutil, que viene á ser como la camisa, prenda última de que no nos despojamos sino después de todas las demás, estos cuerpos son:

1.º *El cuerpo físico*, lugar de las funciones fisiológicas, tales como digestión, respiración, asimilación, circulación, locomoción.

2.º *El cuerpo etérico*, asiento de la energía vital, considerado exclusivamente bajo el punto de vista fisiológico, es, en cierto modo, como el arquitecto que construye el cuerpo físico, encargándose, además, de su conservación.

«Es la vitalidad; la energía constructora que coordina las moléculas físicas y las reúne en un organismo definido, dice Anita Besant; es el soplo de vida en el organismo, ó mejor, aquella porción del Soplo de vida universal que se apropia un organismo durante el breve periodo de tiempo á que damos el nombre de vida. (*La Muerte y el más allá*)»

Constituye un duplicado del cuerpo físico, y bajo tal título se le llama generalmente *el doble etérico*, y atinadamente, *el doble*. La mayoría de los teósofos le consideran como formando parte integrante del cuerpo físico y hasta constituyendo un todo con él, porque habita en el mismo planeta sin serle posible jamás abandonarle. Fuera de la unión íntima de estas dos partes físicas de nuestro ser, el doble etérico no nace sino algunos días antes que el cuerpo físico, y pocos le sobrevive. Este doble es el *Linga sari-ra* de los teósofos de la India, que sirve de medium, de intermediario entre el cuerpo físico y el astral.

«La expresión *doble etérico*, dice Anita Besaan,

expresa exactamente la naturaleza y la constitución de la parte más sutil del cuerpo físico; es, pues, al mismo tiempo, significativa y fácil de retener... Este elemento es etérico porque le constituye el éter, y doble porque es un duplicado del cuerpo físico, su sombra, por decirlo así. (*El Hombre y sus cuerpos*, pág. 16.)»

3.º *El cuerpo astral*, es el asiento de la sensibilidad, de la imaginación, de las pasiones animales y de los goces de un orden poco elevado. Piensa, pero de una manera más bien sentimental que razonable. De él se puede afirmar, con Pascal: «El corazón tiene razones que la razón no comprende.» Por su mediación se producen los fenómenos, tiempo há demostrados, de la telepatía, las visiones con que hemos soñado y la mayoría de las apariciones. Es el periespíritu de los espiritistas, el alma sensitiva de los antiguos filósofos. Es también el asiento de lo que los psicólogos contemporáneos llaman la *conciencia subliminal*, el *inconsciente* ó el *subconsciente*. Los teósofos de la India le denominan *el cuerpo del deseo*, *el cuerpo kamico* ó el *kama-rupa*.

4.º *El cuerpo mental*, es el lugar de la voluntad de la inteligencia, del pensamiento noble y elevado, el que almacena nuestros recuerdos y nuestros conocimientos adquiridos. Es el *yo-pensante*, *el alma-inteligente* de los antiguos filósofos (*anima* de los latinos, *psyché* de los griegos) donde se producen todos los fenómenos de la conciencia. Constituyen sus dominios el raciocinio, el juicio, las resoluciones y las deliberaciones. Es el principio superior que gobierna todas nuestras funciones, que preside nues-

tros actos inteligentes. Le apellidan los teósofos el *Manas inferior*, con relación al *Manas superior*, que tiene su asiento en el cuerpo causal de que aquí no hablamos.

Al morir, el cuerpo físico se separa y el alma se retira con sus otras tres vestiduras, no tardando tampoco el cuerpo etérico en morir y separarse á su vez, exigiendo esto un tiempo, que generalmente no excede de cuatro ó cinco días; y el alma, aligerada y más libre, se retira con los dos cuerpos más sùtiles que le restan. El cuerpo astral vive, generalmente mucho más tiempo, dependiendo la duración de su existencia del grado de evolución del alma. Vive poco tiempo en individuos que han conseguido dominar sus pasiones para llevar una vida noble y elevada, mientras que es de mucha más larga duración en los que fueron esclavos de sus pasiones. Mas la hora de la muerte suena al fin para él como para los precedentes; y el alma, desligada y mucho más libre, se retira con el cuerpo mental, que constituye la postrer vestidura que la recubre y que va á servirle para manifestarse bajo una condición nueva y notablemente mejor que las precedentes. La vida mental, muy corta y casi inconsciente en los individuos poco evolucionados cuya vida astral ha sido larga, se prolonga, por el contrario, mucho más tiempo para los más evolucionados, en que ésta fué, por el contrario corta. La vida astral es la condición purgatoria, y la mental es casi la vida celestial de los creyentes religiosos, con la sola diferencia de que por muy larga que pueda ser nunca es eterna, llegando fatalmente un momento en que se agotan

todas sus energías, y el cuerpo mental, en que estas se hallaban almacenadas, muere y se disgrega á su vez.

El alma suficientemente evolucionada está entonces en plena posesión de sí misma, teniendo conciencia perfecta de su pasado y de su futuro. De sus existencias terrestres anteriores así como del camino que aun le resta recorrer para llegar á lo que podemos llamar la *perfección*, condición que nos liberará eternamente, elevándonos sobre los planos en que la rueda de la reencarnación nos arrastra sucesivamente al nacimiento y á la muerte. Viendo la trama sobre la que han de ser tejidas sus futuras existencias y aprovechando su experiencia del pasado, puede, en cierta medida modificarla según sus gustos, sus deseos y aptitudes. Después, atraída de nuevo hacia la tierra, por los deseos que aun le restan satisfacer, y obedeciendo totalmente á las leyes de la reencarnación se equipa para adoptar de nuevo un cuerpo mental, después uno astral, y finalmente uno etérico y otro físico para revivir aquí, con el único objeto de continuar su evolución.

Estos cuerpos, vehículos del alma, sirven á ésta para manifestarse en los diferentes planos de la naturaleza. El cuerpo físico y el cuerpo etérico habitan el plano físico y jamás le abandonan; el dominio del astral es el plano astral, y el del mental el plano mental.

Convendría hacer aquí la descripción sumaria de tales planos; pero nos llevaría demasiado lejos y fuera de nuestro objeto. Debemos contentarnos con recomendar al lector cuanto he dicho en mi *Magnetis-*

mental
astral
etérico
físico

mo personal,(1) al tratar de la constitución de la materia; y para mayores desenvolvimientos á las dos grandes obras de Leadbeater: *El Plano astral* y el *Plano mental*.

II Los cuerpos del hombre entre los antiguos.—La antigüedad, tenía noticias ciertas de la existencia en nosotros, de muchos principios diferentes, y, según la expresión de los teósofos, de varios cuerpos. No he de tomarme la molestia de investigar estas nociones en los diversos pueblos, limitándome á sentar solamente algunas afirmaciones.



Figura 1.—Bajo relieve relativo al nacimiento de Amenofis III

Arriba, la reina da á luz rodeada de los Hathor-Sat (las hijas de Nator). El Doble, llevando en la cabeza la bandera, se eleva al cielo. Abajo. En el centro, dos personajes, con una antorcha en la cabeza, que se eleva, encorvándose, describen el gesto mágico del Kha, elevando los brazos. A derecha é izquierda, personajes míticos con una mano elevan la vida y con la otra la bajan hacia la tierra.

(1) Véase edición española de *La Irradiación*.

Los magos de Caldea, como casi todos los sectarios de Zoroastro, creían en un alma razonable, inteligente, superior, de naturaleza celestial, y en otra sensitiva, animal, inferior y de naturaleza terrena. Estas almas, decían, revisten frecuentemente para mostrarse en la tierra, la forma de diversos *fantasmas* y *apariencias* de animales.

Los griegos admitían igualmente dos almas: una inteligente, otra sensitiva, que consideraban como simulacro del alma verdadera, ocupando un lugar intermedio entre esta y el cuerpo grosero, simulacro que llamaban *Eidolon* y que aparecía en las evocaciones, habitando en el *Aqueronte*.

Homero, eco poético de la ciencia y de la doctrina mágica de los primeros siglos civilizados, pone en acción en el Canto 23 de *La Iliada* á este simulacro bajo la forma de Patroclo. Ha sucumbido bajo los golpes de Hector y, sin embargo hele aquí: es su rostro, es su voz; hasta la sangre mana aún de su herida (véase también *La Odisea* I. II).

Enio, dice Lucrecio, nos ha trazado la pintura de esos lugares sagrados de la *Aquerusa* (bocas del *Aqueronte*, entrada del infierno) en que no habitan nuestros cuerpos, ni nuestras almas, pero sí sus simulacros. En medio de estas sombras es donde al aparecerse á Homero, derrama torrentes de lágrimas. En el seno de este mundo, es donde la tercera parte del poeta, su *doble*, su *fantasma*, le explica los misterios de la naturaleza. Los filósofos neo-platónicos de la Escuela de Alejandria, con los que compartían las doctrinas, Orígenes y varios Padres de la Iglesia, llamaban á este intermediario, separado del cuerpo gro-

sero, *Angoëidè*, *Astroëidè*, es decir que tiene el brillo de los astros, que es evidentemente el cuerpo astral de los teósofos, así llamado por estos, porque aparece ante los videntes bajo forma luminosa.



Figura 2.—Bajo relieve relativo al nacimiento de Amenofis III

El niño y su Doble presentados á Amon. El Doble lleva en la cabeza la bandera terminada con el gabilán.

Este último principio, al que la aparición de los fantasmas ha hecho considerar en todos los tiempos como una realidad, tenía, en la opinión general los mismos rasgos, las mismas maneras é idéntica expresión que el cuerpo visible. Es él, dicen los iluminados de todos los tiempos que le han visto aparecer bajo el nombre de *espectro* ó *fantasma*, muchas veces hasta en vida de los que representa, pero más

á menudo después de la muerte cuando el cuerpo visible no ha recibido aún los honores de la sepultura, ó cuando el alma inteligente tiene alguna revelación importante que hacer.

Este cuerpo parecía ser el *Ka* ó el doble de los Egipcios, *Néphesch* de los cabalistas, que después Paracelso ha llamado *Ecestrum*.

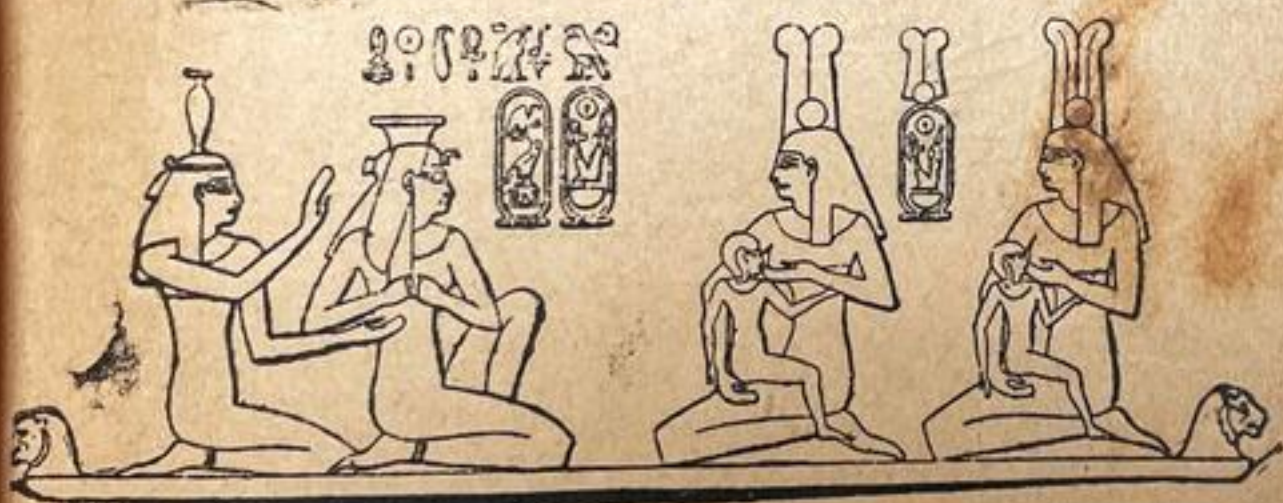


Figura 3.—Bajo relieve relativo al nacimiento de Amenofis III

El niño y su Doble, amamantados por la diosa Hathor Sat.

Aquí son oportunas algunas palabras relativas á los cuerpos del hombre entre los antiguos egipcios. El cuerpo físico, no era más que un soporte de la personalidad cuya influencia recibía, siendo el instrumento destinado á la ejecución del trabajo. Residía en tres cuerpos invisibles que se resumían de ordinario en el *ka* ó doble. En gran número de monumentos, como lo demuestran los cinco *bajo relieves* relativos al nacimiento de *Amenophis III*, aquí reproducidos, según la *Iniciación*, el doble está figu-

rado detrás del cuerpo físico, procediendo con frecuencia á pases magnéticos que transmiten á la nuca de éste influencia mágica, vida y fuerza.



Figura 4.—Bajo relieve relativo al nacimiento de Amenofis III

El niño y su doble que figura detrás de él.

«Al morir, afirma Gayet, el sabio autor de las excavaciones de Antinoé, los elementos reunidos en este soporte, se separan, pero el cuerpo es el único que deja de vivir. El alma, el *Ba*, representada por la golondrina con cabeza humana, parte hacia las regiones bienaventuradas. El principio vital, el *khou*, como emanada del sol, retornaba á su hogar, el doble, el *ka* abandonaba la región misteriosa del cielo que le servía de residencia, el reino de Athor, para venir á habitar la tumba, uniéndose de nuevo á su antiguo soporte, á fin de infundirle una nueva existencia...

•Las ceremonias de los funerales y del culto de los muertos, que demuestran estas relaciones del doble con la momia, se prolongaban indefinidamente, gracias á un ritual místico. El egipcio, sabía ya de antemano que, á pesar del fin aparente de su existencia, la materia seguía viviendo, tratándose

sólo de obtener la conservación del cadáver y poseer el secreto de ponerle en relación con su Doble, para asegurarle la inmortalidad...»

En 1907, el mismo autor, que conocía á fondo la vida de los antiguos egipcios, se expresaba del siguiente modo en una conferencia que dió en el Museo Guimet, sobre las *Profetisas de Antinoé*, con relación á la supervivencia del Doble:

«Según la creencia de los primeros habitantes del antiguo Egipto, había en el ser humano un cuerpo más sutil que sobre viviría después de la muerte del cuerpo grosero.

»En una capilla consagrada, el día de los funerales, el cuerpo del difunto reposa en estado de momia que en breve va á ser conducida á la morada subterránea. Es necesario ocuparse de su porvenir, para que la suerte del Doble quede íntimamente ligada á la de la momia, que puede ser profanada, destruída y también descomponerse, lo que determinaría el aniquilamiento del Doble.

»Sentado sobre un taburete, el sacerdote, recubierto de un velo, llama dos veces consecutivas al alma del difunto: ¡*Habitante de la tumba!* ¡*Habitante de la tumba!*

»El Doble aparece proyectado sobre un muro ó sobre una pantalla, envolviéndole en un velo y transportándole sobre la estatua del difunto, que viene á ser su soporte.

»El Doble continúa habitando la tumba, pero, en caso de accidente, podrá venir á colocarse sobre uno de sus soportes, pues para hacer inútil é inofensiva toda mutilación, todo robo, toda destrucción que le

sería fatal, se le colocan diez, veinte, cien soportes; efígie minúscula que se puede disimular en un rincón, llevar en el bolsillo; ó estatuas colosales talladas en la roca, que es imposible mover.



Figura 5.—Bajo relieve relativo al nacimiento de Amenofis III

El doble lleva en la cabeza la bandera de Horus, terminada por el gavián.

»Estas son las estatuas que interrogan las profetisas, considerándolas como vivas, animadas de la vida del Doble, respondiendo por palabras ó por gestos, á las preguntas que se les hacían. Se les consultaba en todas las circunstancias de la vida, ya para vencer el destino, ya para conjurar los malos espíritus.»

III Los Cuerpos del hombre entre los Chinos contemporáneos.

—El abate Hué, misionero en China á mediados del pasado siglo, ha descrito en su *Viaje á China*, cuatro principios que son lo más exactamente posible, los cuatro cuerpos de los teósofos que constituyen nuestra personalidad temporal. El caballero Gouge-

not des Mousseaux, escritor católico que por doquier ve magia, hasta donde no la hay, y que considera á los magnetizadores y á los espiritistas como secuaces del infierno, ha escrito varias obras de magia que son muy notables bajo el punto de vista documental. Ha conocido personalmente al abate Hué, quien le ha explicado varias veces lo que los filósofos chinos piensan á este propósito, y que ha resumido en los siguientes términos:

«El alma humana hace del hombre un ser razonable; mas no es simple y puramente espiritual. Es un compuesto de cuanto hay de sutil en la materia, y este compuesto se forma de dos partes principales: el *ling* y el *houen*. El *ling* es la parte más purificada, superior al *houen* y más capaz para las operaciones intelectuales. De su unión en un cuerpo se forma un ser mixto, propio así para las operaciones de la inteligencia, como para las que tienen la materia por objeto. A la muerte, ambos permanecen unidos, componiendo un todo que toma diferentes denominaciones, según el rango que ocupa en la gerarquía aérea, considerando los chinos estas dos substancias como espirituales, y constituidas de una materia refinada. Mas aseguran que aun hay en el hombre una tercera substancia, que no se une sino al cuerpo, es decir, á la cuarta parte de nuestro ser, del que no se separa sino después de su completa disolución y de la total dispersión de sus partes. Entonces se disipa como una sombra, una vez que se ha disuelto el cuerpo que la produjo.» (*Los intermediarios y los medios de la magia*, pág. 307.)



II

Características de los cuerpos invisibles

I. CUERPO ETÉRICO.—II. CUERPO ASTRAL.—III.
CUERPO MENTAL

De los cuatro cuerpos de que acabo de dar idea, tres, aunque materiales, son invisibles en las condiciones ordinarias de nuestra existencia física, al menos, para la inmensa mayoría de nosotros.

Ante todo, diré que el doble etérico y el cuerpo astral, casi siempre se confunden uno con otro. Cuando, en circunstancias excepcionales, uno de los cuerpos invisibles aparece bajo una *forma visible*, esta generalmente se designa bajo el nombre de

fantasma por las gentes del pueblo que no saben nada de lo que aun se llama ciencia oculta; y aún para la mayoría de aquellos que son más instruídos en esta materia, es indiferentemente el *Doble* ó el *Astral* de la persona desdoblada.

Para ayudarnos á distinguirlos, y sobre todo para servirnos de guía en este inextricable laberinto de la experimentación, necesitamos conocer cuáles son las características, reales ó supuestas de cada uno de estos cuerpos sutiles. He aquí las principales:

1. Doble ó Cuerpo etérico.—El Doble etérico «es perfectamente visible para el ojo experto, dice Anita Besant; sus colores gris violáceo y su contextura grosera ó delicada, según la calidad correspondiente del cuerpo físico....»

«Gracias al doble etérico, la fuerza vital, *Prána*, circula á lo largo de los nervios, permitiéndoles obrar como transmisores de la fuerza motriz y de la sensibilidad á las impresiones externas. Las potencias del pensamiento, del movimiento y de la sensibilidad no residen en la substancia nerviosa, sea física, sea etérica. Son modos de la actividad del Yo, obrando en sus cuerpos más internos; pero su expresión sobre el plano físico se hace posible por el soplo de vida que circula á lo largo de los filamentos nerviosos y en torno de las células nerviosas.» (*El Hombre y sus Cuerpos*, pág. 36).

«Aparece netamente al clarividente, dice Leadbeater como una masa de vapor débilmente luminosa, de un gris violáceo compenetrando la parte más densa del cuerpo físico y extendiéndose ligeramente más allá....» (*El hombre visible é invisible*, P. 109)..

La parte que se extiende más allá del cuerpo físico se designa bajo el nombre de *aura*.

«Esta aura es ligeramente azulada, continúa el mismo autor, casi incolora y parece que está estriada, es decir, que está llena, ó más exáctamente, compuesta de infinitud de líneas rectas, irradiando igualmente en todas direcciones. Tal es, al menos, el estado normal de esas líneas, cuando el cuerpo goza de perfecta salud, entonces son regulares y tan perfectamente paralelas como lo permite su irradiación. Mas, en caso de enfermedad, se produce un cambio inmediato y, en las proximidades de la parte enferma, las líneas se hacen irregulares, se entrecruzan en el más completo desorden, ó se debilitan como los pétalos de una flor marchita.» (Id., pág. 112.)

«Durante el sueño, dice Anita Besant, el Yo pensante se desliza fuera del cuerpo físico, en el que deja reunidas las dos partes, grosera y etérica. En la muerte, sale también de él; pero esta vez definitivamente, porque arrastra consigo el doble etérico, que separa por completo del cuerpo grosero. Desde entonces, el soplo de vida no sigue con este último como *todo orgánico*. El Yo se separa al punto rápidamente del doble etérico, que, como hemos visto, no puede pasar al plano astral, y que no tiene entonces más que descomponerse en compañía del asociado de su vida entera. Este Doble aparece, á veces, á los amigos, inmediatamente después de la muerte, pero nunca á gran distancia del cadáver. Además, naturalmente, se muestra muy poco consciente, no habla y no puede sino *manifestarse*. Es, relativamente, fácil de ver, puesto que es físico, y una lige-

ra sobreexcitación del sistema nervioso hará la vista lo bastante perpicaz para distinguirlo. Aun es el doble etérico quien hace el gesto en las numero-



Figura 6.—**Aura del hombre bien equilibrado**

sas apariciones y fantasmas, porque anda errante en torno de la tumba en que yace su envoltura física.» (*El hombre y sus cuerpos*, pág. 38.)

En el momento de la muerte, sobre todo cuando el cuerpo físico está debilitado por una larga enfermedad ó trabajado por la decrepitud, llegada á su postrer grado, como un testigo impotente para mantener la vida física, el Doble se exterioriza y cae

entonces bajo los sentidos hiperestesiados de ciertos moribundos, causando en la mayoría de estos verdaderos terrores, porque ven constantemente cerca de ellos un *fantasma* inquieto que apenas les abandona y que casi nunca reconocen por ser su Doble. No le ven, pero le sienten, teniendo perfecta conciencia de que *alguien* está allí, acostado á su lado, casi siempre á su izquierda.

Con razón ó sin ella, todos los teósofos afirman que la práctica de la mediumnidad es peligrosa. Anita Besant, que me parece sospechosa de exageración, se expresa así á este respecto:

«En el hombre normal, esta división del cuerpo físico en sus dos partes constitutivas no se produce más que á la muerte. Pero ciertos sujetos anormales de la clase de *mediums*, puede presentar en el curso de su misma vida, una división *parcial* del cuerpo físico. Es un fenómeno anormal, y por fortuna, relativamente raro, dando lugar á una gran debilidad nerviosa y á terribles perturbaciones. Cuando el Doble etérico se exterioriza, se divide por si mismo en dos partes; su total separación conduciría á la muerte, pues que sin él, el hálito de vida no podría circular en el cuerpo. Esta extracción, aun parcial, del Doble, reduce el cuerpo grosero á un estado letárgico y produce una suspensión casi completa de los fenómenos vitales. Un agotamiento extremo sucede á la reunión de las partes separadas, y, hasta el completo restablecimiento del estado normal, el medium corre gran riesgo de muerte física.» (Idem, página 39.)

Los efluvios emitidos por el magnetizador, á ve-

ces visibles para cierto número de enfermos en determinadas condiciones, se escapan del cuerpo etérico y obran sobre el mismo cuerpo del enfermo. Si el Doble encierra la vitalidad que anima al físico y si está encargado de su desenvolvimiento y conservación, es evidente, à todas luces, que sobre él deben ser dirigidos los esfuerzos de la terapéutica. Tal es, al menos, la opinión del doctor Pascal, que ha escrito muchas obras de vulgarización teosófica. Mas en mucho tiempo aun no será así, porque la medicina oficial, que apenas si concede importancia á la causa del mal, prefiere combatir los síntomas, aunque conozca demasiado que casi siempre el enfermo es el que recibe los golpes.

Cuando se exterioriza el Doble, casi siempre se escapa por el lado izquierdo, al nivel del brazo, bajo la forma de efluvios.

100
II. **El Cuerpo astral.**—Mucho más sutil que el anterior, aparece de un gris azulado con sombras finas y delicadas, que cambian de matiz rápidamente, bajo el imperio de las emociones. En el hombre evolucionado y en los que le han desarrollado con un objeto especial—los hechiceros de otro tiempo—constituye un cuerpo bien organizado y mucho más complicado que el cuerpo físico. Tiene sentidos correspondientes á los físicos, más susceptibles de responder á vibraciones más rápidas, lo que les da una delicadeza y una potencia mucho mayores.

Es el vehículo del alma sobre el plano astral durante nuestro primer estado en el más allá, después de la muerte física, y del mismo modo es su vehícu-

lo mientras dormimos, y á veces, aunque con menos frecuencia, en ciertos estados mal definidos que parecen participar del sueño y de la vigilia.

«Es fácil, dice Anita Besant, formarse una idea del hombre con un cuerpo astral bien desarrollado, puede representársele despojado de su cuerpo físico, é irguiéndose en una imagen más sutil, más luminosa de dicho cuerpo, visible y reconocible por la visión clarividente, aunque invisible para el ojo ordinario. He dicho: «un cuerpo astral bien desarrollado» porque el individuo poco evolucionado presenta en su cuerpo astral un aspecto muy incoherente. Sus contornos son vagos, los materiales inertes y mal dispuestos, y una vez separado del cuerpo físico, no forma sino una nube cambiante y amorfa... Un cuerpo astral bien formado indica en el hombre un nivel aventajado de cultura intelectual, ó de perfección espiritual. De este modo, el aspecto del cuerpo astral indica el progreso realizado por el individuo.» (*El hombre y sus cuerpos*, p. 50.)

«Le vemos, penetrando el cuerpo físico y extendiéndose en torno suyo en todos sentidos, como una nube coloreada, cuyos matices varían según la naturaleza del Hombre, según su naturaleza inferior, animal, pasional, tomando la parte exterior, el cuerpo físico, el nombre de aura kármica..... porque el cuerpo astral es el vehículo de la conciencia kármica del Hombre, el asiento de todas sus pasiones animales; de todos sus deseos; el centro en que toda sensación nace. Vibrando el contacto de los pensamientos; sin cesar varían sus colores: si el Hombre se

irrita le surcan matices escarlata; si a ma le irradian rosados tonos...» (Idem, pg. 52).

El mismo autor añade refiriéndose á la vista astral suficientemente desarrollada:

«Si observamos á una persona, al principio des-



Figura 7.— Anita Besant

pierta, y más tarde dormida, seremos testigos de un notable cambio en el papel del cuerpo astral. Despierto el individuo, la actividad astral (colores cambiantes) se manifiesta toda entera en el cuerpo físico y en su inmediata vecindad. Mas al dormirse, se produce la separación, y vemos el cuerpo

po físico (cuerpo grosero ó doble etérico) yaciendo solo en el lecho, mientras que al exterior, el cuerpo astral flota en la atmósfera.

Si el individuo que estudiamos está medianamente desarrollado, el cuerpo astral, una vez aislado, forma la masa más ó menos amorfa, anteriormente descrita. Apenas si se puede alejar del cuerpo físico, ni servir como vehículo de la conciencia, y el individuo en él contenido se encuentra en un estado de vago ensueño, no acostumbrado á obrar por sí solo independientemente de su vehículo físico... En cuanto una circunstancia cualquiera tiende á alejarle de su compañero físico, este despierta y el astral entra en él al punto.

Por el contrario, si el individuo observado está mucho más desarrollado y se halla capacitado para funcionar activamente en el mundo astral, utilizando su cuerpo astral para ello, entonces el espectáculo cambia. Cuando el astral se desprende del cuerpo físico dormido, es el hombre mismo el que tenemos ante nosotros, plenamente consciente. Su forma, netamente delineada, perfectamente organizada, es la imagen exacta del individuo, que encuentra en ella un retrato mucho más práctico que su cuerpo físico. El hombre se siente plenamente despierto y trabaja con mucha más utilidad, precisión y mayor potencia comprensiva que en la pasada prisión del cuerpo físico. Puede moverse libremente y trasladarse con increíble rapidez á cualquier distancia, sin el menor inconveniente para su cuerpo, plácidamente dormido en el lecho. (Idem, pág. 58.)

«El cuerpo astral separado del físico, se puede mostrar á otras personas durante la vida terrena ó después de ella. El individuo que ha logrado el completo señorío del cuerpo astral, puede evidentemente despojarse cuando le plazca de su envoltura física, y trasladarse cerca de un amigo lejano. Si éste es clarividente, es decir, si en él la visión astral se halla desarrollada, desenvuelta, verá el cuerpo astral de su amigo, si no, el visitante puede hacer más denso su vehículo, tomando del medio ambiente atmosférico partículas de materia física, y de ese modo, materializarse lo suficiente para hacerse perceptible á la vida física. Tal es la explicación de gran número de apariciones de amigos lejanos; fenómenos mucho más comunes de lo que generalmente se cree. ✓ VV

»En circunstancias determinadas y sin que la materialización sea necesaria, el cuerpo astral puede ser visto por individuos que en estado normal no poseen el don de la visualidad astral. Si está en hipertensión el sistema nervioso de una persona, y al mismo tiempo se halla resentida su salud física, disminuyendo el influjo vital, la actividad nerviosa que tiene tan íntima dependencia con el doble etérico, podrá ser indudablemente estimulada, provocando una clarividencia momentánea. Una madre, por ejemplo, sabedora de que su hijo se halla gravemente enfermo en un país extranjero, traspasado de inquietud su corazón por ello, puede llegar á ser sensible á las vibraciones astrales, sobre todo en las horas de la noche, en que la vitalidad toca á su más bajo nivel. En estas condiciones, si su hijo piensa en

élla y se halla dormido, es decir, que su cuerpo físico inconsciente le permite visitar astralmente á su madre, le verá probablemente. Pero estas visitas astrales se producen lo más frecuentemente en la muerte, cuando el hombre acaba de arrojar su vestimenta física. Estas apariciones están lejos de ser una rareza, sobre todo cuando el moribundo tiene un violento deseo de esperar á una persona á la que le liga un estrecho afecto, ó cuando tiene que comunicar alguna información especial, y muere sin haber realizado su deseo.» (Idem, pág. 65.)

Formado de materias más sùtiles que las del cuerpo físico, el cuerpo astral es transparente. Esta cualidad está justificada por la creencia popular que atribuye á los fantasmas un cuerpo que no proyecta sombra y á cuyo través se perciben los objetos situados detrás de él. Hay excepciones, cuando el astral, muy condensado, atrae á sí materia del plano físico para *materializarse* completamente y tomar todas las apariencias de la vida activa, como hay muchos ejemplos en las vidas de los Santos.

El fantasma está generalmente vestido como lo está de ordinario el físico; pero algunas veces sucede que solamente está envuelto en una especie de gas flúidico.

Puede mostrarse bajo diferentes formas, y los teósofos afirman á este respecto que en la mayor parte de las materializaciones espiritistas, es el astral del medium exteriorizado el que ha tomado la forma de la entidad que parece manifestarse. No niegan la posibilidad de las comunicaciones probables entre un habitante del astral y el medium; pero afir-

man que son extremadamente raras; y más todavía, dicen, nada demuestra que sean realmente debidas á la presencia de un desencarnado humano, porque en el plano astral hay entidades que jamás han vivido en el plano físico y que, sin embargo, pueden comunicarse con él.

El cuerpo astral del medium puede, asimismo, manifestarse bajo formas animales; las manifestaciones de este género son las que en otro tiempo se designaban bajo el nombre de *trascos*.

III. **El cuerpo mental.**—Los teósofos están de acuerdo para describirle como rutilante de luz viva, con matices extremadamente delicados que sólo lentamente se modifican.

Es el vehiculo del alma en el plano mental, cuando ha abandonado el cuerpo astral.

Se organiza poco á poco bajo la influencia del pensamiento, sobre todo cuando éste es noble y elevado, y á medida que se efectúa esta organización aumenta en extensión, es decir, que crece. Durante la vida terrestre, dice Anita Besant, no reproduce, como el astral, la imagen del cuerpo físico.

«Por el contrario, es ovoide: penetra el cuerpo astral y el cuerpo físico, y les excede, formando en su derredor una atmósfera radiante que aumenta sin cesar con el desarrollo intelectual del hombre. Inútil es añadir que esta forma ovoide llega á ser un objeto admirable y radiante cuando el hombre desarrolla las facultades superiores de su inteligencia». (El hombre y sus cuerpos, página 77.)

»Los sentidos mentales del hombre desarrollado, están todavía más agudizados que los sentidos astra-

les. Debería decirse «el sentido», porque la percepción se hace como si sólo hubiera uno. Anita Besant dice sobre esto:

»Parece que el mental efectúa contacto directamente, por toda su superficie, con las cosas de su mundo y él. No tiene órganos distintos de vista, de oído, de tacto, de gusto y de olfato. Las vibraciones que no podrían ser aquí abajo percibidas sino á través de órganos distintos, producen en conjunto sensaciones diversas en cuanto se ponen en contacto con el mental. El cuerpo mental recibe instantáneamente y simultáneamente en todas sus partes los objetos que es susceptible de percibir». (El hombre y sus cuerpos, página 78.)

Leadbeater, afirma más aún:

«El sentido mismo que hace estas posibles comprobaciones, no es la menor maravilla del mundo celeste. El observador no oye, ni ve, ni experimenta sensaciones locales por órganos distintos y limitados, como aquí ocurre; tampoco posee el oído, prodigiosamente desarrollado de que estaba dotado en el plano astral, en cambio, siente la presencia interior de un poder extraño y nuevo, que no es ninguno de los sentidos astrales, pero que los comprende todos y es muy superior á ellos, permitiéndole en cuanto se halla en presencia de un ser humano ó de un objeto cualquiera, no sólo verle y oírle, sino también conocerle instantáneamente, interior y exteriormente, así como sus causas, sus efectos, sus posibilidades, por lo menos en lo que concierne al plano mental y á los inferiores, descubre el observador que pensar y comprender son una sola cosa. Jamás.

hay duda, vacilación ni lentitud en la acción directa de este sentido superior. Piensa en un sitio y se encuentra en él, en un amigo, y éste se halla en su presencia, sin que para él exista equivocación posi-



Figura 8. — **Leeadbeater**

ble. ¿Cómo ha de poder ser burlado ó engañado por ninguna apariencia exterior, si sobre este plano lee como en un libro abierto cada uno de los pensamientos y sentimientos de su amigo?

»Si tiene la ventura de contar entre éstos una persona cualquiera, cuyo sentido superior esté desarrollado, su unión será de una perfección imposible de comprender aquí abajo. Para ellos, ni distancia ni separación; sus sentimientos, ni permanecen ocultos ni son parcialmente expresados con palabras insu-

ficientes; preguntas y respuestas son inútiles, porque las imágenes mentales se leen en cuanto se forman, y el cambio de ideas es tan rápido como su aparición luminosa en el campo intelectual». (El plano mental, página 28.)

Anita Besant, después de haber descrito que sobre el plano mental el cuerpo mental se expresa en color, sonido y forma, de tal suerte, que el pensamiento entero es transmitido en una imagen coloreada y sonora, añade:

«Mas cuando el hombre piensa en estado de vigilia, cuando obra por intermedio de sus vehículos inferiores astral y físico, entonces, el pensamiento producido como siempre en el cuerpo mental, se exterioriza al punto por transmisión al astral, y después al físico. Sólo el mental le imprime vida, es su verdadero agente, y es también en nosotros el elemento de conciencia, á quien frecuentemente se atribuye el título de yo». (El hombre y sus cuerpos, página 79.)

El plano mental, considerado como morada del alma con su cuerpo mental como vehículo, se llama *Dévachan* por los teósofos (es el paraíso de los cristianos), y el habitante de esta región superior es un *dévachani*.

El *dévachani*, es decir, el fallecido aquí abajo, que está en *dévachan*, donde asimila el fruto de su trabajo terrestre, gozando todo él de la felicidad á que se ha hecho acreedor, no puede en manera alguna comunicarse con el plano terrestre; y si en ciertos casos, extremadamente raros, tiene lugar la comunicación entre un *dévachani* y un vivo muy desarro-

llado, es, según afirman los mismos teósofos, el mental de éste, quien durante el sueño del físico se ha elevado hasta el otro, le ha visto, y se ha inspirado en sus pensamientos, pudiendo transmitir á su cerebro físico el recuerdo de sus impresiones. Mas no nos dicen si el mental de un vivo puede mostrarse á otro vivo despierto, siendo infinitamente probable que si el mental puede abandonar el astral para viajar solo, únicamente el hombre de cultura física considerablemente más adelantada que la de un hombre ya superior, es capaz de verle.

No es nueva esta afirmación de los teósofos de que el mental puede transportarse al paraíso, encontrándose en los términos siguientes en la Epístola de San Pablo á los Corintios, c. XII, v. 2, 3 y 4:

«Conozco á un hombre en Jesucristo que fué arrebatado, hace catorce años, al tercer cielo; si lo fué con su cuerpo ó sin su cuerpo, no lo sé, lo sabe Dios. Y yo sé que este hombre fué arrebatado al Paraíso, y que en él oyó cosas inefables que no está permitido referir al hombre.»

Por lo que precede y por otros argumentos que no expongo aquí, se puede, pues, afirmar, que en la casi totalidad de los casos, no hay en el hombre vivo más que dos cuerpos invisibles, que muchas veces pueden hacerse visibles; son éstos *el cuerpo etérico y el cuerpo astral*.

Las manifestaciones visuales de estos cuerpos sutiles del hombre; es decir lo que se puede llamar las *apariciones*, siempre han sido designadas bajo las diversas denominaciones de *sombra, espectro, fantasma, doble ó astral*, sin que se haya tratado,

de darse cuenta de si era el doble etérico ó el cuerpo astral el que se manifestaba.

No haré otra cosa en el siguiente capítulo, designando el objeto de las manifestaciones bajo el nombre de *fantasma* que está, además, en perfecta armonía con el título de esta obra. En la segunda parte, basándome en la experiencia adquirida en el curso de estas laboriosas é interesantes investigaciones, intentaré determinar si en tales ó cuales casos, la manifestación es debida al doble etérico sólo, vagabundeando en las cercanías, ó al alma revestida de sus cuerpos sutiles, sirviéndose como vehículo y medio de acción, ya del doble etérico, ya del cuerpo astral.





III

Manifestaciones del fantasma

I. ENTRE LOS PROFANOS DE LA ANTIGÜEDAD.—II. EN EL MUNDO RELIGIOSO.—III. ENTRE LOS HECHICEROS.—IV. ENTRE LOS TEÓSOFOFOS.—V. ENTRE LOS ESPIRITISTAS.—VI. ENTRE LAS GENTES DE MUNDO.—VII. ENTRE LOS SONÁMBULOS.—VIII. ENTRE LOS MORIBUNDOS.—IX. ENTRE LOS AMPUTADOS.—X. ENTRE LOS ANIMALES.—XI. LICANTROPÍA.—XII. REPERCURSIÓN.—XIII. EL FANTASMA SOBREVIVE AL CUERPO FÍSICO.

El Fantasma de los vivos se ha mostrado en todas las épocas de la historia y en las más diferentes circunstancias, siendo lo que en otro tiempo se llamaba la bilocación ó bi-corporeidad.

1. Entre los profanos de la antigüedad.—Apolonio de Thyana y Simón el Mago son, entre los profanos de la antigüedad, los dos más célebres que han sido vistos en dos sitios á la vez.

San Agustín habla en su *Ciudad de Dios*, de un caso de desdoblamiento bajo una forma animal, y dá algunas explicaciones que merecen ser referidas aquí.

«Un hombre llamado Prestantius, dice, ha referido que habiendo su padre comido queso envenenado, permaneció acostado en su lecho, sumido en profundo sueño del que era imposible despertarle por ningún medio. Algunos días después, pareció despertar y comenzó á hacer el relato de lo que había experimentado soñando. Se había transformado en caballo, añadía, y con otros caballos había servido para llevar á los soldados las provisiones llamadas *rhéticas* porque se mandaban á Rhetia.

•Después se comprobó que las cosas habían realmente ocurrido como él las refería aunque creyese que solamente las había soñado.

»Jamás creería, añade, para explicar el hecho, que los demonios tengan arte ó poder, no digo para cambiar el espíritu del hombre, sino hasta para dar á su cuerpo la forma y proporciones del de un animal.

•Más bien creería que en este hombre, el elemento de la imaginación que se transforma en fantasmas, tomaba el aspecto infinitamente variado de las cosas exteriores, bajo la acción del pensamiento ó de los sueños, y aunque incorpóreo, revistiendo con prontitud maravillosa la imagen de los cuerpos,

creería, digo, que este elemento, cuando los sentidos permanecen amodorrados ó cerrados *puede, de manera que no se explica, presentarse á los sentidos de otro con forma corporal.*

»Así, mientras su cuerpo yace en cualquier parte, viviendo aun, pero con los sentidos, encadenados más fuertemente que durante el sueño, el fantasma de su imaginación, incorporado, por decirlo así, á los rasgos de cualquier animal, aparece ante los sentidos de otras personas, y él mismo se ve, como se ve en los sueños, llevando fardos bajo aquella forma...» (Lib. 18, c. 23)

He aquí un hecho mucho mejor caracterizado: Vespasiano, que fué á visitar Egipto, permaneció durante algunos meses en Alejandria; y allí como hicieron después los reyes de Francia, de España y de Inglaterra, curó por el tacto á un ciego y á un paralítico.

«Estos prodigios, refiere Tácito, redoblaron en Vespasiano el deseo de ir á visitar la morada de Serapis para consultarle la suerte del Imperio. Hizo alejar á todo el mundo del templo; apenas entró, como el dios ocupaba todos sus pensamientos, percibió detrás á uno de los egipcios principales llamado Basilides, que sabía que estaba enfermo en el lecho y á muchas jornadas de camino de Alejandria. Se informó de los sacerdotes si aquel día había entrado Basilides, en el templo; preguntó á los transeuntes si le había visto en la ciudad; finalmente, habiendo mandado á averiguarlo á algunos jinetes, se convenció de que en aquel mismo instante se encontraba Basilides á ochenta millas de allí. Enton-

ces juzgó que su misión no era sino divina, y se explicó el nombre de Basilides como la misma respuesta del oráculo.» (*Historia* L. 4, c. 82, traducción Dureau de Lamalle.)

Suetonio expone este hecho de un modo análogo en su *Historia de los doce Césares*.

II. En el mundo religioso.—En el mundo religioso, los hechos de bilocación son muy numerosos y extraordinariamente notables, tanto por la duración del desdoblamiento como por la importancia del papel desempeñado por el fantasma de los sujetos desdoblados.

He aquí algunos ejemplos que analizo según *la Mystica* de Görres y *Le Mystique Divin* de Ribes, entresacados por éstos de las *Vidas de los Santos*.

1.º El Papa San Clemente, uno de los primeros sucesores de San Pedro, celebraba misa en Roma, cuando de pronto pareció que se durmió con profundo sueño, que duró tres horas. Cuando despertó, dijo al pueblo que por orden de San Pedro había ido á Pisa á consagrar un templo el príncipe de los apóstoles. En efecto, todos los fieles le había visto en Pisa durante el oficio que se había celebrado el mismo día y á la misma hora en que dormía en Roma.

2.º San Alfonso de Liguori estaba en Arienzo, pequeña villa de su diócesis, cayendo en una especie de éxtasis, y permaneciendo así dos días tendido sin movimiento sobre un sillón. Cuando volvió en sí, dijo á sus servidores inquietos:

«Habréis creído que dormía; no sabéis que he ido á asistir al Papa, que acaba de morir.» Pronto se

supo que el Papa Clemente XIV había muerto precisamente en el momento en que San Alfonso había despertado.

3.º En 1571, San Francisco Javier se hallaba en un navío que iba del Japón á China, y que fué sorprendido por una violenta tempestad. Quince hombres que habían bajado á una chalupa fueron arrebatados y desaparecieron en la obscuridad. Cuando el temporal amainó, la tripulación se preocupó por la chalupa; pero Francisco Javier que estaba en oración recomendó la calma y anunció que dentro de tres días los encontrarían. Al tercer día, la chalupa abordaba al navío, en el que se refugiaron los quince hombres, quienes refirieron que durante la tempestad ninguno tuvo un sólo instante la menor inquietud, pues, todos aseguraban, que Francisco Javier era su piloto, y todos tenían en él la mayor confianza. Como la tripulación del navío sostenía que el religioso no les había abandonado un sólo instante, era de toda evidencia que éste se había encontrado en dos sitios al mismo tiempo.

4.º Maria de Jesús de Agreda, religiosa española, cayó más de cien veces en éxtasis, y en cada una de ellas se vió transportada entre los indios de Nuevo Méjico, cuya conversión deseaba ardientemente. Se veía y se sentía atravesando los mares, sufriendo una temperatura más elevada, abandonando aquella tierra, evangelizando aquellos pueblos en su idioma; hallando allí religiosos franciscanos que habían ido á ser apóstoles en aquel país, conversando con ellos; y durante tales peregrinaciones que se suceden y que no comprende, sino que sencilla y mo-

destamente refiere á su confesor, su cuerpo permanece sumido en la inmovilidad del éxtasis.

El resultado de aquellos viajes fué asombroso, avanzando en el país los franciscanos, no tardaron en ver llegar hacia ellos numerosos indios que antes de darles instrucción pidieron el bautismo.

Interrogados, conocían los principios fundamentales de la doctrina, que aseguraban les habían sido enseñados por una mujer que había ido, y que aun iba de tiempo en tiempo á departir con ellos. Estas afirmaciones fueron comprobadas con el mayor cuidado por un franciscano, Benavides, que en 1630, volvía de Nuevo Méjico para regresar de nuevo.

«Primero habló con Morzella, provincial de Burgos, y luego con La Torre, que era hacia poco tiempo el confesor de María de Agreda, á quien preguntó qué había pasado con ella. Benavides se informó de los lugares donde ésta había ido, nombrando los países y sus habitantes, como si en ellos hubiera residido durante largos años, refiriéndole cuanto había visto, en compañía de otros religiosos, con expresión de sitio, día, hora, y designando á cada uno de los que habían estado presentes, de tal suerte, que Benavides quedó completamente convencido de la verdad.»

«Los tres escribieron el resultado de su información, y dejando una copia al confesor, Benavides llevó otra á Nuevo Méjico con una carta de María de Agreda, copia que fué depositada en la residencia de los Jesuitas franciscanos de Nuevo Méjico, haciendo otra el Comisario general de Nueva España, que tenía á la vista el biógrafo de María de Agreda.»

La Iglesia, considerada como *asamblea*, es decir, como cuerpo constituido, no se ha pronunciado contra los fenómenos de bilocación, que probablemente, le han parecido demasiado delicados, demasiado complicados y demasiado difíciles de resolver.

En el mundo religioso siempre se ha recurrido á los teólogos, que individualmente han dado su opinión, la cual puede ser clasificada en dos órdenes:

1.^o *Los partidarios de la bicorporeidad real ó desdoblamiento*, que admiten que el alma se puede separar del cuerpo, alejarse de él y aparecer lejos, tomando la materia del medio ambiente para constituirse un cuerpo que es exactamente el doble del que permanece inanimado.

2.^o *Los partidarios de la representación*, más numerosos que los anteriores, que admiten que el alma no abandona jamás al cuerpo sino en la muerte, y que es un ángel el que toma las apariencias del cuerpo para ejecutar por sí mismo todos los actos que se atribuyen al fantasma. La reciprocidad puede ser verdadera, y en ciertos casos, el individuo será transportado en cuerpo y alma al lugar de la aparición, y entonces, el ángel tomará las apariencias del cuerpo ausente.

Esta explicación es, evidentemente, la menos buena, que ha permitido á los miembros de la Iglesia afirmar que los hechiceros no se desdoblan, siendo el demonio mismo quien realiza todos los actos criminales y otros que le son imputados.

El P. Serafin se expresa en los términos siguientes en sus *Principios de teología mystica*, respecto al punto de vista de la posibilidad de la bilocación,

y de la manera como se verifica por representación:

«Mientras el cuerpo natural permanece inerte, dice, el alma se ve revestida de un cuerpo, en todo parecido al suyo, sin saber cómo; ve ese cuerpo, vestido de ordinario de la misma manera, cubierto de los mismos trajes que cubren su cuerpo verdadero.. Esta solución la creemos probable..., no siendo los únicos que profesamos esta manera de ver; otros hombres, eminentes por su saber, sus virtudes y conocimientos en las vías místicas, también la comparten.

»La bilocación se efectúa de dos maneras diferentes, ó puramente en espíritu, ó bien en cuerpo y alma. Cuando tiene lugar sólo en espíritu y va acompañada de aparición, la presencia de la persona es física allí donde el cuerpo permanece, y representativa donde la aparición se verifica y donde el espíritu se presenta revestido visiblemente de un cuerpo.

»Cuando la bilocación se hace en cuerpo y alma, la presencia de la persona es física allí donde el cuerpo y el alma se presentan y aparecen de una manera visible; y representativa en el sitio que la persona abandona.

»En el primer caso, el cuerpo que toma el espíritu para hacerse visible lejos, representa físicamente la persona que físicamente está en otra parte; en el segundo, el cuerpo que parece quedar y que los asistentes creen que no se ha movido, es el que representa la persona por ministerio de un ángel, mientras este mismo se encuentra en otro sitio en cuerpo y alma.

»Esta doble presencia, representativa por una

parte y física por otra, es esencial á la bilocación, de cualquier modo que tenga lugar, ya en cuerpo y alma, ya puramente en espíritu, pero de una manera visible. Hay que observar que esta doble presencia de que hablamos, una física y representativa otra, supone necesariamente para constituir la verdadera bilocación, la traslación, el paso real de la persona de un sitio á otro, ya en cuerpo y alma, bien siquiera en espíritu.

«Si ese paso real no tiene lugar, si la persona permanece toda entera allí donde está, y sin este pasaje aparece en otra parte al mismo tiempo, no es una verdadera bilocación, sino una simple aparición sobrenatural que Dios ha operado, ignorándolo la misma persona, ya por el ministerio de un ángel, ya de otro modo.»

Para comprender bien las hipótesis del P. Serafin, es necesario conocer el sentido preciso que dan los teósofos á las palabras. *alma* (*anima*) y *espíritu* (*mens, spiritus*).

Estas dos palabras, casi sinónimas, se emplean generalmente una por otra, pero en sentido diferente.

Siempre es la misma substancia, siempre la misma alma, pero el alma considerada bajo dos aspectos distintos, en dos operaciones diferentes.

«Le llamamos *espíritu*, dice á este propósito Monseñor Elías Meric, de quien tomo las anteriores citas, cuando se eleva á Dios, cuando tiene conciencia de su elevación y de las maravillas que Dios ha obrado en ella, cuando se purifica, se separa de la tierra, rompe sus ligaduras de pecado y de esclavitud para

vivir una existencia moral, religiosa, más pura y más sobre las alturas y hacia la dirección sobrenatural de Dios.

«Le llamamos *alma* cuando se une á su cuerpo para animarle para conservar en él su vida vegetativa y animal, sufriendo sus repercusiones y sus influencias, cuando su atención en lugar de detenerse en los pensamientos elevados, en las regiones de la fe, en las alturas sobrenaturales, se fija en la vida física de nuestros órganos, de nuestras células, de nuestro cuerpo.» (*L'Imagination et ses Prodiges*, t. 2. 241.)

Relativamente á sus funciones frente al cuerpo físico, el alma sería, poco más ó menos, el cuerpo astral, y el espíritu el cuerpo mental de los teósofos.

En todos los casos, existe una gran tendencia á reconocer que el cuerpo visible está duplicado, ó por mejor decir, triplicado con otros dos cuerpos invisibles.

Elias Meric, comentando las hipótesis hechas con motivo de la bilocación se expresa en estos términos:

«Con mucha frecuencia, el extático, sumido en el profundo sueño del éxtasis, permanece inerte, con apariencia de muerte, mientras que, en otra parte, aparece vivo, y ocupándose del cumplimiento de su misión. En los Bolandistas, leemos que Santa Colomba de Rieti deseando ardientemente visitar los Santos lugares y orar en Jerusalén, había tenido frecuentes bilocaciones. Durante cinco días, fué transportada allá en espíritu y realizó su deseo. Sus parientes y amigos, que tenían ante su vista aquel cuerpo inerte, la creían muerta; varios médicos la

examinaron minuciosamente y uno sólo la reconoció con vida, á los cinco días, volvió al uso de sus sentidos con la vida de relación.

«Evidentemente, no era un ángel, sino ella misma la que visitaba los Santos lugares durante aquel largo éxtasis; no era un ángel, sino ella, que permanecía inerte, casi inanimada en brazos de los médicos. Aquí la hipótesis angélica no resuelve la cuestión.

»Algunos teólogos místicos, versados en el conocimiento de estos fenómenos, se acogen á una segunda hipótesis. El alma tendría la facultad de separarse de su cuerpo mientras el éxtasis durase. Por un misterio del poder divino, se encontraría de súbito revestida de un cuerpo y de idénticas vestiduras á las que tenía en su primer estado y en las condiciones ordinarias de su vida; tendría conciencia de su nueva condición, de su cuerpo ágil, olvidándose del sumido en el sueño del éxtasis, transportándose así, sin esfuerzo, en un vuelo de la imaginación, á las más lejanas regiones, de que á su despertar apenas si conservaría el recuerdo.

•Al punto, se presenta una objeción al espíritu. El alma es el principio que hace vivir al cuerpo, principio de la vida vegetativa, sensitiva, animal, intelectual. Cuando se retira, se detiene la vida, no quedando más que un cadáver, que no puede recobrar la vida sino por el milagro de una resurrección.

»Si durante cinco días y cinco noches el cuerpo de Santa Colomba de Rieti había estado privado de su alma, se hubiera descompuesto y el médico no hubiera podido comprobar su supervivencia y su letargo, sino por el contrario, su fallecimiento.

»Los partidarios de esta hipótesis nos contestan que un milagro tan grande no está por encima de la potencia divina. Ella es la que disocia al alma, quien la dota de nuevo cuerpo, quien la impele á través del espacio y por su acto creador y conservador mantiene la vida en un cuerpo en letargia...

»Si hacemos que intervenga el poder soberano, es evidente que tal milagro es posible. Dios mismo puede mantener en un cuerpo organizado la llama de la vida, en virtud de su acto conservador sustituirse al alma y darle un cuerpo aéreo que guarde las apariencias de un cuerpo real. Mas no es preciso multiplicar inútilmente los milagros, y sin cesar, invocar la intervención sobrenatural.

»La bilocación ya es un milagro, y para explicarla nos proponen otros milagros y un misterio que nos sería imposible penetrar.

»Reconozco, sin embargo, que la hipótesis de un alma accidentalmente separada de su cuerpo por la virtud de Dios, explica la bilocación mucho mejor que la hipótesis angélica, siéndonos, en efecto, difícil creer que el Papa San Clemente quedó en Roma sumido en un estado letárgico mientras un ángel que había adoptado su cuerpo, su lenguaje y sus ademanes, procedía en la ciudad de Pisa á la consagración de una basilica. El ángel podía muy bien por si mismo operar directamente el prodigio, sin el concurso de San Clemente, sin hacerle caer en estado de síncope ó de letargo, y si el santo se trastornó profundamente en su estado físico y moral, si llegó á permanecer inerte, casi inanimado, durante el tiempo necesario para la consagración, es que él

mismo, de manera misteriosa, se encontró en dos sitios. Hasta tuvo conciencia de su bilocación, puesto que al salir de aquel profundo sueño, él mismo contó los detalles de la ceremonia que acababa de presidir.

.....

»Admito de buen grado que se puede considerar al alma bajo dos aspectos, mientras contempla las verdades del orden suprasensible, y en tanto que informa al cuerpo, que conserva la vida. Mas no puedo creer que el espíritu se desliga del alma y se va de ella, según la expresión del P. Serafín, allí donde Dios la envía. El alma es una, simple, individual, no se puede escindir; está toda entera allí donde se encuentra, y me repugna en absoluto creer que una parte del alma se va lejos, conservando la conciencia de su personalidad, y otra parte permanece en el cuerpo, conservando también el sentimiento de su personalidad y que la constitución de dos personas, de dos individuos, sea resultado necesario de la bilocación.

»Esta solución ofrecería, en nuestra opinión, las más graves dificultades, conciliándose difícilmente con los principios ciertos de la psicología.

»El alma debe permanecer necesariamente unida durante la vida al principio espiritual que la llama y la eleva hacia Dios, y al principio *ánimador* que le permite conservar la vida en el cuerpo. Separad el alma del espíritu, queda el animal; separad el espíritu del alma que vivifica el organismo, tendréis una substancia separada y no tendréis ya el compuesto humano...

»Gustoso creeria que en estos casos *milagrosos* de bilocación, el fenómeno se produce del siguiente modo: El alma continua actuando, informando su cuerpo físico, su cuerpo real. Al mismo tiempo, en un raptó del éxtasis, y sin salir de su prisión terrena, se hace un cuerpo áereo, animando á la vez el uno y el otro. Pero mientras que el cuerpo material no cambia de sitio, el cuerpo áereo, de que es la forma ideal se eleva, se aleja, franquea el espacio y atraviesa los cuerpos, en virtud de su particular constitución atómica.

»Para hacer tales maravillas no necesita ni desplazarse ni viajar; el sol no necesita variar de sitio para lanzar á lo lejos sus rayos; queda unida al cuerpo terrestre, y desde allí, vivifica por su acción el cuerpo áereo, doquiera que va. El alma es espíritu, y como tal escapa á la ley del espacio.

»Cuando el Papa San Clemente queda en éxtasis en Roma, su alma ejerce doble acción, sostiene é informa su cuerpo material y sostiene é informa, por el poder y la voluntad de Dios, el cuerpo áereo que se ve en Pisa, en la ceremonia de la catedral.

»Tal vez se nos diga: hay, pues, dos cuerpos. Indudablemente, es un fenómeno extranatural; existe el cuerpo ordinario y el extraordinario, áereo, que franquea el espacio.

»¿Por qué el alma no podría cuando le plazca á Dios apoderarse de ella, trastornarla, arrebatarla, extender de ese modo su radio de acción? ¿Por qué no podría hacerse un cuerpo áereo, como se le ve en las apariciones? ¿Por qué este cuerpo no tendría semejanza con el nuestro ordinario? ¿Por qué no po-

dría franquear el espacio, como la luz, el color, el magnetismo, los rayos X, si su constitución atómica es de un orden particular.

»¿Qué poco sabe Dios! ¿Conocemos la materia, la fuerza, el espíritu, el cuerpo humano? ¿Conocemos las innumerables conversiones que pueden sufrir los átomos del cuerpo humano? ¿Conocemos las leyes de la asociación y de la desintegración de esos átomos que vibran en el éter, o en el hombre, o en los espacios estelares? ¿Quién tendría derecho á decirnos, ¡es imposible!, cuando se tiene ante sí lo desconocido de la materia y del poder de Dios?» (*La imaginación*, t. 2, p. 237.)

Por lo que antecede, puede darse cuenta de que la Iglesia no sabe nada respecto al desdoblamiento del cuerpo humano, y que ha obrado prudentemente al no decidir cómo se produce este fenómeno extraño, misterioso, que aún continúa considerando todavía como milagroso.

III. Entre los hechiceros.—El mundo de los hechiceros nos presenta una antítesis notable con el mundo religioso. En éste, todo fenómeno que rebasa los límites extremadamente reducidos de la comprensión ordinaria se considera como un *milagro*, mientras en el otro, los mismos fenómenos no son más que *prestigios*, es decir, sortilegios, acciones diabólicas.

Es que la hipótesis de la representación, admitida por la inmensa mayoría de los teólogos, y con ellos por los médicos y magistrados encargados de ayudarles en los espantosos procesos que han alimentado las hogueras durante varios siglos, ha producido

los frutos naturales de la época de ignorancia en que la hechicería, gracias á tal intolerancia, se extendía en todo su horror. Un ángel operaba por su cuenta en el lugar y sustitución de un religioso en éxtasis, á quien se veía y oía en otro sitio, mientras que para el hechicero dormido y hasta sumido en una especie de letargo, á quien se oía y frecuentemente se veía actuar igualmente en otro lugar, parecía lógico admitir una causa sobrenatural análoga, si bien de naturaleza opuesta.

Como no debe admitirse que un ángel de Dios cometa malas acciones, no podía ser sino el demonio, es decir un ángel caído quien dócilmente obedecía al llamamiento del hechicero, para realizar en su nombre, en su lugar y en su puesto, actos casi siempre maléficos, cuya ejecución deseaba.

Por tanto, si imparcialmente dirigimos una ojeada sobre los fenómenos de bilocación, nos damos cuenta al punto de que no sólo son siempre los mismos, sino que lo mismo entre los religiosos que entre los hechiceros, no podrían ser producidos más que por la misma causa y por el mismo agente.

Si, desde el punto de vista teórico, se abandona la hipótesis de la representación por demasiado insuficiente para admitir la del desdoblamiento puro y simple del cuerpo del sujeto, la producción del fenómeno se explicará fácilmente, y no se verá más diferencia entre la presencia del religioso y la del hechicero en dos sitios á la vez, que el móvil que da lugar á este desdoblamiento.

Es evidente que el religioso, personaje relativamente desarrollado, obedecía á un noble ideal, mien-

tras el hechicero, tan desarrollado quizá bajo el especto astral, y menos considerablemente bajo el mental, no estaba generalmente animado sino por sentimientos de odio y venganza personal. La diferencia sola que puede observarse en la producción de tan extraños fenómenos, no comprendidos hasta entonces por diversos individuos, está en el móvil, pues los medios de realizarlos son absolutamente los mismos.

Según lo que sabemos por lo anterior, parece evidente que el alma ha querido con persistencia y tenacidad realizar tal ó cual acto, bueno ó malo, en tal ó cual lugar más ó menos lejos, y que para realizarlo se ha transportado realmente con un cuerpo astral como vehículo principal y también como instrumento de trabajo, abandonando momentáneamente el cuerpo físico á la dirección del doble etérico que debe mantener en él la fuerza vital indispensable para que el hilo de la vida terrena no se rompa mientras dura esta separación anormal.

Se demuestra fácilmente que, fuera del móvil que ha impulsado al religioso y al hechicero á ese desdoblamiento de sí mismos, el fenómeno es idéntico en ambos. En vez de hacer esta demostración en el razonamiento, que es frecuentemente discutible, voy á buscar algunos hechos, muy escogidos entre los que son considerados como los más indiscutibles de la hechicería de los últimos siglos.

He aquí dos casos que el caballero Gougenot des-Maussaux ha reproducido en los *Altos Fenómenos de la Magia*, pág. 162, que ha traducido de Glanvil, filósofo y teólogo inglés del siglo xvii, que pasa por uno de los autores que han tratado este asunto con la

mayor competencia é imparcialidad. Se observará en ambos casos que el hechicero que realizaba sus maleficios no era visible más que para una sola persona, mientras que los religiosos desdoblados lo eran para gran número.

I. «Un joven, hijo de Henri Jones, el pequeño Ricardo, fué un día *tocado* por una mujer llamada Juana Brooks. Pasando sus dedos de alto abajo de uno de los lados del niño, Juana, después de haberle estrechado amistosamente la mano, le regaló una mazana, que el niño se apresuró á coger y comerse. En el mismo instante cayó malo, y la enfermedad pareció amenazadora. Después, cierto domingo, que el niño, atormentado del extraño mal que se había apoderado de su cuerpo estaba custodiado por su padre y por un testigo llamado Gibsón, empezó á gritar de repente hacia el mediodía: —¡Mirad á Juana Brooks!... ¡Juana Brooks! —Pero, ¿dónde está? ¡Allí, sobre la pared! ¡Miradla! Al extremo de mi dedo,

»¿Por qué esa hechicera, como la que figurará en la narración siguiente, parecía entrar en la habitación del mismo modo que parecía salir de ella pasando á través del muro? Nadie, es preciso asegurarlo bien, distinguía lo que el pequeño Ricardo pretendía ver. ¡Tenía fiebre! ¡Deliraba!... Gibsón, no obstante, lanzándose al sitio indicado por el niño, descargó sobre él una cuchillada. ¡Oh, padre mío! Gibsón ha herido en la mano á Juana, que arroja sangre. ¿Qué creer? ¿Qué hacer? De un brinco, el padre de Ricardo y Gibsón van á avisar al agente de policía, uno de esos hombres bastante raros, que

nuestros académicos reclutarían con interés, que saben prestar oído á las gentes de menguado criterio, por raro y singular que parezca por sus palabras. Les presta, pues, una atención verdaderamente magistral, sin prevención alguna, y al momento les acompaña al domicilio de la acusada, donde se introducen bruscamente. Juana, sentada sobre un taburete, tiene una de sus manos posadas sobre la otra.

—¿Cómo está usted, madre?, le pregunta el agente de profesión. —No muy bien, señor. —¿Por qué una de sus manos se halla tan ocupada tapando la otra? —¡Oh, es mi postura! —¿Le duele esa mano por casualidad? —No, señor. —¿Tiene usted en ella algún mal?, dejadme que la mire. Y como la anciana se resistiese, el agente de policía, empujándola vivamente, descubre aquella *mano toda ensangrentada*. Se la ve tal como el niño acaba de describirla. Me he producido una gran herida con un alfiler, exclama la anciana... Después se averiguó que aquella miserable mujer había realizado multitud de hechos parecidos, que habian ocurrido á la vista de numerosos testigos.

Juana, citada ante el Tribunal de Charde, fué condenada por él en 26 de marzo de 1658, y desde entonces cesaron las molestias sufridas por el pequeño Ricardo... Los señores Rob, Munt y John Cary, jueces de paz ante los cuales había comparecido Juana, afirmaron haber visto con sus propios ojos gran parte de los fenómenos en que la acusación se basaba. Y ya se sabe cual es en Inglaterra la elevada posición social de estos magistrados. No hay que decir tam-

poco, que todos los testigos habían depuesto bajo fe de juramento, lo que entonces significaba algo.»

II «Ora mujer, llamada Juliana Cox, frizando en los setenta años, mendiga, que cierto día llamaba á la puerta de una casa, cuya criada no la dispensó la mejor acogida. — ¡Bien, bien, hija mía, muy bien; antes de esta noche te arrepentirás. Y apenas llegada la noche, la sirvienta se retorcia con las más espantosas convulsiones. Algo repuesta pidió á gritos socorro, implorando con insistencia el auxilio de las gentes de la casa. ¡Mirad, mirad, esa pícara mendiga que me persigue!.. Y con el dedo extendido la pobre criada pretendía mostrar á la maldita vieja, que nada más que ella conseguía descubrir... ¡Es una alucinada, una maniática, una histérica! ¡claro! ¡Qué nos deje en paz! — Tal repetían en torno suyo en la cocina los filósofos de chaqueta que la rodeaban, molestados por seguir el curso de sus quejas. Pero un día, nuestra sirvienta, perfectamente cierta de ver volver á la carga á su perseguidora, concibió el propósito de armarse de un cuchillo.

«El fantasma de Juliana Cox, acompañado del espectro de un negro, apenas tarda, en efecto, en renovar su visita y ambos á la vez presentan á la criada para que la beba una pócima, que la brava muchacha rehusa obstinadamente llevar á sus labios. Lejos de ello, asiendo su cuchillo, hiere de improviso á su enemiga, y ante los testigos que ven relucir aquella hoja se encuentra su lecho, en el mismo instante, regado con sangre. — Es en la pierna donde el fantasma ha recibido el golpe — vamos á verlo — exclama, y al punto, bien acompañada, se dirige á

la casa de Juliana. ¡Se trataba de comprobar la herida! Llegan, llaman á la puerta, pero hubieran continuado llamando inútilmente mucho tiempo, á no detenerse á echarla abajo. Penetran, pues, en casa de Juliana á viva fuerza. ¡Pronto, pronto! ¡Que enseñe la pierna! La pierna presenta herida reciente, apenas hace algunos minutos, acaba de sufrir una cura. ¡Y los labios de una herida tienen con frecuencia un lenguaje tan indiscreto y tan terrible! Aproximan el cuchillo de la sirvienta ¡Quien diría! La herida se adopta tan exactamente como debe á las dimensiones de aquella hoja. El golpe dirigido al espectro de la mendiga, en una casa donde tantos buenos ojos podían verlo no lo veían, repercutió pues en aquella misma mujer en un lugar que no era el de la aparición. Sin embargo las cosas han ocurrido de tal modo que la herida, que parece haber rebotado del fantasma sobre la persona, es visible y palpable para *todo el mundo*.

«Las obsesiones de que era víctima la pobre sirvienta no cesaron, sin embargo, hasta el día del arresto de Juliana Cox, que fué juzgada y condenada.»

III. Aunque los hechiceros hayan desaparecido ó poco menos por completo, desde hace largos años, un hecho de hechicería en extremo curioso, fué observado en el Sena Inferior en la pequeña aldea de Cideville, hecho que hizo mucho ruido en su época, que fué la de la importación del espiritismo de América en Europa, que resumó de Eudes de Mirville que fué testigo de él, consagrandole á su descripción 71 páginas en un voluminoso tratado en 8.^o

Des Esprits et de leurs Manifestations fluidiques,
De los Espíritus y de sus Manifestaciones fluidicas.

que apareció en 1853.

Un pastor llamado Thorel que se interesaba por un amigo recientemente condenado por un delito cualquiera, amenazaba al cura á quien consideraba como el instigador de aquella condena.

Dos jóvenes destinados al sacerdocio, que se educaban en el presbiterio, fueron los instrumentos de la anunciada venganza. Un día en una feria pública, el pastor se acercó á uno de los jóvenes, le tocó y pocas horas después comenzaron á producirse los fenómenos más extraños.

— Al punto, después de la vuelta del joven, dice el narrador, una especie de tempestad ó borrasca violenta, descarga sobre el presbiterio; en pos de ella se oyen en todas las partes de la casa ruidos parecidos á martillazos. Ya son estos martillazos débiles, breves, como sacudidas, ya tan fuertes que conmueven la casa, percibiéndose á veces á dos kilómetros de distancia. Mientras se oyen tales ruidos, los habitantes de Cideville acuden al presbiterio y lo exploran en todos sentidos sin descubrir la causa.

A estos ruidos extraños no tardan en sumarse nuevos fenómenos, los golpes son descargados en los puntos designados por los testigos, ó reproducen silenciosamente el ritmo exacto que se les pide, los cristales saltan hechos pedazos, los objetos se agitan, las mesas son empujadas violentamente en todos sentidos, las sillas se amontonan se agitan en el aire y quedan en él suspendidas; los breviarios, los cuchillos y todos los objetos pequeños son lanzados por

las ventanas. La badila y las tenazas abandonan el fuego, avanzan por el salón y los carbones encendidos las persiguen por el pavimento.

El autor de esta descripción interroga al ruido misterioso «le hace sonar en todos los rincones de la habitación, y establece con él todas las condiciones de un dialogo, un golpe, por ejemplo, quiere decir que sí; dos, que no; después su número significará nombres de letras, etc. etc. Bien convenido ésto, el testigo hace golpear todas las que componen sus nombres y apellidos, y las de sus hijos, su edad, y la suya por años, meses y días, el nombre de su pueblo, etc. etc., lo que se verifica con tanta exactitud y rapidez, que el mismo testigo se ve obligado á conjurar al agente misterioso á obrar con más lentitud á fin de que pueda comprobar todas sus respuestas, en las que, al fin, halla la más completa exactitud.» (P. 327.)

Otras personas han obtenido respuestas análogas sobre la edad y nombres de personas que no conocían y que, después de la comprobación sobre los documentos del Registro civil se han reconocido como exactas.

El niño en cuya presencia se producen frecuentemente tales fenómenos, decía ver siempre cerca de él la *sombra* de un hombre de blusa á quien no conocía, hasta el día que confrontando con Thorel exclama: — «Este es *el hombre*.» En el momento en que acusa la presencia del fantasma, un sacerdote ve confusamente una especie de *columna grisácea* ó de *vapor fluidico*. Otros han visto muchas veces serpentear este mismo vapor en todos sentidos, con

una especie de silbido muy ligero, y después condensarse y escapar por todas las hendiduras de la habitación.

Un día, el joven, asegura ver una mano negra descender por la chimenea y exclama que de repente le ha dado un bofetón. Nadie ve esta mano, pero todos los testigos han oído el ruido del bofetón, y poco después, se ve enrojecer la mejilla.

Los testigos habituales de estos fenómenos habían oído decir que los fantasmas tenían miedo á las espadas. Se armaron de varias de ellas y donde se dejaba oír el más ligero rumor se pinchaba lo más enérgicamente posible. Bajo la acción de uno de esos pinchazos «brotó una llama, y resultado de ella una humareda tan espesa, que fué necesario abrir todas las ventanas para no perecer de una pronta y completa asfixia. Disipado el humo y sucedida la calma á emoción tan violenta, insisten en aquella forma de abjuración que parece tan sensible, toman las espadas y vuelven á pinchar, dejándose oír un jemido; se continúa y el jemido redobra, distinguiéndose al fin, positivamente, la palabra *perdón*.....

«Perdón, dicen todos, si, te perdonamos, y hasta haremos más, pasaremos la noche pidiendo á Dios que te perdone á su vez... más con una condición, y es que, quien quiera que seas, vengas mañana, tu mismo, en persona á pedir perdón á este joven.» Entonces todo vuelve á entrar en orden en el presbiterio, terminando tan terrible noche en calma y en oración.

»Al siguiente día por la tarde, llaman á la puerta del presbiterio; abren y se presenta Thorel, en acti-

tud humilde, con embarazosas palabras y tratando de ocultar con el sombrero las cortaduras ensangrentadas que cubren su rostro. El joven se aperci-be y exclama: He aquí el homore que me persigue hace quince días.» (P. 331.)

El cura pregunta á Thorel la causa de las heridas que tiene en el rostro, pero el herido rehusa explicarla, confiesa los hechos y de rodillas, pide perdón. El cura le ruega que acuda á la alcaldía para explicarse ante testigos y el accede, arrodillado, pide su perdón y se arrastra hacia el cura á quien quiere tocar. Este se opone y retrocede en la habitación hasta que en un rincón no puede ir más allá. Entonces, levanta su bastón y le dice que le va á golpear con él si continúa avanzando. No obstante, avanza y el cura le golpea. Thorel le cita ante el juez de paz de Yerville con la esperanza de que sea condenado por daños y perjuicios. Después de haber oído á numerosos testigos que confirman los hechos del presbiterio, sin que Thorel los niegue, el magistrado desecha la demanda y le condena en costas.

A pesar de ésto, tales fenómenos, si bien más atenuados, no cesan por completo hasta el día en que, por prudencia, el arzobispo aleja á los jóvenes del presbiterio, habiendo durado estos fenómenos dos meses y medio, desde el 26 de noviembre de 1850 al 15 de febrero de 1851.

I. **Entre los teósofos.**—Los teósofos no experimentan por lo general; en sus obras no describen más que un corto número de fenómenos que puedan comprobarse.

Dueños de sí mismos, no se desdoblan á la mane-

ra de los místicos religiosos para realizar una obra cualquiera, y jamás se abandonan á las influencias que á veces parecen dirigir los mediums.

Sin embargo, la señora Blavatsky ha obtenido ante numerosos testigos fenómenos muy extraños, que atribuye á la intervención de su *Dueño*, un *Adepto*,



Figura 9.—H. P. Blavatsky

un *Mahatma*, que, según ella, residía muy lejos, en las Soledades del Thibet.

En el número de estos fenómenos, hay aportes de un carácter absolutamente especial y correspondencias escritas, transmitidas en pocos instantes á pesar de la distancia de muchos cientos de kilómetros que separaban á los comunicantes.

No me detendré en estos fenómenos, muy transcendentales, relatando tan sólo los más sencillos, los

más ordinarios y más en armonía con los que se producen á veces espontáneamente en torno de ciertas personas.

En 1880, la señora Blavatsky, fué huésped de Sinnett, presidente de la Sociedad filosófica de Simla, que en una obra muy documentada, publicada primero en inglés, y después en francés, con el título de *Le monde occulte*, dió cuenta al público de los fenómenos de que había sido testigo. De esta obra, edición de 1901, entresaco las siguientes líneas, relativas á los *golpes dados á voluntad*.

«Me apercibí, dice el autor, de que los golpes siempre eran dados en la mesa cerca de la cual se sentaba, con propósito de producir aquellos ruidos... No era necesario que otras personas se sentaran á la mesa. El mismo muelle no era tampoco indispensable; podíamos trabajar en cualesquiera otras condiciones: en un cristal, en la pared, en una puerta, en suma, en cuanto fuera de naturaleza apropiada para producir el sonido de un golpe dado. Al punto se observó que una mampara de cristales entreabierta sería un instrumento muy cómodo, porque era fácil colocar enfrente á la señora Blavatsky, ver su mano desnuda (sin anillos) inmóvil en el cristal y percibir al mismo tiempo golpecitos muy distintos. Recordaban el ruido producido por la punta de un lápiz ó por chispas procedentes de un aparato eléctrico. Con frecuencia, por la noche, colocábamos sobre una alfombra, ante la chimenea un gran fanal de reloj; la señora Blavatsky se sentaba á su lado, sin que sus ropas le tocaran; colocaba las manos, sin anillos, encima. Encendíamos, frente á ella, una lámpara, y

nos colocábamos sobre la alfombra, en una posición que permitía á cada uno de nosotros ver sobre el cristal las palmas de las manos de nuestra huesped; en tales condiciones, completamente satisfactorias, los golpes claros y distintos, se producían en la superficie sonora del fanal.

«... Los golpes obedecían, he comprobado el hecho de muchas maneras, ya por medio del cristal, ya por el fanal. Daba un nombre al azar, pidiendo que fuera deletreado, y repetía las letras del alfabeto, las que formaban el nombre, eran señaladas por los golpes, ó también fijaba el número de ellos y le obtenía, imponiendo á los ruidos un ritmo determinado que era observado. No es eso todo, la señora Blavatsky pasaba una ó dos manos sobre la cabeza de cualquiera, y un oído fino percibía distintamente los golpes, y la persona tocada sentía cada choqucito como si sacase chispas del conductor de una máquina eléctrica.

»Más tarde, en el curso de mis investigaciones los resultados fueron mejores aun. Por ejemplo, golpes percibidos sin que hubiese contacto entre el objeto resonante y la señora Blavasky. En Simla, rodeada de observadores serios, acostumbraba á producir los golpes sobre una mesita que nadie tocaba; posaba en ella las manos algunos momentos, y después, como si la hubiera cargado de fluido, las retiraba, teniendo una de ellas á un metro próximamente de distancia sobre el mueble, dando pases magnéticos á los que al punto contestaba el ruido familiar. Estas experiencias resultaban, no sólo entre nosotros, con nuestras propias mesas, sino en casa de nuestros

amigos, á los que la señora Blavatsky iba á visitar en nuestra compañía...» (pág. 64).

A caso alguien se extrañe de que haya expuesto aquí ciertos fenómenos obtenidos por los teósofos, que no comprenden bien aun el papel probable del fantasma del experimentador en sus manifestaciones. Contestaré á ello que hay una razón de analogía; primero en el sentido de que la producción de tales fenómenos la atribuyen aquí á la intervención de un *adepto* lejano, mientras que los espiritistas los atribuyen á la presencia de los *espíritus*; después porque hemos oído dar golpes, á veces formidables, entre los hechiceros, donde no se veía el fantasma de éstos, y aun muy frecuentemente se les oye en las sesiones espiritistas, con la aparición de manos, de fantasmas, que están á veces bastante materializadas para ser vistas por todos los asistentes.

Ahora, comprenderá el lector que sería lógico admitir que, en los diferentes campos, los mismos fenómenos deben ser producidos por las mismas causas.

V. Entre los espiritistas.—Las manifestaciones fantasmagóricas son extremadamente numerosas y variadas entre los espiritistas. Son estas, para los efectos físicos solamente; golpes dados, ruidos diversos, así como sonidos armoniosos producidos por ciertos instrumentos musicales, movientos de mesas, que con ó sin contacto, contestan á las preguntas que se les hacen; desplazamiento de los objetos y también el paso de ciertos cuerpos á través de la materia; aporte de objetos, flores sobre todo, la levitación del medium, de la que hay numerosos

✓ ejemplos entre los fakires de la India y entre los místicos religiosos; la aparición de claridades fosforescentes, de luces, de manos luminosas y hasta de fantasmas que marchan, que obran y que hablan durante algunos instantes como seres vivos.

Y todos estos fenómenos extraños, atribuidos por los sabios contemporáneos á una fuerza desconocida en su esencia, que dicen ser la *fuerza psíquica*, son debidos, afirman los espiritistas, á la presencia de los *espíritus*, es decir, á las almas de los muertos que se comunican con las de los vivos por la mediación de sujetos dotados de propiedades especiales, que se designan bajo el nombre de *mediums*.

Análogos fenómenos han sido observados entre los hechiceros, que, decíase, estaban en relación con el demonio, y entre los teósofos que están sometidos á su Dueño.

Esta explicación de los fenómenos atribuidos á la voluntad de una entidad extraña á la persona del sujeto que los produce, se hace demasiado insuficiente cuando estos mismos fenómenos se obtienen en circunstancias y condiciones análogas por intermediarios que no son de la misma escuela y á los que se atribuye una causa diferente. Pronto hemos de ver que entre las *gentes de mundo*, que no hacen alarde de su facultad, y que no llaman ninguna influencia en su auxilio, se observan muchas veces idénticos fenómenos espontáneamente, y casi siempre sin ser deseados ni esperados por nadie. Si así es, bien puede admitirse una causa común y pensar que, al menos en ciertos casos, los fenómenos son debidos pura y simplemente al desdoblamiento

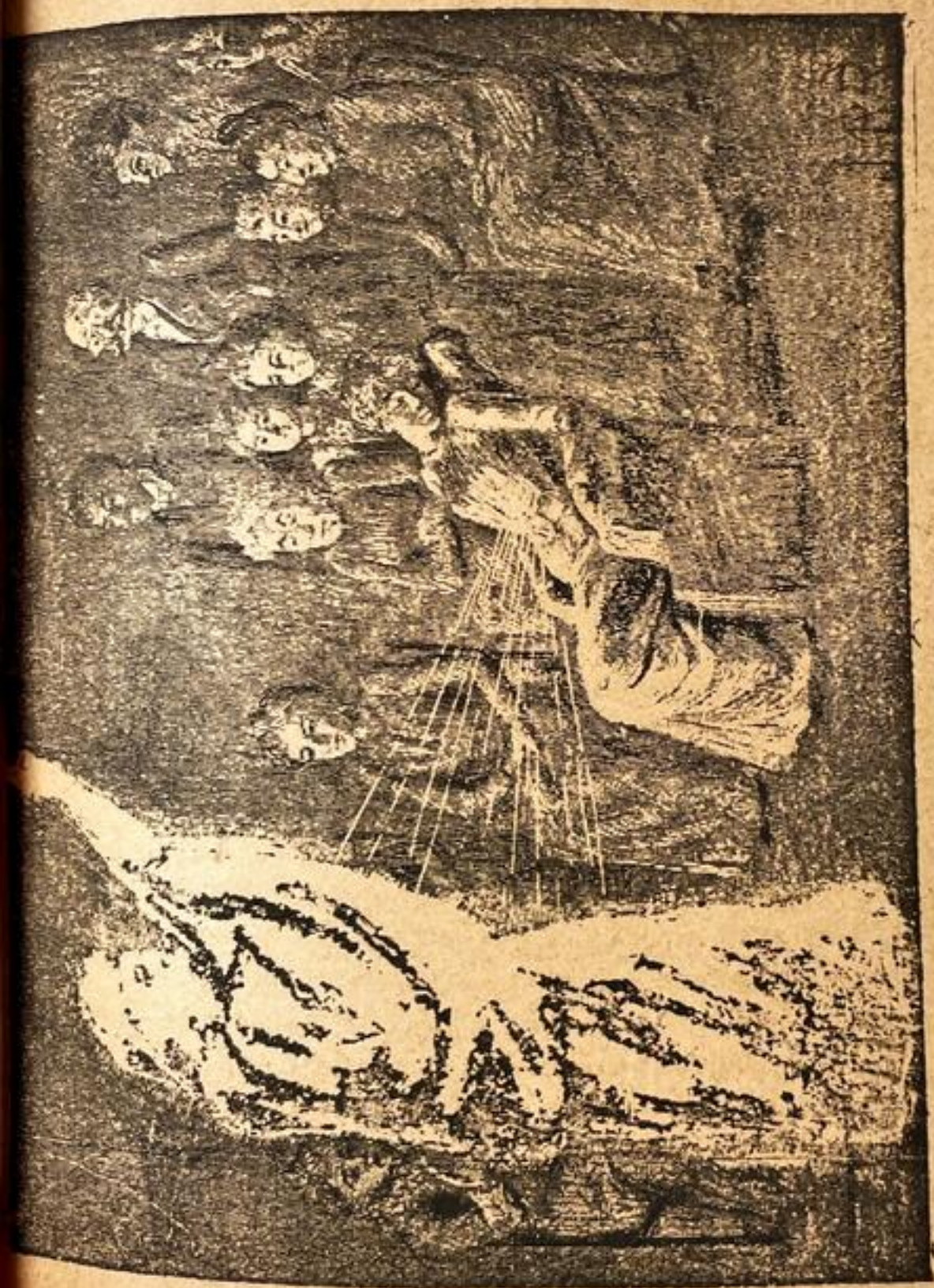


Figura 10. — Teoría de la formación de un Fantasma

del sujeto en que se originan. Esto es, por otra parte, lo que piensa los ocultistas; y en su nombre, Papus, nos da en *L'Initiation* notas explicativas á este propósito, con dibujos debidos á la pluma de un artista que parece conocer muy bien el mecanismo de estos fenómenos misteriosos. En la figura 10 representa el artista una materialización que muestra á la vista asombrada la aparición de un fantasma.

Para Papus, éste fenómeno, sumamente raro, no es de fácil producción, pues exige de parte del medium, «un enorme dispendio de fluido muy pesado, muy físico por decirlo así.» Este fluido se escapa de la proximidad del bazo del sujeto, y viene á condensarse, ya detrás de él ya á su izquierda, bajo la forma de un *fantasma*. Este fantasma exteriorizado, es el cuerpo astral del medium, que puede tomar la forma de éste, su expresión, sus maneras ú otra forma diferente. Una entidad extraña al sujeto puede también, aunque muy raramente, manifestarse en el lugar y puesto del cuerpo astral del medium, en cuyo caso éste da su propio fluido á la entidad que le aplica «bajo su forma invisible, como el escultor aplica el barro sobre un armazón de alambre» (agosto 1902).

La figura 11 representa el aporte de flores de una habitación á otra. A este propósito, Papus describe lo siguiente en *L'Initiation* de febrero 1903:

«En Tours se ha hecho á este respecto una experiencia muy curiosa ante los más serios experimentadores. He aquí los hechos: Los asistentes á una sesión se trasladan al jardín de la casa, donde eligen una flor, aun en su tallo, y después de haberla determina-

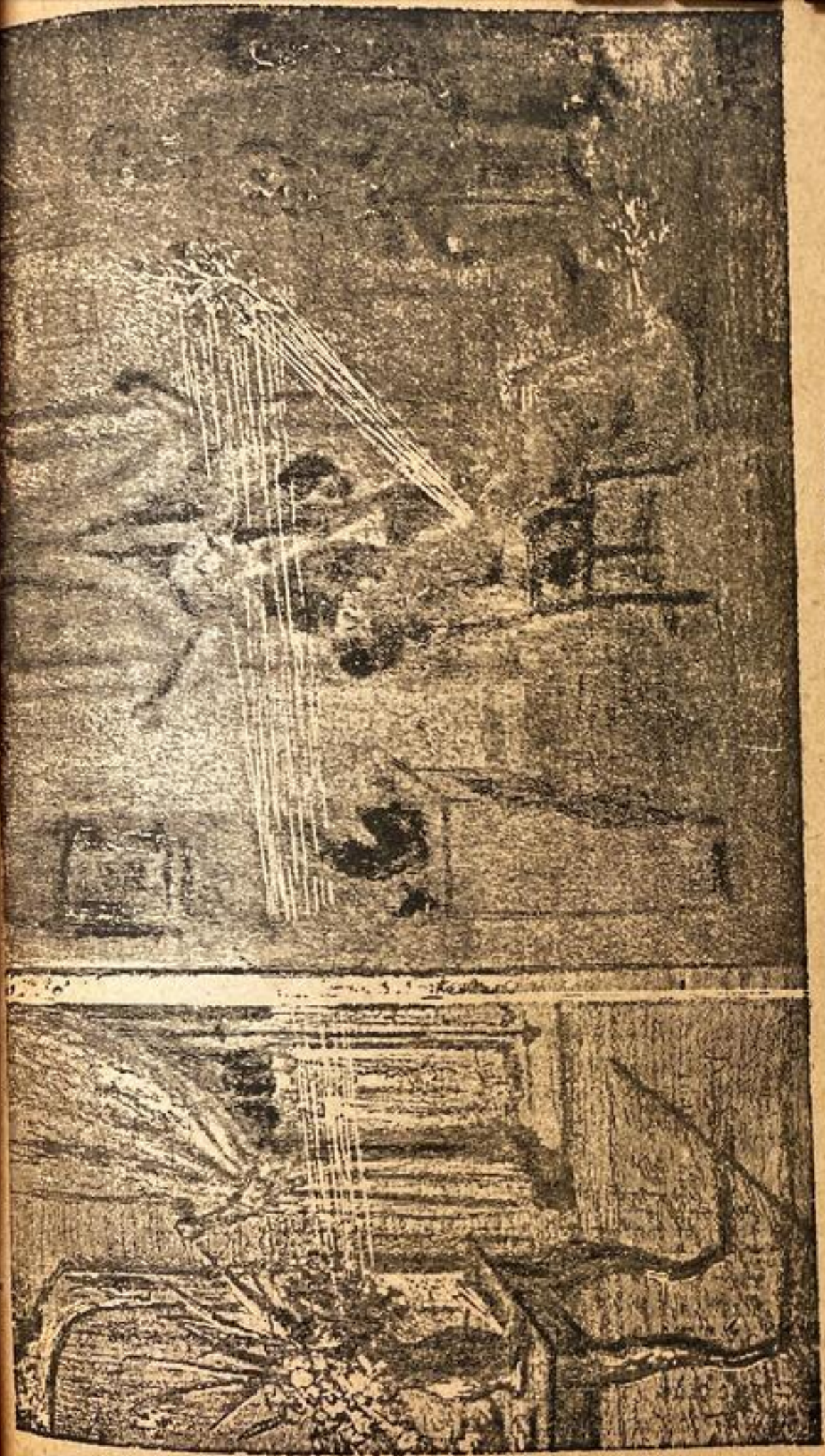


Figura 11. — Mecanismo de un aporte de flores

do bien, vuelven á la casa, mientras el Sr. G... magnetizaba el trayecto de la flor á la casa. Cerrada con llave la puerta de cristales de dicha casa, todos los asistentes han podido darse cuenta de que la flor elegida aun estaba en su tallo. Pasados algunos minutos de sesión y volviendo á salir inmediatamente, han comprobado que la puerta continuaba cerrada, que en la casa no habia nadie fuera de las personas asistentes á la sesión, y que la flor de antemano elegida habia sido completamente arrancada de su tallo.

»Los hechos de aporte exigen ser muy bien comprobados, porque son muy frecuentes y su frecuencia misma impulsa á los sujetos mal dispuestos á sofisticar. Personalmente, he visto en París con la señora Bablin, y en San Petersburgo con el medium Sambor, hechos de aporte absolutamente claros y fáciles de comprobar.»

La figura 12 representa la teoría del vaciado del rostro de un fantasma.

En *L'Initiation* de mayo 1902, nos explica Papus este hecho del modo siguiente:

»Aksakof ha obtenido vaciados de miembros y de manos en los que solo el puño ofrecía posibilidad de entrada ó salida en caso de superchería é imposibles, por este hecho, de ser reproducidos por fraude en las mismas condiciones de experimentación.

»El coronel de Rochas, ha hecho con Eusapia Paladino un vaciado que hemos estudiado especialmente y que nos servirá para establecer la teoría de tan curiosos hechos.

»Este vaciado reproducía la cara del medium, de-



Figura 12.—Teoría del vaciado de la faz de un Fantasma

formada, exactamente como si se hubiera producido por la aplicación de la figura real sobre mastie: los cabellos de la mujer encuadraban al vaciado y permitían, desde luego, eliminar la hipótesis de un pretendido espiritista. Jhon, que hubiese venido á materializarse y modelarse. Abramos aquí un paréntesis; los excepticos y las personas poco al corriente de estas investigaciones no dejarán de decir que el mismo medium se ha desplazado para producir el fenómeno. Las experiencias de Aksakof y los detalles de las actas, de las experiencias hechas por M. de Rochas en el Agnelas bastarán para deducir á la nada estas infantiles objeciones.

»Como se ve, se trata de una salida fuera del medium de su doble (cuerpo astral ó perispíritu) que va á imprimir su forma en la substancia plástica. Tal es, en nuestra opinión, el hecho que se verifica en el vaciado de Eusapia Paladino. Mas pueden presentarse otros casos, en los que el vaciado reproduce rasgos diferentes de los del medium. La teoría espiritista admite que son los mismos *espíritus* los que así se manifiestan. Sin negar esta posibilidad, podemos inquirir, sino existen, otras explicaciones del fenómeno.

»Todos los ocultistas saben que en estas experiencias de materialización, el medium suministra, por su cuerpo astral, exteriorizado al nivel del bazo, la substancia de que se va á servir, como de una envoltura el ser que aparece. Esta substancia no es, en suma, más que el vaciado formado por la idea viviente, constituyendo el origen de la materializa-

✓ ción, reduciéndose el problema á la investigación del origen real de esta idea formadora del cliché astral. No negamos que un espíritu pueda ser realmente la causa de este hecho. Pero las experiencias presentadas, con clichés en su apoyo, en el Congreso de 1889, por Donald Mac Nab, tienden á probar que una imagen mental creada en todas sus partes en el cerebro del medium, es susceptible de constituir una materialización fotografiable. Antes de 1875, en los Estados Unidos, la señora H. P. Blavatsky, que conocia la teoría y la práctica de estos fenómenos, se entretenía en dar á las apariciones materializadas, la forma de los rasgos de los hombres políticos vivos, lo que puede hacerse dirigiendo la creación de los clichés mentales accionando sobre la fuerza astral del medium. +

«Se conoce aún muy poco la enorme potencia de acción del pensamiento humano y su dinámica positiva. El comandante Darget ha llegado á demostrar experimentalmente cuánta acción directa podrá tener el pensamiento sobre la placa fotográfica, ya directamente, ya indirectamente, á través de un objetivo. Son precisas, pues, nuevas y muy minuciosas investigaciones para saber si efectivamente la idea grabada en el cerebro del consultante no es el origen real de la materialización, que se produciría entre el cerebro de la madre desolada y el cuerpo astral del medium para constituir la aparición del hijo fallecido.»

VI. Entre las gentes de mundo.—Bajo este título, algo vago, comprendo á los contemporáneos que no son religiosos estáticos, he-

✓ ción, reduciéndose el problema á la investigación del origen real de esta idea formadora del cliché astral. No negamos que un espíritu pueda ser realmente la causa de este hecho. Pero las experiencias presentadas, con clichés en su apoyo, en el Congreso de 1889, por Donald Mac Nab, tienden á probar que una imagen mental creada en todas sus partes en el cerebro del medium, es susceptible de constituir una materialización fotografiable. Antes de 1875, en los Estados Unidos, la señora H. P. Blavatsky, que conocia la teoría y la práctica de estos fenómenos, se entretenía en dar á las apariciones materializadas, la forma de los rasgos de los hombres políticos vivos, lo que puede hacerse dirigiendo la creación de los clichés mentales accionando sobre la fuerza astral del medium. +

»Se conoce aún muy poco la enorme potencia de acción del pensamiento humano y su dinámica positiva. El comandante Darget ha llegado á demostrar experimentalmente cuánta acción directa podrá tener el pensamiento sobre la placa fotográfica, ya directamente, ya indirectamente, á través de un objetivo. Son precisas, pues, nuevas y muy minuciosas investigaciones para saber si efectivamente la idea grabada en el cerebro del consultante no es el origen real de la materialización, que se produciría entre el cerebro de la madre desolada y el cuerpo astral del medium para constituir la aparición del hijo fallecido.»

VI. **Entre las gentes de mundo.**—Bajo este título, algo vago, comprendo á los contemporáneos que no son religiosos estáticos, he-

chiceros, teósofos ó espiritistas, es decir, *gentes* como nosotros, por ejemplo, más ó menos sanas, que se desdoblan espontáneamente, aun sin dudarlo, y en todo caso, sin hacer nada para ello.

En el desdoblamiento, mucho más frecuente de lo que se cree, desde los fenómenos apenas perceptibles, tales como los presentimientos, las visiones



Figura 13. — **Papus**

que se han soñado, cuya causa no se comprende, hasta los fenómenos más intensos y mejor caracterizados en que todos los asistentes ven el fantasma, que marcha, habla y obra, la Naturaleza nos presenta gradaciones sin cuento.

Hemos visto que las manifestaciones del fantasma humano, del doble, como generalmente se le llama, son relativamente frecuentes y extremadamente intensas entre los estáticos religiosos, cuyas transcendentales aspiraciones sostiene una fe robusta. Son todavía más notables entre los hechiceros, y como veremos más adelante, entre los moribundos. Pero

las manifestaciones que recaen directamente bajo los sentidos de cada uno de nosotros, llegan á ser más raras y mucho menos intensas entre las gentes de mundo que no tienen interés alguno en su desdoblamiento, siendo, por tanto, frecuentes en las personas dotadas de un sistema nervioso extremadamente delicado, que llamamos sensitivas. X

Así, muchas de ellas ven su fantasma espontáneamente exteriorizado, y como los mediums, perciben con frecuencia sensaciones visuales, táctiles ó auditivas, que no son debidas sino á causas extrafísicas.

En estado de vigilia, el fantasma se halla normalmente encerrado en el cuerpo físico, pero en ciertos casos, vagabundea, dejando generalmente á éste en una soñadora inquietud. La reciprocidad es verdadera, porque hay ejemplos en que es normal la expresión de la figura física, mientras que la del fantasma es inquieta ó pensativa. X

Casos históricos.—Cuatro obras notables nos suministran á este propósito numerosos documentos. Son estas, por orden de fechas: *La Mystique*, de Görres, edición francesa, traducida por Ch. Sainte-Foi; 1854, sobre todo en el tercer volumen, que trata de la mística natural; *Los Mediadores de la Magia, el fantasma humano, et el principe vital*, por Gougenot des Mousseaux, 1863; *Los Altos Fenómenos de la Magia*, por el mismo, 1864, y *Ensayo sobre la Humanidad postuma y el Espiritismo*, por A. d'Assier, 1883. Estas obras relatan numerosos hechos en los cuales en circunstancias determinadas el fantasma exteriorizado del hombre vivo era visible. El primer autor ya citado, admite que el desdoblamiento

to es efecto de una disposición natural, y que por consiguiente no hay en ello ni milagro, ni prestigio. El segundo, igualmente citado precedentemente, comprueba que en todos los tiempos y en todos los pueblos civilizados, buen número de psicólogos han admitido, como también admitía el autor anterior, que el hombre es un compuesto de tres principios: el cuerpo, el alma y un intermediario que reúne á ambos; después establece una teoría que apoya con sólida y seria argumentación. El tercer autor, profesor de la Universidad, filósofo, positivista y filólogo distinguido que estudió primero las manifestaciones del fantasma póstumo, es decir el *perispiritu* de los esperitistas, llegó por observación rigurosa de los hechos á estudiar el fantasma de los vivos y á considerar que esta presenta los mismos caracteres y el mismo origen.

El primer autor publica una veintena de casos de desdoblamiento espontáneo, muy notables todos ellos; reproduzco el siguiente, que he elegido entre los más sencillos:

«Un joven de Londres, que conoció Morton, y que, según el testimonio de éste, era sobrio, religioso, sensato, de imaginación tranquila y moderada, instruido, reflexivo y serio, no habiendo jamás observado en él ni afición á lo maravilloso, ni predisposición á la locura, á los delirios, á las ilusiones, como ocurre tan frecuentemente en los que ven fantasmas; y, sin embargo, he aquí lo que le sucedió: Era dependiente de un comerciante de Londres, y estaba próximo á embarcarse para América, donde su principal tenía otro comercio.

El barco estaba presto; su principal, teniendo que escribir algunas cartas y ultimar otros preparativos, no pudo sentarse con él á la mesa á comer, y le encargó que se quedase en su despacho hasta que él viniera á reemplazarle. Después de haber comido, bajó para que á su vez fuera á comer, y le vió por la puerta de su despacho sentado al lado del tenedor de libros, como antes le había dejado.

Obligado en el mismo instante á subir nuevamente al comedor, de donde acababa de bajar, dejó al joven en su cuarto sin hablarle, pero cuando estuvo arriba, le vió en la mesa con los demás dependientes de la casa. La puerta de donde se encontraban se abría hacia la escalera, de suerte que desde ella se le podía ver muy bien, siendo cualquier ilusión imposible. El joven, pues, no había podido subir la escalera y pasar á su lado de modo natural, aparte de la inconveniencia que habría cometido al obrar así. El principal no le dirigió la palabra, de lo que al punto se arrepintió; pero como estaba trastornado, entró en el comedor que estaba situado á la derecha del de los dependientes de la casa. En seguida mandó á ver si el joven estaba realmente en la mesa con estos, y así era en efecto; de suerte que lo que él había visto en su despacho, no debía ser más que su imagen (su fantasma)» (t. 3, p. 271).

He aquí un caso más complicado, que se repite con frecuencia, referido por Geugenot des Mousseaux y también por A. d'Assier:

«Sir Roberto Dale Owen era embajador de la República de los Estados Unidos en Nápoles. En 1845, cuenta ese diplomático, existía en Livonia, el co-

legio de Neuwelke, á doce leguas de Riga y á media de Wolmar. Había en él 42 pensionistas, la mayor parte pertenecientes á nobles familias, y entre las inspectoras figuraba Emilia Sagée francesa, de treinta y dos años, de salud robusta, aunque nerviosa, y de conducta digna de toda clase de elogios. Pocas semanas después de su llegada, se observó que cuando una pensionista aseguraba haberla visto en un sitio, otra afirmaba con frecuencia que estaba en lugar diferente. Un día, las jóvenes vieron de repente á dos Emilias Sagée, exactamente parecidas y haciendo los mismos gestos; sin embargo, una tenía en la mano la tiza y la otra nada. Poco tiempo después, estando peinándose Antonieta de Wrangel, Emilia la abrochaba por detrás el traje, y la joven vió en su espejo á dos Emilias que la abrochaban, sufriendo un síncope á causa del miedo. Algunas veces, durante las comidas, la doble figura aparecía en pie, detrás de la silla de la inspectora é imitando los movimientos que hacía para comer, pero las manos no tenían ni tenedor ni cuchillo. La substancia desdoblada, sin embargo, no parecía imitar sino accidentalmente á la persona real, y algunas veces, cuando Emilia se levantaba de su silla, el ser desdoblado parecía estar sentado. Una vez, Emilia enferma, estaba como amodorrada y aniquilada. De repente, la inspectora palideció, pareciendo estar á punto de desvanecerse. La joven alumna la preguntó si se encontraba peor, respondiendo negativamente, pero con voz débil. Algunos segundos después, la señorita de Wrangel vió claramente á la doble Emilia pasearse de un lado á otro de la habitación.

«Pero he aquí el ejemplo más notable de bicorporeidad observado en la inspectora: un día, las cuarenta y dos pensionistas bordaban en la misma habitación del piso bajo, cuyas cuatro puertas de cristales daban sobre el jardín. Allí veían á Emilia coger flores, cuando de repente, su figura apareció instalada en una silla que había quedado vacante. Las pensionistas miraron inmediatamente al jardín y continuaron viendo en él á Emilia, pero observaron la lentitud de su marcha y su aspecto de sufrimiento; estaba como amodorrada y extenuada... Dos de las más atrevidas se acercaron al doble é intentaron tocarle, experimentando una ligera resistencia que compararon á la de cualquier objeto de muselina ó de gasa.

Una de ellas pasó á través de una parte de la figura, y cuando hubo pasado, la apariencia quedó la misma algunos instantes aún, desapareciendo al fin, aunque gradualmente... Este fenómeno se reprodujo de diferentes maneras todo el tiempo que Emilia ocupó su empleo, es decir, en 1845 y 1846, durante un lapso de año y medio, pero hubo intermitencia de una á varias semanas. Se observó á veces que cuanto más claro y de apariencia material era el doble, la persona realmente material estaba más molesta, y con mayor sufrimiento y languidez; por el contrario, cuando la apariencia del doble se debilitaba, se veía á la enferma recuperar sus fuerzas. Por lo demás, Emilia no tenía conciencia alguna de aquel desdoblamiento, que no sabía sino de oídas; jamás vió el tal doble, ni jamás sospechó el estado á que le reducía...

Aquel fenómeno había inquietado á los padres de las pensionistas, que sacaron de allí á sus hijas, y la institución se derrumbó.»

En el primer caso, el fantasma está allí presente en el despacho de su principal, pero no actúa, mientras que en el segundo cambia de sitio y repite, como por reflexión, los movimientos que hace el cuerpo físico. Está compuesto de materia fluidica pesada, casi física, puesto que presenta cierta resistencia al tacto; es un duplicado del cuerpo físico, que sensiblemente es algo más que la imagen de ese cuerpo reflejada en un espejo, se forma y crece á expensas del físico, tomando de éste la fuerza y la materia. El fenómeno era muy evidente á los ojos de las pensionistas, porque veían al físico decolorarse, amortiguar sus movimientos y perder su vigor á medida que el fantasma se formaba. Cuando éste había alcanzado el término de su desarrollo, el físico estaba agotado y en estado próximo á la postración.

Véanse otros dos casos mucho más complicados y comparables bajo el punto de vista de la acción, con los casos más notables observados en los místicos religiosos. El que sigue también es referido por los dos autores anteriores.

«Sir Robert Bruce, de la ilustre familia escocesa de este nombre, era segundo á bordo de un barco; un día, navegando cerca de Terranova y dedicado á cálculos, creyó ver á su capitán sentado en su pupitre, pero mira con atención y al que aperece es á un extraño, cuya fría mirada fija en él le asombra. El capitán, al que acude, se da cuenta de su asombro y le interroga.

—¿Quien está en vuestro pupitre?—le dice Bruce.

—Nadie.

—Si; hay alguien, ¿es un extraño?... ¿pero como?

—¿Usted sueña ó se chancea?

—De ningún modo; si quiere bajar conmigo, lo verá.

Bajan y nadie está sentado ante el pupitre. Registran el barco de arriba á abajo y no encuentran en él á ningún extraño.

—Sin embargo; el que he visto escribía sobre vuestra pizarra.

—Entonces habrá quedado allí su escritura—dice el capitán.

Miran la pizarra y contiene estas palabras: *Steer to the north west*, es decir, gobernad al noroeste.

—Pero este escrito ¿es de usted ó de alguno de á bordo?

—No.

Todos escriben la misma frase y ninguna escritura se parece á la que contiene la pizarra.

—¡Ben! Obedezcamos al sentido de estas palabras; gobernad el barco al noroeste, puesto que el viento es favorable y permite intentar el experimento.

Tres horas después, el vijia señalaba un banco de hielo y veía al lado un barco de Quebec, desmantelado lleno de gente, singlando hacia Liverpool, y cuyos pasajeros fueron recogidos por los botes del barco de Bruce.

En el momento en que uno de los salvados saltaba al barco libertador, Bruce se estremeció y retrocedió sumamente conmovido. Era el extranjero á quien había visto trazando la frases de la pizarra.

Contó el nuevo incidente á su capitán y este suplicó al desconocido que escribiera las mismas palabras *Steer to the north west* en la pizarra, presentándole el lado opuesto de esta que no contenía escrito alguno.

El desconocido trazó las palabras pedidas.

—¿Muy bien; reconoce usted que es este su carácter de letra ordinario?—dijo el capitán, asombrado de la identidad de ambos escritos.

—Pero, ¿no me ha visto usted escribir? ¿Será posible que dude?

Por toda respuesta, el capitán vuelve la pizarra, y el desconocido queda asombrado, viendo en los dos lados de la pizarra su propia escritura.

—¿Ha soñado usted que escribía en esa pizarra?—le preguntó el capitán del barco naufrago.

—No; al menos no lo recuerdo.

—¿Qué hacía á las doce este pasajero?—preguntó á su compañero el capitán del barco salvador.

—Este pasajero,—contestó—sintiéndose muy fatigado se durmió profundamente, y si mal no recuerdo, fué algún tiempo antes de las doce.

A la una, próximamente, se despertó y me dijo: —«capitán, seremos salvados hoy mismo»,—añadiendo después. «He soñado que estaba á bordo de un barco y que éste venía á nuestro socorro». Describió el barco y su aparejo, siendo grande nuestra sorpresa cuando singlastéis hacia nosotros y reconocimos la exactitud de su descripción.

—En fin,—dijo aquel pasajero á su vez—lo que me extraña es que cuanto veo aquí me parece familiar, y, sin embargo, jamás he estado aquí.

Puede observarse en este caso que el fantasma presenta á la vista una apariencia completa de la vida ordinaria, siendo extraordinariamente notable que un pasajero de un barco náutrago se desdoble y envíe su fantasma en busca de un navío salvador, que le encuentre y que le de por escrito un aviso para el salvamento, que probablemente no podría enunciar de viva voz; que tenga conciencia de que su aviso es tomado en consideración, que va á ser seguido, y que el cuerpo físico, sin haber conservado ningún recuerdo tenga, como sucede después del despertar de los sonámbulos dormidos magnéticamente, la impresión de reconocer el navío salvador, al encontrarse en él, sin haberle visto jamás en estado de vigilia.

Aun es de notar que este desdoblamiento, mucho más completo que los precedentes, se produce como en un sueño profundo. He aquí otro caso análogo, que entresaco del *Traité complet de magnetisme en 12 lecciones*, por el barón de Potet, 1894, p. 549, sacado por él mismo de un periódico inglés, de 1854, en que el fantasma hab'ia obrando.

El hecho siguiente está bien atestiguado, y puede ser colocado entre los fenómenos más difíciles de explicar referentes al espiritismo. Ha sido publicado en el Manual (*Pocket Book*) de los amigos de la religión para 1814, por Jung Stilling, á quien fué referido, como una experiencia personal, por el barón de Su'za, chambelan del rey de Suecia. Este barón cuenta, que habiendo ido á visitar á un vecino volvió á su casa hacía las doce de la noche, hora á la que, en verano, hay suficiente luz en Suecia para

poder leer la impresión más fina. «Cuando llegaba, dice, á mi casa, mi padre salió á mi encuentro á la entrada del Parque, vestido como de costumbre y con un bastón en la mano que había tallado mi hermano. Le saludé y conversamos algún tiempo reunidos, llegando así hasta la puerta de su habitación; al entrar en ella le vi desnudo, acostado en su lecho y profundamente dormido, desvaneciéndose la aparición en el mismo instante. Poco después despertó mi padre, mirándome con aire interrogativo. — ¡Ay, querido Eduardo,—me dijo—Dios sea loado de que por fin te veo sano y salvo, porque he sufrido una gran tortura por tu causa en mi sueño. pues me parecía que habías caído al agua y estabas en peligro de ahogarte! Aquel día,—añade el barón—había ido al río con un amigo á pescar cangrejos y me faltó poco para ser arrastrado por la corriente. Conté á mi padre que había visto su aparición á la entrada de la casa y que habíamos sostenido una conversación prolongada, contestándome que con frecuencia ocurrían hechos parecidos. Acontecimientos tales confirman el sistema sostenido por muchas personas, de que el espíritu, durante la vida del cuerpo, puede á veces escaparse al exterior, revestido de un organismo etéreo, aparecer y obrar en diferentes lugares y olvidar todo al punto cuando vuelve y despierta.»

Este último fenómeno de desdoblamiento durante el sueño, aunque alcanza un grado de materialidad física extraordinariamente grande, nos muestra lo que debe ocurrir de la manera más sencilla y normal en cada uno de nosotros cuando dormimos, con

la diferencia, al menos, de que nuestro fantasma no se materializa suficientemente, no sólo para hablar, sino niquiera para hacerse visible.

Volvamos á estos últimos fenómenos, más comunes, puesto que son menos complicados.

La inspectora de Riga no veía su fantasma; este es el caso de la mayoría de las personas desdobladas; pero otras de estas le ven distintamente. Un sacerdote alemán, citado por Karl du Prel en *La muerte y el más allá*, el abate Steinmetz, veía á menudo su fantasma, sentado en su jardín, en el sitio que él mismo gustaba de ocupar. Un día, encontrándose en su habitación con algunos amigos, les dijo señalándose con el dedo é indicando después su fantasma en el jardín: «He aquí el Steinmetz mortal, he allí el Steinmetz inmortal.»

Bajo el imperio de una voluntad sostenida, cierto número de personas enérgicas pueden, en estado de vigilia, desdoblarse y hacerse visibles á distancia. Muchos casos de esta naturaleza se refieren en la obra de Gurney, Myers y Podmore: *Phantasmas of the living. El Fantasma de los vivos*, de los que diré algunas palabras en el párrafo siguiente:

Casos inéditos.—Ahora voy á referir algunos casos inéditos que me han sido comunicados desde que anuncié mis investigaciones y mis experiencias sobre este objeto.

Caso de la Srta. H. L. ..., que desea guardar el anónimo. Me limito á reproducir, sin comentarla, la carta siguiente del sujeto de la observación, fecha 18 de enero de 1908:

Muy señor mío: He leído con el mayor interés *Le-*

Journal del Magnetisme, y su artículo sobre el desdoblamiento me ha interesado de modo particular, porque en diversas ocasiones he experimentado fenómenos que creo producidos por un desdoblamiento espontáneo é inconsciente. El hecho más reciente, que se remonta à fin de septiembre último, es el siguiente:

Me había acostado y dormido à la hora habitual, cuando sobre la media noche, me he encontrado de pie junto à mi lecho; era el yo consciente y activo quien estaba allí, y mirando con asombro mi cuerpo acostado en el lecho, sobre el lado izquierdo, me convencí de que respiraba penosamente y como ocurre después de una larga carrera; después todo lo vi confuso y volví à hallarme, ó más bien despertarme, en mi lecho, algunos instantes después, exactamente acostada sobre el lado izquierdo, como acababa de ver. Sentía violentas palpitaciones de corazón, y mi respiración era muy difícil. Reciba usted... etc.

Caso del Sr. Lemoine, comandante retirado en Valognes. Mancha 107, rue des Relegieuses. Reproduzco, igualmente sin comentarlas, las dos cartas siguientes, fecha 21 de enero y 14 de febrero de 1908.

Mi querido Sr. Durville: Hace mucho tiempo que me ocupo del magnetismo. Hace diez y seis meses trabé conocimiento con la Srta. Elena Lebeau, que vive con sus padres, modestos artesanos.

Esta joven de treinta y tres años de edad, se encontraba enferma, la propuse magnetizarla y aceptó. En el curso de mis experiencias, me di cuenta de que era vidente natural, es decir, que veía sin necesidad de ser dormida por el magnetismo.

Un día, hará un año próximamente, me dijo sonriendo:

— Es usted algo indiscreto... Me visita durante la noche. La primera vez me molestó mucho esto, pero ya me he habituado á ello.

(Habitábamos á 1.500 metros el uno del otro.)

— ¿Cómo, es posible? —le pregunté.

— Cuando vuestro cuerpo está dormido en su lecho, vuestro doble se escapa, viene á inspeccionarme é intenta descubrir el punto débil de mi organismo. Oigo vuestras reflexiones; por ellas se ahora que el pílora es el punto más enfermo... Permanece usted conmigo algún tiempo, hasta el punto de que no presto atención á ello, y me duermo sin ocuparme de usted.

— ¿Y ocurre eso con frecuencia?

— Si; algunas veces durante el día.

— Es curioso —repuse— Puesto que inconscientemente me desprendo durante el sueño, voy á ensayar á hacerlo voluntariamente.

Me ejercité, pues, en la concentración intensa, y ahora llego á proyectar mi doble, fuera de su prisión, de noche, y hasta de día, en ciertas condiciones.

Tengo perfecta conciencia del momento en que el cuerpo astral se escapa y vuelve á mí; pero ignoro á donde va. Sin embargo, no desespero de llegar á conseguirlo... Reciba, etc.

Desde mi última carta, tengo que señalar algunos hechos nuevos, relativos á mis experiencias de desdoblamiento.

Os decía en ella que ignoraba lo que hacía mi do-

b'e durante su ausencia del cuerpo físico. Ahora ya empiezo á dirigirle. He aquí como me doy cuenta de ello. Supliqué á la joven vidente que dirige mis experiencias concentrarse en si misma á una hora determinada, concentrándome yo también á la misma para llegar al desdoblamiento. Pienso intensamente que iria á su casa, que daría tres veces la vuelta á la mesa y que después, me sentaría.

Al día siguiente, la señorita Lebeau me dijo:

—Ha hecho usted un trabajo de circo en torno de mi mesa y después se ha sentado.

Era, pues, concluyente.

Otra vez quise sentarme en su casa al lado de la chimenea, coger las tenazas y atizar el fuego, y así sucedió.

Estimo que dentro de algún tiempo y gracias á las experiencias diarias que realizamos, llegaremos á resultados aún más convincentes.

Reciba etc.

Caso del Sr. Rousseau, nacido en 1855, representante de comercio en Versailles, que se desdobla muy fácilmente, vé su fantasma, y á veces tiene conocimiento de algunos acontecimientos futuros.

El Sr. Rousseau posee desde su infancia la extraña facultad de desdoblarse espontáneamente y á veces, sentir, ver y oír á distancia; en una palabra, de conocer, no un acontecimiento que sucede en el instante mismo, sino que se realizará en un lapso de tiempo que puede variar de algunos días á muchos años. En un intervalo muy corto, de cuatro ó cinco minutos á lo sumo, adquiere el pleno y completo conocimiento, con todos los detalles grandes y peque-

ños de este acontecimiento, de sus consecuencias remotas ó próximos, que necesitarán días, meses y hasta años, para realizarse por completo.

He aquí algunos ejemplos:

Siendo niño, le ocurría á véces, al levantarse por la mañana, saber, no solamente cuantos eran los individuos que iban á ser preguntados en la escuela á que asistía, sino también los menores detalles, tales como sílaba por sílaba las preguntas que el profesor haría á los diferentes alumnos, las contestaciones, igualmente palabra por palabra, que darían estos, y hasta la impresión que resultaría en los alumnos, así en general como en particular en cada uno de ellos.

Antes de la manifestación del cuartel de Reully, ve el suceso con los menores detalles que le precedieron, acompañaron y siguieron. Ve el arresto de muchos personajes políticos, y en particular de su jefe, hombre de elevada estatura, manifestando su excitación con palabras sentenciosas, sostenidas por violentos ademanes, á quien no conocía personalmente. Vió la instrucción del proceso, la reunión del Senado constituido en alto Tribunal de Justicia, la condena y el destierro de los acusados, su regreso y el fin de su carrera política.

Tres meses después, supo por los periódicos la realización de la primera parte de su visión, y por los grabados, reconoce á Déroulède por haberle visto á la cabeza de los manifestantes. Los acontecimientos que siguieron, acabaron de demostrarle la exactitud de su visión.

Antes de la jornada de Reully, Raussean notificó el

acontecimiento, que creía próximo, á algunos amigos serios, convencidos de la realidad de aquella facultad.

Uno de ellos, capitán de artillería en Versalles, me ha dado cuenta de ello, confirmado más tarde por el héroe de esta historia.

Hace algunos años, vió que su hijo, joven que entonces gozaba de cabal salud, iba á caer gravemente enfermo. Vió todas las fases de la enfermedad, la desesperación de su esposa, las crisis sucesivas que han de producirse y el apuro del médico, terminando éste por declarar que el joven está irremisiblemente perdido, infinidad de detalles insignificantes, demasiado largos de referir, y por fin, la convalecencia.

Al cabo de quince ó veinte días, el joven cae enfermo; llaman al médico, quien no tarda en declarar que ya no queda absolutamente nada que hacer, pasando, en suma, todo como el señor Rausseau ha previsto anticipadamente.

En 1897, ve que el obispo de Versalles dará pronto en el teatro municipal una serie de conferencias, cuyo objeto especial no es exclusivamente religioso. Nadie tenía aun noticia de tales conferencias, cuando dos meses después anuncian que dará tres ó cuatro, que tienen lugar según él las había visto, con el programa que ya conocía y ante los espectadores que igualmente había visto.

Estos fenómenos de visión anticipada y de conocimiento casi matemático de lo que debe ocurrir en el curso de un acontecimiento futuro, se producen generalmente por la noche, hacia las diez ó las once;

cuando está en el lecho ó á punto de entrar en él.

Entonces ve fluidos vivamente coloreados, azules, blancos, rojizos, que se escapan por todas las partes de su cuerpo, y sobre todo de sus manos, experimentando un ligero temblor en todo su cuerpo, acompañado de una impresión, agradable ó desagradable, según el sentimiento que va á experimentar. Estos fluidos se condensan sobre él toman la forma de su cuerpo, asegurando el interesado que es *el doble*. Este doble, este fantasma así exteriorizado, no le obedece y no tarda en marchar de allí, pasando á través de los muros. Va al lugar ó lugares en que debe desarrollarse el acontecimiento, y allí ve todos los detalles auditivos, ópticos y cuantos se deban producir.

Aquí procede hacer una observación muy importante. Hay acontecimientos á los que debe asistir la persona, y otros en los cuales no ha de tomar parte alguna. En el primer caso, le parece que cuando el fantasma se va de allí, *toda su personalidad física y moral, su yo consciente*, parte con él, y no tiene ya conciencia de que allí está su cuerpo físico, acostado en su lecho. Entonces ve los menores detalles, que verá de nuevo al asistir á la realización del suceso; esto es lo sucedido con la enfermedad de su hijo. En el segundo caso, es decir, cuando no debía asistir á esta realización, como ocurrió en la jornada de Reully, tiene conciencia de que *algo de él* se traslada al lugar donde el acontecimiento se produce, pero su yo consciente, queda con su cuerpo en su lecho, estando en él todo entero, física y moralmente, completamente despierto y plenamente concien-

te. Entonces se figura estar realments en dos sitios á la vez: primero en su lecho, y después lejos, en el lugar y sitio en que el suceso se producirá. Pien-
sa que podría levantarse, ir y venir, pero prefiere permanecer indolentemente en el lecho. En ambos casos, no se da cuenta de cuando y cómo el fantas-
ma vuelve á ocupar su sitio en el cuerpo físico.

Acabó de decir que estos fenómenos de desdobra-
miento «se producían generalmente por la noche, de
las diez á las once», pero aunque más raramente
también ocurren durante el día con la misma agita-
ción. En este último caso, la impresión es siempre
desagradable, y sin tener ningún pesar, sin embar-
go, vierte lágrimas durante algunos instantes.

Durante largos años, este desdoblamiento no se
producía si no espontáneamente; ahora, cuando
quiere enterarse de un cambio de posición, del re-
sultado de un asunto, ó de cualquier otro suceso fu-
turo, no tiene más que fijar fuertemente su pen-
samiento sobre aquello que quiere conocer, se
acuesta tranquilamente, y el desdoblamiento se
produce siempre, suministrado el conocimiento de-
seado.

Una particularidad es de notar; al ver realizarse
el lecho, jamás conoce la fecha de su realización.
Sabe que ocurrirá en tal ó cual sitio, en estas ó aque-
llas condiciones, y en este ó aquel lugar si conoce
previamente unos y otros, pero si no los ha visto, los
puede designar pero sin nombrarlos. Así, ha querido
saber si se retiraría de los negocios, y en ese caso,
si permanecería en Versalles. Sabe que irá á habitar
un pueblo que no le parece muy lejano. No conoce

el nombre de este pueblo, pero tiene la certidumbre más absoluta de que la primera vez que le atraviere le reconocerá perfectamente, porque ha observado su reducida alcaldía de sencilla construcción de ladrillos, y todos los detalles topográficos están profundamente grabados en su memoria.

El Sr. Rou-seau es un hombre bien equilibrado. Durante mucho tiempo no ha creído en Dios ni en el diablo, más que en la supervivencia del alma más allá de la tumba; pero estos fenómenos, á los que no concede sino escasa importancia, le hacen pensar en que *algo de nosotros* bien podría sobrevivir después de la muerte. Apesar de esto, jamás se ha preguntado si es el doble quien, en este caso, sobrevive al cuerpo físico. No cree en la religión, al menos tal cual los sacerdotes la enseñan y practican; tampoco cree en los fenómenos del espiritismo, aunque los ha visto alguna vez. No es medium, porque jamás ha obtenido fenómenos medianímicos, dándose por el contrario cuenta de que al encontrarse por casualidad en una reunión espiritista en que se desea obtener fácilmente fenómenos, ha molestado bastante al medium para que éste no pudiese obtener nada.

Jamás ha oído en su casa ruidos anormales, como frecuentemente oyen los mediums, tales como crujimientos inusitados en los muebles, golpes descargados ó desplazamientos de los objetos.

De estatura hercúlea, muy fuerte, muy robusto, el Sr. Rousseau, que es un temperamento nervioso-sanguíneo, jamás ha estado enfermo. No es de temer en él la autosugestión, pues sin entusiasmo no e ilusiona, ni tampoco se deja sugerir, porque

domina más bien que dejarse dominar. Por esta razón, ante él, los mediums quedan reducidos á la impotencia.

Podrían citarse miles de ejemplos de desdoblamiento del cuerpo humano viviente entre las gentes de mundo, solamente si buscáramos cuantos han sido publicados, y sobre todo, los que han quedado inéditos; mas esta larga enumeración no añadiría nada á la realidad del fenómeno que me parece suficientemente evidente.

Fotografía del fantasma.—Si en ciertos casos puede ser visto el fantasma, debe poder impresionar la placa fotográfica, que pasa por ser más sensible que nuestra vista.

En efecto, algunas fotografías de fantasmas han sido observadas cerca de la imagen física sin que se haya buscado obtenerlas, y hasta sin que los fotógrafos ni fotografiados pensaran en ello. Los negadores acérrimos siempre encuentran la manera de pronunciarse contra tal suerte de imágenes invocando la doble pose, el cambio de sitio del sujeto ó del aparato, hasta el mismo retoque del negativo, aunque siempre quedan en él particularidades que el artista más hábil no puede jamás obtener falsificadas. Además, la falsificación posible de un hecho no prueba absolutamente nada contra la realidad del mismo. Aksakof en su notable obra *Animismo y espiritismo*, cita un fotógrafo de profesión que hizo un grupo de tres personas. Al revelar la placa se vió detrás del grupo una cuarta persona. «Era, dice el autor, el doble del ayudante del fotógrafo que había estado allí un momento antes de la operación

para preparar la colocación de las tres personas».

He aquí dos ejemplos que ya he publicado en mi *Magnetismo Personal* (1).



Figura 14.—Sacerdote desdoblado

«—Un sacerdote, fotógrafo aficionado, fotografía en condiciones ordinarias, á otro sacerdote amigo suyo. Revelada la placa y con gran sorpresa del

(1) Biblioteca de *La Irradiación*.

operador, seguro de que no se ha movido su aparato y del fotografiado igualmente, bien cierto de no haberse movido tampoco, observan muy claramente dos figuras que no tienen la misma expresión, aunque sí idéntico parecido, figura 14. La figura del astral, más baja y un poco á la derecha de la figura física, parecía débil con la expresión del hombre de quien se dice: le hablaba, pero no me escuchaba, parecía ausente.»

El sacerdote fotógrafo mostró la placa á los más expertos aficionados de Tours, que no supieron dar otra explicación que la del cambio de sitio, ya del aparato, ya del sujeto en el momento de la operación, aunque tal explicación no les satisfacía por completo. Presentada al comandante Darget, este reconoció bien evidente la imagen del cuerpo astral del sacerdote, desdoblado en el momento de la operación.

—El señor Darget quiso darse cuenta de si, en determinadas circunstancias, podría ser fotografiado el fluido magnético:

Para ello, rogó al Sr. Pinard, magnetizador de Tours, que se pusiera á su disposición con sus dos hijas.

Pinard, aceptó gustoso, magnetizando durante algunos minutos á sus dos hijas, como si magnetizase enfermos para curarlos, y Darget fotografió varias veces al magnetizador con sus jóvenes sujetos. En varias placas, un rastro luminoso mostraba la realidad del fluido. Pero, en una de ellas, observó con gran sorpresa, figura 15, que las dos jóvenes estaban desdobladas como el sacerdote de la figura an-

terior, estando absolutamente cierto el Sr. Darget de que ni las jóvenes ni tampoco el aparato se habían movido durante la operación. Examinando la ima-



Figura 15.—Niñas desdobladas

gen puede, además, darse cuenta de que si hubiera habido cambio de sitio, las figuras no hubieran resultado de la misma manera. Lo primero se observa que no están visibles las piernas de los fantasmas,

lo que indica que toda su actividad radicaba en la parte superior del cuerpo. El brazo izquierdo de la joven de la izquierda está plegado en la imagen real, y alargado y colgante en la imagen fantasmagórica. Además, el fantasma, compuesto de materia astral, mucho más sutil que la física, permite ver a través de su imagen los objetos que están colocados detrás.

He mostrado estas últimas imágenes á una decena de fotógrafos de profesión, preguntándoles si nunca habían observado al revelar sus negativas señales análogas. Algunos me han contestado que han observado muchas veces *sombras* que bien podían ser de esta naturaleza, pero que, sin otro examen, y atribuyendo dicho resultado, ya á un cierre imperfecto de la cámara obscura, ya á un rápido cambio de posición del aparato ó del cliente, desechaban la placa, declarando á éste, que no habiéndoles resultado bien la pose, tenían que volver á empezar.

Me parece probable que algunas de esas placas así destruidas, probarían el desdoblamiento de la persona fotografiada.

Lo mismo sucede en las fotografías llamadas espiritistas, en que el fantasma superviviente de una persona fallecida acude allí é impresiona la placa y deja en ella una imagen que los interesados casi siempre reconocen por ser la de tal ó cual pariente ó amigo fallecido.

Si es posible fotografiar el fantasma del hombre vivo, no hay duda que se puede, en ciertas condiciones mas definidas, fotografiar también al fantasma de una persona fallecida que debe sobrevivir á ésta.

Las fotografías *post mortem* son sumamente numerosas. La mayoría de ellas se deben ciertamente á cierta falsificación interesada ; pero aunque entre



Figura 16.—Joven desdoblada. Primera prueba

ellas no hubiera más que una verdaderamente auténtica entre mil falsas, basta para demostrarse la posibilidad de la *fotografía espiritista*.

No he de ir más allá en este camino, que tampoco me es suficientemente familiar y que, además,

me alejaria de mi objeto. Muchas veces pienso que la mayoría de tales fotografías, auténticas como fotografías, es decir sin falsedad ni retoque, no repro-



Figura 17. — Joven desdoblada. Segunda prueba

ducen, al menos en la inmensa mayoría de los casos, sino la imagen del fantasma del medium desdoblado, que ha tomado expresión y forma correspondientes al pensamiento de éste ó al de los que le rodeaban. He aquí una prueba de las más evidentes.

En el número de octubre de 1905 de *Anales de las ciencias psíquicas*, el coronel Rochas ha publicado una nota titulada *Fotografía espiritista*, acompañada de la reproducción de tres fotografías, en cada una de las cuales se observa muy clara la sombra del fantasma del sujeto. El autor de la nota hace algunas reservas sobre una de ellas, aunque se observan particularidades que parecen imposibles de obtener por falsificación ó hasta por defecto de la cámara obscura, que ha dejado filtrarse un rayo de luz; pero considera las otras dos por encima de toda sospecha. Las pruebas que aquí reproduzco, figuras 16 y 17, le fueron enviadas por un allegado de su familia, que al mismo tiempo le dirigia a carta siguiente:

Muy señor mío: Una circunstancia completamente imprevista me obliga acudir á su benevolencia. Acaba de sucedernos un hecho inusitado que nos ha impresionado vivamente. Como sé que usted se ocupa con éxito del magnetismo, con el que se relaciona este suceso, según creo, le someto á usted, rogándole se sirva facilitarme cuantas aclaraciones pueda, sean cuales fueren, prometiéndole reservar-me cuanto pueda ser demasiado impresionable para las partes más interesadas que yo.

He aquí el hecho: Tengo un cuñado que, como aficionado, se ocupa de la fotografía. Ultimamente queriendo fotografiar á su hija, ha obtenido el cliché siguiente: en el primer plano, la joven muy parecida; en el segundo, una especie de sombra fantasma, representándola más claramente, pero delgaducha, vieja, enferma, á punto de entregar su alma. Dicho

fantasma es una sombra muy transparente, pues á través de ella se distinguen los pliegues de la tela que sirve de fondo.

La joven ha estado durante tres años seriamente enferma de cloroanemia, ahora está bien. Ultimamente, en el campo, hallándose sentada al sol con varias personas, vió llegar á una señora desconocida, que apercibiendo gente ha retrocedido el camino. Corrió hacia aquella señora que había desaparecido subitamente y la buscó por todas partes sin resultado. Esto ocurrió hace diez días, y quedó profundamente impresionada.

Antes nada parecido había ocurrido á esta joven, lo que hizo pensar en una alucinación. Mas por la fotografía no se puede decir otro tanto, pues la imagen subsiste.

Hay algo de anormal, quizá de sobrenatural, que es imposible explicarnos.

El padre, la joven, todos nosotros, jamás nos hemos ocupado de espiritismo ni de magnetismo. Sobre todo, la joven ignora por completo lo que son.

Explíqueme, pues, se lo suplico, el caso y dígame lo que de él piensa; le repito que no diré á la familia sino aquello que crea debe decirse.

Las dos fotografías que le envió son de dos clichés diferentes tomados ambos en el mismo momento.

El autor de la nota respondió á su comunicante lo siguiente: «Le dí algunos detalles sobre las ideas actualmente admitidas, relativas al cuerpo astral, le sugería la hipótesis de que la aparición no era otra cosa que el cuerpo astral de su sobrina, que había adoptado las formas correspondientes á los pensa-

mientos que habían surgido en su espíritu. Le pregunté, en fin, si quería ponerme en relación con la joven, que debía ser un sujeto interesante de estudiar.

Si el fantasma puede impresionar la placa sin saberlo el fotógrafo ni el sujeto desdoblado, hay casos en que esta impresión puede verificarse cuando ambos piensan en su posibilidad. He aquí un ejemplo en extremo notable que entresaco de la *Revista científica y moral del Espiritismo*:

En la revista metafísica danesa *Sandlied ssoegeren*, número 49, 5 de 1907 (*El Buscador de la verdad*) el redactor jefe, M. Sigurd Trier, doctor en letras y presidente de la Sociedad metafísica danesa, describe una experiencia fotográfica en casa de M. R. Boursuelli en Londres, fotógrafo psíquico muy conocido (sobre todo después de los artículos de M. W. T. Stead en la *Borderland* de 1895).

Trier cuenta, desde luego, que la existencia de un doble ha sido demostrada muchas veces, se la ha visto y se la ha oído, constituyendo precisamente su deseo, adquirir una prueba científica de la existencia del *doble*.

Cuando el doctor danés estaba en Londres, en el mes de noviembre de 1906, como jefe de una misión metafísica escandinava — cuyos otros dos miembros eran el doctor en Medicina V. T. Axell d'Oestersund, de Suecia, y el médico Harry Hoslt, de Copenhague — hacía experiencias fotográficas por medio de la mediunidad de M. R. Boursuelli (13 Richmond Road, Sheppards, bush). El resultado era asombroso. Sin hablar de gran cantidad de pruebas

de identidad de personas fallecidas (hasta amigos que Trier había tenido en una pretendida encarnación anterior, cuando era teniente coronel francés de artillería llamado Agriella Bourneville, en tiempo de la gran revolución) el doctor obtuvo una prueba fotográfica de la realidad de su doble.

Durante una visita que Trier hizo á Boursnell, éste, que es clarividente, dijo: «Trier, le puedo ver en dos ediciones». ¡Oh, que hermosura! repuso Trier sonriendo alegremente. ¿Puede usted hacer una fotografía de mí y de mi doble? — «Voy á probar, no puedo decirle más, pues no depende de mí. Adopte usted mismo la pose.»

Trier se sentó sobre la silla, colocó la mano izquierda en el respaldo, se llevó un ramo de violetas a la boca. Pero al mismo tiempo, pensó volver la cabeza y la vista á la izquierda (con una mirada muy fija) y apoyar la cabeza en su mano derecha.

«¡Está muy bien! exclama el anciano fotógrafo (cuenta setenta y siete años), ¡quieto! y expuso la placa durante veinte segundos, comprobando Trier las operaciones fotográficas que conoce bastante bien (es aficionado á la fotografía desde 1892 y ha hecho por si mismo más de cuatro mil fotografías).

El resultado fué excelente, porque no se puede separar á Trier de su doble (Fig. 18). La mayoría de los espectadores se engañan, además se ve en la placa el retrato de un espíritu, una joven inglesa.

Trier termina su relato, que es muy claro y muy exacto, con estas palabras, relativas á la fotografía de su doble:



Figura 18.—El Sr. Trier y su doble

«Nada sería tan fácil como producir fotográficamente un clisé parecido, si nos fuera permitido hacer dos exposiciones—primero una mía, sentado con la cabeza vuelta á la izquierda y entonces (después de un cambio de postura) otra en la misma placa, con la cabeza vuelta á la derecha—mas para ello mi complicidad hubiera sido absolutamente necesaria.

La sola hipótesis de fraude es, pues, que yo indubitablemente para servir á mi causa ó tal vez para producir sensación—me hubiese unido con mi fotografía para engañar á mis honorables contemporáneos!

»¿Acaso se imaginará que desde la primera experiencia fotográfica, el 13 de noviembre de 1906 tuvo á su disposición Bourmel, una placa sin revelar con mi retrato? A ello responderé que todas las placas se revelaron en el acto y que comprobamos su número. Además, nunca he adaptado en ninguna experiencia fotográfica una actitud semejante á la presentada por mi doble.

»Si se pretende llamarle la fotografía de un pensamiento, no veo en ello inconveniente.»

—Sigurd Trier.

Rareza de la aparición del fantasma.—Es absolutamente cierto que los fenómenos del desdoblamiento son extremadamente comunes; hasta el punto que por la noche mientras dormimos creo que estamos constantemente desdoblados, como afirman los teósofos, y que con mucha frecuencia, bajo el imperio de una idea, nuestro fantasma, se ve lejos de allí, entra en comunicación con otros fantasmas y nos refiere impresiones que nos sería imposible tener

fuera de ese desdoblamiento inconsciente. Mas, si nos desdoblamos diariamente con tanta facilidad ¿por qué nuestro fantasma es visible tan raramente?

La solución de este problema es muy compleja, se le puede considerar como presentando tres grados principales: 1.º El fantasma que vagabundea sin motivo no es visible para nadie. 2.º No es visible más que para los sensitivos. 3.º Es visible para todo el mundo. En el primer caso flotando sin motivo, el fantasma que no está por lo general suficientemente condensado, no vibra bastante para poner nuestra vista en actividad; en el segundo, bajo el imperio de un pensamiento bien formulado, vibra más energicamente, es más fuerte, más condensado, pero no lo bastante para ser visible para todos; en el tercero, en fin, bajo el imperio de un pensamiento neto y preciso, movido por una voluntad muy enérgica, toma materia en el medio ambiente, se *materializa*, vibra con gran energía, y se hace capaz de hacernos vibrar lo bastante para que nuestros sentidos puedan entrar en actividad en su presencia.

A. d'Adsier, en la obra anteriormente citada nos da una explicación racional del tercer caso. Nos dice que el fantasma no desempeñando más que un papel puramente pasivo, no se anima bastante más que bajo la acción del fluido vital. Este último, que tiene por receptáculo el aparato nervioso, continua, surge en cantidad considerable á consecuencia de una fuerte tensión de espíritu, de una conmoción moral, de ciertas enfermedades ó de otras causas fisiológicas. Bajo su vivificante influencia, el ser íntimo se despierta y aunque quedando siempre en es-

tado latente, se revela por manifestaciones inequívocas. Se diría entonces que hay en el hombre una segunda personalidad enteramente diferente de la ordinaria, y á veces en antagonismo con esta. Si las energías que recibe del fluido taumatúrgico son bastante potentes para permitirle romper los lazos de su prisión y asegurarle momentáneamente una existencia independiente, se destaca del cuerpo y se muestra bajo su forma óptica. Tal es el desdoblamiento, fenómeno que no se observa sino en organizaciones excepcionalmente dotadas con relación á la sensibilidad, explicándose por eso su extrema rareza». (P. 273).

VII. Entre los sonámbulos. El desdoblamiento entre los sonámbulos, al menos en los que son lúcidos, es muy evidente. Cuando se les pregunta lo que pasa en un sitio lejano, afirman siempre *que van á él*; hacen una descripción de lo que dicen ver, y esta descripción, cuando puede ser comprobada, es casi siempre más ó menos exacta.

Todos los magnetizadores, y hasta los aficionados que han obtenido el sonambulismo en cierto número de sujetos, han observado el fenómeno de *visión á distancia*. También han observado, que si se envía á un sonámbulo á un país cálido, y de allí, sin transición, á otro frío, la consecuencia del cambio brusco de temperatura, es que inmediatamente el sujeto experimenta escalofríos con estornudos y otros síntomas precursores de un catarro, que no tarda en declararse, si no se libra de él suficientemente al sujeto. El catarro hasta puede durar algu-

nos días. Yo mismo he observado varias veces este extraño fenómeno de repercusión.

En las diferentes obras que tratan del sonambulismo y de los sonámbulos, se encuentran numerosas observaciones que no se pueden explicar más que haciendo intervenir el desdoblamiento de los sujetos. No citaré ningún hecho para demostrar la realidad de este fenómeno, contentándome con reproducir el extracto siguiente de un artículo titulado *La Lucidez*, escrito por una sonámbula, Eugenia García, en estado de sonambulismo, que ha sido publicado en la *Cadena magnética* del 15 de abril de 1890:

«... Es una irradiación que se escapa de todo nuestro ser bajo la forma de una bruma, grisácea al principio, después gradualmente llega al estado de un vapor blanco que se condensa y forma progresivamente, aumentando de transparencia y de intensidad, un cuerpo luminoso intangible, exactamente parecido al de la persona que durmiendo ve formarse este cuerpo brillante á su lado, en una palabra, es un desdoblamiento luminoso que acaba de producirse por medio del fluido magnético que ayuda al éter á desprenderse de la materia, y este cuerpo luminoso que por su desprendimiento momentáneo de la densa materia que se llama cuerpo y carne, permite al lúcido ver cosas ocultas á nuestros ojos corporales, no es otra cosa que lo que se llama espíritu, inteligencia, sexto sentido ó alma. Si; es el alma, que libre de su densa ganga que se denomina cuerpo y obscurecida en el estado de vigilia, adquiere nuevamente durante el sueño sus cualidades primeras, es

decir, se vuelve espíritu puro, cosa imponderable, impalpable que penetra por doquier, y como el pensamiento, su primera esencia, no conoce distancias y franquea en una milésima de segundo la distancia de París á Pekín. Una vez que este cuerpo luminoso está bien formado, le vemos, no como nuestro cuerpo, sino como nuestro doble.

Primero, nuestra pobre envoltura que miramos ¡ay! con piedad, es preciso confesarlo. Nos molesta lindamente, y no deseáramos nada mejor, brillante mariposa, que no reintegrarnos á nuestra poco luminosa crisálida. Pero pasemos adelante. La segunda cosa que vemos y comprendemos es nuestro magnetizador, pero es rara la manera como le comprendemos, no le oímos hablar, el sonido no llega á nosotros, pero vemos en su cerebro, centro de la creación de las ideas, formarse, germinar, después surgir un pensamiento bajo la forma de emanaciones ó vibraciones luminosas, producidas también por el alma ó cuerpo fluidico, pero en estado de adhesión. Entonces, nosotros que estamos en el estado de inadhesión, experimentamos, con una sensibilidad imposible de explicar esas vibraciones luminosas y fluidicas que son transmitidas á nuestro cuerpo imaterializado por un cuerpo material, pero emanando del espíritu por esa corriente fluidica imponderable que une la tierra al éter transmite las vibraciones terrestres á su envoltura atmosférica, y las vibraciones atmosféricas á la tierra, y el sonido de nuestras palabras al oído, que trasmite al cerebro donde son absorbidas y comprendidas por el cuerpo luminoso ó alma, pero con una facilidad mil,

diez mil, cien mil veces, mayor, porque entre dos cuerpos materiales es preciso que las vibraciones recorran todo el camino que acabo de indicar, mientras que el otro cuerpo inmaterializado ve en el otro materializado formarse] los pensamientos por su naturaleza esencialmente sensible de cuerpo fluídico, y percibe mucho mejor la menor sensación exterior.

Por tales medios se produce la transmisión del pensamiento que asombra á tantas personas. Nada tiene de sorprendente con los otros estados, puesto que es una cosa que continuamente se produce y no es más que el resultado de un hecho necesario absolutamente, realizándose con más ó menos nitidez y precisión, según el grado de facilidad de formación del pensamiento del magnetizador. Si éste es una persona que tiene ideas muy claras] y muy precisas, le serán sumamente fácil de adquirir. Si por el contrario, es una persona indecisa de ideas movibles, será difícil comprenderle, porque las vibraciones estarán cargadas y habrá en ellas confusión. En cuanto á las demás personas que nos rodean y que nos hablan, también las comprendemos, pero con menos facilidad que nuestro magnetizador.

Es aventurado, y debemos guardarnos de ello, entre los sujetos lúcidos que se ocupan de curar á los enfermos hacer esta transmisión, más fácil por el hábito de las sujestiones, porque en lugar de ocuparse de ver el interior del cuerpo, no harían más que leer en el pensamiento de las personas que les consultaran, pues se sabe cuán grande es el número de personas atacadas de enfermedades imaginarias y el

hermoso resultado que se obtendría si se curasen tales enfermedades!

La primera vez que me di cuenta exacta de mi estado de lucidez, he aquí las sensaciones experimentadas. Me he visto de un golpe en pie en medio de la habitación en que acababan de dormirme: «Toma, me parece que hace un instante estaba sentada, y me he levantado sin saberlo, veamos». Dirijo sobre mí una mirada: «Vaya, soy luminosa, transparente, ligera como una pluma». De pronto apercibo mi cuerpo inmóvil, extendido en una butaca. Tres ó cuatro personas me rodeaban, mirándome con atención. ¿Por qué me miran así? Veamos. Me acerco, y también me miro, haciendo lo que los demás. Distingo muy bien todo el interior de mi cuerpo, veo palpitár el corazón, circular la sangre, las redes venosas, los músculos, en una palabra, como si yo fuera de cristal. Me acerco á mi magnetizador, le apoyo una mano en el brazo y le digo: «¿Se diría que estoy muerta?» Mas, ¡cuál fué mi sorpresa! Fué la mano de mi cuerpo material y su lengua los que hicieron la acción de tocar y hablar, y no mi segundo yo. Al mismo tiempo vi, ó más bien leí en un cerebro la formación de la respuesta. Piensa usted que no, le dije vivamente, antes que hubiera pronunciado una respuesta.

«Sí, me respondió, sí, que oí de igual modo que la vez primera. Y después, siempre del mismo modo.»

Por eso es preciso tocar á los sonámbulos para que puedan oír, ó más bien ver y observar las vibraciones de vuestro pensamiento.

Después de haberme examinado bien, examiné á

R. Coyle

las personas que me rodeaban. Las vi lo mismo que si hubiera estado despierta, solamente que eran transparentes; ví todos sus órganos, en una palabra, los veía vivir. Después miré en torno mío, pero en vez de hallar ante mi vista superficies opacas y no transparentes, como son de ordinario las cosas y objetos de mobiliario, lo vi todo claro, como de cristal, viendo también á las personas y las habitaciones de mis vecinos, como si hubiéramos habitado en una casa de cristal.

Al punto me ocurrió la idea de irme un poco á pasear fuera.

Sin perder de vista mi cuerpo material, me transporté tan rápidamente como transportamos nuestro pensamiento, de un sitio á otro, de un extremo al otro de París.

Ví la gente, la circulación de coches, los edificios, siempre transparentes como el cristal, tan bien como si me hallara despierta y las casas fueran de esta materia en vez de ser de piedra.

Aquel día no ocurrió más.

Cuanto puedo decir, es, que en medio de mi paseo recibí una violenta conmoción y me encontré de repente en medio de la habitación que acababa de abandonar. Distinguía ahora vagamente mi cuerpo material é ideal; después, poco á poco, todo se tornó espeso y pronto no ví nada; acababan de despertarme.

Centenares de veces me han dormido, y siempre he visto las mismas cosas, salvo si las personas que me magnetizaban ó me rodeaban eran incrédulas ó muy materiales.

No comentaré esta descripción, que por sí misma, dice bastante, porque en ella observamos, descritos con grandísima precisión, los principales caracteres del desdoblamiento.

VIII. Entre los moribundos.— Las manifestaciones del fantasma humano son extraordinariamente numerosas en el momento de la muerte.

Un lazo de materia astral liga el cuerpo físico al alma que tiene conciencia de que ese lazo está á punto de romperse para siempre. El alma hace entonces, en la mayoría de los casos, esfuerzos considerables para advertir á aquellos á quienes ama, sobre todo si tiene que hacerles alguna revelación importante.

El momento debe serle angustiosamente penoso, sobre todo si aún no está suficientemente desarrollada para no conceder á los bienes de la tierra sino el poco valor que merecen. Esto es, seguramente, lo que justifica la frecuencia de las comunicaciones en el instante de la muerte.

Aquí, el fenómeno del desdoblamiento debe producirse como en los casos anteriores. El alma, revestida exteriormente de su cuerpo astral, y acaso del etérico, se va de allí con la rapidez del relámpago hacia las personas que le interesan para advertirles de lo que sucede y de lo que es ya tal vez un hecho consumado.

En este momento supremo, la personas presentes, si son lo suficientemente sensitivas, oirán la aparición, la verán, ó al menos, tendrán la intuición de lo que sucede. Si el fantasma no puede materializar-

se lo bastante para ser visto por los asistentes, éstos podrán ser prevenidos de esta inesperada visita por los fenómenos llamados de *telepatia*, tales como desplazamiento de objetos, ruidos inusitados, sensaciones visuales, táctiles ó auditivas, comunicaciones de pensamiento, presentimientos, sueños ó advertencias, si están dormidos, ú otras sensaciones no percibidas por mediación de los sentidos físicos, y que los teósofos y los ocultistas afirman ser del dominio del astral.

Queda bien entendido que todas las almas no tienen la energía suficiente para poderse mostrar á distancia bajo una forma tangible, y que en cierta medida no hay más que una categoría de individuos, los *mediums videntes*, por ejemplo, que todos deben incluirse en la de los sensitivos, que sean susceptibles de comprobar directamente su presencia. Apesar de esta dificultad, dependiente de la condición misma de los individuos, el número de manifestaciones apreciables en el momento de la muerte es mucho más considerable de lo que se supone generalmente.

Ha sido publicado gran número de casos en condiciones que excluyen todo error.

En una notabilísima y voluminosa obra ya citada, *Phantasms of the Living* (El fantasma de los vivos), tres sabios ingleses, Gurney, Myers y Podmore, miembros de la Sociedad de Investigaciones físicas de Londres, han publicado cerca de mil quinientos casos de este género, que han comprobado cuidadosamente. Marillier, profesor de conferencias de la Escuela de Estudios Superiores, á quien el título espantaba, aunque el asunto le

1500

parecía digno de interés, ha traducido la mejor parte de esta obra, que publicó en 1890, bajo el título de *Las alucinaciones telepáticas*, con prefacio de Ch. Richet. Como esta obra se halla en las librerías todavía á disposición de los aficionados, tomo los ejemplos de los casos que refiero de obras más raras.

El siguiente está entresacado de *La mystica* de Görres, t. 3.^o, p. 267, que el autor considera como formando parte de la mística natural.

María, esposa de J. Goffe, de Rochester, se halla atacada de una enfermedad de languidez y llevada á casa de su padre en Westmulling, á nueve millas de la suya, donde fallece el 4 de junio de 1691. La víspera de su muerte experimenta un gran deseo de ver á sus dos hijos, que ha dejado en su casa, entregados á los cuidados de una sirvienta. Ruega á su esposo que alquile un caballo, para que pueda trasladarse á Rochester y morir al lado de sus hijos. Le hacen observar que no está en estado de abandonar el lecho y montar á caballo. Persiste y dice, que al menos, quiere hacer la prueba.

«Si no puedo sostenerme, dice, me echaré en el caballo, pues quiero ver á mis queridos pequeños. A las diez de la noche acude á verla un sacerdote, encontrándola perfectamente resignada á morir y llena de confianza en la misericordia divina. «Toda mi pena,—dice—es no ver más á mis hijos».

Entre una y dos de la mañana tiene como un éxtasis. Según el testimonio de la viuda Turner, que velaba á su lado toda la noche, sus ojos permanecían abiertos y fijos y su boca cerrada. Acercó las manos á la boca y á la nariz y no sintió aliento al-

guno; creyó, pues, que la enferma estaba desvanecida, no sabiendo si se hallaba viva ó muerta. Cuando volvió en sí, contó á su madre que había ido á Rochester y había visto á sus hijos. «Es imposible, — dijo su madre—si durante ese tiempo no has salido del lecho». Pues bien, —contestó—he ido á ver á mis hijos esta noche durante mi sueño.»

La viuda Alexandre, sirvienta al cuidado de los niños, afirmó por su parte, que aquella madrugada poco antes de las dos, había visto á María Goffe salir de la habitación inmediata á la suya, donde uno de los niños dormía solo con la puerta abierta, y después entrar en la suya, habiendo permanecido precisamente un cuarto de hora cerca del lecho en que ella estaba acostada con el más pequeño. Sus ojos se movían y parecía que hablaban sus labios, aunque no decían nada. La sirvienta se mostró propicia á confirmar por juramento á sus amos cuanto había visto y á recibir acto continuo los sacramentos. Añadió que estaba perfectamente despierta, y que empezaba á amanecer, porque era uno de los días más largos del año. Se había sentado en el lecho, había mirado y observado atentamente la aparición y había oído dar las dos en la campana que hay sobre el puente. Al cabo de algunos instantes había dicho: «En el nombre del Padre, del hijo y del Espíritu Santo ¿quien eres?», á cuyas palabras la aparición se había disipado.

La sirvienta se vistió rápidamente para seguir al fantasma; pero no pudo saber lo que había sido de él. Entonces empezó á apoderarse de ella cierto espanto. Salió de la casa, que estaba situada en el mue-

lle, paseándose por él durante algunas horas, llendo á ver de cuando en cuando á los niños. Hacia las cinco de la mañana, llamó á la puerta de la casa vecina, donde no la abrieron hasta una hora más tarde y contó lo ocurrido. La dijeron que había soñado, pero contestó: «La he visto esta noche tan claramente como jamás la he visto en mi vida», una de las personas que la oían hablar de tal modo, María, esposa de J. Sweet, supo por la mañana que la señora Goffe estaba en la última extremidad y que quería hablarle, y fué á Mulling el mismo día hallándola agonizando. La madre de la enferma le contó, entre otras cosas, lo mucho que su hija había deseado ver á sus hijos, y que hasta pretendía haberlos visto. María recordó las palabras de la sirvienta, de las que hasta entonces no había hablado, creyendo que había sido una ilusión de esta. Th Tilson, párroco de Aylesworth, cerca de Maidstone, que ha publicado este hecho, lo supo de una manera detallada el día del sepelio de J. Carpentier, padre de la señora Goffe. El 2 de julio, hizo una investigación muy exacta cerca de la sirvienta y de las dos vecinas á quienes había ido á buscar por la mañana, siéndole confirmado al día siguiente por la madre de M. Goffe, por el sacerdote que había ido á verla por la noche y por la que la había velado, estando todos unánimes en su testimonio, tratándose de personas inteligentes, tranquilas, incapaces de engañar y que, por otra parte, no tenían interés alguno en hacerlo. El hecho reúne, pues, todas las condiciones que pueden hacerle incontestable. (*The spectre, or news from the invisible world* Londres 1836, pág. 184). Tilson

le refiere en una carta de 6 de julio, á un teólogo muy conocido llamado Barter, que le ha insertado en su libro publicado en alemán, en Nuremberg, bajo el título de *La Certidumbre de los Espíritus demostrada por hechos incontestables*.

He aquí un caso cuyos detalles han sido recogidos por d'Assier cuando hizo un viaje á Río Janeiro. Le expone tal como sigue en su *Ensayo sobre la Humanidad póstuma*, p. 47.

En 1858 aún se hablaba entre la colonia francesa de esta capital de una singular aparición que había tenido lugar algunos años antes. Una familia alsaciana, compuesta de marido, mujer y una niña chiquita, hacía rumbo hacia Río Janeiro, donde iba á reunirse con algunos compatriotas allí establecidos. La travesía era larga; la mujer cayó enferma, y, sin duda, falta de cuidados y de una alimentación conveniente, sucumbió antes de llegar.

El día de su muerte sufrió un síncope, permaneciendo largo tiempo en tal estado, y cuando recuperó el uso de sus sentidos, dijo á su marido, que velaba á su lado: «Muero contenta, porque ahora estoy segura sobre la suerte de nuestra hija. Vengo de Río Janeiro, donde he encontrado la calle y la casa de nuestro amigo Fritz el carpintero. Se hallaba en el umbral de la puerta; le he presentado á la pequeña, y estoy segura de que á la llegada la reconocerá y cuidará de ella». Pocos momentos después expiraba. Al marido le sorprendió este relato, aunque apenas le dió importancia. El mismo día y á la misma hora, Fritz el carpintero, el alsaciano de quien acabo de hablar, se hallaba en el umbral de la puerta

de la casa que habitaba en Rio Janeiro, cuando creyó ver pasar por la calle á una de sus compatriotas, llevando en sus brazos una niñita. Le miraba con aire suplicante y parecía quererle presentar la niña que llevaba. Su rostro, que parecía sumamente demacrado le recordaba, no obstante, los rasgos de Lotta, la mujer de su amigo y compatriota Schmildt. La expresión de su rostro, la singularidad de su continente, que tenía más de visión que de realidad, impresionaron vivamente á Fritz, quien queriendo asegurarse de que no era víctima de una ilusión, llamó á uno de sus operarios que trabajaba en el taller y que era también alsaciano y de la misma localidad.

—Mira,—le dijo—¿no ves pasar por la calle una mujer que lleva un niño en brazos? Diría que es Lotta, la mujer de nuestro *paisano* Schmildt.

—No lo puedo decir, porque no distingo bien,—respondió el operario.

Fritz no dijo más; pero las diversas circunstancias de aquella aparición, real ó imaginaria, se grabaron intensamente en su espíritu, sobre todo la hora y el día. Poco tiempo después de aquello, ve llegar á su compatriota Schmidt, llevando una niña en brazos. La visita de Lotta se dibuja entonces en su espíritu, y antes que Schmidt haya abierto su boca, le dice:

—¡Mi pobre amigo! ¡Lo sé todo! Tu mujer ha muerto durante la travesía, y antes de morir, ha venido á presentarme á su hijita, para que cuide de ella. He aquí la fecha y la hora.

Eran, efectivamente, el día y el momento consignados por Schmidt á bordo del barco.

He aquí un tercer hecho, publicado por Gougenot des Mousseaux en *Los Altos fenómenos de la magia*, pág. 94: «Este hecho ha sido referido, dice el autor, por el R. P. Palgrave, antiguo oficial de cipayos en las Grandes Indias, jesuita, misionero en Siria en la Arabia feliz, hombre de viva inteligencia, testigo de muchos hechos maravillosos, que estuvo poco tiempo en París, en 1864, que á su vez lo supo por una familia amiga que le interesaba, personas tan positivas como sensatas, y que le afirmaron su incontestable exactitud.

Un oficial inglés habiendo obtenido su licencia con intención de volver á las Grandes Indias, en el año 1830, hacía quince días que navegaba, cuando acercándose al capitán le dijo:

—¿Tiene usted á bordo un desconocido: á quien oculta? —¿Se chancea usted? —No; le he visto, pero no ha vuelto á presentarse. —¿Qué quiere usted decir? Explíquese. —Sea. Estaba á punto de acostarme, cuando vi á un desconocido introducirse en el salón y hacer un registro, ir de un camarote á otro, abriéndolos y saliendo de ellos haciendo un gesto negativo. Habiendo levantado la cortina del mío, miró, me vió, y sin duda no era el que buscaba, pues se alejó despacio y desapareció. —Bien; pero, ¿cómo son su traje, su edad y circunstancias de ese desconocido? El oficial le describió con minuciosa exactitud. —¡Dios mío! exclamó el capitán, si cuanto usted dice no fuera absurdo, sería dicho desconocido mi padre, no podría ser otro. Terminó la travesía y el capitán regresó á Inglaterra, donde supo que su padre había muerto, y que la fecha de su falleci-

miento era posterior al día de la aparición, en el que á la misma hora de esta, hallándose enfermo había sufrido un delirio. Después, los individuos de la familia que le habían velado dijeron al R. P. Palgrave, mi narrador: «En su delirio exclamaba: ¿De dónde pensáis que vengo? Pues he atravesado el mar, y regreso de visitar el barco de mi hijo, he dado vuelta á todos los camarotes, he abierto todos y no le he visto en ninguno.»

Este último caso nos hace comprender que la fuerza y las facultades del fantasma son limitadas. En efecto, á pesar de la facultad directiva extraordinariamente poderosa que le permite alcanzar á distancia considerable, á un barco que surca rápidamente la superficie del Océano, no tiene el *olfato* suficiente para conseguir acto seguido el objeto de su visita en el sitio que ocupa. Agota sus fuerzas en buscarle en otras partes, y al cabo de cierto tiempo se ve obligado á abandonar sus investigaciones y reunirse á su cuerpo físico.

IX. Entre los amputados.—El fantasma se anuncia al viviente humano físico por sensaciones llamadas *de integridad*, que acompañan siempre á la amputación de un miembro. Algunos magnetizadores alemanes afirman hasta que pueden influenciar, al amputado magnetizado solamente la prolongación del miembro de que este se halla privado. Aunque así sea, todos los amputados experimentan ciertas sensaciones más ó menos dolorosas en los miembros, que les faltan, sobre todo en los cambios atmosféricos.

Para explicar este fenómeno, bien conocido, la

ciencia oficial proponen hipótesis, que se explican por otras, tanto más difíciles de admitir cuanto más complicadas son.

Ante todo, admite en general que los amputados no sufren realmente del miembro ausente, sino del muñón; después supone que esta ficción tiene probablemente su origen en el centro cortical del cerebro correspondiente al miembro amputado. Las fibras sensitivas que parten de este centro para animar al miembro desaparecido deben atrofiarse naturalmente; pero puede suceder que hayan conservado todavía bastante vitalidad para reaccionar, bajo la influencia de ciertas causas, susceptibles de producir ilusiones sensitivas.

El doctor Pascal afirma, con los ocultistas y teósofos, en *Los siete principios del hombre*, que son reales tales sensaciones, y absolutamente lógica la manera como las explica. Las sensaciones,—dice—tienen su asiento en el cerebro astral y no en el físico, que no es más que el instrumento del primero; y aunque el cuerpo astral sea susceptible de ser herido en ciertos casos, siempre es absolutamente imposible destruirle. Apesar del cuchillo y de la sierra que han seccionado el miembro físico, el astral subsiste en toda su integridad, y los que gozan de la visión astral, ven siempre el miembro cortado como si aún estuviese en su sitio.

La señora Hauffe, célebre vidente alemana, señaló muchas veces este hecho á su médico, el doctor Kerner, que dió cuenta de ello en *La Vidente de Prevost*, p. 47, en los términos siguientes:

Cuando hallaba á una persona que había perdido

un miembro, continuaba viéndole aún unido el cuerpo, es decir, que veía la forma del miembro producida por la proyección del fluido nervioso, de la misma manera que veía las formas fluídicas de las personas fallecidas. Este interesante fenómeno acaso nos permita explicar las sensaciones experimentadas por las personas que aún sienten el miembro que ha sido amputado. La invisible forma fluídica del miembro está todavía en relación de continuidad con el cuerpo visible, lo que prueba suficientemente que después de la destrucción de la envoltura visible, la forma es conservada por el fluido nervioso.

La hipótesis del cuerpo astral que constituye casi siempre el fantasma es mucho más sencilla y más fácil de admitir que la hipótesis científica, basándose además en hechos que dicen bastante en su favor. He aquí algunos:

Los cirujanos y cuantos les asisten ó acompañan, ven con gran frecuencia producirse el siguiente fenómeno: Se practica la sección del miembro bajo la influencia de la anestesia, provocada por el cloroformo, y el paciente no da generalmente señal alguna de sensibilidad. Se levanta el miembro cortado, y el paciente exhala inmediatamente un gemido, hasta un grito, observándose en el mismo instante que la respiración se detiene momentáneamente.

Terminada la operación por completo, el enfermo vuelve en sí paulatinamente; se figura que se halla aún en posesión del miembro seccionado y experimenta, y acaso continúa experimentando, siempre sensaciones más ó menos precisas.

Con este motivo se han publicado observaciones

muy importantes. J. Lermína refiere y al punto comenta en su *Magia práctico*, p. 202, los hechos siguientes: El primero de ellos, según cuenta, recogido en 1881 por un cirujano americano que no nombra.

Visitaba—dice este cirujano—una serrería mecánica con varios amigos. Uno de ellos se escurrió y su antebrazo fué alcanzado por una sierra circular, que se le mutiló, haciéndose necesaria la amputación. Nos hallábamos á gran distancia de una ciudad. Practicada la amputación, el brazo cortado fué colocado en una caja llena de serrín y se enterró. Poco tiempo después, y en plena vía de curación, mi amigo se quejaba de dolores en su brazo ausente, añadiendo que sentía la mano llena de serrín, y que un clavo le hería un dedo. Sus quejas continuaron hasta el punto de privarle del sueño, temiendo por su razón cuantos le rodeaban, cuando me ocurrió la idea de trasladarme al sitio en que había sucedido el accidente, y por extraño que pueda parecer, mientras lavaba el miembro desenterrado para quitarle el serrín, comprobé que un clavo de la tapa del cajón había enganchado el dedo. No es eso todo: el herido, que se encontraba á varias millas de allí, decía á sus amigos: — «Vierten agua en mi mano, sacan el clavo». Ya estoy mucho mejor.»

Otra aventura casi parecida sucedió á cierto Samuel Morgán, empleado en las máquinas de coser Singer. Amputado á consecuencia de un accidente, se quejaba de dolores en la espalda y calambres en sus dedos ausentes. Entonces se reconoció que el miembro amputado había sido tan violentamente aplastado en la cajita en que le guardaron

para enterrarle, que la mano estaba oprimida de manera que produjese en el miembro, si hubiese estado vivo, el dolor de que se quejaba el herido.

Basta, además, consultar á los internos de nuestros hospitales para comprobar multitud de hechos análogos, atribuidos, como siempre, á la sugestión imaginativa.

Los americanos más atrevidos, han ensayado utilizar estos hechos para la mejor curación del paciente.

No vacilan en declarar que el dolor físico tiene una repercusión duradera en la forma espiritual del miembro amputado. La gangrena que se declara después de las amputaciones, es, según ellos, la resultante de la descomposición del miembro cortado. Quemando dicho miembro, el peligro desaparece. Solamente que es preciso anestesiar al paciente durante la operación, porque al hacer la cremación del miembro separado, éste sufre, como si en realidad continuase adherido á su cuerpo.

Verdad es que tales experiencias no parece que se hayan hecho en Francia, aunque mil veces se hayan comprobado inexplicables dolores y la persistencia de la sensación en los miembros amputados. Yo mismo he conocido un amputado de una pierna que afirmaba de un modo positivo que le dolían los dedos del pie.

A veces, parece que el miembro astral puede materializarse lo suficiente para hallarse en estado de ejecutar, durante algunos instantes, la función á que el miembro se destinaba. He aquí un ejemplo referido por C. R. H. (el abate Hannapier), en

una curiosa obra que publicó en 1622, en París, titulada *Terastoscopia del fluido vital y de la mensambulancia*.

Es, ante todo, preciso,—dice el autor en la página 84—reconocer con el doctor Richerand, que el fluido vital, ó si se quiere mejor, el principio de la vida, anima, es decir, vivifica cada molécula viviente de nuestro cuerpo, cada sistema de órganos. Según esta verdad incontestable, puede decirse que tenemos dos cuerpos, uno compuesto de materia bruta y otro compuesto de fluido vital, que vivifica y organiza el de materia bruta. Este cuerpo, compuesto de fluido vital, se comporta,—dice el doctor Richerand—á manera de un fluido, se consume, se repara, se distribuye por igual y se renueva sin cesar en el cuerpo de la materia bruta que hace de él un consumo continuo, siendo preciso no olvidar que el fluido vital es el único que comunica al cerebro todas las sensaciones.

En el caso supuesto de una pierna amputada, el fluido recibe siempre la misma modificación, el mismo impulso, la misma dirección que antes de la amputación; por consiguiente, debe trasladarse con la misma modificación, el mismo impulso y la misma dirección á los lugares que ocupaba antes de la amputación, y consiguientemente al lugar que ocupaba la pierna amputada. Si, pues, la persona que ha sufrido esta operación siente un dolor en el pie, es el fluido vital que se encuentra en el sitio en que se hace sentir el dolor, quien le trasmite al cerebro. No se engaña, porque el dolor existe realmente en el fluido vital, que sub-

siste siempre después de la amputación de la pierna de la materia bruta.

Sin embargo, el pie del fluido vital que siente un dolor cuando la atmósfera está cargada de electricidad no puede experimentar las mismas sensaciones que antes de la amputación:

1.^o Porque en el sitio que ocupa no se encuentra en la misma proporción y, por consecuencia, con la misma sensibilidad, ni está revestido de la epidermis que impedía su demasiada pérdida en la pierna amputada, siendo precisa una conmoción extraordinaria de la atmósfera eléctrica para hacerle experimentar una sensación dolorosa, que nunca es tan fuerte como lo hubiera sido si la pierna no hubiese estado amputada.

2.^o La persona cuya pierna ha sido amputada no puede experimentar las mismas sensaciones que antes de la amputación; porque, ó esta persona fija su atención en la privación de su pierna, ó en cualquier otro objeto; en el primer caso, la reflexión de que está privada de su pierna no le permita experimentar en ella la misma sensación que antes de la amputación; en el segundo, la sensación que realmente pudiera experimentar, sería anulada por otra más viva que ocuparía su atención exclusivamente.

3.^o Si tuviese más experiencia podría acaso citar muchos ejemplos de personas á quienes amputaron los miembros, y que, olvidando completamente su amputación, hacen uso de su pierna de fluido vital, como si en realidad existiese aun la pierna amputada, sin reflexionar que están privados de ella. Conozco una joven á quien ampu-

taron el muslo; muchas veces se sostenía y daba algunos paseos con sus dos piernas, es decir con la no amputada y con la de fluido vital, lo que de ordinario ocurría al salir del lecho; su madre, testigo de ello, se veía obligada á gritarla: ¡Oh! ¡Desgraciada! ¡Que no tienes tu pierna de madera! Uno de nuestros amigos, médico, me ha asegurado haber visto á un oficial, á quien le habían amputado el muslo, llegar hasta el centro de su habitación, sin darse cuenta de que no tenía su pierna de madera, y no detenerse hasta que lo recordó, cuando la pierna de fluido vital carecía de fuerza para soportar el peso de su cuerpo.

Indudablemente asombrará que una pierna de fluido vital, esta substancia invisible, imponderable é impalpable, soporte el peso del cuerpo; pero también deberá asombrar, que una pierna de carne, de materia bruta, soporte la misma carga. Contestarán sin duda, que la pierna de carne está vivificada, porque la vida la da la fuerza necesaria para soportar todo el cuerpo. Pero yo respondería, á mi vez, que el fluido vital es quien da la vida y la fuerza á esta pierna de carne y que dicho fluido vital no pierde su fuerza al estar separada la pierna de carne, sobre todo cuando está dirigido por la voluntad del alma ó por cualquier otro agente que en algún modo la supla.

¿Qué hace el cuerpo astral mientras el físico, insensibilizado sobre la mesa de operaciones está á disposición del cirujano que opera? Grave cuestión que no es fácil resolver. Parece evidentemente que el cuerpo humano se desdobla bajo la acción

del cloroformo; pero constituye una excepción que el operado tenga conciencia del desdoblamiento.

He aquí un caso, publicado por *L'Occult Revueir*, que puede arrojar alguna luz, porque pinta las curiosas impresiones de un cloroformizado.

Roger de C... cuenta como habiendo sido cloroformizado para una operación quirúrgica, le pareció de repente que estaba de pie ante la ventana de una vasta sala.

El sol brillaba, dice, el cielo estaba azul, y al exterior, árboles, flores, pájaros que cantaban.

La escena me parecía familiar, y, sin embargo, no podía reconocerla. Me acerqué á la ventana, alzándome sobre las puntas de los pies, la brisa era tan dulce, el sol tan templado, que me acerqué más aún. Mis pies no tocaban el suelo, mi cuerpo estaba la mitad fuera de la ventana; busqué algo á que asirme para no caer, pero no encontré más que el espacio. No cai, y, con gra sorpresa, comprobé que flotaba en el aire.

Del lado opuesto á la ventana habia varias figuras que se movían en torno de alguna cosa que estaba echada sobre una mesa.

Me acerqué; nadie pareció apercibirse de mi presencia. Había allí muchos hombre y dos mujeres que miraban atentamente á la mesa.

Uno de los hombres tenia las manos rojas de sangre y dejaba un cuchillo de que se habia servido. Comprendí que se habia hecho una operación.

—¿Cómo está el pulso?—preguntó el cirujano.—Se debilita mucho, va á ser preciso apresurarse. Pronto una compresa.

La enfermera le dió lo que pedia. El brazo del cirujano pasó á través de mi para cogerla.

—Bastante éter, Doctor, estoy preparado. Una venda.

Esto último se dirigia á la enfermera, que pasó una venda arrollada á través mio, sin causarme la menor sensación desagradable.

La forma, cubierta de un lienzo, me parecia singularmente familiar, el rostro no se podia reconocer, cubierto en parte como estaba, con una mascarilla y un inhalador. Tenia por mi parte la impresion como si hubiera sufrido un tratamiento análogo. Intenté aproximarme á la ventana, pero no pude.

—Deprisa dijo el cirujano, desgarrando la venda y haciendo un nudo.

El practicante levantó la mascarilla y el inhalador. Me sentí obligado á mirar el rostro descubierto, pareciéndome reconocerle; pero sin poder recordar donde le habia visto. Mientras examinaba sus rasgos, me ocurrió la idea de que aquel cuerpo me pertenecía, que yo éra su propietario. Aquella idea no tardó en ser una firme convicción. El cuerpo recobraba el conocimiento; sus pestañas se movían y una expresion de dolor se esparcía sobre su rostro, asaltándome un deseo irresistible de tomar posesion de aquel cuerpo.

Entonces ocurrió una cosa extraña, como si aquel cuerpo estuviese estrechamente ligado á mí, como si formase parte de mí mismo. De pronto me desvaneci; cesé de existir, las figuras de la sala se hicieron confusas y todo desapareció ante mis ojos. Cuando desperté estaba acostado en el lecho y sufría atroces

dolores de la operación que me habían practicado.

Se conocen algunos casos, fuera del procedente, pero con menos detalles. El ingeniero Verley, bien conocido de los psiquistas, cloro-formizado para un dolor de muelas que sufría, vió su doble separado del cuerpo físico.

XX. Entre los animales.—El hombre, siempre pretencioso en demasía, ignorando su origen y su destino, se considera generalmente como el más perfecto de los seres de la Naturaleza. Lógicamente, no debe ser así. Si ocupa la cima del árbol ontológico impresionando nuestros sentidos, como hay cimas menos elevadas ocupadas por inteligencias menos desarrolladas, aunque análogas á la suya, no solamente puede, sino debe haber en él otras cimas más elevadas que acaso pueda conocer un día por observación directa.

Sabemos que la organización de todos los seres vivientes presenta las más asombrosa analogía. El animal, como nosotros, nace, se desarrolla, goza ó sufre, se reproduce y muere; posee un instinto que nosotros no tenemos y ejecuta con frecuencia actos de inteligencia y de voluntad.

Si somos un compuesto de elementos que pueden separarse en ciertas circunstancias mal conocidas, es evidente que el animal, al menos aquel cuya organización se aproxima más á la nuestra, debe presentar un compuesto análogo. Así debe ser, porque la creencia popular atribuye á los animales, lo mismo que al hombre, la facultad de ver los fantasmas. Se conocen muchos relatos en que el caballo tiembla, se cubre de sudor, se encabrita y se niega á avanzar

en el momento en que su jinete tiene una visión.

Lo mismo sucede en el perro, que aulla y da pruebas de su espanto. Sin referirnos de la burra de Balaam, que tuvo una visión que su conductor no tuvo al principio (Números, c. XXII, v. 21 y 25), se ha observado asimismo que ciertas bestias de carga ó de tiro tienen á veces visiones que escapan completamente á sus conductores.

No refiriendo ninguno de los casos que aqui no serían oportunos, buscaré solamente algunos relativos al desdoblamiento de animales vivos.

El fantasma del hombre vivo desdoblado cae frecuentemente bajo nuestros sentidos, pero el fantasma de los animales no cae bajo ellos sino muy raramente, y aun apenas si se le observa más que entre los animales superiores, cuyos deseos son intensos y en los que la inteligencia, la memoria y la voluntad se hallan desenvueltas en cierto grado.

He aquí dos ejemp'os:

I. Dos amigos de la infancia, el consejero Hahn, de Ingelfingen, que desempeñaba un cargo importante en la corte del principe reinante de Hohemlohe y Ch. Kern, se hallaban reunidos á fin de 1806 en el castillo de Slawensick, en Silesia. Recorrieron muchas habitaciones del castillo y ambos amigos fueron testigos obligados de muchos fenómenos extraños. Entre estos se halla uno relativo al desdoblamiento de un perro, cuyo fantasma fué oído por uno de los dos amigos y visto y oído por el otro. El hecho ha sido descrito por el consejero Hahn, que se lo comunicó al doctor Kerner, el historiógrafo de la

señora Haff, quien la publicó en *La cidente de Prevost*, pag. 204.

Algunas semanas después de su regreso, dice Kerner, cuando Hahn entraba en su casa y atravesaba el puente que conduce á la puerta del castillo, oyó los pasos de un perro detrás de él. Miró por todas partes, llamó varias veces por su nombre á un perro de caza que le era muy fiel, pensando que le seguía, pero aunque los pasos continuaron oyéndose, mientras subía las escaleras, no pudo ver nada y al fin, creyó que se trataba de una ilusión. Sin embargo, apenas había puesto el pie en la habitación, cuando Kern se adelantó hacia él y sostuvo con la mano la puerta llamando al perro por su nombre y añadiendo al punto que pensaba haberle visto, pero que había desaparecido subitamente desde que le llamó la primera vez. Hahn le preguntó si realmente había visto el perro «Ciertamente que le ha visto —dijo Kern— se hallaba precisamente detrás de usted, atravesado en la puerta, lo que me obligó á sostener esta con la mano, temiendo que al no verle hubiera usted cerrado con demasiada violencia á riesgo de herirle. Era un perro blanco que he tomado por Flora » Al punto buscaron al perro, encontrándole en las caballerizas, de donde no había salido en todo el día. Es realmente asombroso, aun suponiendo que Hahn se engañara al creer oír sus pasos, que Kern hubiera creído ver tras este un perro blanco, antes que su amigo le hubiera dicho una palabra, máxime cuando en la vecindad no había otro animal de aquella especie, á más de haber aún luz y tener Kern una excelente vista.

Proyección astrol animal.

II. He aquí otro caso referido por A. d'Assier, en su *Ensayo sobre la Humanidad póstuma*, pág. 8 :

El 18 de abril de 1705, el Sr. Milanjes de la Richardiére, hijo de un abogado del Parlamento de París, paseándose á caballo en la aldea de Noisy-le-Grand, vió de repente detenerse su cabalgadura, sin que ningún obstáculo aparente explicara aquella singularidad. Al mismo tiempo, apercibió un pastor de fisonomía siniestra, armado de una cayada y escoltado por dos perros negros de cortas orejas, que le dijo: Caballero vuelva á su casa, porque su caballo no avanzará. El jinete, que al principio se rió de las palabras del pastor, no tardó en ver que éste decía la verdad, porque ni sus voces, ni sus espolazos, consiguieron hacer avanzar al animal y fué preciso volver atrás. Algunos días después, cayó enfermo, se llamó á los médicos quienes, después de varias tentativas para curarle, declararon que la enfermedad que aquejaba al joven Milanjes se salía del cuadro de las enfermedades ordinarias, y hasta empezaron á hablar de sortilegios. El joven Milanjes se acordó entonces de la escena del caballo y del pastor, y la relató á sus padres. Aun estaba la duda en pie, cuando un día al entrar el joven en su habitación vió al pastor sentado en su butaca.


Llevaba el mismo traje que el día del encuentro, tenía su cayada en la mano y los dos perros negros á su lado. Aterrorizado por su aspecto, Milanjes llamó á sus criados, pero como ocurre de ordinario en aventuras análogas, estos no vieron nada. La aparición no era visible más que para aquel á

quien se dirigia. Sin embargo, á las diez de la noche, el pastor se precipitó sobre el joven, éste sacó un cuchillo del bolsillo è hirió cinco ó seis veces á su adversario, hasta que éste soltó su presa.

Algunos dias más tarde, el pastor fué á pedir perdón al Sr. Milanjes, confesando que era hechicero, y que él era quien le había perseguido.

El joven, pues, no había sido víctima de una alucinación cuando vió al pastor en su habitación, escoltado por sus dos perros.

El hechicero se había trasladado á ella por desdoblamiento, y era el fantasma lo que Milanjes vió sentado en una butaca. Los perros negros no eran igualmente sino dos fantasmas, y el hecho demuestra que la práctica del sortilegio, que permite al ser humano desdoblarse, puede aplicarse á los animales con el mismo éxito.

 XI. **Lycantropía.**—La *Lycantropia* (de dos palabras griegas, que significa *lobo y hombre*), designa una disposición por la cual el hombre puede transformarse en lobo. Es entonces el trasgo de la hechicería, que corría por los bosques y por los campos durante la noche.

Según la creencia popular, ciertos hombres tenían no sólo el poder de transformarse momentáneamente en lobos, sino en toda clase de bestias, que tenían sus defectos y sus perversos instintos.

La realidad de esta afirmación se halla confirmada por gran número de autores de la antigüedad y de la Edad Media, de los que sólo citaré á Herodoto, Virgilio, Estrabon, Apuleyo, San Agustín, San Jerónimo y Santo Tomás de Aquino. Homero nos

dice, que los compañeros de Ulises fueron transformados en cerdos (*odisea*), y Apuleyo afirma en *El asno de oro*, que los hechiceros de Tesalia se transformaban en toda suerte de animales.

Los procesos de la hechiceria abundan en hechos de lycontropia, y sus autores eran condenados siempre á la hoguera. Bodin (*Demonomania de los brujos*, l. 2., c. 6); Delancre (*Cuadro de la inconstancia de los demonios y de los ángeles malos*, l. 4); Görres, en el t. 5 de su *Mística*, que trata de la mística diabólica, citan muchos casos que parecen muy bien comprobados.

Los teósofos afirman que el cuerpo astral del hombre, que está compuesto de materia sutil y esencialmente movable puede cambiar de forma, y que muchas apariciones espiritistas no son más que el cuerpo astral del medium desdoblado, que toma la semejanza, la actitud, las maneras de la entidad evocada. Afirman igualmente que el cuerpo astral del hombre puede también tomar la forma de un animal. Sobre este tema, Leadbeater se expresa así:

Quando un hombre muy cruel y muy brutal obra de esta suerte, ocurre á veces que pueden apoderarse de su astral otras entidades del mismo plano y materializarse, no en la forma humana, sino en la de cualquier animal maligno, principalmente del lobo. En tales condiciones, esta materialización animal recorre la campaña matando á otros animales cualesquiera, aun á los humanos, satisfaciendo de esta manera, no sólo su propia sed de sangre, sino también la de los demonios que le impulsan á ello.

En casos análogos, como ocurre con el cuerpo astral ordinario, toda herida infligida á dicha materialización se reproduce en el cuerpo físico del hombre por el extraño fenómeno de la repercusión. (*El plan astral*, 65.)

Ciertos hombres parece que tienen el poder de mostrarse voluntariamente á distancia bajo la forma de un animal. A. d'Assier refiere la siguiente experiencia, notable en extremo, ocurrida en Serisols (Ariege) hacia el año 1850:

✓ Un molinero llamado Bigot, tenía cierto renombre de hechicero. Un día que su mujer madrugó para ir á lavar la ropa, no lejos de su casa, intentó disuadirla de su propósito, repitiéndola muchas veces:—No vayas, que te va á dar miedo... —¿Porqué me ha de dar miedo?, repuso la mujer. —Te repito que te va á dar miedo. Ella no tomó en consideración tales amenazas y partió. Apenas se había instalado en el lavadero, vió un animal que iba y venía por delante de ella. Como aún no era de día, no pudo distinguir claramente sus formas, pero creyó reconocer una especie de perro. Importunada por sus idas y venidas, y no pudiendo hacerle huir, le arrojó su pala, que le alcanzó en un ojo, y el animal desapareció al punto. En el mismo instante, los hijos de Bigot oyeron á éste exhalar un grito de dolor en su lecho, añadiendo. —¡Ah pícaral! ¡Acaba de saltarme el ojo! En efecto, aquel día, el molinero quedó tuerto. Muchas personas me han contado este hecho, que conocían por los mismos hijos de Bigot.

No hay duda posible sobre el autor de esta creencia

de lycantropia, siendo evidente que la personalidad fluidica del molinero, se escapa mientras éste se halla en el lecho, y vagabundea luego en forma animal. La herida que recibe, al punto repercute en el ojo de Bigot, como hemos visto en otros hechos análogos, relativos al desdoblamiento de hechiceros. (*Ensayo sobre la Humanidad póstuma*, pag. 284).

XII. Repercusión.—Durante la vida, el cuerpo astral y el físico están íntimamente ligados uno á otro, y si el astral se aleja del físico, éste recibe todas las impresiones que son percibidas por el otro. Este fenómeno puede compararse al eco, procedente de la reflexión de las ondas sonoras, que chocando con un cuerpo, cambian de dirección y reproducen en el oído una impresión nueva; ó mejor aún, á dos cuerdas de la misma naturaleza igualmente tensas que suenan al unísono, aunque sólo se ponga en vibración una de ellas. Esta es la *repercusión*, fenómeno muy importante que desempeña considerable papel en el desdoblamiento.

Se sabe que el cuerpo de los brujos recibe siempre los golpes que se descargan sobre su fantasma lejano, resultando de ellos heridas que á veces pueden producir la muerte. Lo mismo sucede en los extáticos religiosos que se desdoblan para ir á visitar lugares lejanos.

Así, María de Agreda experimentaba con desagrado los ardores del medio, al que se transportaba. Santa Lidwina conservaba en el cuerpo señales sensibles de lo que su fantasma experimentaba en los lugares que visitaba. Una vez estuvo muchos días imposibilitada de andar, porque su fantasma se

había torcido un pie; otra vez, atravesando breñas apresuradamente, su fantasma fué dolorosamente pinchado en la mano, y al salir de su éxtasis, observó que tenía una espina clavada en la dolorida mano del sujeto. Catalina Emmerich experimentaba fenómenos análogos. Göres en su *Mística* y Ribes en su *Mística divina* refieren detalladamente tales hechos y otros muchos no menos notables.

Este fenómeno se observa igualmente en las materializaciones espiritistas, llevando el cuerpo del medium las señales de las heridas que se han podido hacer en la forma materializada.

Los sujetos magnéticos exteriorizados experimentan, no sólo los pinchazos dados al figurín de cera que ha sido sensibilizado, sino que presentan los estigmas de estas heridas. Rochas refiere en *La Exteriorización de la sensibilidad* fenómenos de este género que ha estudiado metódicamente.

Comentando estos diversos fenómenos de repercusión, se expresa Leadbeater del modo siguiente:

«Igualmente, en la actualidad, cuando se hace una señal coloreada en el brazo de una materialización del espíritu, al punto se reproduce en el brazo del medium, no hay que atribuirlo á fraude; se debe á la intervención del cuerpo astral del medium, quien, como ocurre con frecuencia, se ve obligado por la inteligencia directriz á exteriorizarse, y tomar una forma diferente de la suya. En realidad, el cuerpo físico y el astral están tan íntimamente ligados, que es imposible tocar la menor cuerda del uno sin hacer vibrar al unísono la cuerda correspondiente del otro.» (*El Plano astral*, pág. 149.)

Gougenot des Moseaux consagra á la repercusión y á los diversos efectos de las armas sobre los espíritus, un capítulo muy bien documentado en *Los altos fenómenos de la Magia*, que termina con las siguientes palabras:

«La tradición no ha dejado perecer la creencia en este efecto de las armas en todas nuestras provincias y como prueba, seguidme, abrid los ojos, y ved en el caserío que os presento á ese fatuo, ese muchacho lemosín maligno y barbudo.

«Una excursión, un negocio nocturno le llama impacientemente fuera de su albergue; va á partir y su puerta está herméticamente cerrada. Mas detrás de sus cerrojos ha dejado su modesto peculio, su Eva frágil, sus dulces y sabrosas castañas, humilde tesoro que le envidia el espíritu tentador y malvado. Mil sombras le atraviesan el alma y la obscurecen. Sus desconfianzas, que una en pos de otra desfilan por las estrechas y sinuosas callejuelas de su cerebro, le atormentan, y por un momento, le hacen creer que tiene nervios.

«Pero el diablo es tan fino, que debe contar y contar aun con el cliente de San Leonardo. ¿Vén ustedes á nuestro ganapán sonreír burlescamente? ¿Es acaso, que se está ataviando? ¿Por qué luce de pronto en su rostro un plácido rayo de confianza? Nada en verdad más sencillo. Es que por el agujero de la cerradura se suele introducir el espíritu maligno. Se sabe, se conocen sus correrías y sus pasos en el país. Rápida y socarronamente nuestro astuto compadre, antes de volver la espalda á la puerta de su choza, adapta una vieja cuchilla al agujero de la cerradura.

«Llega el espíritu, el fantasma, se precipita aturdidamente, con la cabeza baja, cae en el lazo, y he aquí debatiéndose y hallando en el innoble agujero de una cerradura el suplicio de Régulo. Ruge, se esfuerza, huye, chasqueado de dolor y vergüenza al verse vencido por un sencillo y rústico lemosín.

«Y para vencer, para cazar y aniquilar al autor de toda malicia, el rudo hijo de las montañas no ha hecho sino lo que aconsejaban Virgilio, Homero y Platón... No ha hecho más que conformarse con las supersticiones que Ezequiel y Moisés, según la interpretación del docto Pluche, prohibía entregarse á los hebreos; ha tendido el hierro.»

XIII. El fantasma sobrevive al cuerpo físico.—Todos los espiritistas piensan que el hombre es inmortal. Para comprender esta inmortalidad es preciso admitir en nosotros la existencia de un principio inteligente, que nos precede en la vida y que sobrevive después de la muerte del cuerpo.

Esta es, como se ha visto, la teoría de los espiritistas, de los ocultistas y de los teósofos, teoría basada sobre las vidas sucesivas, que les parecen indispensables á nuestra evolución.

Las vidas sucesivas son igualmente admitidas por algunos filósofos, que piensan que la existencia terrestre es demasiado corta para que sea lo suficientemente provechosa á cada uno de nosotros. Víctor Hugo admitía la progresión indefinida de los seres que pasan de una condición á otra más elevada, expresando tal idea en los términos siguientes en sus *Contemplaciones* con motivo de la *Divina Comedia*:

Una noche, en el camino vi pasar un hombre.
Vestido con luenga capa como un consul de Roma.

Y que me parecía negra sobre la claridad de los cielos.

El transeunte se detuvo fijando en mí sus ojos brillantes y tan profundos cuanto salvajes.

Y me dijo—Primero he sido en las antiguas edades una alta montaña que tocaba el horizonte.

Después, alma aún ciega, y rompiendo mi prisión subí un grado en la escala de los seres. Fui una encina; y tuve altares y sacerdotes.

Y produje ruidos extraños en los aires; después fui un león soñando en los desiertos.

Hablandó á la noche sombría con su rugiente voz.

Ahora, soy un hombre, y me llamo Dante.

Por lo que ya conocemos, esta parte inteligente que anima al cuerpo y que á veces puede separarse de él durante la vida, tiene por instrumento el cuerpo astral, es decir, el fantasma. Al morir, esta parte inteligente se retira con el fantasma, continuando su existencia. D'Assier en su *Ensayo sobre la Humanidad póstuma* trata de hacer comprender que el fantasma no puede nacer en la muerte, sino que está constituido por el fantasma viviente, definitivamente desdoblado, que continúa viviendo, en condiciones algo diferentes de aquellas en que vivía cuando habitaba el cuerpo. Y para explicar esta aparente verdad, hace ante todo observar que el fantasma del viviente se muestra casi siempre con la vestidura que la persona desdoblada usa en el momento del desdoblamiento, revistiendo exactamente sus formas

exteriores; después hace notar que el fantasma del difunto se comporta casi siempre de la misma manera que el mismo difunto, de quien reproduce exactamente la imagen, ataviada con las vestiduras de que éste se cubría de ordinario, lleva los objetos ó instrumentos de que él habitualmente se servía, conserva su actitud, sus gestos, sus maneras, y hasta sus tendencias. Como dos cantidades iguales á una tercera son iguales entre sí, debe del propio modo resultar, que si el fantasma del difunto se comporta como éste lo hacía en vida, este fantasma no podría ser otro más que el del viviente.

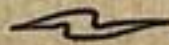
El mismo autor apoya, sus demostraciones sobre las manifestaciones del fantasma del animal que durante la vida como después de la muerte, se comporta idénticamente como el del hombre. Comprueba que el fantasma del vivo como el del difunto, se muestra con mucha mayor frecuencia por la noche que por el día y por ejemplos bien escogidos, hace comprender que la luz paraliza sus fuerzas y tiende á disgregarle. Filósofo positivista, en la acepción propia de la palabra, no admite más que lo que ve, y dejando á un lado el principio inteligente que nos anima, no se ocupa más que el fantasma, considerado como cuerpo percedero sin intentar probar la inmortalidad, en la que no cree tal vez. Su único objeto es demostrar que el fantasma del vivo desdoblado constituye el del difunto, que á su vez muere, al cabo de un tiempo más ó menos largo.

«Las moléculas de su tejido—dice el autor—se disgregan una por una, llegando un día en que no tiene conciencia de sí mismo (la sombra). Entonces ha

desaparecido su personalidad; no es más que una forma vaga que paulatinamente se disipa y va a perderse en el medio universal. Esta lenta agonía del póstumo se verifica, si me atrevo á decirlo, experimentalmente, por el curso mismo de sus manifestaciones. Al principio tumultuosas, disminuyendo á la larga en frecuencia y energía y terminando por extinguirse completamente, recordando las variaciones que diariamente experimenta la sombra por parte de los agentes cósmicos, hasta que su aniquilamiento es definitivo (p. 103).»

Se ve que d'Assier no se ocupa aquí más que de la forma astral, sin interesarse por la fuerza que la anima.

Si el fantasma puede vivir conscientemente fuera del cuerpo vivo, es solo durante algunos instantes, y si se comporta de la misma suerte cuando éste ha cesado de vivir, es de toda evidencia que la muerte del cuerpo no es el fin de la existencia consciente, ni el comienzo de la inmortalidad; es la transformación y continuación de la vida en un medio diferente. Y esto debe ser tan verdadero para el cuerpo astral como para el físico. Refiriéndonos á la teoría de los ocultistas, y sobre todo, á la de los teósofos, podemos comprender ahora que el principio eterno que nos anima, el alma, reviste muchos cuerpos para sus necesidades y los abandona sucesivamente á medida que el uso, bueno ó malo, que de ellos ha hecho, les deja fuera de servicio.





IV

Conclusiones de la primera parte

✓ Bajo el punto de vista teórico, el capítulo primero hace comprender que el organismo humano vivo, es extraordinariamente complicado. Pronto se ve que *el cuerpo visible* es una máquina, un instrumento puesto en movimiento por una *fuerza invisible*; en una palabra, que existen en nosotros el *cuerpo y el alma, la materia y la fuerza, la forma y*

la vida, el cuerpo físico y el cuerpo psíquico, el hombre y su doble.

Esta idea está admitida como principio fundamental en todas las religiones, y, según los griegos, los filósofos romanos lo han justificado por la expresión: *Mens agitat molem*, es decir, *el espíritu mueve la materia*. ✓

Los teósofos van mucho más allá. Admiten que este principio se desdobra, y que es posible estudiar, independientemente uno de otro, tres elementos invisibles, constituyendo cada uno un verdadero cuerpo que sirve de vehículo, de instrumento ó de vestidura al alma en los diferentes planos de la Naturaleza. Y para ellos, estos cuerpos invisibles no son simples hipótesis, permitiéndoles explicar ciertos fenómenos psíquicos, porque afirman que es un hecho preciso de observación directa.

El mismo principio de división era admitido por los antiguos egipcios, y hoy volvemos á hallarle, no sólo en la India, cuna de la teosofía, sino entre los chinos contemporáneos. ✕

El capítulo II muestra cuáles son los caracteres principales de los cuerpos invisibles, lo que permitirá en el desdoblamiento experimental, siquiera en cierta medida, darse cuenta si se está en presencia de tal ó cual elemento del fantasma.

El capítulo III expone las manifestaciones del fantasma. La más notable particularidad que se observa es que, por doquiera los fenómenos presentan los mismos caracteres generales, y que no hay modificación seria más que en los secundarios. Los principales caracteres constantes son los siguientes:

El cuerpo físico se ve en el sitio que ocupa realmente, y en el momento mismo el fantasma se ve á una distancia más ó menos lejana.

Las sensaciones experimentadas por el fantasma repercuten en el físico. María de Agreda siente los ardores del lejano clima que va á visitar. Santa Lidwina permanece muchos días imposibilitada de andar, porque su fantasma se había torcido un pie, y fenómeno mucho más extraño aún, su fantasma se pincha en la mano y al salir del éxtasis el sujeto se encuentra una espina profundamente clavada en su mano dolorida. Juana Brooks, Juliana Cox, Thorel, Bigot, como todos los hechiceros, reciben las heridas que se infieren á su fantasma alejado.

El físico nunca se halla en su estado normal durante el desdoblamiento. Los místicos siempre están en éxtasis; los hechiceros y casi todas las gentes de mundo están dormidos más ó menos profundamente, los mediuns están en trance, los sonámbulos en estado de sonambulismo magnético y los moribundos deliran ó sufren un síncope. La inspectora de Riga se debilitaba á medida que su fantasma se hacía más visible.

Los caracteres inconstantes en los diversos desdoblamientos son mucho más numerosos.

Algunos fantasmas obran y hablan, lo que permite considerarles como si su cuerpo físico estuviera en realidad presente. Así, San Clemente, estando en Roma, consagró una iglesia en Pisa, en una larga ceremonia en que él era el principal oficiante; en un navío en el mar, Francisco Javier dirige una chalupa perdida y la recoge; María de Agreda, en Espa-

ña, evangeliza al populacho de Nuevo Méjico; el padre del barón de Sulza camina al lado de este y sostiene una conversación prolongada. Otros escriben y no hablan, como el aparecido á R. Bruce. Algunos hacen oír ruidos formidables, como Thorel; otros ruidos ligeros, como la señora Blavatsky y los mediums. x

Aparte de los que hablan y obran, la inspectora de Riga y los místicos religiosos son vistos por todos los presentes; por el contrario, Juana Brooks, Juliana Cox, Thorel, el fantasma observado por Bruce y el del P. Palgrave, no son vistos más que por raros individuos, que son evidentemente sensitivos. Al lado de estas dos categorías, hay, en verdad, un gran número de fantasmas errantes sin objeto, durante el sueño del cuerpo, y que insuficientemente condensados, no son vistos por nadie.

Ciertos desdoblados se acuerdan perfectamente de cuanto han visto, dicho ó ejecutado, como Maria de Agreda, Alfonso de Ligorio, San Clemente, Maria Goffe, Lotta; otros se acuerdan vagamente, como se recuerda un sueño, como el padre del barón de Sulza y el fantasma de Bruce, y otros, y este debe ser el mayor número, no conservan recuerdo alguno, como la inspectora de Riga.

Algunos casos muy raros, como el del Sr. Rousseau, no pueden ser completamente explicados.

El desdoblamiento no se limita al hombre; aunque muy raramente, también se observa en algunos animales. x

El fantasma del hombre puede adoptar la forma de un animal. Bigot nos suministra un ejemplo de ello. ✓

mp
Demostrando que el principio que piensa, que quiere, que obra, puede separarse del cuerpo físico durante la vida, se comprende, en consecuencia, que puede, y hasta debe sobrevivir á éste, y que la muerte debe ser considerada como un eslabón de la inmortalidad, sin la cual, la vida terrestre no tendría objeto.

El desdoblamiento está, pues, afirmado por la historia, y se erige en teoría, pero razonando filosóficamente sobre su objeto, apenas si se ha dicho casi nada de los detalles secundarios que son, sin embargo, indispensables para el establecimiento de una *Psicología racional*, descansando sobre hechos ciertos é indiscutibles. En una palabra, la inteligencia, la voluntad, las pasiones, las facultades, la sensibilidad, ¿tienen su asiento en el cuerpo físico ó en el fantasma, como afirman los teósofos? Eso es lo que la historia no nos dice suficientemente. Queda, pues, amplio espacio para la experimentación, que me parece la única susceptible de colocar la cuestión en su verdadero terreno. Voy, pues, á comenzarla, sabiendo de antemano que son necesarias numerosas investigaciones, solamente para comprobar los hechos que la historia nos ha dado á conocer. Como el sujeto es nuevo, interesante y hasta propicio para apasionarse de él, haré cuanto sea posible para conducirlo á buen fin, confirmando, no sólo la existencia del fantasma en el hombre vivo, sino demostrando que es el asiento de nuestras facultades, y que puede actuar fuera de su cuerpo.

af



PARTE EXPERIMENTAL

Introducción à la experimentación

Antes de describir cuanto he observado en mis laboriosas al par que atractivas investigaciones, es necesario trazar el estado actual de la cuestión, lo que voy á hacer en pocas palabras.

Sabemos que los espiritistas, sea cualquiera la escuela ó confesión á que pertenezcan, están unánimes en admitir que el cuerpo humano hallase animado

por un principio superior, alma ó espíritu, que escapa á la vista. Evidentemente, el hombre es un compuesto que se desdobla, en casos mucho más numerosos de lo que generalmente se cree.

Así es, que durante nuestro sueño, un algo se es-

Rochas



Colonel de ROCHAS

Figura 19

capa de nosotros, se va á veces muy lejos, y nos aporta impresiones, que de otro modo no podríamos percibir.

Cuando un moribundo, un enfermo debilitado y hasta una persona sana, se halla bajo el imperio de un violento deseo; por ejemplo, ver á una persona ausente por quien siente afecto, deja allí su cuerpo físico dormido y su espíritu, su doble, su astral, dicen los ocultistas, se va hacia el objeto de su deseo, y vuelve satisfecho dejando con frecuencia una impresión duradera en la persona visitada.

En los tiempos de la hechicería, le ocurría lo propio al hechicero; su cuerpo físico quedaba allí, inerte, y

su doble, su fantasma, iba á ejecutar sus malévolos proyectos.



Figura 20.—Irradiación sensible en torno de un sujeto al iniciar el desdoblamiento

La realidad del *Fantasma de los vivos*, está enérgicamente afirmada por unos, y negada por otros con no menos energía. Hablando con propiedad, el pro-

blema está aun por resolver; para intentar llegar á ello es por lo que he emprendido estas investigaciones.

La cuestión ha sido ya entrevista por el coronel de Rochas, por mí mismo, hace una quincena de años, estudiando la exteriorización de la sensibilidad. Se sabe que en un grado avanzado del sueño magnético, la sensibilidad del sujeto irradia en torno suyo, formando zonas equidistantes, más ó menos densas, más ó menos *sensibles*, como lo indica la figura 20, dibujada por un sujeto del coronel de Rochas, y que después se produce una condensación, primeramente á cada lado, bajo una forma que á veces se asemeja al lado correspondiente del sujeto y después, las dos formas se reúnen á su izquierda para formar su doble, su fantasma. ✓

El coronel de Rochas ha demostrado también que el fantasma toma una forma objetiva, y ha tratado de fotografiarla. Para ello, ha conducido á un sujeto, las señora Lambert, á casa de Nadar, que ha procedido á la operación y obtenido la imagen adjunta, que es la de un semifantasma y no de un fantasma entero. Esta imagen, bastante mal reproducida aquí, se ha sacado, así como la descripción siguiente, de un artículo titulado *Fotografía espiritista*, de *Paris-Photographe*. ✓

«Habiendo declarado el sujeto que el fantasma estaba formado á un metro de ella, á su derecha, acerqué, mi mano hacia el sitio indicado, hasta el momento en que sintió el contacto de aquella mano, lo que indicaba que yo tocaba el fantasma; se iluminó mi mano pudiendo así enfocarse un aparato apuntado á ella. Se volvió á tapar el objetivo, colocándose el

chasis con la placa en el aparato, se volvió á la obscuridad y de nuevo se volvió á destapar el objetivo para comenzar la experiencia, que duró casi un cuarto de hora.



Figura 21.—Fotografías mostrando: á la izquierda algo como la imagen del fantasma; á la derecha la imagen del sujeto.

»Cual no fué nuestro asombro, cuando al revelar la placa, vimos surgir... una mancha representando un perfil humano, exactamente como indicaba el sujeto.

El asombro creció aún más, cuando reflexionamos

que si el sujeto viése su Doble de perfil, el objetivo, que estaba enfrente debía verle de frente. Al principio supusimos que puesto que el Doble repetía los movimientos del cuerpo material como su sombra, era de suponer que la placa se habría impresionado en el momento en que la Sra. L... se volvía para mirar lo que hacía su Doble. Pero entonces, el perfil debía hallarse vuelto en sentido contrario y se hubiese debido ver la mitad izquierda en vez de la mitad derecha de la figura. Además, el cliché tenía dos manchas, una, bajo la nariz; otra, bajo el ojo derecho. Cuando adquirimos, por el examen microscópico, la convicción de que aquellas manchas no eran debidas ni á la placa de cristal, ni á una impureza de la capa de bromuro de plata, juzgué que podían ser la señal de dos de esos puntos hipnógenos por los que el fluido de los sujetos, parece que se escapa más densamente, que por las demás partes del cuerpo. Hecho el experimento, con todas las precauciones posibles, me reveló, en efecto, que el sujeto poseía sobre la parte derecha del rostro, bajo el ojo y bajo la nariz, los dos puntos hipnógenos que yo sospechaba. Se ha señalado con manchas blancas esos dos puntos en el retrato del sujeto, colocado al lado de la figura del fantasma.

»Quedaba, pues, bien establecido que era la parte derecha del fantasma, la que había impresionado la placa; pero ¿cómo podía ser esto? Muchas semanas después, reconocí que el fantasma azul que se producía á su derecha no era más que la reproducción de la mitad derecha de su cuerpo.»

El coronel de Rochas, ha tenido el gran mérito de

patentizar el primero, todo lo científicamente posible, que la sensibilidad de ciertas personas - los sujetos sensitivos - puede exteriorizarse bajo la acción prolongada del magnetismo, y que después, al condensarse esta sensibilidad llega á formar una imagen, ó más bien un cuerpo fluidico del sujeto, que es visible para ciertas personas en condiciones especiales. Ha comprobado bien, como lo he hecho yo mismo, que formado así ese cuerpo, ese fantasma se puede alejar; pero ni uno ni otro, hemos tratado de conocer las cualidades, aptitudes y potencias que posee. Esto es lo que trato de hacer por mí mismo en este estudio. A partir de este momento, tomando la cuestión en el punto en que ha quedado, hace quince años, no hablaré sino accesoriamente de la exteriorización, recomendando al lector que tenga necesidad de conocer este asunto, la notable obra del coronel de Rochas titulada Exteriorización de la sensibilidad.

Debo decir, que generalmente se consideran casi sinónimas las palabras *exteriorización* y *desdoblamiento*, pero me creo obligado á darles una significación más precisa. Llamaré *exteriorización* al estado del sujeto cuya sensibilidad irradia en torno de él, y *desdoblamiento* al estado en el cual la sensibilidad está contenida en el fantasma que ha tomado la forma del sujeto.

Voy á conducir á los lectores á un dominio, completamente desconocido y á revelarles posibilidades que asemejan á veces prodigios; pero no tengo la pretensión de convencerles, sobre todo si no quieren convencerse; tales es el caso de cierto número de

ellos, que son, que quieren ser, y serán siempre incrédulos sistemáticos.

Expondré metódicamente mis investigaciones, y describiré sencillamente los hechos tales como los he observado; mi buena fe será evidente para todos; pero los incrédulos afirmarán aun que me he engañado ó que me han engañado. Esto me es igual.

Además, mis investigaciones tendrán, sobre todo, por objeto, sugerir al investigador que necesite, no creer, sino saber, que se coloque en las condiciones en que yo mismo me he situado, y que repita pacientemente mi experimentación. El camino que debe seguir está trazado, y si quiere ensanchar la senda, puede tener la más absoluta certeza, no solamente de comprobar la realización de todas mis descripciones, sino de hacer gran número de observaciones, todavía más extrañas, que aun no he descrito, porque no he conseguido sino entreverlas. Apesar de esto, debo prevenir, que esta senda, trazada, pero insuficientemente desescombrada, es muy larga, tortuosa, presenta bifurcaciones, que pueden causar extravíos, que cuesta muy cara su exploración y está sembrada de terribles escollos en los que el buen sentido y hasta la razón pueden obscurecerse. Los que crean deber aventurarse en ella, han de poseer primeramente una educación y hasta una instrucción psicológica especiales y muy adelantadas; debiendo, además, tener el valor de consagrarse á ello muchos años, preparándose á experimentar las más vivas emociones de esperanza y de desesperación, de éxitos inauditos, seguidos rápidamente de las más deprimentes decepciones.

Deberán resignarse á no avanzar sino con lentitud, á no adelantar un pie hasta que el otro se halle bien afirmado sobre un suelo vacilante, cuya resistencia está mal conocida; en una palabra, deberán proceder como yo mismo he procedido: marchar con gran prudencia «de lo simple á lo compuesto; de lo conocido á lo desconocido».

Además, todos los inconvenientes no están de parte del experimentador, porque los hay muy grandes para el sujeto que explora este dominio bajo la dirección y responsabilidad de aquél.

La vitalidad desaparece, tanto más en el sujeto, cuanto la condensación del fantasma es mayor, ó según que éste produce fenómenos más importantes.

Entonces, la fuerza muscular desaparece por completo, la mirada se apaga, el pulso y la respiración se hacen imperceptibles, la temperatura exterior descende sensiblemente, y cae en un profundo letargo, del que á veces es muy difícil sacarle.

Cuando el sujeto rendido se debilita por el exceso de trabajo exigido por el fantasma, cuando emocionado, alterado ó sorprendido, sobre todo por la llegada de un desconocido que no le es simpático, puede caer en una especie de síncope sumamente inquietante, que exige una magnetización tranquila al par que enérgica, pudiendo durar una media hora y á veces tres cuartos de hora el sacarle de la situación extremadamente penosa en que se encuentra. Vuelto en sí, y despierto, queda entonces sumido en gran cansancio, que puede persistir varios días si no se ha tenido cuidado de dormirle ligeramente

para despertarle, y esto á menudo, cinco ó seis veces, en un lapso de tiempo que puede durar una hora y hasta dos horas. Se ve, pues, que por parte del sujeto existen muy grandes inconvenientes que no están, ciertamente, exentos de peligros.

Pero cuando el experimentador ha adquirido la experiencia suficiente para rodear á los sujetos de todas las precauciones y de todos los cuidados que su estado exige, para evitar los peligros, comprueba con la mayor satisfacción que estos se interesan cada vez más en las investigaciones, terminando por cautivarles, que sus facultades mentales é intelectuales se hacen más vivas, que la lucidez de los que son lúcidos se hace más clara y pronta, y que su salud física, si no es perfecta, mejora rápidamente. Todos los sujetos bien dirigidos están unánimes en reconocer estas ventajas; así que la mayoría de ellos desea multiplicar las experiencias.

Repetida, y aun muy frecuentemente, la sesión parece ser extraordinariamente fatigosa para el sujeto al despertar, debilitado, hasta agotado, tiene frío, con frecuencia tiembla y sus mandíbulas agitadas convulsivamente entre chocan una con otra; en todos los casos, siempre se quejan de que la temperatura de la habitación en que se experimenta está demasiado baja. Si hay fuego encendido, que casi siempre lo hay, siquiera desde primero de septiembre hasta fin de mayo, se aproximan á él con la mayor satisfacción. Se calienta de ocho á diez minutos, y entonces, sienten la necesidad de reponer las fuerzas con una colación, á la que siempre hacen gran honor. Frecuentemente, las fuerzas vuelven con

rapidez; pero á veces, es preciso una hora y hasta hora y media después de despertar para que se rehagan por completo y el sujeto se encuentre en perfecto bienestar. Este tiempo disminuye sensiblemente si, como acabo de decir, se tiene la precaución de volver á dormir al sujeto y despertarle en seguida al cabo de algunos momentos, sin exigir nada de él. Esto es lo que hago siempre con todos los sujetos después de cada sesión, cuando poco á poco van reanimando y compruebo con satisfacción que están más á gusto que antes, y que han ganado fuerza en vez de perderla.

Durante la mayor parte del desdoblamiento, la fuerza muscular del sujeto es casi nula; después del primer despertar, es siempre inferior á la normal, y en la generalidad de los casos, quince ó veinte minutos después del segundo despertar, ha aumentado sensiblemente. Esto lo he comprobado con auxilio del dinamómetro de Aubry en cierto número de sujetos. Mido la tracción ejercida por la mano derecha, antes de la sesión, en el momento en que la fuerza muscular debe ser normal; volviéndola á medir después del primer despertar, y una tercera vez, después del segundo. He aquí las cifras obtenidas en una serie de observaciones. Para abreviar, sólo cito las observadas antes de la sesión y después del segundo despertar:

SEÑORA R...

Un sujeto que he observado algunas veces, sin poder estudiar su fantasma.

Antes de la sesión, 90; después del segundo despertar, 100.

SEÑORA FRANÇOIS

Antes de la sesión, 85; después del segundo despertar, 86.

Antes de la sesión, 85; después del segundo despertar, 98.

Antes de la sesión, 80; después del segundo despertar, 88.

Antes de la sesión, 80; después del segundo despertar, 74.

Esta última medida fué tomada después de un síncope prolongado, que fatigó mucho al sujeto.

SEÑORA LEONTINA

Antes de la sesión, 80; después del segundo despertar, 115.

Antes de la sesión, 95; después del segundo despertar, 100.

Antes de la sesión, 106; después del segundo despertar, 115.

Antes de la sesión, 90; después del segundo despertar, 107.

Antes de la sesión, 105; después del segundo despertar, 115.

Antes de la sesión, 110; después del segundo despertar, 115.

Antes de la sesión, 95; después del segundo despertar, 101.

SEÑORA VIX

Antes de la sesión, 45; después del segundo despertar, 46.

SEÑORA LAMBERT

Antes de la sesión, 75; después del primer despertar, 80.

Antes de la sesión, 71; después del segundo despertar, 75.

Antes de la sesión, 59, después del segundo despertar, 74.

SEÑORITA JUANA

Antes de la sesión, 64; después del segundo despertar, 65.

Antes de la sesión, 85; después del segundo despertar, 67.

Los estudios que siguen son fatalmente incompletos. Apenas hace un año que los he emprendido, cuando para poder dar un trabajo de conjunto de cierta importancia, sería preciso consagrar á él, casi exclusivamente, diez y hasta quince años. Proseguiré mis investigaciones y completaré mis observaciones. La edición primera de esta obra la completaré con resúmenes comunicados á la *Société magnétique de Francia*, que aparecieron en el *Journal du Magnétisme*, y con el conjunto de mis notas completaré la próxima edición de esta obra.





I

Presentación de los sujetos de experimentación

I. MARTA. — II. NENETTE. — III. EDMEE. — IV. LEONTINA.
V. SEÑORA FRANÇOIS — VI. SEÑORA VIX. — VII. SE-
ÑORA LAMBERT. — VIII. SEÑORITA TERESA. — IX. SE-
ÑORITA JUANA.

Antes de entrar en materia, creo que debo presen-
tar los principales sujetos que, poniendo á mi dispo-
sición su preciosa facultad de desdoblarse, han cola-
borado más ó menos en mis investigaciones, lo cual

voy á hacer en pocas palabras, observando próxima-
mente el orden cronológico de su colaboración.

1. Marta, 20 años, presentada por M. André, en septiembre 1907.—Buena sensitiva. Muy enferma hacia varios años. A fines de 1906 fué considerada como tísica y tratada como tal sin resultado alguno apreciable. A principio de 1907, delgada, deprimida, sin fuerzas y tosiendo continuamente. M. André la magnetizó con doble objeto terapéutico y experimental. Mejoró rápidamente, y al cabo de seis meses completamente curada, había ganado en peso 12 kilos.

No se aísla en el sonambulismo; sus párpados están cerrados ó á medio cerrar.

Pasa por fases claramente separadas una de otra por una larga inspiración. La anestesia es completa á la segunda fase; con frecuencia, presenta lucidez á partir de la tercera, hasta la sexta. Entónces, puede á veces leer un papel impreso en gruesos caracteres que se le presente detrás de la cabeza.

La exteriorización, empieza hacia la séptima ú octava fase, y llega á su mayor extensión (1 m, 50, próximamente, en torno de ella) hacia la duodécima. El sujeto, se ve entonces rodeado de una sombra algo oscura que se va aclarando y se hace más luminosa. Continuando la magnetización, la sensibilidad exteriorizada se aproxima al sujeto y viene á condensarse á los lados de él, á una distancia de 60 á 70 centímetros, bajo la forma de dos columnas vaporosas, más luminosas arriba que abajo. En un momento dado, la columna de la derecha pasa detrás del sujeto y va á reunirse con la de la izquierda,

con la cual se confunde. Magnetizada aun, esta masa se condensa y toma la forma de una persona, que el sujeto no tarda en reconocer como ella misma; es, dice, su Doble. El sujeto ya no lee presentando un impreso detrás de su cabeza; pero la lucidez que ha desaparecido de ella se ha refugiado en su Doble. Entonces se hace posible la lectura presentando el impreso detrás de la cabeza de éste.

Marta, jamás ha frecuentado reuniones espiritistas, no es medium, é ignora hasta lo que es el espiritismo. No ha sido nunca magnetizada más que por M. André.

II. Nenette, 16 años, presentada por M. André, septiembre 1907.—Buena sensitiva, que se duerme fácilmente sin presentar fases aparentes. La anestesia es completa al cabo de algunos instantes de magnetización. No está aislada; los párpados están cerrados ó semicerrados; con frecuencia es lúcida. Perfectamente sana.

A los seis ú ocho minutos de magnetización, comienza la exteriorización, que bien pronto alcanza hasta una distancia de 1,60 á 1,80 metros. El sujeto se ve entonces rodeado de una sombra agrisada que no tarda en condensarse á su derecha é izquierda, bajo la forma de dos columnas más luminosas arriba que abajo. Como con Marta, la columna de la derecha pasa por detrás del sujeto y se une á la de la izquierda. Una forma humana se diseña en esta masa que continúa condensándose; bien pronto, es una mujer que el sujeto reconoce que es su sombra, su

fantasma. Una vez bien formado, el fantasma se sitúa á la izquierda y algo delante del sujeto.

Nenette no es médium; jamás ha visto sesiones de espiritistas, y sólo ha sido magnetizada por el señor André, puramente por experiencia.

III. **Edmée, 18 años, presenta da por la señora Stahl, octubre 1907.** - Niña que has a el presente sólo ha conocido el aspecto desagradable de la existencia. Poco instruida, pero muy inteligente, es inocente, cariñosa y afectuosa. Desearia poder ser útil á la humanidad. Por esto, siente el deseo más vivo de ver desarrollarse en ella y afirmarse la clarividencia y la previsión que ya posee en cierto grado. Es sonámbula natural, es decir, que puede dormirse por si misma, ó al menos, caer en un estado análogo al sonambulismo. En este estado ha dado pruebas evidentes de lucidez. Con el fin de desarrollar esta facultad, ha sido ya magnetizada por muchas personas, pero sin método.

Establecida la relación, se duerme muy fácilmente bajo la acción de algunos pases. La anestesia es completa, los párpados están cerrados y el rayo visual está dirigido hacia arriba. No está completamente aislada y no presenta fases apreciables. La exteriorización comienza y se extiende rápidamente hasta una distancia muy grande, lo menos dos metros y medio. Se ve entonces rodeada de una luz muy blanca que sale de ella misma, singularmente de la frente, de la garganta, de la región del estómago y del corazón. Este desprendimiento que jamás habia visto, le impresiona y le sorprende. En

las primeras sesiones se inquieta, gesticula, se enerva y pregunta sin cesar que qué es aquello. Está afectada muy desagradablemente por los movimientos de todas las personas que se encuentran dentro del campo de su exteriorización.

Continuando la magnetización, en un momento dado, se realiza una brusca condensación de esta luz, y el desdoblamiento, que no parece seguir el proceso habitual, se produce. El sujeto ve entonces con el mayor asombro una masa muy luminosa situada delante de ella y un poco á su izquierda, á un metro próximamente. Esta masa, alta, de casi dos metros por un diámetro de 80 centímetros, está, sin cesar, en movimiento; está formada en sí misma de partículas luminosas que se mueven sin cesar. Esta masa se condensa y toma la forma de una mujer que bien pronto reconoce por ser ella misma. «Pero, si es Edmé, grita asombrada.»

En la segunda sesión, antes de que se reconozca en esta figura colocada cerca de ella, se produce una escena cómica. Le pregunto que á quien se parece aquella forma. —No sé nada—responde inocentemente—pero esto es una guasa, se mueve por todo; veo la luz á través de eso, es raro, pero —añade con pavor—tiene pies, anda.» ¿A que se parecen esos pies—le preguntó —á los míos. —«Si, á los de usted; pero son más bonitos» — Levanto el brazo derecho del sujeto. —«Ah, pero si también tiene pies arriba, uno lo tiene levantado, y con creciente sorpresa; pero si es un brazo, es el mio, es mi brazo derecho! —Dejó caer el brazo derecho y levantó el izquierdo. —«¡Ah! ¡vaya una broma, ahora es el bra-

zo izquierdo el que levanta! Inclino la cabeza del sujeto. — «Pero esto es más guasa todavía; mueve la cabeza, y todo eso sale de mí, soy yo la que está ahí.»

A partir de la tercera sesión, el desdoblamiento se realiza según el proceso habitual, la condensación se efectúa á los lados del sujeto, bajo la forma de dos columnas muy luminosas; después la de la derecha pasa por delante del sujeto, entre ella y yó, y vá á unirse á la de la izquierda. El fantasma toma al punto la semejanza del sujeto y se coloca naturalmente á la izquierda y delante de ella, á unos 80 centímetros.

Al principio de mi experimentación con Edmé, esta no se ocupaba de espiritismo. Después, se interesó en ello y llegó á ser medium. Esta nueva facultad pareció haber disminuído la facilidad con que se desdoblaba; desdoblada ha perdido de su alegría y la inocencia de las primeras sesiones ha desaparecido completamente. A pesar de ello, todavía constituye un excelente sujeto de experimentación.

IV Leontina, costurera, 27 años, presentada por el señor Ed. Du-bois, octubre 1907.—Sujeto lúcido, extremadamente sensitivo, disfrutando de una salud bastante buena. Ya ha sido dormida por el señor Du-bois que ha comprobado la exteriorización. Este ha observado que la irradiación se extiende hasta una distancia de casi dos metros, y que se prolonga hacia el lado del magnetizador cuando este actúa por atracción. El mismo ha hecho también esta observación que no está indicada en parte alguna. Alcanza

la exteriorización un diámetro cualquiera y si se pellizca, pincha ó raspa, solamente sus confines, se retira, y si se pellizca ó pincha de nuevo en el mismo punto, el sujeto ya no siente nada. Para hacerse sentir de nuevo, hay que aproximarse al sujeto 10, 15 ó 20 centímetros. Después de haber dado de nuevo algunos pases, la exteriorización vuelve á sus límites precedentes.

El Sr. Dubois, nunca ha observado desdoblamiento, del que por otra parte, no tenía la menor noción.

Duermo al sujeto con gran facilidad. Los párpados están cerrados, el rayo visual se dirige hacia arriba, y la exteriorización se produce rápidamente á derecha é izquierda, delante del sujeto, pero no detrás. Continuando la magnetización, élla, que jamás ha oído hablar de desdoblamiento experimental, ve hacerse á sus lados una condensación bajo la forma de dos columnas grisáceas ligeramente luminosas. La columna de la derecha pasa ante el sujeto y se une á la de la izquierda; pero para esto, es preciso que el magnetizador se retire si está muy cerca del sujeto, para dejar el paso á esta columna, que no podría pasar sin esta precaución. Cuando pasa, el sujeto extiende las manos como para coger algo. Poco á poco, esta columna se condensa y toma la forma de una mujer, que el sujeto no tarda en reconocer como ella misma; es su fantasma, que se coloca siempre á una distancia de 75 á 80 centímetros hacia su izquierda; es luminoso, sobre todo en la parte superior.

Leontina, presenta en muy alto grado, la facultad

de desdoblarse, ya espontáneamente, sin que de ello tenga conciencia, ya bajo el imperio de un deseo aun poco intenso; dando lugar este desdoblamiento á fenómenos muy notables. He aquí algunos ejemplos, elegidos entre otros muchos de igual naturaleza:

Un día, estando ocupada en su trabajo de costurera, se quedó con los ojos inmóviles y fijos. Su madre, que observaba que no estaba en su estado normal, la llamó. Ella la oyó, quiso responder, pero le fué imposible. Durante un minuto ó más que duró aquel estado, se trasportó á la habitación de una persona á quien conocía. Nada sabía de las disposiciones de la habitación, que jamás había visto; pero días después, hizo una descripción perfectamente exacta de ella á la persona que la habitaba. Había visto la clase del lecho, el número y la naturaleza de sus ropas, los muebles, el número de sillas, todos los bibelots y los más diversos objetos, hasta un par de zapatos viejos que no estaban á la vista de los visitantes.

Hechos de esta naturaleza le ocurrían con frecuencia, hasta sin que pensara en ellos. Así, la máquina se para, su figura adquiere una expresión cataléptica, pierde el conocimiento durante un tiempo que generalmente no es más que de un minuto, y cuando vuelve en sí tiene conciencia de haber ido á un sitio determinado, que conocía que no conoce, de haber visto cuanto en él ocurría en aquel momento, hasta los gestos de las personas presentes, y de haber escuchado su conversación. Si se ve obligada á repetir cuanto ha visto y oído durante aquel

minuto, estima que para ello sería preciso más de media hora.

Muy curiosa por naturaleza, me dijo un día que interesándole mucho los fenómenos del desdoblamiento, desearía poder acordarse de cuanto hacía, decía y veía durante sus sesiones de estudio. Le indiqué un medio muy conocido para recordarlo, que consiste en la aplicación de un dedo á la frente durante algunos instantes. Cuando regresa á casa después de una sesión, se acuesta, y antes de dormirse, aplica un dedo á su frente para llamar el recuerdo de cuanto ha visto. El resultado fué de lo más desagradable, pues á medida que el recuerdo aparecía, sentía que se desdoblaba, y en la semi-obscuridad de su habitación, no tardó en ver á su fantasma cernerse sobre su lecho. Su madre, enferma é igualmente acostada en el lecho é imposibilitada de levantarse, llama á Leontina para que le prodigue los cuidados que necesita. Esta la oye, como se oye una voz que suena en lontananza, pero se halla en la imposibilidad absoluta, no sólo de moverse para servirla, sino ni de responder. El fantasma, por su parte, ve su cuerpo inerte reposando debajo de él, y lamenta no hallarse en estado de contestar á las llamadas urgentes que se le hacen. Tal estado de desdoblamiento dura lo menos dos horas. Por fin cesa; el fantasma puede reintegrarse á su domicilio y el estado de conciencia habitual vuelve paulatinamente. Conserva el recuerdo claro y preciso de la sesión que había recordado, así como el estado de conciencia singular y poco habitual por que acababa de pasar; pensando también no buscar más el

acordarse de cuanto haya hecho ó visto durante su desdoblamiento experimental.

Extraños fenómenos se producen en torno de ella frecuentemente sin causa aparente; he aquí ejemplo de ellos: —La puerta de un armario donde gusta de guardar algunos objetos, se abre espontáneamente con frecuencia, y suenan golpes en todas partes sin que sea posible á la joven, ni á su madre, ver la mano que los da.

—Una noche, se torna luminosa una figurilla de yeso, colocada en la chimenea, sobre todo en su parte superior. Leontina y su madre, que se hallaban acostadas, quedan sorprendidas de aquél fenómeno, que ha durado próximamente una hora y que jamás se ha repetido.

—Una velada, inquieta, y sobre todo, muy fatigada por el exceso de su labor de varios días, trabajaba afanosamente, cuando su máquina se detuvo bruscamente. Intentó ponerla de nuevo en marcha con la mano; pero tropezó con una resistencia que le fué imposible vencer. Le pareció que una mano extraña se oponía al movimiento de la máquina. Después de haber intentado en vano ponerla en marcha varias veces, se levantó; pero se dió cuenta de que no se hallaba en su estado normal. Se esforzó para volver á él á fin de reponer las fuerzas que le faltaban, y al fin lo consiguió, no sin trabajo, al cabo de algunos instantes. Entonces, tuvo vagamente conciencia de que acababa de desdoblarse y que era su Doble quien no queriendo trabajar, detenía la máquina, cogiendo la correa de transmisión con las manos. Antes, de volver al estado de conciencia, había encargado á

una aprendiz, que registrase la máquina; esta intentó ponerla en marcha; pero no lo pudo conseguir, hasta que Leontina volvió completamente á su estado normal.

Nunca ha asistido á ninguna sesión espiritista, ignora lo que significa el espiritismo, y afirma que no es medium.

V. Señora François, 28 años, noviembre 1907.—Muy afectuosa, soñadora, y encerrada en sí misma, aunque bastante alegre la señora François es muy buena sensitiva que goza de una excelente salud. Es con frecuencia dormida por su esposo, que ha observado en ella una notable lucidez. La ha conducido hasta la exteriorización, pero no se ha atrevido á llegar hasta el desdoblamiento, que le parecía peligroso.

El sujeto se exterioriza con gran rapidez y la condensación se produce á los dos lados, á una distancia de 60 ó 70 centímetros. En un momento dado, después de sufrir el sujeto una ligera sacudida nerviosa, la columna de la derecha viene á unirse con la de la izquierda, y se forma el fantasma, á una distancia de 50 á 60 centímetros.

Un detalle muy curioso, que jamás he observado en ningún otro sujeto: Este ve primero una forma grosera, de aspecto desagradable, en la que se distingue un esqueleto débilmente iluminado en su interior. Tiene miedo y se vuelve, cubriéndose el rostro con las manos.—«Es un muerto — dice — lo que hay ahí; es preciso ahuyentarlo.» Le tranquilizo, afirmándole que no es eso y continúo la magnetización. La forma esquelética desaparece paulatinamente, recu-

briéndose de una especie de humo ó vapor grisáceo, y aquella forma, condensándose, toma la apariencia de una mujer, de estatura elevada, gruesa y de aspecto desagradable. — «No es bonita» — dice. Continuando la magnetización, la forma de aquella *mujer* se regulariza y toma la del sujeto. «Esta mujer — dice — se me parece, hace los mismos movimientos que yó» — después añade con asombro: — «¡Pero si soy yó mismal!» — A partir de este momento, el fantasma que se hace agradable á la vista, toma la actitud del sujeto y se hace muy luminoso, sobre todo en su parte superior.

Estas observaciones, recogidas en la primera sesión, me han sido hechas siempre en las sucesivas, cuando preguntaba al sujeto, pero la vista del esqueleto, por hábito, se hacía cada vez menos desagradable.

La señora François jamás ha asistido á una reunión espiritista, ni sabe lo que en ellas sucede; pero los fenómenos, análogos á los que allí acaecen, son observados con frecuencia en torno suyo, sin que tome en ellos parte directa. Apenas si transcurre día, sobre todo en ciertas épocas, en que no oiga golpes dados en los muebles y ruidos inusitados por todas partes. Pero también se producen en ella, con bastante frecuencia, fenómenos mucho más extraños, en que se reconoce de una manera clara y precisa la obra del fantasma del sujeto, espontáneamente desdoblado. He aquí algunos ejemplos, elegidos entre gran número de otros, muchos de los cuales son todavía más extraños:

— «La señora François tiene un cofrecillo al que

profesa gran apego y que le sirve para guardar objetos menudos de costura ó de bordado. Recientemente,—me dijo su marido—mi esposa estaba acostada y el cofrecillo se hallaba en su sitio habitual sobre la chimenea del dormitorio, ví el cofrecillo abrirse por sí mismo, y en seguida cerrarse pesadamente. La pregunté por qué se había abierto el cofrecillo y cerrado después, respondiéndome que era ella misma quien le había abierto para buscar una cinta.

—Una noche, los dos esposos se disponían á acostarse. La señora François parecía fatigada, pensativa, dormida á medias, estaba en pie al lado del lecho, á cuya cabecera oyó el esposo muy claramente dar un golpe. En el mismo instante, la señora François, que aún estaba de pie en el mismo sitio, se lleva bruscamente las manos á la cabeza y se queja de haberse hecho mucho daño. ¿Qué sucede? la pregunta su esposo. Es—contesta ella—que me he echado mal y mi cabeza ha golpeado violentamente la madera de la cama.»

—Por último, de casa de la señora François desapareció un objeto que ésta tenía en gran estima. Su esposo la durmió, porque quería ésta saber dónde se hallaba el objeto. Afirma que está dentro de una maleta, con otros varios objetos, en casa de una vecina que frecuenta la suya. Al día siguiente, la señora François va á casa de la persona que retenía el objeto, y conduce diestramente la conversación hacia la maleta en cuestión. —«Es curioso,—dice la persona—ayer á tal hora he oído un gran ruido como si esa maleta abierta se cerrara pesadamente».

La hora en que se oyó ruido era precisamente la misma en que la señora François estaba dormida para buscar el objeto.

Particularidad digna de observación estos fenómenos se producen siempre espontáneamente. Muchas veces el matrimonio François ha querido reproducirlos mientras la esposa se hallaba en estado de sonambulismo, nunca lo ha podido conseguir.

La señora François no es medium, ni sabe lo que es el espiritismo.

VI. Señora Vix, 46 años, noviembre 1907.—Excelente sujeto profesional, muy conocido de cuantos se interesan por la experimentación. Hace más de veinte años que me sirve en mis experiencias de física magnética, y es muy apreciada por el coronel de Rochas para sus investigaciones sobre la polaridad y la exteriorización de la sensibilidad. Goza de excelente salud.

Pasa por las fases sucesivas, bien separadas unas de otras y se desdobla rápidamente, siguiendo el proceso habitual. Es algo lúcida y hace en el sonambulismo magnético curiosas descripciones de lo que los ocultistas llaman el *mundo astral*. No es medium.

VII. Señora Lambert, febrero 1908.—Excelente sensitiva, que, como la anterior, ha servido durante largos años para los estudios del coronel de Rochas. Su tantasma es el que Nador intentó fotografiar, como ya he dicho en la *Introducción* que precede.

Ahora goza de excelente salud; pienso no ha sido siempre así, pues hace unos quince años estuvo, si

no muy enferma, al menos lo bastante para verse obligada á permanecer frecuentemente en su domicilio. Entonces estaba constantemente exteriorizada y enervada por aquel estado; llegó hasta no querer salir, pues en cuanto á alguien se le acercaba recibía la sensación de que la pisaban. Cuando iba en omnibus, no sólo se le subían constantemente sobre sus pies, sino se sentaban sobre sus rodillas y la acosaban dolorosamente por todos lados. Le ocurría muchas veces volver á su casa con equimosis de choques que no había recibido sino por el intermedio de la cubierta sensible exteriorizada que constantemente la envolvía por todas partes.

Muchas veces se desdoblaba espontáneamente de una manera bastante completa. Así, estando en el lecho, aniquilada y casi imposibilitada de movimiento, contemplaba con terror á su fantasma que se cernía sobre ella, durante horas enteras, casi inmóvil cuando ella no se movía, y repitiendo como una sombra, los menores movimientos cuando intentaba cambiar de postura y hasta movía un miembro. Cuando el fantasma ocupaba cierta posición, veía su imagen reflejada sobre el espejo. Cuando se desplazaba espontáneamente, el espanto se apoderaba de ella y un sudor frío inundaba su rostro.

Muchas veces, anonadada y desfallecida, tuvo la sensación, como ciertos sensitivos moribundos, de que alguien estaba acostado á su lado. No dudando de que esta sensación era igualmente debida á su desdoblamiento, se envolvía trabajosamente en las mantas y permanecía allí, sofocada, á veces hasta

dos horas, inmovilizada por el pavor, temblorosa y cubierta de sudor.

Jamás se ha ocupado de espiritismo, y hasta ni quiere creer en la realidad de los espíritus; los mediums, á los que tiende á considerar como hábiles artistas, le enervan y sobreexcitan, hasta el punto de hacerla inconveniente. Una vez se halló, casualmente, en una sesión ante personas que apenas conocía. Vió moverse la mesa, oyó los pies golpear sobre el pavimento para responder á las preguntas hechas, y en vez de interesarse en este fenómeno, buscó el truco que no pudo hallar, se enervó, dijo cosas desagradables á todos los asistentes, que en plena manifestación se vieron obligados á terminar la sesión. Muchas veces se encontró en casa del coronel de Rochas con los mediums Eusapia y Politi, pero no pudiendo soportar su presencia, que le exasperaba, se marchaba rápidamente.

En su habitación oye con frecuencia golpes dados y los más diversos ruidos en las paredes y en los muebles. Los objetos son á veces volcados sin que los toquen visiblemente.

Una vez estando en el lecho aniquilada de fatiga y medio dormida después de haber oído los ruidos más extraños y más intensos que de ordinario, una estatuita de biscuit preciosamente colocada en un estante, es movida por invisible mano y se rompe la cabeza.

No es lúcida en el sonambulismo; cerradas las pupilas y perfectamente aislada, no pasa por fases bien apreciables durante la exteriorización, y se desdobra con rapidez siguiendo el proceso habitual. Su fan-

tasma se coloca á su izquierda á una distancia de 20 á 25 centímetros.

Casi todos los sujetos se debilitan y llegan con frecuencia á estar casi incapacitados de moverse, á medida que el fantasma se condensa y se hace más apto para obrar. La señora Lambert, por el contrario, parece hacerse más fuerte y á veces se contrae tan violentamente que cae completamente contraída.

Bueno es citar aquí un hecho que se ha producido durante el curso de mis investigaciones, porque se le podría comparar con otros de la misma naturaleza, que no dejarán de producirse.

La señora Lambert es recibida con gran intimidad por una familia compuesta de la madre, que es viuda, y su hija, de veinticinco años de edad, que desean guardar el anónimo, y queriendo satisfacer sus deseos, designaré á estas personas por la inicial A...

—El sábado, 13 de junio de 1908, la señora Lambert se hallaba en casa de las señoras de A... Sobre las ocho de la noche, atravesando el salón sin luz, ve cerca de la chimenea una columna vaporosa, ligeramente luminosa y de la talla de una persona de mediana estatura, pero cuyos contornos están mal delineados. Asustada, entra precipitadamente en el comedor, y dice que acaba de ver un fantasma. Las señoras de A..., que ambas son algo sensitivas, llegan hasta la puerta de la sala y distinguen vagamente dicha columna, pero no se explican la causa de ella. Vuelven al comedor, y pronto se olvida aquella visión, á la que, por otra parte, apenas si conceden alguna importancia.

Al siguiente día, por la tarde, vuelve la señora

Lambert á pasar algunas horas en casa de los señores de A..., y observa que á la puerta de la casa vecina hay preparativos de entierro. —«Hay, pues, un muerto en la casa de al lado,—dice al entrar;—los coches funébres están ahí y la puerta está enlutada». A nadie se había prevenido el fallecimiento, y los señores de A... no sabían nada de él. Después de la partida del convoy fúnebre, la señora A... baja y pregunta al portero de aquella casa quién era la persona fallecida. «Es,—responde éste—una señora vieja, amiga de la familia X..., que vive en el piso tercero que vino á verles hace quince días y ha muerto en su casa». Los señores de A... habitan en el pi o tercero; la sala en que fué vista la vispera la columna fantasmagórica está contigua á la cámara mortuoria, y el cadáver reposaba sobre el lecho, colocado cerca del muro que separaba los dos inmuebles. La distancia que separaba el cadáver del sitio que el fantasma ocupaba podía ser de 1,50 m. á 1,60 m.

La señora Lambert, repuesta de su espanto de la vispera, se acercó, no sé por qué razón, á la chimenea en que la aparición había tenido lugar, y experimentó gran sorpresa al percibir una impresión de calor que le pareció mucho más elevada que en las demás p rtes de la sala. Las señoras de A... se acercaron, una después de otra, á aquella parte de la sala, y percibieron igualmente aquella impresión de calor que les sorprendió en extremo.

La señora Lambert acude á una sesión de estudios los martes de cada semana. El martes, 16 de junio, se apresuró á contarme su visión y las particularidades que la habían seguido. Desde luego, supuse que

el fantasma aparecido debía ser el de la persona fallecida, errante allí, á poca distancia del cadáver que yacia en el lecho. Pero no era así, como va á poder juzgarse.

Cuando se desdobló el sujeto, le pregunté lo que podía ser aquella columna vaporosa. «No es lo que usted piensa,—me contestó en seguida;—allí está el fantasma de un hombre, fallecido hace algunos años. Es de edad y toca de cerca á las señoras de A..., á las que quería desde hace muchos meses hacer ciertas recomendaciones, sin poder conseguirlo. Ha aprovechado la materia fluidica de la persona fallecida al lado para constituirse un fantasma visible. Deseando esencialmente comunicarse, gasta para ello mucha energía, y eso es lo que da lugar al calor que esas señoras y yo percibimos en el lugar que ocupa». Me hizo una descripción del fantasma y de su decidido propósito de prevenir á la señora de A... con motivo de asuntos de familia, en que se ponen en juego sus intereses; pero no pude obtener que el fantasma del sujeto entrase en comunicación directa con el del difunto. Indiqué al sujeto el medio que se puede emplear para acordarse de lo que acaba de decirme, á fin de que lo repitiese á las personas interesadas.

Al siguiente día por la mañana, la señora Lambert fué á casa de las de A.... á quienes expuso cuanto me había dicho. La señora A..... reconoció el retrato de su padre, muerto hacia dos años y participó á la señora Lambert su inquietud relativa á asuntos de herencia, que no parecían arreglarse ventajosamente para ella. Pero, dos días después,

las señoras de A..... veían el fantasma del difunto que les precede ó les sigue donde quiera que van, sobre todo en aquella sala y allí cuando las señoras están tranquilas disminuye su actividad y se vuelve á estacionar hacia la chimenea, donde no es visible más que imperfectamente bajo la forma de la columna luminosa que desde un principio había visto la señora Lambert. Y extendiendo el brazo hacia aquella columna, siempre perciben un calor que les parece muy intenso. A la señorita A..... le ocurrió colocar en el salón un termómetro ordinario, y establecido el equilibrio de la temperatura, suspendió el instrumento hacia la parte superior de la columna fluidica, y afirma haber observado al cabo de un cuarto de hora una elevación de cerca de dos grados.

El martes 23 de junio, me dijo la señora Lambert que la columna se hacía menos visible, y que el calor, aunque menos intenso, aun era muy apreciable.

Resolví, si esto no desagradaba á las señoras A... ir á demostrar con dos termómetros de laboratorio, si realmente aquel calor era objetivo.

Fui allá el jueves 25, hacia las dos de la tarde, con el Sr. Haudricourt, secretario de la *Sociedad Magnética de Francia*. Allí estaba la señora Lambert. La desdoblé para darme cuenta de si podía, allí cerca del fantasma del difunto, entrar en comunicación con él y recibir sus confidencias. Le vió como le había visto en mi casa; pero no pude saber más que lo que sabía. La despierto, y procedemos el Sr. Haudricaut y yo á medir la temperatura de varios puntos de la sala. He aquí las notas que hemos tomado:

Nuestros dos termómetros de precisión son colocados en un sillón, cerca de la ventana abierta, á tres metros precisamente del emplazamiento del fantasma. Al cabo de un cuarto de hora, cuando el equilibrio de la temperatura queda bien establecido entre el medio ambiente y los instrumentos, comprobamos que marcan $20^{\circ}7$. Uno de ellos se queda sobre el sillón, á título de testigo, y el otro se coloca en el piso, en el sitio de la parte inferior del fantasma. Al cabo de diez minutos desciende á $20^{\circ}4$. Entonces se cuelga de un trozo de madera á una altura de 1,60 m., allí donde la temperatura parecía más elevada que en otra parte. Al cabo de diez minutos el instrumento marca 21° ; el primero siempre sobre el mismo sillón, está aun á $20^{\circ}7$. Le retiramos de aquel sitio, para colocarle al fondo de la sala. Sobre otro sillón, á dos metros del sitio ocupado por el fantasma. Al cabo de diez minutos, ha descendido á $20^{\circ}5$, y el que está colgado marca 21° . Colgamos los dos instrumentos, uno cerca de otro, y comprobamos al cabo de diez minutos que los dos señalan $20^{\circ}8$.

Es muy probable que las idas y venidas hayan desplazado el aire tendiendo á restablecer el equilibrio de la temperatura en toda la habitación, lo que habria determinado un descenso en la parte ocupada por el fantasma. Uno de los termómetros se ha vuelto á colocar sobre el primer sillón. Salimos todos de la habitación, cerramos la puerta y volvemos al cabo de media hora; el último señala $20^{\circ}7$, mientras que el otro permanece fijo en $20^{\circ}8$.

Como no hay fuego en la chimenea, y como ya

he dicho al principio, el lecho de una alcoba es lo que se encuentra al otro lado del muro que separa los dos departamentos, hay, pues, en la parte de la sala en que las señoras de A... y Lambert perciben mayor calor que en las demás partes, una elevación débil, si bien real de temperatura. Al principio de la observación, el aumento de esta parte era de 0,6 sobre el piso, de 0,5 sobre el fondo de la sala y de 0,3 hacia la ventana; por fin, la diferencia era aun de 0,2; que se puede atribuir al movimiento vibratorio intenso de que está animado el fantasma.

Para completar esta observación, hemos dejado uno de los termómetros á la señorita A..... quien no ha tenido inconveniente, por consejo nuestro, en hacer una observación el día siguiente, con mayor tranquilidad.

—Hacia las dos de la tarde, abre despacio la puerta de la sala, que estaba cerrada desde nuestra partida, coloca el termómetro sobre un sillón, cerca de la ventana, se sienta y comprueba al cabo de diez minutos, que señala 20°6. Le cuelga del trozo de madera en que le colgamos la vispera, se retira, cierra despacio la puerta, vuelve al cabo de dos horas y comprueba que marca 21°2. Vuelve á colocarle sobre el sillón donde habia estado al principio de la observación y comprueba al cabo de algunos instantes que ha vuelto á descender á 20°8. En el punto considerado como más caliente habia, pues, una elevación de temperatura de 0°4.

VIII. Señorita Teresa, institutriz
Presentada por el señor Ed. Du-

bóis. Marzo 1908.—Muy nerviosa, muy impresionable, pero goza de excelente salud. A pesar de esto siente á veces temores y aprensiones que carecen de justificación. Muy sensitiva, ya ha sido dormida dos ó tres veces por el Señor Dubois. Sin lucidez, ni fases bien apreciables.

Se desdobla fácilmente, según el proceso habitual, su fantasma se coloca á la izquierda, á una distancia de 40 á 50 centímetros.

No es médium; el espiritismo, del que ha oído hablar no le interesa, pues jamás ha visto una sesión espiritista. En 1903 estando aún en el colegio, ve en sueños, personas en un país extranjero. En 1905 va á Lemberg (Austria) con una familia, en calidad de institutriz y reconoce á las personas que había visto en sueños. En su casa jamás oye ruidos inusitados.

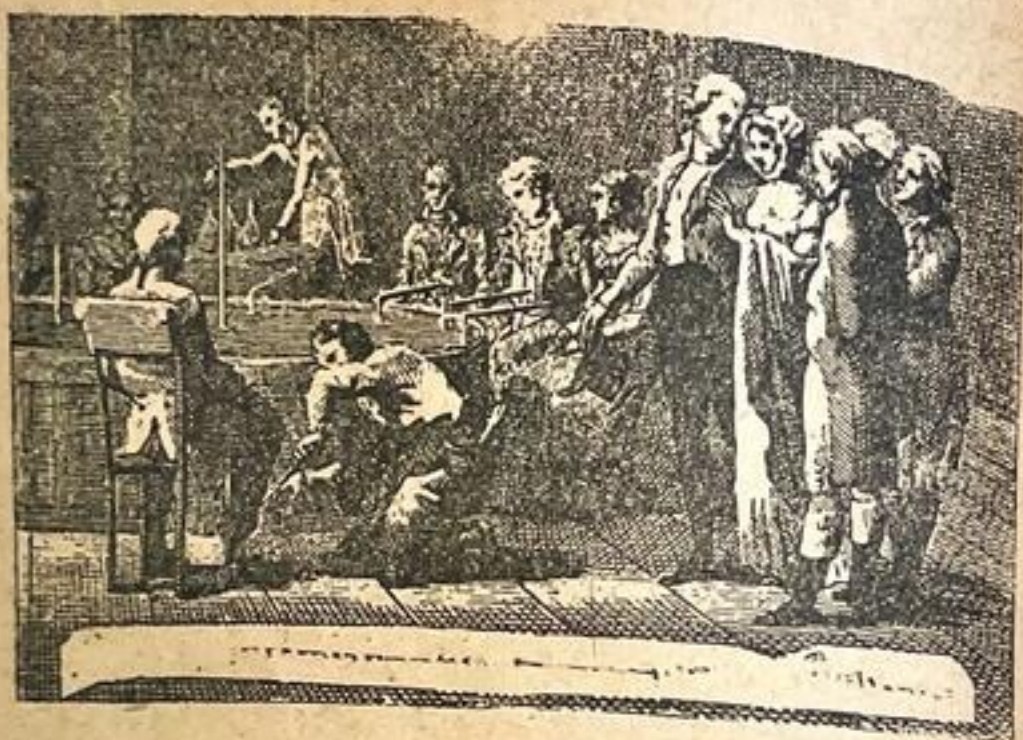
IX. Señorita Juana, costurera, veinte años, agosto 1908. Buena sensitiva, que se duerme fácilmente, sin pasar por las fases clásicas. De salud delicada, extremadamente nerviosa, sería probablemente lúcida si se le desarrollase para ello. Se desdobla con bastante rapidez, y ve efluvios luminosos escaparse al principio de su lado derecho y después de los dos lados. La extensión de su exteriorización es de un metro próximamente en torno suyo. Nada de condensación del lado derecho bajo forma de columna luminosa, pero los efluvios de ese lado derecho se acercan á la parte anterior del cuerpo, y pasan á la izquierda, al nivel del bazo, por un cordón del grueso del brazo, que acaba por delinearse.

Pronto se forma el fantasma á su izquierda, pri-

mero bajo la forma de una columna móvil, después esta columna toma la forma de una mujer, y esta mujer es ella misma. Estando bien formado el fantasma, el cordón que le une al cuerpo físico es del grueso del dedo pulgar.

En su casa oye con gran frecuencia crujidos de muebles y golpes dados en varios lados. Se cree médium, porque muchas veces, con varias personas de la vecindad ha puesto en movimiento una mesa y obtenido, según las reglas del espiritismo, respuestas á las preguntas hechas.





II

Generalidades sobre el Fantasma

- I. FORMACIÓN DEL FANTASMA.—II. RELACIONES DEL FANTASMA CON EL CUERPO FÍSICO.—III. EL FANTASMA ES LUMINOSO.—IV. VESTIDURA DEL FANTASMA.—V. CONDICIONES DE ESPERIMENTACIÓN.

Apenas sospechado hoy, el asunto de que voy á tratar en las páginas siguientes, constituirá seguramente en plazo muy poco lejano, un importante ca-

pítulo de anatomía y fisiología psicológicas. De todos modos, quiero hacer cuanto me sea posible dentro de mis fuerzas para tratarlo lo más sencilla; pero también lo más científicamente posible. Aislados, cada uno de los hechos que expondré sería insuficiente para poder admitir la realidad del *Fantasma de los vivos*; pero reunidos, forman un imponente conjunto que bastará ampliamente para establecer la convicción del mayor número de los pensadores, ó al menos para sugerirles la idea de comprobar mis afirmaciones. Esta convicción se establecerá tanto mejor, cuanto que yo no invalido absolutamente nada de lo que es bien conocido, y que todos mis esfuerzos tienden solamente á hacer avanzar por el camino de lo desconocido, los límites de nuestros actuales conocimientos. Voy á comenzar por dar algunas *generalidades* sobre las cuales no volveré á insistir.

I. Formación del fantasma.— Hemos visto que los sujetos sometidos á la acción del magnetismo durante un tiempo más ó menos largo, se exteriorizan, es decir que, en el estado de conciencia habitual, su sensibilidad que había desaparecido al comenzar el sonambulismo, sin que se supiera donde se refugiaba, irradia alrededor de ellos hasta una distancia que puede llegar á 2,50 y aun 3 metros. A partir de cierto momento, que la experiencia no me ha permitido precisar, esta *sensibilidad*, que todos los sujetos ven bajo la forma de vapor, de fluido blanquecino gris ó grisáceo, algunas veces con matices ligeramente irisados, se condensa y se localiza en cada uno de su lados, á una distancia

que puede variar desde 20 cm. (señora Lambert) hasta 80 cm. (Edmé y Leontina).

Los sujetos del coronel de Rochas veían á su derecha su semifantasma derecho, á su izquierda, su semifantasma izquierdo, coloreados y perfectamente semejantes ambos á los lados correspondientes. Yo jamás he observado nada semejante, ni aun con los sujetos que él ha utilizado. Esto obedece quizás á la diferencia de los medios empleados por él y por mí; en todos los casos, sin excepción alguna para los sujetos que yo he desdoblado, las masas fluidicas que se condensan á sus lados, se parecen más á una columna flotante cuyos contornos son irregulares, que á la mitad de una persona. Continuando la magnetización, en un momento dado, cierta atracción intenta reunirlos. La columna de la derecha, que es la atraída, toma entonces el camino más corto para ir á reunirse con la de la izquierda; y poco después el fantasma no tarda en formarse en el lugar ocupado por esta última. Esta formación se hace siempre de idéntica manera en el mismo sujeto, y difiere muy poco de uno á otro sujeto. Se hace más rápidamente cuanto más se somete el sujeto á numerosos desdoblamientos. La columna de la derecha pasa ordinariamente por detrás del sujeto para ir á unirse con la de la izquierda con la que se confunde, pero hay muchas excepciones. Leontina presenta una muy notable. Las dos columnas trataban de reunirse. Si hay un espacio libre entre el magnetizador y el sujeto, la columna de la derecha pasa rápidamente para ir á juntarse con la de la izquierda. Si el espacio no es suficiente, hace esfuerzos para

pasar sin conseguirlo; y el sujeto solicitado desde ambos lados, se impacienta, se enerva y no tarda en invitar al experimentador á que se retire. Una vez libre el espacio, el sujeto lleva la parte superior del cuerpo hacia adelante, extiende las manos abiertas, las cierra y las retira como si quisiera asir alguna cosa al pasar. Con Edmée y Teresa, la columna derecha pasa igualmente por delante de ellas, hasta cuando el magnetizador las sujeta estrechamente, unas manos en otras y las rodillas también entre las suyas, como hay que hacerlo á menudo para darse mejor cuenta de las emociones que experimentan los sujetos.

Juana presenta una excepción todavía más notable. La sensibilidad irradia todo enderredor de ella y no se condensa á su derecha bajo forma de una columna fluidica, si no que la masa desparramada se acerca al sujeto, pasa poco á poco por la cara anterior del cuerpo, rozando la piel, y se escapa al nivel del bazo para reunirse á la columna que comienza á formarse á su izquierda, á una distancia de 40 á 50 centímetros.

En este momento, y esto en todos los sujetos que he observado, la masa fluidica no se parece todavía á un sér humano: es una masa indecisa, una columna vaporosa, sensiblemente más alta y más ancha que la persona del sujeto. Siempre bajo la acción de la magnetización dirigida sobre el, ésta masa disminuye de volumen, se vuelve más luminosa, y toma poco á poco una forma humana. Bien pronto esta forma que sigue condensándose todavía, toma exáctamente la del sujeto: éste es su *doble*, su *fantasma*, que está

siempre de pie á su izquierda, y algunas veces un poco hacia adelante, como el de Nénette y de Edmée. Los contornos son más ó menos netos y precisos, sobre todo en la parte superior que es mucho más activa que la inferior.

Bajo la acción de la magnetización que continúa, el fantasma se condensa más todavía y se hace más luminoso, sobre todo hacia la cabeza. Llegado á cierto grado de condensación, toma la apariencia del sujeto.

Estando éste confortablemente sentado en un sillón, aquel se sienta en otro colocado para él en el lugar que debe ocupar; y allí, repite como una sombra todos los movimientos y gestos del sujeto. Es la imagen de éste; imagen objetiva, real, pues reflejada por los espejos, refractada al pasar de un medio á otro, como la luz, se la puede á veces fotografiar. He aquí un ejemplo de repetición de movimientos que se observa en todos los sujetos cuando el desdoblamiento es suficiente.

Levanto el brazo izquierdo del sujeto: éste dice enseguida que el doble levanta el brazo izquierdo. Bajo este brazo y levanto el derecho; exclama al instante que el doble levanta el derecho. El mismo fenómeno se repite con los movimientos de las piernas, de la cabeza, del tronco y hasta con los menores gestos. Estos movimientos son reales; pues si se está en la obscuridad, y hay como testigos uno ó varios sensitivos, estos, que no ven los movimientos del sujeto ni los del experimentador, distinguen todos los movimientos del fantasma, sin que pronuncien una sola palabra ni el experimentador ni el sujeto.

Aquí, el fenómeno se complica. En la obscuridad, si tomo un pedazo de tela cualquiera, el pañuelo del sujeto, el vuestro ó el mio, por ejemplo y lo coloco extendido sobre la mano para cubrirla, al levantar el brazo el sujeto dice que el doble levanta tal brazo pero que no ve la mano. Este pedazo de tela es opaco á los ojos del fantasma. Sucede lo mismo con cualquiera otra parte del cuerpo. Pero esta te a se vuelve transparente si se coloca durante dos ó tres minutos en el sillón ocupado por el fantasma. Levantando un brazo, si cubro la mano correspondiente, el sujeto dice que el doble levanta tal brazo, y no habla de la mano que ve como éste; es necesario entonces llamar la atención sobre el pedazo de tela, para que tenga conciencia de que está allí, casi invisible sobre su mano.

La auto-sugestión, así como la sugestión del experimentador ó de los testigos no intervienen para nada en la producción de este fenómeno. Aquí en la obscuridad, he colocado sin decir nada, ignorándolo todos, el pañuelo sobre el sillón ocupado por el doble, y, después de la serie de experiencias precedentes, lo he puesto sobre la mano como si las repitiera de nuevo. El sujeto que no sabía nada no pudo ser autosugestionado. Opero enseguida con un pañuelo que no ha estado en el doble, y digo en alta voz que colocándolo en la mano, el sujeto verá ésta, porque afirmo yo que es transparente. Levanto el brazo pero el sujeto dice que el doble levanta tal brazo y que no ve la mano. Yo afirmo de nuevo que debe verla; él asegura á su vez con más energía que no la ve. La experiencia inversa, es decir, cubriendo la

mano con un pañuelo que ha estado en el fantasma, y afirmando en alta voz que el sujeto no puede ver la mano á través de él, éste declara enseguida que la ve perfectamente bien.

Se puede objetar todavía que hay sugestión mental, puesto que yo sé lo que debe suceder. Esta objeción cae por sí misma ante la experiencia siguiente: —Tomo dos pañuelos semejantes: uno que debe ser transparente por haber estado en el sillón ocupado por el fantasma; otro que debe ser opaco por no haber estado allí. Uno de ellos, que debe ser transparente, lleva en el interior una señal distintiva, invisible al exterior. Entrego los dos pañuelos á uno de los testigos, rogándole que en el momento de la experiencia me entregue primero uno de ellos, el que quiera; después el otro, á fin de que yo no pueda suponer lo que debe pasar. Levantando la mano ó el pie cubierto con el pañuelo, el sujeto los ve siempre que están cubiertos por el pañuelo transparente, y no los ve si lo están con el pañuelo opaco.

La autosugestión, la sugestión mental, ni tampoco la sugestión verbal, no intervienen para nada en la producción de este fenómeno. Como sucede lo mismo en todos los que describiré en los capítulos siguientes, yo no diré casi nada.

Si, levantando el brazo, se pone un objeto en la mano, algunos sujetos ven siempre la mano del fantasma vacía, pero Nénette y Léontine ven el objeto desdoblado. Véase un ejemplo dado por esta última:

Siempre en la obscuridad, levanto el brazo izquierdo del sujeto y pongo mi pañuelo arrugado y apretado en la mano correspondiente.—«El doble le-

vanta el brazo izquierdo, dice el sujeto, pero hay alguna cosa en la mano; es un lienzo, es blanco, es un pañuelo.» Después de haber retirado el pañuelo y bajado el brazo izquierdo, levanto el derecho, teniendo en la mano un pequeño libro tomado al azar en mi biblioteca. — «Él doble levanta el brazo derecho, continúa el sujeto; pero tiene un objeto en la mano: es un libro.»

Estas últimas experiencias, que no trato de explicar, no resuelven la cuestión del desdoblamiento de los objetos por el sujeto, que son visibles ó no entre las manos del fantasma.

En la primera parte de esta obra he expuesto que la pasanta de Riga, comiendo en la mesa, se había desdoblado, viendo todas las alumnas que los brazos y las manos del fantasma ejecutaban los mismos movimientos que los del sujeto; pero las manos de éste tenían el cuchillo, cuchara y tenedor con alimentos, estando vacíos los de aquel otro. Por otra parte, se ha notado que los fantasmas que se exteriorizan llevan siempre objetos ó instrumentos iguales á aquellos de que se sirven habitualmente sus poseedores.

Magnetizando todavía más al sujeto para obtener mayor condensación del fantasma, éste puede alejarse; su figura toma algunas veces una expresión que difiere sensiblemente de la del sujeto, cesa de imitar sus movimientos haciéndose más apto para producir otros fenómenos que describiré en los capítulos siguientes. Pero esta aptitud está siempre subordinada á muchas condiciones esenciales. Primero es necesario que pueda tomar la fuerza requerida

para ello, y después, que él lo quiera; pues, llevando consigo la facultad de pensar, de querer, de juzgar, y todo lo que constituye la individualidad del sujeto, se hace el asiento exclusivo de la conciencia.

Al principio de la experimentación, la mayor parte de los fantasmas son *pesados*, torpes y se desplazan difícilmente. Cuando el de Nénette iba de una habitación á otra, tropezaba con los brazos y espalda al pasar por el hueco de las puertas ampliamente abiertas, y el sujeto se quejaba siempre amargamente de ello. No quería pasar jamás cuando alguien se encontraba cerca de la puerta, por no tener bastante espacio. Para evitar estos inconvenientes, se le invitaba á pasar á través de los muros, y cosa bastante difícil de admitir después de lo que precede, pasaba como todos los otros, sin la menor dificultad. El de Edmée, aunque más vivo y desplazándose con facilidad, no era más diestro. Cuando se pasaban algunos instantes sin ocuparnos seriamente de él, abandonaba su sitio y se iba hacia los testigos que le eran más simpáticos, estacionándose allí hasta que se le llamaba en otra parte. Obligándole á permanecer en el mismo sitio, flotaba verticalmente, subiendo y bajando, y en estos movimientos de ascensión, á menudo bruscos, se golpeaba la cabeza en el cielo raso, de lo que el sujeto se quejaba llevándose las manos á la suya. Estos caracteres de pesadez y torpeza desaparecen rápidamente á medida que se repiten las experiencias y que se habitúan á actuar fuera del cuerpo físico.

El fantasma no anda; por lo menos nunca he oído decir á un sujeto ni á un testigo sensitivo capaz de

ver sus menores movimientos, que se le viera mover como nosotros una pierna después de otra; se desliza por el piso. Las piernas, por otra parte, apenas están formadas, y la mayor parte de la actividad está siempre localizada en la parte superior.

Sin dejar de conservar su libertad de acción, el fantasma obedece generalmente, en amplia medida por lo menos, á la voluntad del experimentador. Obedece igualmente á la del sujeto, que es la suya; sin embargo, el de Léontina no le obedece. Así, yo le ruego que envíe su fantasma á sentarse sobre tal ó cual silla, por ejemplo, colocada á dos ó tres metros de donde se encuentra. Ella me dice que hace todo lo posible por enviarle, pero que parece no comprenderia. Desde el momento que yo intervengo con mi voluntad para que vaya, él va casi siempre en seguida.

El de la señora Lambert no obedece inmediatamente ni á mí ni á ella, hace lo que quiere hacer.

Las partes constitutivas del fantasma salen bajo la forma de efluvios de todas las partes del cuerpo del sujeto, pero sobre todo de la frente, del vértice de la cabeza, de la garganta, de la región epigástrica y también del bazo. Al exteriorizarse, estos efluvios dejan, por lo menos en los primeros ensayos de desdoblamiento, una impresión desagradable, que llega á hacerse hasta dolorosa en ciertos casos. El sujeto se queja entonces de tener dolor de cabeza; tal es el caso de Edmée y de la señora François; otros sienten un cosquilleo en la garganta que les obliga á toser sin estar constipados: tal sucede con Léontina, con Juana y también con Edmée. Estas

impresiones desagradables cesan bastante rápidamente, y al final de la sesión el sujeto se encuentra siempre en excelentes disposiciones.

Afirman los ocultistas que el desprendimiento del fantasma se efectúa por el costado izquierdo, al nivel del bazo. Esta afirmación no es completamente exacta. Todos los sujetos están de acuerdo para afirmar que la exteriorización se efectúa por todas partes, sobre todo por la parte superior del cuerpo. Juana me ha hecho observar que ella comenzaba siempre por el lado derecho para continuar después por las diferentes partes. Después de esta última observación, magnetizando muy lentamente los diferentes sujetos, les he rogado que dirigiesen toda su atención á darse cuenta de si realmente la exteriorización comenzaba por todas las partes superiores del cuerpo al mismo tiempo. Todos han estado de acuerdo para reconocer que, durante los primeros instantes, comenzaba realmente por la derecha.

No tratando de analizar más, la exteriorización comienza, pues, á la derecha, se continúa por todas las partes superiores del cuerpo, y los efluvios así exteriorizados pasan á la izquierda para ir á formar á pequeña distancia el fantasma del sujeto desdoblado.

Independientemente de esa materia fluidica, suministrada por el sujeto, materia incesantemente renovada por la que da el experimentador durante la magnetización, como ya lo habia observado la vidente de Prévorst, el fantasma toma de la atmósfera ciertos fluidos que le permiten materializarse más pronto, para hacerse más fuerte y más apto para la acción.

Cuando se quiere obtener del fantasma un fenómeno físico, precisa magnetizar enérgicamente al sujeto. Se observa casi siempre que el fantasma se agranda primero, haciéndose más luminoso en la parte superior; después se contrae, se condensa, disminuye, y á menudo se vuelve menos transparente. Este fenómeno de crecimiento, como el de la condensación, comienza siempre por la cabeza. Es muy notable en Teresa.

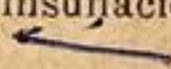
Si hay lucidez sonambúlica, ésta disminuye sensiblemente durante la exteriorización, y desaparece por completo cuando se forma el fantasma. Como se verá cuando estudie los sentidos del fantasma, se refugia en él, que ve el objeto y muchas veces todo lo que se relaciona con él colocándolo en la frente, la cabeza, la nuca, el epigastrio ó cualquiera otra parte con la que el sujeto ve cuando está en estado de sonambulismo lúcido. Todos los sentidos quedan suprimidos, y el sujeto ya no ve por los ojos del cuerpo, no oye con los oídos, no percibe los olores por el sentido olfativo, ni los sabores por el gusto, habiendo desaparecido completamente las impresiones del tacto. Como veremos en el capítulo siguiente, todas estas impresiones parecen ser percibidas por el fantasma, por medio de los sentidos del cuerpo astral, como afirman los teósofos.

Cuando el desdoblamiento es casi completo, para mantener el fantasma suficientemente condensado á fin de obtener fenómenos, el experimentador está obligado á magnetizar casi constantemente al sujeto, sobre todo por medio de pases longitudinales practicados muy lentamente, de arriba abajo, para satu-

rar pero puede actuar también por imposiciones digitales prolongadas, dirigidas hacia la región epigástrica. Puede así mismo obrar sin hacer un solo movimiento, por la sola acción de su voluntad dirigida, en un sentido determinado hacia el sujeto, ó hacia el fantasma. La acción ejercida sobre este último me parece extremadamente enérgica, hasta brutal y á menudo desagradable para el sujeto, si no se obra con gran suavidad. Para servirme de una expresión popular, «es precisa una mano de hierro conguante de terciopelo». He aquí un ejemplo de acción directa sobre el fantasma, observado con Mme. François.

Presento mi mano izquierda á 50 ó 60 centímetros de la frente del fantasma, para hacer cesar el dolor de cabeza de que se queja el sujeto. Este declara enseguida que el mal disminuye, que cesa, que ha desaparecido por completo. El sujeto me parece fatigado; trato de hacer cesar el desdoblamiento y de despertarle por medio de pases transversales delante de la cara y el pecho del fantasma; pero debo suspenderlos porque el sujeto se queja de que esta acción enérgica, casi brutal, agita desmedidamente al fantasma y que esta agitación repercute en él, le enerva y le indispone. Termino el despertar obrando directamente sobre el sujeto por la imposición de la mano izquierda sobre la frente.

A menudo he despertado otros sujetos imponiendo la mano izquierda en la frente del fantasma, á una distancia de 60 á 80 centímetros, pero he observado que quedan muchas veces bajo una impresión desagradable. Las insuflaciones frías en la frente



del fantasma, como los pases transversales delante de la cara y el pecho, siempre han hecho mal al sujeto.

Cuando se carga un acumulador se ponen los polos del generador eléctrico en contacto con los polos del mismo nombre del acumulador. Se actúa mucho más enérgicamente sobre el sujeto procediendo de esta suerte, es decir, magnetizando en posición isónoma.

A medida que se experimenta, todos los fenómenos se obtienen más fácilmente. Con los mejores sujetos puestos ya varias veces en sonambulismo, ó solamente exteriorizados, se necesita á menudo una hora para obtener los primeros indicios de desdoblamiento, y frecuentemente sólo al cabo de dos ó tres sesiones se llega á desdoblar bastante el sujeto para que el doble pueda ejecutar todos los movimientos de éste. Es el período más penoso y el más difícil para el experimentador, pues debe *desarrollar al sujeto*, pero no por eso deja de ser muy interesante porque puede estudiar fácilmente todos los fenómenos de iniciación. Desde que el sujeto está *entrenado* en la experimentación, se desdobla casi siempre completamente en algunos minutos, y los fenómenos de iniciación pasan entonces desapercibidos, si no se les trata de observar.

El desdoblamiento cesa lentamente por el despertar del sujeto, volviendo á pasar por todas las fases porque ha pasado en el curso del desdoblamiento; algunas veces, bajo el imperio de una emoción sufrida por el fantasma, cesa instantáneamente y el sujeto siente casi siempre una violenta conmoción.

II. Relaciones del fantasma con el cuerpo físico.—Repercusión.—

El sujeto desdoblado está constantemente en relación con su doble por intermedio de un cordón fluido que les une, sea cualquiera la distancia á que pueda alejarse. Este cordón, muy grueso al principio del desdoblamiento, generalmente se reduce después al diámetro de un dedo meñique; pero en algunos sujetos es sensiblemente más grueso, mientras que es más pequeños en otros (Leontina), ordinariamente es cilíndrico; sin embargo, en Teresa es aplastado y presenta el aspecto de una cinta muy gruesa. En todos los casos, no es de igual grueso en toda su longitud, pues presenta de distancia en distancia hinchazones, especie de ganglios, que parecen ser depósitos de materia fluidica sirviendo para alimentar el cordón cuando al fantasma se aleja. A pesar de estas reservas, su diámetro disminuye proporcionalmente al alejamiento, siguiendo cierta regla que todavía no he intentado determinar.

En la mayoría de los sujetos, el cordón parte del ombligo. Así sucede con María, Nenette, la señora Vix, Leontina. En algunos otros, surge algunos centímetros más arriba y á la izquierda, hacia la parte inferior del bazo. Un punto hipnógeno, siempre más sensible que las otras partes del cuerpo, situado á 3 ó 4 centímetros delante de esta parte, brota de la señora Lambert. En fin, lo que me parece más raro, el de la señora François parte del vértice, es decir de lo alto de la cabeza, punto que, en ella, es uno de los más sensibles del organismo.

Cualquiera que sea el punto de partida del cuerpo

físico, el cordón llega siempre próximamente á la parte correspondiente del fantasma.

El cordón sirve de asiento á una circulación muy intensa. Los mejores lúcidos le comparan á un nervio mixto, porque observan en él de una manera neta y precisa dos corrientes de sentidos contrarios que caminan una al lado de la otra; una que va del cuerpo físico al fantasma para aportarle materia que debe sostener su actividad y su actitud para actuar; la otra más sutil, más luminosa, yendo del fantasma al cuerpo que es su instrumento para llevarle sensaciones que pueda expresar dentro de cierta medida con sus diversos órganos. La corriente que va del sujeto al fantasma ocupa siempre la parte inferior del cordón, hacia el suelo, la que va del fantasma al sujeto, circula por encima de la otra, como si fuese más ligera.

Esta es una observación que podría haber dado describiendo la formación del fantasma, pero la creo aquí más en su lugar. — He dicho que en un momento dado, cuando las dos semi-columnas fluidicas se han formado á cada lado del sujeto, la de la derecha va á reunirse con la de la izquierda para confundirse con ella. Es precisa una explicación. La semi columna de la izquierda está ya ligada al cuerpo del sujeto por el cordón, que en tal momento, es extremadamente voluminoso. La semi columna de la derecha pasa tan cerca como lo es posible del cuerpo del sujeto, ya por delante, ya por detrás, se deforma y se introduce por completo en el cordón que la conduce á la derecha de la que ya está formada allí. En algunos minutos durante las primeras sesiones de experimen-

tación, en algunos segundos cuando el sujeto está entrenado, las dos semi columnas se yustaponen y forman la columna única en la que va á delinearse al punto el fantasma. En aquel momento es cuando adquiere sus tintas, azul á la derecha, amarillo naranja á la izquierda, que dan al fantasma su aspecto tan notable.

Al principio, el fantasma es extremadamente sensible y los menores contactos son dolorosamente percibidos por el sujeto. Si el primero recibe un choque violento, se observará casi siempre una equimosis en la parte correspondiente del otro, y un dolor más ó menos vivo persitirá allí muchos días. Esto hace comprender por qué los brujos desdoblados recibían los golpes asestados á su doble a'ejado para realizar un maleficio cualquiera.

El cordón es igualmente muy sensible al menor contacto, y si se le tropieza violentamente, el sujeto exhala siempre un grito doloroso. Si el sujeto y el fantasma están delante del experimentador, uno á la derecha, otro á la izquierda, y éste marcha lentamente para pasar entre los dos, tocará al punto el cordón, y el sujeto sufrirá un ataque más ó menos violento. Si continúa adelantando, aunque sea muy lentamente, produce una tensión, y éste, que es elástico, se alarga, pero al mismo tiempo ejerce una tracción sobre el sujeto.

Preguntado éste, dirá que sufre una sensación análoga á que experimentaría si, atado con una cuerda, se tirase de ésta, pero que esta sensación es mucho más desagradable.

La tracción ejercida sobre el cordón de la señora

Lambert es extremadamente violenta; y cuando el fantasma se aleja bruscamente, atraído violentamente, exhala un grito de dolor y se arrojaría al suelo si no estuviere yo allí para retenerla.

La sensibilidad del fantasma, como la del cordón, extremadamente viva al principio del desdoblamiento, disminuye poco á poco, pero no desaparece jamás completamente, constituye un medio, para los que no ven el fantasma, de darse cuenta de la dirección en que se encuentra cuando ha dejado su sitio habitual.

En un largo artículo publicado en la *Revista científica y moral* del espiritismo, el coronel de Rochas afirma que esta sensibilidad, y más particularmente la del cordón, es considerablemente mayor por parte del experimentador que de la de cualquier otra persona que no esté en relación directa con el sujeto. En apoyo de su afirmación, cita un caso que se puede considerar como un verdadero accidente, porque el sujeto que fué víctima de él, tuvo que guardar cama durante una semana, en un estado que no dejó de inspirar muchas veces serias inquietudes. Jamás he observado nada semejante, ni aun con sus sujetos, porque su sensibilidad no me parece mayor conmigo que con cualquiera de mis asistentes que toman las mismas precauciones que yo mismo tomo. Como el Sr. de Rochas, muy ilustrado, y tan metódico como prudente, no puedo atribuir esta diferencia de sensibilidad de los sujetos entre él y yo de una parte, y los asistentes de otra, más que á los métodos experimentales algo diferentes que empleamos uno y otro.

Con respecto á la sensibilidad del cordón, véase un suceso cómico que no tuvo consecuencias graves para los dos sujetos que de él fueron héroes.

Al principio de mi experimentación con el señor André, Marta y Nénette se desdoblaron en mi despacho. Quisimos darnos cuenta de si estando el fantasma en otra habitación podría tener conciencia de lo que allí sucedía. Para esto, el señor André se dirigió al salón donde ejecutaría algunos actos poco complicados. Envié tras él al fantasma de Marta, que fué á concentrar toda su atención sobre los actos y gestos del señor André. Detrás envió con el mismo objeto, el de Nénette, que no tarda en enlazar al otro con su cordón. Los dos sujetos se quejan. Los fantasmas se agitan, cambian de sitio y se enlazan reciprocamente. Los sujetos se quejan y gritan más y más. Para tratar de que esto cese, el señor André vuelve hacia mí; pero los sujetos aullan de dolor, porque á pesar de las precauciones que toma, roza fatalmente ambos cordones y ejerce además una tracción. Por fin, llega á mi lado. Rogamos á los sujetos que se levanten, lo que no obtenemos si no con gran trabajo; intentamos hacer pasar uno en derredor de otro, con la esperanza de desenredar los cordones; pero no consiguiendo más que hacer todavía la situación más lamentable, nos vemos obligados á hacer lo que hubiera debido hacer al principio del enlace; despertar á los sujetos para hacer cesar el desdoblamiento.

Al despertarse, los dos sujetos se quejan de un vivo dolor en la región umbilical y tienen la impresión de que se les ha apretado la cintura con una cuerda.

Cuando ha cesado el desdoblamiento, el sujeto está casi despierto, y comienza á recuperar la posesión de sí mismo, *no lo está todavía por completo*, porque el fantasma ha dejado partículas fluídicas en la butaca en que ha estado estacionado, primero al principio del desdoblamiento, después durante los periodos de reposo; y estas partículas faltan ahora al cuerpo físico que va á recobrarlas poco á poco. Mientras esta operación no esté terminada, el sujeto no poseerá la plenitud de sus fuerzas físicas ni de sus facultades intelectuales, y ninguno de los asistentes, ni tampoco el experimentador, deberán ir á sentarse en la butaca, porque, estando todavía en relación con e te objeto, el sujeto experimentará una molestia ó un tormento que puede llegar hasta el dolor. Sólo después de diez á quince minutos, el cuerpo del sujeto ha entrado en posesión de esta parte de él mismo abandonada por el doble, y puede ocuparse la butaca sin que aquél sienta incomodidad. A partir también de este momento, es cuando el sujeto entra completamente en posesión de sí mismo.

Para conseguirlo más pronto, los sujetos quieren, en cuanto el despertar es casi completo, sentarse en la butaca que ocupó el fantasma. Así, Juana, la contempla con un aire de codicia, trata de preservarla de todo contacto extraño, y no tarda en abandonar la que ocupa para sentarse en aquélla. Si se le pregunta por qué cambia de asiento, responde siempre que está en su sitio, que allí es donde debe estar, y que no comprende por qué ha estado sentada en la otra.

Un hecho extraordinariamente notable se produce aquí y confirma la ley de las corrientes del cuerpo humano que he formulado en mi *Física magnética*. El desdoblamiento del sujeto exteriorizado comienza por el lado derecho, y la materia fluidica se traslada á su izquierda para formar el fantasma. Cuando se hace cesar el desdoblamiento, la materia fluidica se exterioriza de nuevo en derredor del sujeto, y la entrada en él se efectúa por el lado derecho, mientras que el izquierdo se enfría. Cuando está sentado en la butaca precedentemente ocupada por el fantasma, la vuelta se realiza por el costado derecho: ambos costados se enfrían, y el izquierdo todavía más.

En tres sujetos, en abril, mayo y junio de 1908, he comprobado, por medio de dos termómetros de laboratorio, esta variación de temperatura. Esta se tomaba en la palma de las manos, que oprimían por igual los depósitos del mercurio; y, para mayor certidumbre, cuando las diferencias eran grandes, después de una primera medida, se cambiaban de mano los instrumentos y se hacía nueva observación cuando se había establecido el equilibrio de la temperatura. Tomadas las cifras en una mano por un instrumento, siempre se han encontrado exactas con el otro instrumento.

Las medidas se han tomado antes del desdoblamiento, algunos instantes después del despertar, y en tercer lugar, cuando el sujeto, en la butaca del fantasma había casi recobrado cuanto éste había dejado en ella. La temperatura de mi despacho jamás era inferior á 19°, alcanzando algunas veces 23°.

Véanse las observaciones que he anotado, siguiendo el orden cronológico.

TERESA

I. *Antes del desdoblamiento:*

Mano derecha, 30,2°; mano izquierda, 30,1°.

Cuatro á cinco minutos después de despertar:

Mano derecha, 28,6°; mano izquierda, 27,5°.

Cuando el sujeto había recuperado los estufios dejados en la butaca que ocupaba:

Mano derecha, 26,5°; mano izquierda, 23°.

II. *Antes del desdoblamiento:*

Mano derecha, 35,2 ; mano izquierda, 34,5°.

Cuatro á cinco minutos después de despertar:

Mano derecha, 33,6°; mano izquierda, 31,7°.

Cuando el sujeto había recuperado los estufios dejados:

Mano derecha, 31,2°; mano izquierda, 28,1°.

III. *Antes del desdoblamiento:*

Mano derecha, 34,9°; mano izquierda, 35°.

Cuatro á cinco minutos después de despertar:

Mano derecha, 34,8°; mano izquierda, 34°.

Cuando el sujeto había recuperado los estufios dejados:

Mano derecha, 34,5°; mano izquierda, 33,8°.

SEÑORA LAMBERT

I. *Antes del desdoblamiento:*

Mano derecha, 35,5°; mano izquierda, 34,6°.

Cuatro á cinco minutos después de despertar:

Mano derecha, 35,3°; mano izquierda, 34,3°.

Cuando el sujeto habia recuperado los estuorios dejados:

Mano derecha, 35,2°; mano izquierda, 34,2°.

II. *Antes del desdoblamiento:*

Mano derecha, 35,8°; mano izquierda, 35,7°.

Cuatro á cinco minutos después de despertar (la sesión habia sido muy fatigosa).

Mano derecha, 35,6°; mano izquierda, 35,9°.

Cuando el sujeto habia recuperado los estuorios dejados:

Mano derecha, 35,9°; mano izquierda, 36,1°.

III. *Antes del desdoblamiento:*

Mano derecha, 36°; mano izquierda, 36,2°.

Cuatro ó cinco minutos después de despertar:

Mano derecha, 36°; mano izquierda, 36,7°.

Cuando el sujeto habia recuperado los estuorios dejados:

Mano derecha, 35,2°; mano izquierda, 34,7°.

LEONTINA

I. *Antes del desdoblamiento:*

Mano derecha, 35°; mano izquierda, 35°.

Cuatro ó cinco minutos después de despertar:

Mano derecha, 34,2°; mano izquierda, 35°.

Cuando el sujeto habia recuperado las estuorios dejados:

Mano derecha, 30,9°; mano izquierda, 30,1°.

Se ve que después del desdoblamiento, el descenso de la temperatura del sujeto, sobre todo á la izquierda, es próximamente constante, porque en siete observaciones, sólo hay una en que aumenta

en ambos lados. ¿Fué porque la sesión resultó muy fatigosa para el sujeto? Así lo creo, sin que todavía pueda afirmarlo.

III. **El fantasma es luminoso.**— Como hace unos sesenta años, Reichenbach observó y como más tarde he demostrado en mi *Física magnética*, los sensitivos en estado de vigilia ven, en la oscuridad, brillar el cuerpo humano con una luz más ó menos viva, según su grado de sensibilidad y de entrenamiento en este género de experimentación.

Todos los cuerpos, aun los considerados como inanimados, parecen á los ojos de los clarividentes como si estuvieran vivos, por ser el asiento de vibraciones luminosas, de movimientos más ó menos apreciables, que parecen comunicarse por ondulaciones al medio ambiente. A cada instante reciben efluvios de este medio y le envían otros, de tal manera que la observación directa permite comprobar, por el sentido de la vista, un cambio continuo de flúidos, de fuerzas, que edifican, destruyen, reconstituyen para volver á destruir y transformar siempre. Los movimientos moleculares, que no caen directamente bajo el sentido de la vista del físico, son perfectamente distinguidos, aún por los sensitivos ordinarios.

Los cuerpos vivos, desde el animal más inferior hasta el hombre más evolucionado, presentan el fenómeno de la polaridad, como se observa en la electricidad, en el imán y en el magnetismo terrestre. Lo mismo sucede en los cuerpos que sólo presentan razas de organización como los cristales. Esta pola-

ridad, no solamente es apreciable como fuerza, por la atracción que los polos de nombre contrario y la repulsión de los del mismo nombre ejercen recíprocamente uno sobre otro; sino porque estos polos son perfectamente visibles bajo forma de luz coloreada (véase al respecto mi *Física magnética*). El polo +, positivo ó astral, que está constituido por el costado derecho del cuerpo humano, brilla con un hermoso azul que va, según los sujetos observados y también según la vista de los sensitivos, del azul pálido al indigo; el polo —, negativo ó boreal, de color anaranjado no menos bello, complementario del azul, que va del amarillo claro hasta los confines del rojo, pasando por el amarillo intenso.

Como la electricidad, esta luz que es de una naturaleza coloreada más sutil que la de la luz apreciada por nuestros sentidos, puede ser observada bajo dos formas: una dinámica ó en movimiento, circulando en el interior del cuerpo y dando lugar á corrientes que, siguiendo ciertas direcciones, van de un extremo del organismo al otro y aun lo sobrepasan, y una forma estática ó de reposo en la superficie de la piel. Esta última constituye alrededor de nosotros una atmósfera fluidica de donde se escapan continuamente efluvios que parecen partir de los poros de la piel dirigiéndose perpendicularmente á ésta, hasta una distancia que no es fácil precisar, pues cuanto más desarrollado es el sensitivo, mayor es esta distancia. Para ciertos raros sujetos muy bien entrenados, se extiende hasta 2 metros, mientras que los menos clarividentes no la distinguen más allá de 3 á 4 centímetros. Es más activa en las ex-



Figura 22. — Imagen de una mano. Obtenida por los señores Luys y David, en el baño revelador

tremidades y en la proximidad de los órganos de los sentidos; los ojos son particularmente activos. Es el aura del doble etérico de los teósofos, (fig. 6) que se puede fotografiar, como demuestran las dos adjuntas fotografías, 22 y 23, obtenidas sin objetivo, aplicando solamente la mano sobre la placa, por el lado no preparada, en el líquido revelador, durante doce á quince minutos. Este aura constituye el campo de acción del magnetizador. Bajo la influencia de su pensamiento y de su voluntad, hace vibrar todas las partes constitutivas de su individuo, y sus movimientos vibratorios se comunican por intermedio del éter al sujeto colocado á una cierta distancia de él, después saca de su organismo efluvios, verdadero fluido que se está obligado á admitir, aun con la teoría de la ondulación, que van á penetrar en el sujeto suministrándole la materia fluídica que debe emplear en la producción de los fenómenos.

Esta manifestación luminosa es descrita por todos los sensitivos como notablemente bella, siéndolo mucho más en el desdoblamiento; los colores son más claros, más transparentes y los matices más numerosos, finos y delicados. La vista de los sensitivos ordinarios alcanza entonces los confines del plano físico llegando casi á descubrir las bellezas aun mayores del plano astral; la de los mejores sensitivos contempla estas últimas.

Si los sensitivos testigos del desdoblamiento ven los fenómenos luminosos que acabo de indicar muy sumariamente, los buenos sujetos desdobrados, sobre todo los que están entrenados en el desdoblamiento, los ven todavía mucho mejor y descubren horizontes

más lejanos que no impresionan su vista en el estado de vigilia.

En el desdoblamiento, se produce un hecho tan sencillo como importante. Durante la vigilia y hasta en los diversos estados del sueño magnético, el cuerpo del sujeto es visto por éste y por los demás sensitivos, luminoso y coloreado. Desde que comienza el trabajo de desdoblamiento, la materia luminosa que contiene el cuerpo físico tiende á desaparecer para pasar á la forma fantasmagórica que principia á diseñarse. Completado el desdoblamiento, el fantasma no sólomente se hace luminoso, sino que aparece con los colores sutiles y los matices delicados observados en el sujeto antes de la operación. El cuerpo físico está pues realmente separado de su doble etérico. Lo está al mismo tiempo de su cuerpo astral, puesto que éste es el asiento de la sensibilidad, y ésta como la materia luminosa, se encuentra localizada en el fantasma.

No es esto todo. A medida que queremos analizar el doble y el desdoblado que se encuentran ante nosotros, tenemos que reconocer que el desdoblamiento es mucho más complicado de lo que suponíamos al principio. Aquí, el fantasma formado visiblemente por el cuerpo etérico podría ser animado solamente por una fuerza más sutil. Es evidente que tal fuerza se encuentra allí, que viene del plano astral, y que constituye á su vez otro cuerpo, el cuerpo astral, asiento de nuestras sensaciones, como demostraré en el capítulo siguiente. Pero hay casos en que se muestra con una blancura radiante, incomparablemente más suave y bella que la luz del sol ó de cualquier

foco artificial, y sin matices co'oreados, por lo menos para la vista de los sensitivos ordinarios. Así, en su desdoblamiento espontáneo, la señora Lambert pre-



Figura 23.—**Una mano.** Obtenida por el Sr. Lefranc, en el baño revelador

sentada en el capítulo precedente veía su fantasma enteramente blanco. Los fantasmas que nos han visitado, como se verá en el capítulo VI, eran igualmente blancos. Sucede lo mismo con el fantasma

de los muertos, que están definitivamente separados de su doble etérico.

Detalle importante que parece probar por sí solo la presencia del cuerpo etérico en el fantasma:

— En la exteriorización, la sensibilidad ciertamente irradia en derredor del sujeto, pues si se pellizca, se pincha ó golpea la atmósfera influenciada por esta irradiación, el sujeto percibe siempre y algunas veces muy dolorosamente todos los contactos. Esta sensibilidad, que se acumula en ciertos cuerpos, en el agua, por ejemplo, puede ser transportada; y si se pincha ésta ó si se la agita, el sujeto, aun muchos días después de su despertar, percibe, todavía dolorosamente este pinchazo ó esta agitación. Bebe de esta agua con avidez cuando se le deja á su disposición. No sucede lo mismo en el desdoblamiento.

— Si tomamos dos vasos de la misma agua, uno de los cuales ponemos en las manos del sujeto cuando está dormido sin estar exteriorizado, y lo exteriorizamos lentamente para dar tiempo á que el agua se sature; retiramos este vaso en el momento en que comienza el desdoblamiento, para colocarlo lejos, sobre la chimenea, por ejemplo; y terminado el desdoblamiento, colocamos el otro vaso en el sillón ocupado por el fantasma, para saturarlo como el primero, con objeto de experimentar con los dos vasos cuando el sujeto esté completamente despierto. Comprobaremos entonces que el agua del vaso colocado en las manos del sujeto durante la exteriorización, se comporta absolutamente como acabo de decir; el agua contiene en su substancia cierta cantidad de la sensibilidad del sujeto. Se puede hacer to-

do lo que se quiera con el agua del vaso expuesto en el fantasma, y el sujeto no sentirá nada de lo que experimenta con el otro.

Sin embargo, se da cuenta que hay en este último *alguna cosa* que le pertenece, pero que no sabe definir.

¿Qué ha pasado en los dos vasos? La sensibilidad, parte integrante del cuerpo astral, que estaba exteriorizada para el primer vaso ha suturado su contenido. Todo ó parte del cuerpo astral estaba allí, solo, sin el cuerpo etérico que llenaba aún sus funciones normales en el cuerpo físico. El desdoblamiento tiene lugar; el cuerpo etérico se exterioriza para formar el fantasma, y la sensibilidad se le incorpora con el cuerpo astral. Pero si la sensibilidad está en el fantasma ¿por qué no obra sobre el segundo vaso de agua? La razón es tan sencilla como lógica; el cuerpo etérico es la *materia* grosera, visible, que forma el cuerpo del fantasma, y el cuerpo astral, con la sensibilidad, constituye la *fuerza*, la inteligencia que lo anima. El primero constituye el vestido, el vehículo del segundo, que está *demasiado envuelto* en la materia para poder obrar físicamente al exterior.

El cuerpo etérico se aleja poco del cuerpo físico, pues, siendo el dispensador de la vida terrestre, si se alejara demasiado, la muerte no tardaría en ser la consecuencia de este alejamiento. Luego, si el fantasma se aleja á cierta distancia y por un cierto tiempo, deja el doble etérico en su lugar para el cumplimiento de sus funciones habituales. Entonces sólo está constituido por el cuerpo astral. Pero

éste sería inerte si no estuviera animado por una fuerza más sutil procedente de un plano inmediatamente superior; el plano mental. Y esta fuerza constituye á su vez un verdadero cuerpo muy sutil; el cuerpo mental, asiento del pensamiento, del juicio y de la voluntad. El cuerpo mental es realmente el principio superior que anima al fantasma, pues se reconoce que éste, á pesar de la dificultad que siente para obrar fuera de sus órganos físicos, es el asiento exclusivo de la conciencia.

No conviene ir más lejos en esta vía, porque el campo que quiero explorar se ampliaría demasiado y los detalles esenciales del desdoblamiento no serían suficientemente estudiados.

El fantasma y el cuerpo físico, ligados uno á otro por un cordón fluídico, pueden ser comparados á un aparato telefónico. En efecto, este último no es más que el receptor vibrante que sirve para traducir y expresar mecánicamente por medio de sonidos convencionales las vibraciones del pensamiento y de la voluntad emitidas por la parte consciente que tiene su asiento en el primero.

He dicho que el cuerpo etérico, indispensable á la vida del cuerpo físico en las condiciones ordinarias de la existencia y hasta durante el desdoblamiento espontáneo, se encuentra, durante el desdoblamiento experimental, transportado al fantasma, del que forma la parte más grosera, sin que la vida del sujeto parezca amenazada. Parece que esta afirmación contenga una extraña anomalía cuya explicación voy á ensayar por medio de una hipótesis. Puesto que el cuerpo etérico es transportado al fantasma

durante el desdoblamiento experimental, y que la vida no abandona al cuerpo físico, ella debe ser mantenida en éste por la materia fluidica que le viene constantemente del magnetizador. Si esta transmisión cesara, la parte inteligente que anima al fantasma envairía inmediatamente el cuerpo etérico á su lugar habitual, haciendo cesar inmediatamente el desdoblamiento. Es esta una cuestión que me parece fácil de resolver por experiencia directa; pero no queriendo detenerme en ello en este momento, dejo á los experimentadores futuros el cuidado de ocuparse de ello de un modo más preciso.

Se notará que si adopto en su conjunto la teoría de los teósofos, que me parece la más racional, mi experimentación, como las de Reichembach y el coronel de Rochas, no está de acuerdo con las afirmaciones de aquellos en lo concerniente á la extensión y los colores del aura del cuerpo etérico. Es muy probable que si ellos no desdeñaran tanto la experimentación en general y particularmente el desdoblamiento que teóricamente consideran como en extremo peligroso, rectificarían sus descripciones poniéndolas más en armonía con las mías.

Después de esta digresión necesaria, aunque tal vez un poco larga, volvamos al fantasma considerado como fenómeno luminoso.

Todo lo que llevo dicho se relaciona con el fantasma formado cerca del sujeto, y del cual se exige poco ó ningún trabajo, sobre todo trabajo físico.

Para producir fenómenos físicos: pesada en la balanza, golpes sobre la mesa, desplazamiento de ésta y otros fenómenos que exigen un gasto más ó me-

nos grande de lo que llamamos fuerza muscular, es necesario al fantasma una fuerza cualquiera. Esta fuerza la posee, y si le falta en parte, puede tomarla bastante fácilmente del medio ambiente. Pero precisa forzosamente un punto de apoyo suficiente para que aquélla pueda transformarse en trabajo; y este punto de apoyo, el fantasma no puede encontrarlo sino en sí. Para ello, debe tomar materia del medio ambiente para materializar su cuerpo, hacerlo más denso y más resistente. En este estado, es generalmente menos luminoso y menos transparente que en estado de reposo. Teresa nos presenta este fenómeno en un alto grado. Cuando su fantasma es apto para obrar, sea para dar golpes sobre la mesa, sea para desplazar ésta, sus manos, colocadas encima, en contacto ó á una pequeña distancia, se vuelven bastante opacas para que ella, así como los demás sensitivos testigos, dejen de ver la mesa á través de ellas. Cuando el fantasma está parado, el sujeto no ve ya los estantes de mi biblioteca á través de la parte superior del cuerpo del fantasma.

Este fenómeno, que me parece muy natural, ya había sido notado por la vidente de Prevorst, y el doctor Kerner, su historiógrafo, se expresa así á este respecto: «Cuanto más obscuro es un fantasma, más fuerte es su voz y más potencia parece poseer para producir toda especie de ruidos y otros fenómenos físicos» (pág. 101).

Si para formarse un cuerpo capaz de obrar, los fantasmas toman fuerza y materia del medio ambiente, deberían todos, en condiciones análogas, presentar el mismo aspecto. Pero no es así. El de la seño-

ra Lambert se vuelve tanto más brillante cuanto más fuerte y mejor dispuesto está á producir los mismos fenómenos físicos. «Alumbra toda la pieza».

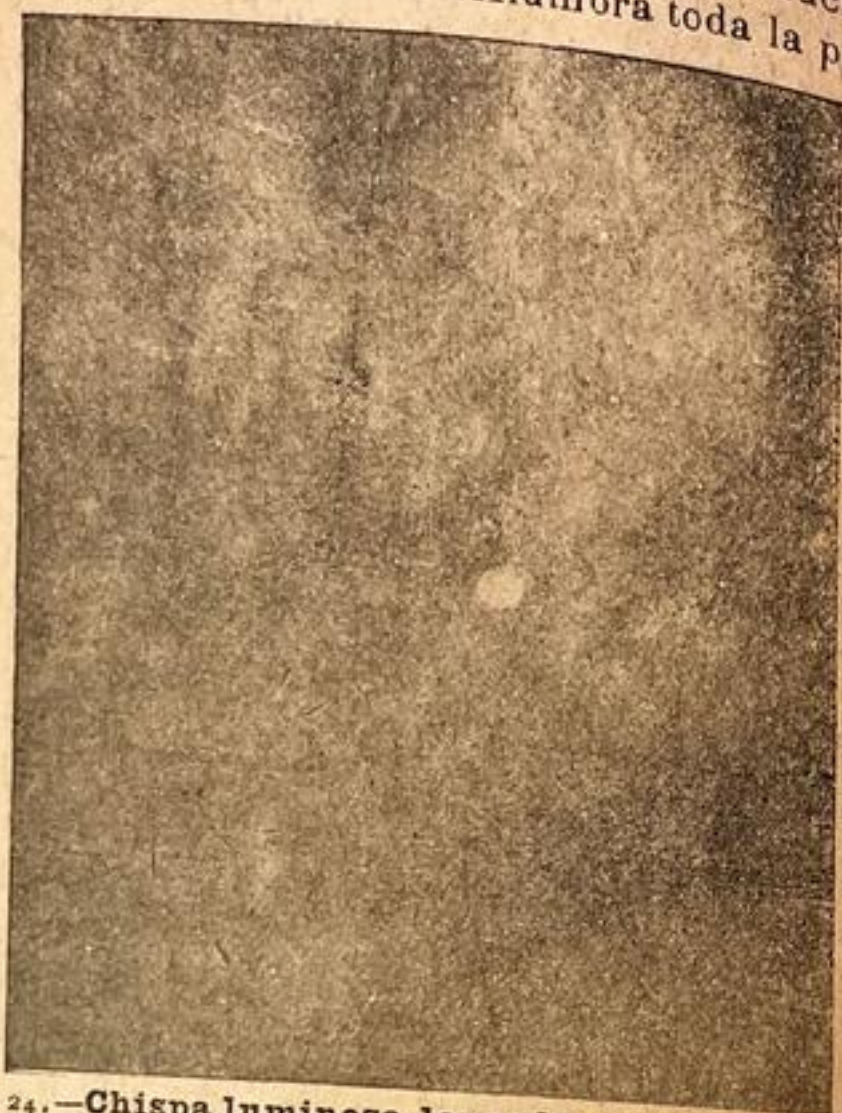


Figura 24.—Chispa luminosa lanzada por el Fantasma dice el sujeto, y los testigos sensitivos lo ven, en efecto, más luminoso que de costumbre.

He ahí otra cuestión que no trataré de resolver.

Cuando el fantasma, bien condensado, está dispuesto á la acción, y no hace nada, posee cierta suma de fuerza que no puede conservar largo tiempo. Se ve entonces escapar esta fuerza bruscamente de la cabeza, y más particularmente de los ojos del

fantasma, bajo forma de efluvios y aun de chispas luminosas que, después de haber recorrido una distancia que puede variar de algunos decímetros á 1 metro y 1,50 metros, desaparecen en el medio ambiente. Estos rayos luminosos, que no se parecen en nada al relámpago ó á la chispa eléctrica, son vistos á veces por todos los asistentes.

Como demuestra la figura 24, se pueden fotografiar. Obtuve este clisé en la cámara, cuando intentaba inútilmente fotografiar el fantasma de Teresa.

Después de haber usado unas sesentas placas sensibles para obtener solamente dos ó tres clisés casi insignificantes, modifiqué, al menos por el momento, mi manera de operar. Con el Sr. Lefranc, que me ayuda, pensamos que en razón de su gran sensibilidad, las pantallas al sulfuro de zinc iluminadas por medio del magnesio en ignición, tal vez podrían darnos resultados más satisfactorios para recoger las huellas de estas chispas luminosas. Iluminando pequeñas porciones de la pantalla, debían ser susceptibles de retener en si la luminosidad que desaparecía bastante pronto en todo lo demás. Impresionada así, la pantalla debería á su vez impresionar una placa sensible colocada encima durante algunos instantes. Si así era, se podría también esperar poder recoger la imagen del fantasma.

Se preparó un aparato fotográfico asestado á la butaca que había de ocupar el fantasma. La pantalla se iluminó en una habitación próxima y se colocó en el chasis en vez de la placa, colocándole en seguida en la cámara abierta. Bien formado el fantasma en el sitio que debía ocupar, se le recogió que



Figura 25.—Chispa luminosa lanzada por el Fantasma

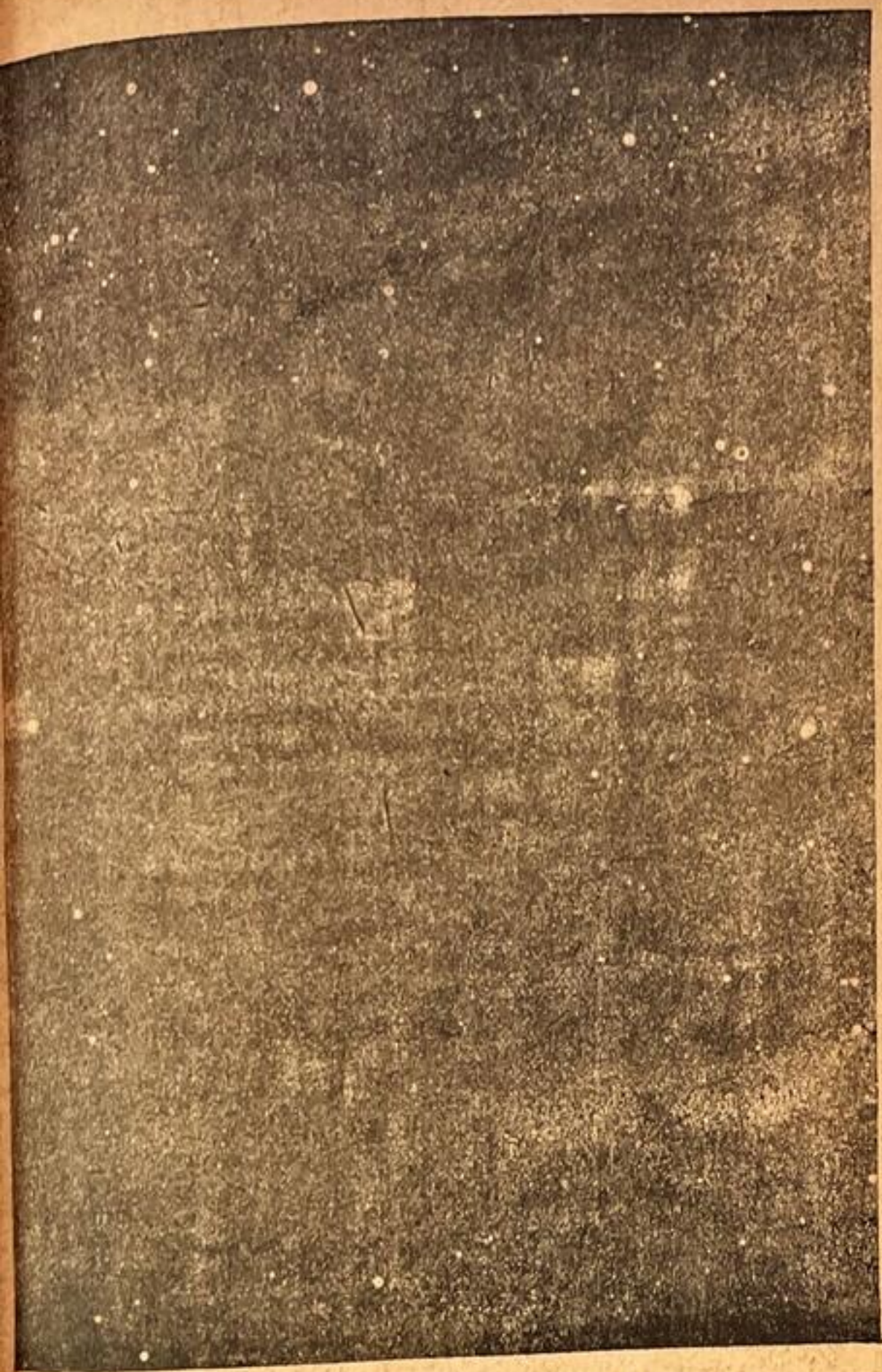


Figura 26. — Chispa luminosa lanzada por el Fantasma

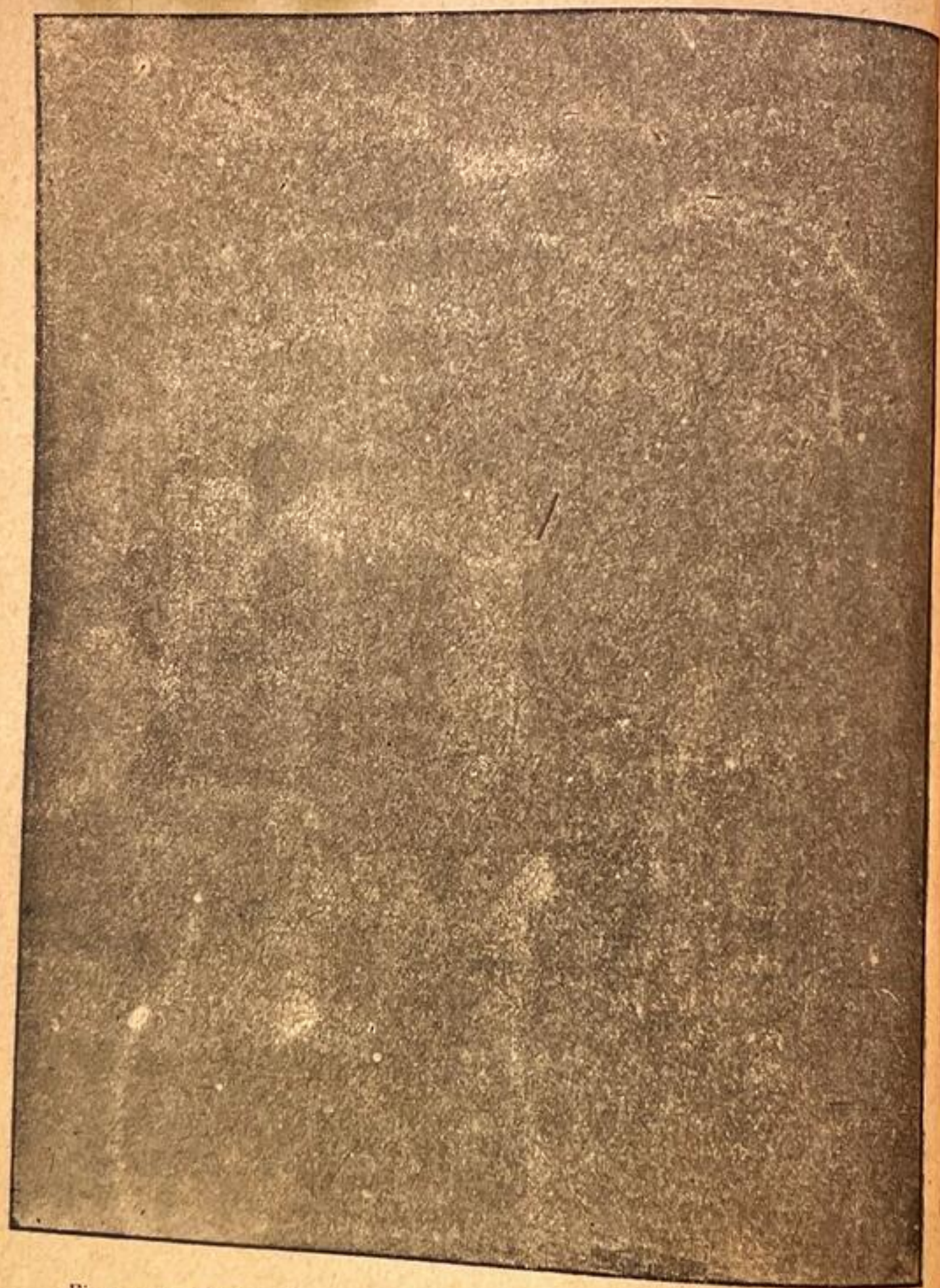


Figura 27.—Chispa luminosa lanzada por el Fantasma. Un perfil

permaneciese inmóvil. Al cabo de diez á doce minutos de exposición, se retiró la pantalla, que sensiblemente había perdido parte de su luminosidad, se puso plana sobre una mesa en el cuarto obscuro y se operó, colocando encima la placa sensible durante dos minutos próximamente. Puesta la placa a abrigo de la luz fué después revelada y fijada.

En todos los cliés así obtenidos se observa por doquier los mismos caracteres. No hay imagen del fantasma, que seguramente no está suficientemente condensado; pero, como demuestran las figuras 24, 25 y 26, de trecho en trecho, se han impresionado enérgicamente puntos luminosos.

Sin embargo, observando la figura 25, se nota que el centro de la placa está más impresionado que los contornos, lo que parece indicar que allí está el fantasma, pero sin forma bien definida. La figura 26 es más notable todavía. Hacia la derecha, casi á la mitad de su altura hay un perfil de cara vuelta á la derecha, bastante bien delineada. En lo demás de la placa, se observan corrientes fluidicas que parten de la parte inferior izquierda para dirigirse hacia lo alto y volver á descender hacia la cara de perfil. No da más que una ligera idea del clié, porque el grabador ha tenido que retocar para hacer posible la impresión.

Es necesaria una explicación para hacer comprender bien que las diferentes partes de la impresión de esta última, son debidas precisamente á la presencia del fantasma.

El objetivo está colocado asestado hacia mi mesa de escritorio y enfocado sobre la butaca del fantas-

ma, en el fondo de mi despacho (véase el plano en el capítulo VII). Al principio del desdoblamiento, el fantasma permanece allí un momento y lanza sus chispas luminosas; después, suficientemente condensado y presto á la acción, viene á situarse cerca de la biblioteca, en el punto indicado, hacia la mesa sobre la que va á actuar. Las corrientes fluidicas parecen surgir del sujeto, subiendo para volver á caer sobre la cabeza y ante la cara del perfil. Esta habría impresionado la pantalla en un momento cualquiera en que el fantasma se preparaba á la acción. Si así es, nos damos cuenta de que el perfil no puede ocupar otra posición.

La sesión en que fué obtenida esta placa resultó extremadamente notable; la mesa fué desplazada, y un aparato destinado á cerrar el circuito de un timbre eléctrico, fué también desplazado sobre la mesa, de tal manera que no fué posible hacer sonar el timbre. Describiré este resultado en el capítulo VII, al tratar de la *acción del fantasma sobre la materia*.

Se observará que los clisés aquí reproducidos son negativos, diferenciando de los clisés corrientes en que las partes que aparecen en negro sobre éstos, están en blanco en aquellos, y reciprocamente. Se comprende fácilmente la razón, recordando que la imagen negativa está tomada por la pantalla que da á la placa sensible una imagen positiva y que esta retorna en negativa al tirarla sobre el papel.

Ya se que estos clisés, sobre todo los dos primeros, no tienen considerable importancia; porque, sin invocar la supercheria, el lector puede suponer que las placas estaban averiadas (picadas). Eso fué lo

que primero pensé yo mismo. Sin embargo no es así. Los tres clisés han sido obtenidos con las placas *Lumiere*, menos rápidas, datando de unos tres meses. Para convencerme, he revelado una placa con mi revelador (*Deo*, del comercio) y he rogado al Sr. Lafranc que revele otra con el suyo (hidroquinona). Ambas placas, que no habían sido impresionadas, salieron de los baños enteramente blancas.

He dicho que el fantasma de los vivos desdoblados es más ó menos luminoso, y que cuando está cerca del cuerpo físico, aparece azul á la derecha y amarillo anaranjado á la izquierda. Después de cerca de veinte años que estudio las manifestaciones luminosas del cuerpo humano en la obscuridad, no he encontrado todavía más que una excepción á esta regla, que me fué suministrada últimamente por Leontina. Este notable sujeto, sin estar desdoblado, brilla en la obscuridad con una hermosa luz blanca, á uno y otro lado. Cuando está desdoblada, su fantasma visto por ella misma y por los sensitivos testigos de su desdoblamiento, aparece bajo forma de una luz blanca muy brillante, análoga á la luz eléctrica.

Este fenómeno extraño cuya causa no conozco, no contradice en nada lo que acabo de decir respecto del doble etérico al cual pertenecen los colores de la polaridad, pues en sus desdoblamientos espontáneos, Leontina ve su fantasma blanco, pero de una blancura más tenue que en el desdoblamiento experimental.

Los colores del sujeto, como los del fantasma me

parecen ligeramente modificados durante el embarazo.

IV. Ropaje del fantasma.—Según la creencia popular, el fantasma de los muertos aparece envuelto en una ligera tela blanca, análoga á la del lienzo con que ha sido amortajado. Por otra parte, si se pregunta á las gentes del campo respecto de los aparecidos, algunos afirmarán muy seriamente haber visto ó haber oído decir que fulano ó mengano, incapaces de mentir, han visto á su madre ó su padre, recientemente muertos, haciéndole recomendaciones ó revelaciones importantes, y que los han visto tal como eran en vida, llevando objetos que les eran familiares y cubiertos con su ropa habitual.

En las casas encantadas por el fantasma de un avaro guardando su tesoro, ó por el de un hombre considerado como autor de un crimen cometido allí, hace años, uno y otro han sido vistos por ciertas personas, vestidos como lo estaban ó como debían estarlo en vida. Además, los espíritus de los muertos evocados por los espiritistas son descritos por los mediums videntes unas veces como estando envueltos en sudarios, otras, como si estuvieran vestidos.

El aspecto del fantasma de los muertos, dice la vidente de Prévorst, es el mismo que tenían durante la vida, pero no tienen color y parecen más bien grisáceos; lo mismo sucede con sus vestidos, que parecen vaporosos. Los espíritus más brillantes y más felices llevan diversos vestidos. Tienen un largo hábito flotante y brillante con un cinturón en derredor del talle. Los rasgos del espectro son los mismos

que tenía en vida, pero más vagos y más oscuros. Los ojos brillan á menudo como una llama. Jamás he visto cabellos en ninguno de ellos. Todos los espíritus femeninos tienen el mismo tocado, aun cuando se observa muchas veces que tienen el que llevaban en vida. Consiste en una especie de velo que cubre la frente y oculta los cabellos. Los fantasmas de los buenos espíritus parecen brillantes, los de los malos son oscuros». (Ob. cit. p. 100).

El doble de los vivos espontáneamente desdoblados, como dejo expuesto en el capítulo III de la primera parte, está casi siempre vestido como el sujeto; en el desdoblamiento experimental, al contrario, está casi siempre envuelto en un manto.

Sin preguntarles nada, algunos sujetos os dicen que el fantasma no está vestido como ellos, sino envuelto en una especie de gasa fluidica que le recubre de alto á abajo, dejando el rostro al descubierto. Si preguntáis á los otros, su primera impresión es á menudo la de que el doble no está recubierto por ningún ropaje, pero mirándolo con más atención, distinguen más ó menos claramente la gasa que los cubre.

«La cara está recubierta por una gasa fluidica que la deja perfectamente visible; la cabeza y el cuerpo están ensabanados», dice espontáneamente Vix.

«Un velo vaporoso rodea la faz, y todo el doble está envuelto en una especie de largo velo blanco fluidico, que deja la faz perfectamente visible», afirma Edmée.

«La cara y los brazos están desnudos; la cabeza y el resto del cuerpo están envueltos en una especie de gasa fina y transparente», dice Leontina.

Un solo sujeto, Mme. François, á la pregunta que le hice un día de si el fantasma estaba vestido, me respondió sin la menor vacilación: «Sí, como yo, vestido de negro».

Esta respuesta, diferente de la de los otros sujetos, me llamó la atención, y habiéndole preguntado repetidas veces bajo las formas más variadas, hasta empleando afirmaciones sugestivas que hubieran podido dar lugar á respuestas diferentes, á pesar de ello he obtenido invariablemente las mismas respuestas. Aun debo añadir que, cada vez que he tenido por testigos del desdoblamiento sujetos sensitivos, les he interrogado sin preguntar nada al sujeto desdoblado; y, para la señora François, como para los otros, las respuestas fueron siempre análogas á las que cada sujeto desdoblado había dado en otras ocasiones.

Para todos los sujetos desdoblados, así como para los mejores sensitivos despiertos, el fantasma (excepto el de la señora François), más que de tamaño natural, presenta el aspecto de la figura 28. Los sensitivos medios, en lugar de verle de pies á cabeza, no ven más que la parte superior del cuerpo.

Esta figura (la 28), está dibujada lo más matemáticamente posible por un hábil artista, el señor Rappa, según un clisé fotográfico obtenido directamente por mí con el objetivo sobre una placa *Lumiere* extra rápida en la obscuridad.

El clisé es extraordinariamente notable. La impresión es tan ligera y tan fina que es absolutamente imposible obtener la reproducción directa. No se la ve perfectamente, con todos sus detalles, sino mi-

rándolo a á través de un foco luminoso. Es el fantasma de la señora Lambert, tomado en el momento en que, más fuerte y mejor dispuesto que lo había estado hasta entonces, cambia de su sitio, algunos instantes después, á uno de los testigos sentado en una butaca. En el capítulo VII describiré este último fenómeno.

¿Por qué el fantasma de los muertos y el de los vivos desdoblados no está siempre vestido de la misma manera? Cuestión es esta á la que me es imposible contestar de un modo preciso. Me limitaré á la hipótesis siguiente:

El fantasma está ensabanado cuando, no teniendo motivo serio para mostrarse, flota indeciso en un estado de materialización poco avanzado y viste, por el contrario, como el sujeto, cuando por una razón cualquiera es más pesado y más material.

V. Condiciones de experimentación. - No es fácil reunir todas las condiciones necesarias para el estudio del desdoblamiento. Son necesarios: 1.º Que la atmósfera no esté pesada ni húmeda, que el aire no esté cargado de electricidad como al aproximarse una tempestad, y que la temperatura sea constante y relativamente elevada. 2.º La obscuridad absoluta, ó por lo menos relativa. 3.º No admitir á las sesiones de estudio sino un pequeño número de personas todas simpáticas entre sí, interesadas en la investigación, pero sin pasión ni prejuicios, y no exigiendo siempre comprobar por sí mismas la realidad de todos los fenómenos á medida que se producen. 4.º Que las reuniones tengan lugar en una habitación bastante alejada de



Figura 28.—El Fantasma de la señora Lambert

la calle para que el ruido exterior no llegue hasta ella, debiendo reinar en el mayor silencio, lo mismo que en las habitaciones que la rodean. Es igualmente necesario que esta habitación sea siempre la misma, porque los fenómenos se obtienen así más fácilmente que en cualquier otra en que nunca se haya experimentado.

La hora que me parece más apropiada para la experimentación es desde las tres de la tarde hasta las once de la noche.

Durante el día, los cambios necesarios entre el investigador y el sujeto, por una parte y entre éste y el fantasma por otra, me parece que se efectúan mucho más difícilmente que de ocho á diez de la noche por ejemplo.

Reichembach había ya observado que los fenómenos luminosos en la cámara oscura iban en creciente á partir de cierta hora para alcanzar su máximo hacia las diez de la noche, empezando á disminuir después de esta hora para llegar á su mínimo de cuatro á cinco de la mañana.

Cuando el fantasma está bien condensado, está en condiciones de obrar y es capaz de producir ciertos fenómenos; su aspecto es entonces muy agradable á la vista de los sensitivos que se aproximan á él con satisfacción. Su cuerpo está formado por miríadas de partículas luminosas que parecen independientes unas de otras, pues, individualmente, ejecutan constantemente movimientos vibratorios muy rápidos, que deben comunicarse por ondulaciones al medio ambiente dando lugar á la simpatía muchas veces muy grande, que se observa entre el fantasma y los

sujetos sensitivos presentes al desdoblamiento. Independientemente de estos movimientos *moleculares*, las diferentes partes del cuerpo están animadas de movimientos ondulatorios más groseros que se comunican lentamente, de arriba á bajo, como pequeñas ondas empujadas por un suave céfiro. En la mayoría de los casos, estas ondas parten de dos centros principales: 1.º, el punto de enlace del cordón; 2.º, el vértice de la cabeza.

¿De dónde provienen estos dos centros de movimientos, y para qué sirven? —E: evidente que el primero proviene del cuerpo físico por intermedio del cordón, y que aporta la *materia* componente del cuerpo del fantasma. El segundo, de orden más elevado pues es más brillante y más agradable á la vista, parece ser el punto de partida de la fuerza que anima esta materia.

Esta hipótesis me parece tanto más admisible cuanto que según los teósofos, el cuerpo mental, asiento de la fuerza superior que gobierna el organismo, no tiene la forma de éste, pues al decir de Anita Besant, representa un ovoide que «penetra el cuerpo astral y el cuerpo físico, y los sobrepasa formando alrededor de ellos una atmósfera radiante...» En nosotros, el asiento del pensamiento y de la voluntad es ciertamente el cerebro, es decir la parte superior del cuerpo. Si se admite que sea así para el cuerpo mental, lo que es bastante probable, se comprende en seguida que esta misma parte del fantasma sea el asiento, el centro de expansión de la *fuerza* en la *materia* orgánica del fantasma.

Para apoyar esta hipótesis, añadiré que uno de

mis sujetos, la señora François, me ha afirmado siempre ver por encima de la cabeza muy luminosa del fantasma «como una gran bola brillante de una luz aun más bella, que emite rayos en todas direcciones.» Es, palabra por palabra, la expresión de que se sirvió en la primera sesión de desdoblamiento, expresión que no ha variado en las otras. Preguntada sobre el papel que desempeña esta especie de «bola» en los fenómenos ordinarios de la vida, me respondió sin la menor vacilación: «es el asiento del pensamiento y de la voluntad.»

Los sujetos menos sensitivos no ven esta bola; la señora Lambert no la ve sino al cabo de seis á ocho meses de experimentación, y esto, sin que se le haya hecho la más pequeña pregunta sobre este asunto. Los buenos sensitivos testigos del desdoblamiento, sin estar ellos desdoblados, la ven perfectamente bien.

La *humedad* tiene una gran tendencia á disolver los efluvios á medida que se aglomeran para formar el fantasma, de tal manera, que es casi imposible obtener la condensación necesaria para hacerle apto para el trabajo; las vibraciones de las partículas luminosas son menos visibles, y las grandes ondulaciones apenas se distinguen. Una *atmósfera pesada y agitada* es aún más nociva; sobre todo si el aire está cargado de humedad.

He comprobado esta observación por experimentación directa. Para ello, primero puse al sujeto (señora Lambert) en sonambulismo, sin decirle nada de lo que quería hacer, la envolví en parte en una tela que acababa de mojar en una habitación próxi-

ma, y traté de desdoblarla como habitualmente hacia. Me fué imposible obtener el desdoblamiento, porque la mayor parte de los efluvios exteriorizados eran absorbidos por la tela. Desdoblé á Juana como de costumbre, y estando bien condensado su fantasma quise dirigirle hacia un testigo, el señor Falque, que entonces tenía la tela mojada ante él con los brazos extendidos y levantados por encima de su cabeza. El testigo vió bastante bien el fantasma de todos los sujetos, sobre todo cuando estaban cerca de él; no vió el de Juana á través de la tela. Si bajaba la tela, veía al fantasma á pequeña distancia. Insisti con el sujeto para que el fantasma fuese, á pesar de todo, á tocar al señor Falque. El sujeto se agitó; se quejaba de tener frío, pero el fantasma no llegó á atravesar la tela. Todavía insistí, y el testigo le vió apenas que intentaba rodear la tela, sin tener fuerza suficiente para llegar á él. El sujeto está agotado, le despierto todo tiritando. Está debilitado y muy á disgusto, le faltan los efluvios absorbidos por la tela. Es lo que yo había previsto. Para devolver al sujeto lo que le falta, pliego groseramente la tela para hacer un paquete y se lo coloqué bajo sus pies. Poco á poco recobra sus fuerzas perdidas, dándose perfecta cuenta de que el contenido del paquete le llega exclusivamente por el costado derecho. El mismo fenómeno se produce con la señora Lambert.

El *frío* paraliza los sujetos y retarda la formación del fantasma; sin embargo, una vez formado funciona bastante bien, pero en invierno, la temperatura no debe bajar de 19 á 20 grados.

Si las vibraciones caloríficas favorecen la forma-

ción del fantasma y mantienen su condensación, no sucede lo mismo con las *vibraciones luminosas*, más rápidas, que contrarían y tienden á neutralizar las aún más veloces de la materia fantasmagórica.

Se sabe que los fenómenos espiritas más notables son casi imposible de obtener en plena luz, como no sea por un corto tiempo y con un medium excepcionalmente dotado. Los negadores sistemáticos se amparan de esta causa de dificultades para afirmar, sin querer verificar convenientemente, que dichos fenómenos no existen más que en la imaginación de los que los admiran, y que los mediums sólo tienen necesidad de la obscuridad para disimular sus trampas.

Esta causa disolvente es sin embargo bien admisible, sobre todo para los sabios dignos de este nombre, pues no les es permitido ignorar cual es la suma de energía que reside en la luz.

Papus estima que para obtener los fenómenos psíquicos se precisa 45 veces más energía en plena luz que en la obscuridad. Esta proporción me parece considerablemente exagerada, por lo menos para los fenómenos análogos obtenidos en el desdoblamiento; pero no obstante es bastante importante para que sea tomada en cuenta, sobre todo para los fenómenos físicos.

Siempre ha sido considerada la luz como un obstáculo para las manifestaciones de los fantasmas, y la creencia popular admite con justa razón que se muestran mucho más frecuentemente de noche que de día, lo que hace decir á Voltaire; «En otro tiem-

po las apariciones huían por la mañana, al canto del gallo».

Los fenómenos psíquicos son indiscutiblemente más difíciles de obtener que los fenómenos físicos: y los verdaderos sabios están de acuerdos para afirmar que la luz contraria la propagación de las ondas hertzianas utilizadas por la telegrafía sin hilos. Así, en el curso de una conferencia dada en 1908 en Inglaterra, en la *Royale Institution*, Marconi, uno de los principales inventores de este sistema de comunicación, se expresaba en la forma siguiente:

«Los mensajes son actualmente enviados á través del Atlántico también durante el día como durante la noche, sin embargo, durante ciertos períodos, felizmente bastante cortos, la transmisión es difícil y hasta imposible alguna vez, si no se emplea una cantidad de energía bastante mayor que la que normalmente es suficiente.

»Así, por ejemplo, al amanecer y al obscurecer, cuando á causa de la diferencia de longitud, la claridad ó la obscuridad no reinan sino sobre una porción del Atlántico, las señales son muy débiles y aun algunas veces inapreciables.

»Tal vez las regiones iluminadas de la atmósfera posean para las ondas eléctricas un índice de refracción diferente del de las regiones oscuras, de suerte que las ondas pueden ser refractadas y reflejadas pasando de uno á otro medio. ..»

Algunas semanas después de esta conferencia, el señor Bouquet de la Grye, que ha tomado parte activa en la aplicación de la telegrafía inalámbrica á la transmisión de la hora del meridiano en nuestro he-

misferio, anunciaba á sus colegas de la Academia de Ciencias, que la comisión nombrada para esta transmisión ha escogido la hora de media noche, por que —dice— las ondas hertzianas se transmiten infinitamente mejor en la obscuridad que con luz.»

La luz desempeña un papel considerable sobre nuestros ojos. El Doctor A. Charpentier dice lo que sigue sobre este asunto.

«Se coloca un sujeto normal en una habitación oscura y se observa que las pupilas están dilatadas. Se hace surgir una luz en el campo visual; instantáneamente las pupilas se contraen. Se apaga, las pupilas se dilatan de nuevo y así sucesivamente. Este fenómeno absolutamente independiente de todo acto voluntario, constituye el reflejo pupilar á la luz.»

Añadiré aquí que la luz no solo es nociva para la formación y para las manifestaciones del fantasma, si no que también impide á los sensitivos ordinarios que están allí como testigos, distinguirlas. Una simple pantalla cuya fosforescencia esté casi completamente extinta, es suficiente para impedir toda visión en los sensitivos débiles.

He querido experimentar con luz coloreada de poca intensidad, y nunca he conseguido obtener mejores resultados que con la luz blanca. El rojo, probablemente en razón de los rayos caloríficos que desprende en abundancia, es el color más desagradable, porque enerva á todos los sensitivos y produce en ellos un calor molesto; el violeta es casi tan desagradable como el rojo, el amarillo y el naranja conducen á la melancolía, el verde no place; solo las matices ligeros del azul son á penas des-

agradables. Los resultados menos malos me han sido suministrados por el matiz llamado *azul trece* de los comerciantes de vidrio.

Hay *individuos* en presencia de los cuales es siempre imposible obtener el más pequeño fenómeno. Estos individuos son de dos clases:

✓ 1.º Aquellos que, fuertes y robustos, tienen una voluntad muy activa, sobre todo si esta voluntad no está disciplinada, como en los tercios, pues irradian poderosamente á su alrededor, sin poder oponer un freno á esta irradiación; ciertos magnetizadores ruidos que quieren dominarlo todo, y todos aquellos que, sin que se sepa por qué, son antipáticos al sujeto.

2.º Cierta número de sujetos sensitivos, sobre todo los que son muy simpáticos al sujeto de experimentación.

Los primeros desprenden abundantes effluvios, que, proyectados con energía, rechazan los que el sujeto suministra para la formación del fantasma, y este, igualmente rechazado, sacudido, no puede condensarse suficientemente. Los contornos quedan indecisos, las vibraciones moleculares aparecen apenas y las grandes ondulaciones son tumultuosas ó apenas indicadas. Los segundos individuos no impiden la formación del fantasma al principio del desdoblamiento, pero es imposible pasar de un cierto grado de condensación ni hacer permanecer á aquel en su lugar, pues es atraído hacia el sensitivo testigo y no se separa de él más que para volver á unírsele.

En ambos, casos, el experimentador consume mucha energía sin poder obtener fenómenos importantes.

El *ruido* puede considerarse como una de las causas más nocivas para la formación del fantasma y su permanencia en estado de condensación cuando está formado.

Bien condensado el fantasma, está dispuesto á la acción; pero basta un ruido prolongado de cierta intensidad, el de una conversación animada entre los testigos, sólomente á media voz, para que sus contornos se vuelvan menos nítidos, las grandes ondulaciones se vuelven tumu tuosas y brúscas; toda su masa tiembla entonces, se vuelve ligera, menos luminosa, menos agradable á la vista, y pierde toda aptitud para el trabajo. En este momento, se produce en él una emoción repentina como sucede muchas veces sin causa bien apreciable, suena un ruido intenso ó es alumbrado por un haz de luz viva, como la usada en la fotografía instantánea en la obscuridad, abandona su lugar y va á esconderse detrás del sujeto como para hacerse de él un escudo. A menudo también, se disgrega completamente y sus elementos constitutivos entran casi instantaneamente en el cuerpo del sujeto. El desdoblamiento ha terminado, y si se quiere continuar la experimentación, es necesario volver á desdoblar el sujeto; pero entonces el fantasma, que permanece temeroso, no avanza sino con desconfianza hacia el sitio donde le llama el trabajo que se desea de él; en todos los casos, se pierde mucho tiempo, y es raro que se obtengan en seguida resultados satisfactorios.

Las vibraciones sonoras obran con una formidable intensidad sobre el fantasma; y como todo movimiento repercute de éste al sujeto, se puede, tenien-

do á este último de las manos, comprobar en él los movimientos *sonoros*, como se les comprueba en la superficie de una campana vibrante sobre la cual se aplica ligeramente la mano. Estos movimientos son también percibidos por el fantasma mucho antes de que el sonido haya impresionado los oídos de los asistentes. Un carruaje pesado, por ejemplo, viene por la calle á cierta distancia: nadie le oye, pero el experimentador percibe bajo sus manos la agitación del sujeto. Esta agitación aumenta, se acerca el carruaje, se le oye, y la agitación aumenta todavía: el carruaje pasa, el ruido cesa, pero la agitación persiste durante algunos instantes. El fantasma está entonces más ó menos desorganizado. La sensibilidad para el movimiento sonoro es tal, que teniendo al sujeto por las manos se percibe la agitación producida en el fantasma por el ruido de un péndulo que suena y apenas se oye.

Después de esta descripción, se puede fácilmente comprender que todo ruido, el sólo cambio de lugar de un testigo, y más que nada, la introducción de un desconocido en el gabinete de estudios, debe causar una perturbación más ó menos grande.

Véase un ejemplo:

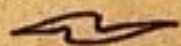
Una noche experimentaba con la señora François en presencia de los señores Ed. Dubois y François. Obtuvimos fácilmente golpes á voluntad sobre la mesa que nadie tocaba. En este momento, cerca de las nueve y media, llaman á la puerta. El sujeto se agita, y compruebo que el fantasma no está ya hacia la mesa de experiencias ni en el sillón dispuesto para él á la izquierda del sujeto. Pregunto á

éste dónde se encuentra. —«Ha ido, dice, á ver quién llama»—. Pregunto quién es la persona que nos interrumpe á esta hora, y si se le debe abrir. —«Es un hombre que desea hablaros, me responde; se le puede abrir»—. Pido á M. Dubois que vaya á recibir al visitante. Este era el Dr. X..., un amigo, que me traía un manuscrito. Como era desconocido del sujeto, se le introdujo lo más silenciosamente posible en el gabinete de experimentación.

El fantasma está desorganizado, y el sujeto en estado de enervamiento. Calmo á éste y trato de condensar á aquél, y cuando la condensación me parece suficiente, le pido que se aproxime á la mesa y dé dos golpes. Al cabo de algunos instantes se oyen crujidos en la mesa, y dos golpes, después otros tres, dados *nerviosamente*.

El sujeto está enervado, y la presencia del nuevo testigo le molesta horriblemente. Temiendo una crisis, le despierto muy lentamente para volverle á dormir y despertar todavía muchas veces; en fin, pareciéndome estar en buenas condiciones físicas y morales, aunque todavía enervado, le dejo en libertad.

Al día siguiente, aunque enervada, la señora François se encuentra bastante bien; pero al siguiente de éste, el enervamiento aumenta, y fué presa de un violento dolor de cabeza, que, con paroxismos y cortos períodos de calma, duró unos diez días. Disgustada por este accidente, cuya repetición temía, no volvió más, y yo perdí en ella, con gran sentimiento mío, uno de mis mejores sujetos.





III

✓ Acción del fantasma sobre su propio cuerpo

I. NUESTROS SENTIDOS, NUESTRAS SENSACIONES.—II. LA VISTA.—III. EL OIDO.—IV. EL OLFATO.—V. EL GUSTO.—VI. EL TACTO.

I. Nuestros sentidos, nuestras sensaciones.—Cualquiera que sea el grado que ocupe en la escala ontológica, el ser posee sentidos que le ponen en relación con el mundo ex-

terior y le permiten percibir los agentes de la naturaleza que no percibiría sin estos intermediarios. En el hombre, los sentidos son en número de cinco: la *Vista*, el *Oído*, el *Olfato*, el *Gusto* y el *Tacto*.

La filosofía nos enseña que la *sensación* es una impresión que el alma recibe de los objetos por los sentidos. Para la fisiología, es la impresión causada por los objetos exteriores sobre los órganos de los sentidos y percibida por el cerebro; es la facultad de sentir perteneciente á ciertas partes del sistema nervioso.

La fisiología enseña que la *sensación* se descompone en *impresión*, *transmisión* y *percepción*. La impresión se realiza en los órganos de los sentidos; es transmitida por los nervios encargados de esta función hasta el punto central que constituye el centro nervioso del órgano, punto en que, con el concurso de la inteligencia, se realiza la *percepción*. Así, el ojo está encargado de recibir las impresiones luminosas. Un rayo de luz le toca, una membrana de este órgano, la retina, es impresionada; esta impresión es transmitida por el nervio óptico al centro cerebral del órgano; y allí se efectúa la *percepción*. En ese instante preciso, es cuando tenemos conciencia del objeto que ha herido nuestra vista. Los otros sentidos funcionan de una manera idéntica.

La fisiología no considera este fenómeno más que bajo el punto de vista puramente material, rehusando admitir una razón psíquica que le parece embarazosa y supérflua. La filosofía hace intervenir al alma, pero no explica suficientemente el mecanismo de esta operación. La teosofía va más lejos toda

via, porque nos da algunos detalles bastante precisos, pero que no se apoyan en demostraciones suficientes.

«Las potencias del pensamiento, del movimiento, de la sensibilidad, dice Anita Besant, no residen en la sustancia nerviosa. Son modos de actividad del Ego operando en sus cuerpos más internos.» (*El Hombre y sus cuerpos.*)

«Lo que llamáis «color», afirma Chatterji, no es más que el efecto de las vibraciones actuando sobre vuestra retina. Estas vibraciones son transmitidas por el nervio óptico al cerebro, y del cerebro á la naturaleza hiperfísica ó astral. Del astral, la transmisión se efectúa al mental, y entonces véis el objeto. Es pues una acción sutil sobre la retina, acción transmitida al nervio y al cerebro, después al astral y por fin al mental. Es un sencillo y pequeño efecto quien os de la noción del color.» (*Filosofía esotérica de la India*, pág. 28.)

¿En realidad, las sensaciones son percibidas por el cuerpo visible ó por el cuerpo invisible que le anima?

La experiencia nos demuestra que el primero no es otra cosa más que el instrumento de que se sirve el segundo para manifestarse, y que todas las sensaciones son realmente percibidas por éste. Esto es lo que voy á demostrar por el desdoblamiento, sobre el cuerpo físico y sobre su fantasma separados uno de otro, y estudiados aisladamente.

En el individuo desdoblado, los sentidos físicos están completamente abolidos; no ve nada por los ojos físicos, no oye nada por las orejas, no percibe

hiperfísica o astral

ningún olor ni sabor por el olfato y el gusto; el tacto no existe, porque no experimenta ninguna sensación de contacto. Todas las impresiones son percibidas por los diferentes sentidos arrastrados por el fantasma. ✓

Para todos los sujetos, el fantasma, es el individuo todo entero, y el cuerpo físico no es más que el útil, el instrumento puesto á su disposición por la naturaleza para permitirle expresarse físicamente.

«El fantasma, es yo misma, dice Leontina; el cuerpo no es más que un saco vacío.» «El doble soy yo, afirma Juana: el cuerpo, no se lo que es, pero no soy yo».

Edmée da sobre este asunto una descripción muy pintoresca, respondiendo á preguntas que yo le hacía. El cuerpo que usted toca, dice, no es nada; es una envoltura del otro. Toda mi persona está en la persona luminosa. Ella es la que piensa, la que sabe, la que obra; ella transmite al físico lo que yo os digo. *yo*

¿Cómo debemos llamar á la persona luminosa?

«No hay necesidad de llamarla; es Edmée, soy yo; si quiere usted llamarla, llámela Edmée.»—Sin embargo, es preciso que la distingamos de la otra. Quiera usted que convengamos en llamarla el *astral*, el *fantasma*, el *doble*, puesto que es vuestro doble.—«Oh, ¡no! no, nada de *astral*. Llamadla el *doble* si queréis; y sin embargo, no es el *doble*, puesto que es yo.

Preguntada á este respecto en otra sesión, declara todavía que el físico no siente nada, no ve nada y que todas las impresiones le son transmitidas por el

doble, por el intermedio del cordón que les une. «Se toca al doble, dice, la impresión del contacto viene como un choque al cerebro físico, y la sensación repercute allí. Se habla, se cree que mi físico oye puesto que responde; pero esto no es verdad. No oye nada, quien oye es el doble. La pregunta y la respuesta son transmitidas por el cordón al cerebro físico como por un movimiento, por alguna cosa que vibra. También es el doble quien ve, y la vista viene al físico por un movimiento, es como la electricidad que hace vibrar el cerebro físico, y entonces ve lo que el doble ha visto. Todas las impresiones recibidas por el doble se transmiten á los centros del cerebro, pero esos centros no perciben nada por si mismos».

Esta declaración constituye una verdadera revelación, cuya importancia no escapará al lector. Merecería ser desarrollada y comentada. Yo no diré casi nada aquí; pero á medida de la presentación de las observaciones que he recogido, daré algunas explicaciones que acabarán de hacerlas comprender en su maravillosa simplicidad.

La experiencia demuestra hasta la evidencia que el fantasma arrastra consigo los sentidos y la inteligencia del individuo, que tienen su verdadero asiento y sus verdaderos órganos en el cuerpo astral y no en el cuerpo físico.

El fantasma recibe directamente las impresiones por los órganos de los sentidos. La transmisión debe efectuarse por los conductores especiales á los centros astrales en que se realiza la percepción. La sensación que resulta es transmitida al cuerpo del

sujeto por el cordón; los nervios la transmiten después al centro cerebral del órgano y es expresada físicamente, como por repercusión. El oído del fantasma recibe directamente las vibraciones de la palabra, pero también puede recibirlas por intermedio del físico. Si se habla á éste, toma el aire de oír y comprender, puesto que responde; pero en realidad, ni oye nada ni comprende nada. Las ondas sonoras son, sin embargo, percibidas, pero no causan impresión ninguna en este instrumento descordado que ya no tiene oído para oír y tampoco inteligencia para comprender. Son transmitidas por el cordón al fantasma, que es el alma, que percibe, transforma la percepción en sensación, formula vibrando la respuesta, transmite estas vibraciones por ondulaciones sucesivas al físico que las expresa, es decir, que responde á ellas físicamente - mejor debería decirse automáticamente - por los órganos de la voz.

Comprobando estos hechos, no se tarda en observar que los sentidos están considerablemente más desarrollados en el individuo desdoblado, es decir, en el fantasma que en el individuo normal, porque no tienen, en el primero, la resistencia orgánica que encuentran en el segundo.

Uno de los sentidos, el oído, parece ejercitarse no solamente en la oreja, sino también en la proximidad de todas las partes del cuerpo del fantasma. El asiento de la vista no siempre parece estar en los ojos del fantasma. Cierta número de sujetos lúcidos ven los objetos pequeños que se presentan al fantasma por la parte con que los ven cuando están en estado de sonambulismo. Frecuentemente, la vista

se ejerce por el vértice de la cabeza, por la frente, por el occipucio (detrás de la cabeza), por la región epigástrica, por la punta de los dedos. Los sujetos que no son lúcidos no ven generalmente los objetos que se les presentan. Los otros sentidos se ejercen por los órganos astrales, como lo efectúan por los órganos físicos cuando el sujeto está en estado normal.

Si los sentidos no tienen su verdadero asiento en el cuerpo físico, el ciego y el sordo deberían ver y oír en ciertas condiciones, aunque sus órganos no se encuentren en estado de ser impresionados.

Tengo la certidumbre absoluta de que así es, y de que en el desdoblamiento, el ciego ve, el sordo oye y el anestesiado percibe los contactos. No he tenido la satisfacción de estudiar este fenómeno, que no he hecho más que entrever, porque todavía no he encontrado sensitivos sordos, ciegos ó incompletamente insensibles á las impresiones de contacto. Pero aprovecharé las ocasiones, que no dejarán de presentarse, y espero que en la próxima edición de esta obra contendrá observaciones de este género.

El tacto de los sujetos histéricos me lo indica, porque las partes insensibles en el estado normal se hacen sensibles cuando están desdoblados. Por otra parte, Reichembach ha observado ya algo análogo. En la habitación, á obscuras, tuvo ocasión de experimentar con un ciego muy sensitivo que veía perfectamente, los fluvios ódicos desprendidos por las personas ó también por los objetos metálicos que se encontraban en ella.

Una observación muy importante encuentra aquí

su lugar. El fantasma se comporta como el cuerpo físico en estado normal. Se sabe que percibimos mejor las impresiones cuando dirigimos nuestra atención sobre ellas. Así, vemos, oímos, gustamos, distinguimos mejor los olores cuando miramos, cuando escuchamos, cuando gustamos y cuando olfateamos. Lo mismo sucede con el fantasma, que ve, oye, gusta y huele mejor cuando se le ruega que dirija su atención hacia la impresión que debe recibir.

Después de este preámbulo, un poco largo, pero indispensable para hacer comprender las sorprendentes descripciones del desdoblamiento, al que no se está habituado, voy á presentar al lector las principales observaciones que he recogido sobre cada uno de nuestros sentidos, exponiéndolas poco más ó menos en el orden en que las he realizado.

II. **La vista.**— Se comprueba primero que el sujeto desdoblado no ve absolutamente nada de los objetos que se le presentan á la vista del cuerpo físico, ya estén los párpados entreabiertos ó completamente cerrados. Yo no he encontrado ninguna excepción á esta regla general en ninguno de los numerosos sujetos que he estudiado.

Cuando el sujeto es lúcido en estado de sonambulismo, la lucidez disminuye al comienzo de la exteriorización, para desaparecer completamente cuando ha alcanzado su mayor irradiación. Ignoro donde se refugia. No se la encuentra hasta que el desdoblamiento es casi completo. He aquí ejemplos.

I. Marta, en estado de sonambulismo ve un objeto que se le presenta ante el occipucio (detrás de la cabeza), y lee perfectamente muchas veces algu-

nas líneas de un periódico. A principios de octubre de 1907, de cinco á seis de la tarde, con una claridad relativa, el señor André, artista pintor y yo, hicimos con ella la experiencia siguiente: Un papel impreso en gruesos caracteres (el título de un diario) se colocó ante los ojos semiabiertos del sujeto desdoblado. Este declaró que no veía nada. Se colocó el papel en el vértice de la cabeza, después en el epigastrio; todavía declaró que no veía nada, apesar de nuestra insistencia. Después se presentó el papel ante la cara del fantasma, á quien habíamos hecho sentar en una silla delante del sujeto, á una distancia de unos dos metros. El sujeto declaró que no veía nada. Se le coloca en el epigastrio, en el vértice de la cabeza y los lados de ésta, tampoco ve nada. Se le presenta en la región occipital, inmediatamente, lee *La Patrie*, añadiendo que es la cabecera de este periódico. La vista del fantasma no está bastante desarrollada para permitirle leer los caracteres pequeños. La experiencia repetida muchas veces da siempre los mismos resultados en las mismas condiciones.

II. Edmée, en estado de sonambulismo ve muchas veces los objetos que se le presentan ante el occipucio. A fines de octubre de 1907, de cinco á seis de la tarde, en la obscuridad, en presencia de la señora Stahl, de los Sres. Bonet, Grandjean y de mi hijo Gastón, realizo las dos experiencias siguientes.

Entregó mi reloj á Gastón, que está á unos tres metros del sujeto, diciéndole que se ponga de pie, y que voy á enviarle, á distancia corta, al fantasma del sujeto, que ya está desdoblado. Alargando el brazo derecho ante él y encorbandó la mano que tiene

el objeto, lo presentará ante el occipucio del fantasma. Envío á éste, que se coloca como acabo de indicar; y, sin decir nada de lo que quiere comprobar, Gastón presenta el reloj. Después de haber sufrido una conmoción en todo su ser, el sujeto dice que ve un objeto blanco y redondo. «Esto marcha como un mecanismo, dice, hace ruido; es como el tic-tac de un reloj.» Es de notar que el sujeto ve primero el reloj, y que después le oye, sin que, lo designe, sin embargo, de un modo suficiente.

Entrego á Gastón, sin decirle nada ni haberle dicho á nadie nada sobre su contenido, un sobre cerrado que tenía en mi bolsillo, rogándole que lo presente al fantasma en las mismas condiciones.—«Veo, dice el sujeto, dos cosas redondas como dos *perras*».—¿Es dinero?, le pregunto.—«Sí, es dinero», responde.—¿De qué color?—«Es amarillo, ó más bien amarillo-rojo».—¿Entonces son *perras* nuevas?—«No, esto no son *perras*; es oro».—¿Y hay algo más en el sobre?—«Sí, pero es plata; hay también billetes». Después de la sesión, se abre el sobre en presencia de todos los testigos, y se ven dos billetes de banco y dos monedas de 20 francos.

En la primera experiencia, la atención del sujeto no se ha dirigido á distinguir el objeto; y se ha dedicado á ello en la segunda, más difícil, á causa del sobre cerrado sobre los objetos. Todavía se puede invocar la sugestión mental; porque yo sabía cual era el objeto presentado á la vista del fantasma y sabía cual era el contenido del sobre. Más tarde veremos que la autosugestión, la sugestión mental y hasta la sugestión verbal no entran absolutamente

Telepatía

para nada en la producción de este fenómeno y de los fenómenos análogos.

III. En los primeros días de noviembre de 1907, á la hora de las sesiones precedentes, estamos alumbrados por la luz de dos bujías, una en mi despacho, la otra en la sala de reuniones de la *Sociedad magnética de Francia*, que están separadas una de otra por un ancho pasillo.

Yo estoy en el fondo de mi despacho con Edmée, que está desdoblada. Ruego á tres testigos de la experiencia, las señoras Stahl y Fournier y al Sr. B. Bonnet que hagan el favor de dirigirse á la sala de la Sociedad y ejecutar allí movimientos sencillos y fáciles de describir, para que podamos darnos cuenta de si el fantasma que voy á enviar allá puede distinguir alguna cosa. El Doctor Pau de San Martín se coloca en el pasillo intermedio, cerca de la ventana, á fin de ver, casi al mismo tiempo, al sujeto y á mi mismo en el fondo del despacho, así como la situación y los diversos movimientos que van á hacer los nuevos experimentadores. En el espacio de siete á ocho minutos, hacemos las cuatro experiencias siguientes:

Envío al fantasma del sujeto á la pieza indicada; los experimentadores y testigos están en su puesto. **Primera experiencia.**—La señora Fournier se sienta en la mesa. —«Veo, dice el sujeto, á la señora Fournier que está sentada en la mesa». **Segunda experiencia.**—Las [tres] personas pasean por la sala y mueven los brazos sin regularidad y sin conceder importancia á estos movimientos. —«Andan, y hacen gestos con las manos; no se lo que quiere decir

eston». Tercera experiencia.— La señora Stahl toma un libro de sobre la mesa, le abre, se coloca al lado de la señora Fournier y se lo presenta. «Las dos señoras leen», dice el sujeto. Cuarta experiencia. Las tres personas se asen por las manos y marchan en derredor de la mesa, agitando los brazos.— «Esto es un juego, dice el sujeto con su familiar sencillez, bailan en torno de la mesa como tres imbéciles».

IV. La misma semana, á la misma hora, en la obscuridad, en presencia de mi hijo Enrique, de la señora Sthal y de la señora Fournier, hago la experiencia siguiente.

Edmée está desdoblada en mi despacho. Le pregunto si el fantasma puede atravesar los muros para ir de una á otra pieza y ver lo que allí sucede. Me responde afirmativamente. Mentalmente, ruego al fantasma que atraviase el muro que está cerca de nosotros y que pase á la biblioteca. — «Veo, dice el sujeto, una gran habitación llena de libros. Hay luz; un joven trabaja con los libros; hay también una mujer sentada que escucha». La descripción era cierta, salvo que no había mujer en aquel momento, pero había habido una, sentada y esperando que se la sirviese, diez ó quince minutos antes.

Quiero, siempre mentalmente, que el fantasma se dirija á nuestra habitación, al piso de arriba, pasando á través del techo. El sujeto me dice que «esto no va bien». Yo le ruego entonces que suba por la escalera que le indicé, porque el sujeto no la conoce. Algunos segundos después me dice que está en una habitación: «Hay una cama, una mesa cargada de libros y papeles, estantes con libros. Esta

habitación está alumbrada por una lámpara fija en la pared. Todo esto es exacto, pero la luz no está encendida. Es la habitación de mi hijo Gastón, estudiante de medicina, que no está trabajando en ella en aquel momento.

Quiero enviarle á mi cuarto. No vá, por que me describe una gran pieza, «con una gran mesa, sillas; una lámpara encendida cuelga del techo; una mujer está sentada en la mesa.» Es la descripción del comedor, descripción exacta aunque insuficiente, pues en aquel preciso momento se sube para hacer la comprobación. La lámpara está encendida, pero no hay allí ninguna mujer en la mesa. La señora Durville, que había dejado la mesa sobre la que escribía algunos minutos antes, estaba en la cocina.

Se observan, en estas descripciones, los mismos caracteres que se notan en las consultas de los sonámbulos lúcidos, porque les sucede con frecuencia, y aun muy frecuentemente, describir una persona ó un objeto en un sitio que ha ocupado, pero que no ocupa ya en aquel momento preciso.

V. El 5 de noviembre de 1907, á las nueve y media de la noche, en presencia de los señores Adatto, Dubois, Robert, Hildebrand, Bernard y Porterat, hicimos, en la obscuridad diversas experiencias relativas al olfato y la audición, con la señora Vix desdoblada.

Después de haber comprobado que el fantasma siente y percibe los olores á 2 ó 3 metros del sujeto. El Señor Adatto pregunta si el fantasma podría ver la hora en su reloj.

—Ruego al Señor Adatto que se levante y presen-

te el reloj al fantasma que voy á enviarle.—Se presenta el reloj por el lado opuesto á las agujas, y el experimentador pregunta que hora es.—«No puedo ver la hora—dice el sujeto—la esfera no está vuelta hacia mi lado.—El experimentador vuelve la esfera del reloj hacia el lado del fantasma.—«Me es imposible leer la hora—dice el sujeto con vivacidad—no conozco los caracteres impresos en la esfera.» La esfera del reloj del Sr. Adatto, que es de origen turco, está marcado en caracteres de esta lengua, con disposiciones especiales que hacen que el que no conozca el turco, y la disposición de la esfera, no pueda leer la hora marcada por el reloj.

Tratamos de darnos cuenta de si el fantasma podría ver la hora en otro reloj; pero el sujeto está fatigado, no obtenemos nada preciso.

VI. El 2 de enero de 1908, á las cinco y media de la tarde. Testigos los Sres. Ed Dubois, Dubet y J. Brieu; estamos á oscuras.

Leontina está desdoblada en el fondo de mi despacho; los testigos están situados á unos cuatro metros del sujeto. Pido al Sr. Dubet que se levante y presente un objeto cualquiera al fantasma que le voy á enviar. El fantasma está cerca de él, el Sr. Dubet saca un cortaplumas de su bolsillo, le tiene muy apretado en su mano derecha que presenta al fantasma, preguntándole si ve el objeto que tiene en su mano. — «Veo un objeto pequeño, dice el sujeto; es un lapicero ó un cortaplumas.» El Sr. Dubet, se alumbra con una lámpara eléctrica de bolsillo, toma de mi mesa mi pluma estilográfica. — «Es una pluma, pero no es como las otras; tiene la tinta en e

mango.» — El experimentador toma de mi mesa un pliego de papel de cartas y le tiene en la mano. — «Es un papel blanco, dice el sujeto; del que sirve para escribir.»

Ruego al Sr. Brieu que se levante y presente al fantasma que le voy á dirigir, un objeto á su elección. Le presenta el reverso de su reloj. «Veo, dice el sujeto, un objeto sostenido por la mano; es negro, es redondo; es un reloj.» El experimentador presenta el otro lado del objeto. — «Es el mismo reloj, añade el sujeto, pero visto por el otro lado. Veo las agujas; y sin embargo no puedo distinguir la hora.» Preguntado sobre este hecho, responde que no puede ver exactamente, porque el fantasma vibra muy fuertemente y sus ojos agitados cambian constantemente de sitio. — «El cuerpo entero, dice, está animado de un movimiento vibratorio, continuo, y este movimiento es lo que me impide ver la posición exacta de las agujas.»

VII. El 5 de enero de 1909, á las nueve de la noche, en la obscuridad, el Sr. Falque y mi hijo Gastón asisten á la sesión. Desdoblo á Juana.

Después de haber obtenido algunos ligeros ruidos en una mesa que nadie toca, pido á Gastón que se levante y presente un objeto cualquiera ante la frente del fantasma que le voy á enviar. Le envío el fantasma; le presenta su reloj sostenido en la mano, y le ruega que vea que objeto es. — «Veo, dice Juana, algo redondo; esto hace ruido; oigo un tic-tac; es un reloj.»

El mismo experimentador saca de su bolsillo una boquilla que presenta en las mismas condiciones.

—«Veo—dice el sujeto—un objeto largo, blanco, como una navaja; es un cortaplumas; no, es una boquilla.»

Presenta un bolsillo de mallas de plata. —«Veo algo plano, casi redondo; es una cartera; no, tiene plata dentro; es un portamonedas.»

VIII. Para ver un objeto, el fantasma se transporta cerca del objeto. He aquí un ejemplo espontáneo que he citado en el capítulo precedente hablando del peligro que hay en introducir durante la sesión á una persona desconocida del sujeto. Lo repito, porque el acto de lucidez se hubiera seguramente escapado á la mayoría de los lectores.

Estando en sesión, obtuvimos golpes dados á voluntad sobre una mesa que nadie tocaba. En un momento dado llamaron á la puerta, el sujeto se agita, y yo compruebo que el fantasma no está en la mesa ni en el sitio que se le reserva á la izquierda del sujeto. Pregunto á éste dónde se encuentra. —«Ha ido á ver—responde—quién es el que llama á la puerta.» Pregunto quién es esa persona, y si se le debe abrir. —«Es un hombre que quiere verle á usted,—me responde;—se le puede abrir.» Se abre. En efecto, es el Dr. X, que me trae un manuscrito.

IX. Una señora joven que yo he tratado sin resultado durante unas semanas solamente, está afectada de una enfermedad singular que ninguno de los numerosos médicos que ha consultado ha podido determinar. La enfermedad ha comenzado hace un año próximamente, sin causa aparente, por una especie de engruesamiento del muslo derecho, que le parecía mucho más grueso de lo que realmente lo

es. También le parecía que algo que no es un líquido corre muchas veces por encima, no sobre la piel, sino fuera y á cierta distancia de ésta. Estas sensaciones se han extendido poco á poco á la pierna, al lado derecho del tronco, y en fin, á toda la cabeza. Sin que su inteligencia haya sufrido la menor modificación, la cabeza le molesta como si fuese muy agobiante, porque tiene la sensación neta y precisa de que excede mucho los límites que ve y toca.

La enferma es desconocida para el sujeto y los testigos; únicamente, yo conozco los principales caracteres de esta afección, que atribuyo á una especie de exteriorización, aunque la sensibilidad sea normal en todas partes. Le he rogado que asista á esta sesión, esperando que el fantasma podrá darnos algunas indicaciones útiles.

Desdoble á Edmée (11 de noviembre de 1907), á las cinco y media, en presencia de las señoras Stahl y Fournier y el señor y la señora Bonnet. Estamos á oscuras. Después de diversas experiencias relativas á las sensaciones del fantasma, dirijo á éste hacia la enferma rogándole nos diga cómo la ve.

— ¡Oh!—grita el sujeto con asombro,—esta señora tiene la cabeza mucho más gruesa de lo que debería ser; hay algo que se desborda, es su astral. La pierna derecha es todavía más chusca, representa como un cuerpo todo entero con su polaridad y sus colores bien netos; su astral desborda asimismo todo en derredor. Debe experimentar sensaciones extrañas, pero su vida no está amenazada.

Jamás he obtenido visión con el fantasma de los sujetos que no son lúcidos en estado de sonambulis-

mo. Ven la habitación perfectamente alumbrada por el fantasma y por las personas presentes; distinguen también los principales objetos, pero no ven los objetos pequeños y los bibelots que se les presentan. Así, si se presenta un reloj al fantasma de la señora Lambert, preguntándole qué objeto es aquél, responde en seguida: «No veo nada, pero como oigo un tic-tac, comprendo que es un reloj.» Si se le presenta un objeto que no hace ningún ruido, le es imposible reconocerlo. Todos los sujetos no lúcidos que he observado se conducen del mismo modo.

III. **El oído.** El oído es el más fino y más del cado de los sentidos del fantasma. Es susceptible de percibir sonidos á una distancia mucho más lejana de la que los cuerpos físicos los perciben habitualmente, aun cuando se preste á ellos la más exquisita atención. Sin ninguna excepción, todos los sujetos desdoblados oyen perfectamente bien, aunque el cuerpo no oiga absolutamente nada. Véanse algunas observaciones que reproduzco todavía próximamente en el orden en que las he hecho:

I. Al principio de mi experimentación con el señor André, Marta está desdoblada, su fantasma está sentado en una butaca, á su izquierda, á un metro poco más ó menos. Coloco mi reloj hacia la parte correspondiente á la oreja izquierda del fantasma. Marta oye muy distintamente el tic-tac. Coloco el reloj en la nuca, en el epigastrio, en los pies del fantasma; siempre oye ella. Coloco el reloj después sucesivamente sobre el orificio externo de ambas orejas del sujeto, en la nuca, en el epigastrio y sobre sus pies; no oye absolutamente nada. Repetida la

experiencia con el mismo sujeto en condiciones diferentes, da siempre los mismos resultados.

II. El fantasma de Edmée oye el reloj como el de Marta; oye también el ruido de una delgada hoja de papel que se restrega.

Queriendo darme cuenta de si podría oír en otra habitación á una persona que le hablase en voz baja, tomo las disposiciones siguientes: coloco una silla en el centro de la sala de reuniones de la Sociedad, y ruego á la señora Stahl que haga el favor, en el momento que yo le indicaré, de colocarse cerca de esa silla y hablar muy suavemente al fantasma que yo enviaré allí desde el fondo de mi despacho. La señora Fournier se colocará en el pasillo que separa ambas piezas, cerca de la ventana, para ver por las puertas abiertas al sujeto y á mí en mi despacho, así como los actos y gestos de la señora Stahl.

Desdoble al sujeto, y suficientemente condensado, ruego al fantasma que vaya á sentarse en la gran sala, en la silla preparada para él. Las señoras Stahl y Fournier ocupan sus puestos. Edmée se queja primero de que la señora Stahl la toque, y que esto le es muy desagradable. Oye hablar, pero como está enervada, no comprende lo que dicen: — «Me da consejos, — dice — y me advierte que me calme y no esté nerviosa.»

Entrego mi reloj al Doctor Pau de Saint-Martín, y le ruego, sin que el sujeto se aperciba, que haga cuanto pueda para darse cuenta de si es el fantasma ó el cuerpo físico quien percibe el sonido. Sin decir nada, en un momento dado, el doctor se adelanta con precaución hacia el sujeto, y coloca sucesiva-

mente el reloj cerca de las dos orejas sin tocarlas. El sujeto no dice nada. El Doctor llama la atención del sujeto sobre el reloj colocado en una de sus orejas diciéndole que debe oírle. El sujeto declara que no oye nada. Insiste el Doctor, afirmando que el tic-tac es muy fuerte, y que debe oírle. El sujeto afirma nerviosamente que no le oye. Algunos minutos después, sin hacer ruido, el Doctor se dirige hacia el fantasma sentado en una butaca á la izquierda del sujeto, y aproxima el reloj al lugar ocupado por la cabeza del fantasma. El sujeto declara que tiene conciencia del desplazamiento del objeto y que el oye perfectamente en donde quiera que se le pone.

Sabiendo que los que son casi completamente sordos oyen el tic-tac de un reloj si lo tienen entre los dientes, ruego al Doctor que me de el mio; invito al sujeto á abrir la boca, é introduzco la anilla del reloj y le pido que apriete los dientes fijando su atención sobre el ruido que no puede dejar de oír. Después le indico que abra la boca para retirar el objeto. El sujeto tiene conciencia de haber apretado alguna cosa entre sus dientes; pero á pesar de esta sugestión, no ha oído nada.

IV. En la obscuridad, estoy solo en el fondo de mi despacho con Teresa desdoblada.

Después de haber obtenido golpes dados á voluntad sobre una mesa, que nadie toca, quiero darme cuenta de si el fantasma podría oír un ruido ligero cuando su atención esté fija en otro objeto. Para ello, coloco mi sillón de despacho ante él, muy cerca de la ventana, á una distancia lo menos de cinco metros del sujeto, y pongo mi reloj encima. Vuelvo

hacia el sujeto, y para despistar su atención, trato de obtener todavía golpes en la mesa; después, en un momento dado, ruego al fantasma que vaya á sentarse sobre el sillón y nos diga si ve, en mi mesa, algo que le llame la atención. Se dirige allí bastante lentamente. Alumbrado por una lámpara eléctrica de bolsillo, quiero darme cuenta, después vuelvo hacia el sujeto que no tarda en exclamar: «Nada me interesa en vuestra mesa; pero oigo el tic tac de un reloj». Le pregunto donde está colocado aquel reloj. «No lo se, responde; pero le oigo muy bien». Veamos, le digo, prestad atención. Colocando las manos sobre la mesa se dará usted cuenta clara de si está encima. El sujeto responde en seguida: «No está encima de la mesa». Después, tras un momento de atención, «es muy gracioso; estoy sentada encima». Después de otro momento de silencio, añade maliciosamente: «Si, que tiene gracia, habitualmente mis orejas no están en tal lugar».

V. El 16 de febrero de 1909, con Juana, á las nueve de la noche, en presencia de los Sres. Falque y Demailly, en la obscuridad.

Intento darme cuenta de si el fantasma oye á cierta distancia ruidos casi imperceptibles, y comparar la audición de los ruidos intensos con los ruidos muy ligeros.

Comprobado todavía una vez que el sujeto no oye absolutamente nada por las orejas, ruego al fantasma que vaya hacia mi mesa, á cuatro metros, poco más ó menos, del sujeto, pido al Sr. Demailly que presente su reloj hacia la cabeza del fantasma. — «Yo

veo, dice Juana, un objeto redondo; es un reloj; oigo el tic-tac».

Doy mi reloj al experimentador, quien lo presenta en el lugar y en el mismo sitio que el suyo. —«Veo un reloj, repite el sujeto; pero no es el mismo; este es más grueso y el tic-tac es más fuerte». Esto era cierto.

Tomo una tablilla, y araño encima enérgicamente con mis uñas para producir un fuerte rechinar. —«Oigo ruido; es como si se arañase una tablilla». Le pregunto si este ruido es fuerte ó débil. —«Yo le oigo muy bien, responde el sujeto; pero no es fuerte».

Paso mis uñas sobre la tablilla lo más suavemente posible. Se produce un rechinar muy ligero que á penas si es percibido por el Sr. Demailly, situado á un metro de mí. El Sr. Falque, colocado á unos dos metros, no le oye. —«Oigo que arañan la tablilla como hace un momento». Le pregunto si el ruido es más ó menos fuerte que el precedente; responde que le oye de la misma manera.

Indico al Sr. Demailly que se aproxime muy cerca de mí, pero sin tocarme. Paso cuatro veces la yema del dedo muy suavemente tocando la tablilla que approximo á mi oreja derecha. Yo apenas oigo, y el Sr. Demailly, colocado á algunos centímetros de mí, no oye absolutamente nada. —«Oigo ruido en la tablita, dice el sujeto». Le ruego nos diga cuantas veces ha oído este ruido. —«No he contado el número de veces». Ponga usted cuidado. Rozo cuatro veces la tablita. —«He oído el mismo ruido cuatro veces». Rozo una sola vez, siempre tan suavemente, el se-

ñor Demailly que tiene el oído muy fino, no oye nada. —«¡Ah! no lo oigo más que una vez». Rozo tres veces. —«Lo oigo tres veces».

Pregunto à Juana si oye estos últimos ruidos también como los arañazos fuertes. —«Oigo muy bien, dice, que los ruidos no son de la misma naturaleza, pero percibo tan bien los unos como los otros».

Indico al fantasma que permanezca en el sitio que ocupa; yo me reiro á un metro, y rozo dos veces la tablilla. —«El ruido se ha repetido dos veces». Me retiro á dos metros, y rozo dos veces. El sujeto no oye nada. Me acerco veinticinco centímetros y rozo dos veces. El sujeto cree oír algo, pero no distingue lo que es. Me aproximo todavía veinticinco centímetros, y repito el movimiento. —«Oigo el ruido dos veces, dice el sujeto».

Enciendo una bujía que coloco en mi escritorio y repito los arañazos de la tablilla. A un metro cincuenta, el sujeto no oye nada, cuando oía muy bien en la obscuridad. Me aproximo á un metro del fantasma; no oye nada; y la percepción de este ligerísimo ruido no se efectúa sino cuando estoy muy cerca del fantasma. Para comprobar este hecho, que me parece muy racional, apago la bujía y araño de nuevo la tablilla á un metro, después á metro y medio del fantasma, y el sujeto oye.

Las experiencias de audición, muy frecuentemente repetidas en las más diversas condiciones, y rodeándonos de cuantas garantías eran posibles, han dado siempre los mismos resultados con todos los sujetos, aun cuando éstos, fatigados ó mal dispues-

tos, eran incapaces de producir cua'quiera otro fenómeno.

IV. El olfato.—Como los otros sentidos, el olfato nos demuestra que su verdadero asiento no está en el cuerpo físico, sino en el cuerpo astral, y que está localizado, más que la vista y el oído, en órganos especiales correspondientes á los del primero. También nos hace comprender que si preferimos tal ó cual olor, esta preferencia tiene igualmente su asiento en el astral. Esto es lo que voy á demostrar por algunas experiencias bien escogidas entre gran número de ellas.

I. Edmée está desdoblada en mi despacho. El fantasma está sentado en una butaca á la izquierda del sujeto, á una distancia de un metro. Estamos alumbrados por una luz débil.

Sin apercibirse el sujeto, el Dr. Pau de Saint-Martin presenta bajo la nariz de aquélla un frasco de amoníaco destapado y le mantiene así durante cerca de un minuto. El sujeto no huele nada. Algunos instantes después, el experimentador, con precaución, se adelanta y presenta el mismo frasco destapado ante la parte inferior de la cara del fantasma. —«¡Oh,—dice el sujeto volviéndose bruscamente y apretando su nariz entre sus dedos,—es un frasco, huele mal!» El experimentador retira el frasco y presenta otro igualmente destapado, conteniendo esencia de bergamota. —«Esto huele mejor,—dice el sujeto en el mismo instante.» La bergamota se lleva á la nariz de éste, que no se apercibe de ello. El doctor dice que le va á hacer sentir un olor agradable, y ayudándose de la sugestión verbal, afirma

al sujeto que debe notar el olor.} El sujeto declara que no huele nada.

II. Leontina está desdoblada como el sujeto precedente; el fantasma ocupa el mismo sitio.

El Dr. Pau de Saint-Martin pone un frasco de amoníaco destapado bajo la nariz del fantasma. En el acto, el sujeto aprieta su nariz entre los dedos de su mano derecha y se vuelve bruscamente haciendo muecas. — «¡Ah, qué malo es esto!, — dice — es agua sedativa.» Después, rectificando esta afirmación: «No; es amoníaco.»

Después de cinco ó seis minutos, y sin que el sujeto pueda dudarlo, el doctor le coloca bajo la nariz el frasco de amoníaco destapado. El sujeto, que no tiene aire de sentir ningún olor incómodo, no dice nada. Preguntado si no huele algo, declara no oler nada. El doctor recurre entonces á la sugestión. *«Es amoníaco — dice — lo que pongo bajo su nariz de usted; no solamente debe usted olerlo, sino que esta sensación debe serle muy desagradable. Usted huele; yo veo que hace usted muecas.»* El sujeto, como ofendido de que no se le crea, responde con energía: — «Le digo á usted que no huelo nada, si no lo cree usted, me es igual.» El frasco permanece bajo la nariz del sujeto lo menos dos minutos, y no solamente no siente nada, sino que tampoco notó incomodidad ninguna después de despierto.

El doctor vuelve á su sitio. Trato de hacer otras experiencias. Ocho ó diez minutos después se adelanta suavemente hacia el fantasma con el frasco de bergamota destapado y le presenta al alcance del lugar ocupado por la cabeza. — «Veo — dice el sujeto —

que acerca usted un frasco á mi oreja; es para hacerme oler algo», y sonriendo irónicamente, añade: «pero yo no huelo por la oreja.» El doctor rectifica la posición del frasco para colocarle bajo la nariz del fantasma. El sujeto declara inmediatamente que huele un olor agradable. — «Es bergamota; prefiero más esto que el amoníaco »

III. La señora Vix está desdoblada en mi despacho en presencia de los señores Adatto, E. Dubois, Robert, Hildebrand, Bernard y Porterat. Estamos en una semi-obscuridad.

Después de haber hecho una serie de experiencias sobre la audición, experimento sobre la olfacción, con amoníaco, alcanfor, patchouli, violeta y bergamota.

Destapo un frasco de amoníaco y le coloco bajo la nariz del sujeto que no huele nada. Instantes después, y sin que el sujeto se aperciba, coloco el mismo frasco bajo la nariz del fantasma que está situado á la izquierda del sujeto, á un metro poco más ó menos. Cogiendo la nariz entre sus dedos y volviéndose bruscamente hacia el lado opuesto al fantasma, el sujeto dice con energía que aquello le incomoda. — «Huelo mal, eso es amoníaco, — dice.»

Sustituyo inmediatamente un frasco destapado conteniendo esencia de violeta. El sujeto declara en seguida que prefiere esto: «la *violeta* es el olor que yo prefiero, — añade.»

Presento después el alcanfor. El sujeto declara que el *alcanfor* le es indiferente. La bergamota y el patchouli se colocan sucesivamente bajo la nariz del fantasma. El sujeto declara que estos olores no le agradan del todo. Uno después de otro se presen-

tan á la nariz del sujeto, que declara no oler nada.

Hago cesar este desdoblamiento, despierto al sujeto, y tratando de aparentar hablar de cosas indiferentes, conduzco la conversación hacia los olores y pido á los testigos como al sujeto, me digan cuáles son sus olores predilectos. —«No me gusta más que la violeta; el patchouli y las lilas me son desagradables, y no puedo oler la bergamota, que me indis- pone.»

Los olores que el fantasma de la señora Vix ha apercibido y apreciado, cuando el cuerpo físico no percibía nada, está en perfecta armonía con lo que estos mismos olores le hacen sentir en su estado ordinario.

Hay casos, sobre todo cuando el fantasma hace esfuerzos considerables para producir fenómenos físicos en que el sujeto percibe muy distintamente un olor que no conoce y que nadie percibe. La señora Lambert afirma que este olor es producido por la reacción ocasionada por los efluvios y chispas luminosas emitidos por el fantasma sobre ciertos gases contenidos en la atmósfera del medio en que se experimenta.

Para permitir á los lectores apreciar los principios que enuncio en la cabeza de este capítulo, no hago comentarios y no relato otras observaciones que, además, no añadirían gran cosa á las precedentes.

V. El gusto.—Para hacer inteligible la descripción de una serie de experiencias de esta naturaleza, me veo obligado á transcribir casi textualmente las notas que redacto después de cada sesión. He aquí el acta de una de ellas, de fecha 12 de di-

ciembre de 1907, en presencia de los señores Combe, Ed. Dubois y mi hijo Gaston. Tenemos una ligera claridad.

Leontina está desdoblada en el fondo de mi despacho. Me propongo comprobar si es el sujeto ó su fantasma quien percibe los sabores.

Para ello, he dispuesto dos butacas en mi despacho, frente á una mesa de forma alargada, en una de las cuales se encuentra ya el sujeto, y la otra para el fantasma de tal manera que adelantando su busto el sujeto, pueda apoyar su antebrazo sobre la mesa, sin estar molesto. Como el fantasma toma naturalmente la actitud del sujeto apoyará igualmente su antebrazo sobre la mesa. Una pila de libros está colocada encima, frente al fantasma y en el espacio reservado para el antebrazo. Esta pila se eleva hasta la barba, á fin de que me sirva de punto de referencia para la boca.

Situado el fantasma á la izquierda del sujeto, en el sitio preparado para él, cuando la condensación me parece suficiente, ruego al sujeto que avance lo alto del cuerpo y coloque su antebrazo sobre la mesa, como acabo de indicar, é invito al fantasma á tomar la misma posición.

El sujeto no está prevenido sobre la naturaleza de las sustancias que van á ser experimentadas. Estas sustancias, muy poco olorosas, no deben actuar más que sobre el sentido del gusto.

i. Pongo en la mano del sujeto un trocito de acibar, y le pido que se lo ponga en la boca, que le triture y nos diga si lo encuentra bueno ó malo. Tritura el pedazo y declara que, «esto no tiene gusto»

Para evitar una acción purgante que podría producirse más tarde, indico al sujeto que escupa lo que tiene en la boca.

II. Pongo un terrón de azúcar en la mano del sujeto, le ruego que lo triture y nos diga si le encuentra bueno ó malo. La respuesta es idéntica á la precedente.

III. Por medio de una pinza, tomo una viruta de cuasia y la coloco hacia la parte inferior de la cara del fantasma, en el sitio que supongo es el de la boca. Ruego al doble que abra la boca, y la adelante para que la cosa que le presento se encuentre dentro, y que en seguida la cierre para tratar de darse cuenta del sabor de aquella cosa. — «Esto no es bueno, dice al punto el sujeto; es amargo». Retiro la pinza y la viruta con precaución, pongo esta última en la mano del sujeto y le digo que se la lleve á la boca para gustarla. Lo hace y declara que no nota nada. — «Esto no tiene gusto, añade».

IV. Cojo con la pinza un grano de acibar y lo presento hacia la boca del fantasma observando las mismas precauciones y haciendo las mismas recomendaciones. — «Yo conozco esto, dice el sujeto, pero esto no es bueno, es amargo». Después de haber retirado el grano de acibar, le coloco en la boca del sujeto, invitándole á chuparlo. Lo hace, y declara como anteriormente, que no nota nada.

V. Pongo algunas gotas de sulfato de quinina en una cucharita que aproximo hacia la boca del fantasma, haciendo iguales recomendaciones. — «Esto no es bueno, dice ella, es amargo».

VI. Coloco un poquito de nuez vómica con algu-

nas gotas de agua en una cucharilla, y procedo como para la última experiencia. — «Esto es malo, dice el sujeto; es amargo raspa la lengua».

VII. / Con una pinza, tomo un pedacito de naranja y le adelanto hacia la boca del fantasma, siempre haciendo las mismas recomendaciones. — «Esto es bueno, dice el sujeto; es naranja». Retiro el trozo de naranja, le pongo en la boca del sujeto y le digo nos indique lo que es. — «No lo se, dice, me acaba usted de hacer probar naranja, pero ahora no se lo que es esto».

VIII. Pongo un polvito de sal en una cucharita y la llevo á la boca del fantasma, haciendo idénticas recomendaciones. — «Esto es sal, dice el sujeto».

IX. Con la pinza, tomo un terrón de azúcar y le acerco á la boca del fantasma con las recomendaciones habituales. — «¡Oh! esto es azúcar, dice». Le retiro y le dejo sobre la mesa. Después de algunos instantes, queriendo darme cuenta de si la sugestión, á pesar de todas las apariencias, no desempeñaría algún papel en la producción de estos fenómenos, vuelvo á tomar el terrón de azúcar y le coloco en la boca del sujeto para que le masque, afirmándole que es un trozo de acibar. Le masca; yo le afirmo entonces que es exerable, y que seguramente debe encontrarle malo. — «Sí es malo, me es igual, no siento absolutamente nada, responde».

He repetido estas experiencias con cuatro ó cinco sujetos; como los resultados han sido siempre análogos, es inútil reproducirlas aquí.

VI. **El tacto.**— El tacto es el sentido que nos permite conocer las cualidades palpables de los

cuerpos, tales como configuración, temperatura, consistencia, etc. Tiene por órganos exteriores los corpúsculos del tacto, alojados en la piel y en ciertas mucosas. Muy complejo, yo no le examinaré más que en lo concerniente á algunas sensaciones generales táctiles, tales como las impresiones de temperatura; el tacto, los choques que los cuerpos reciben, los pinchazos, el pellizco.

— Se sabe que casi todos los sujetos sumergidos en el sueño magnético son insensibles; pero no se sabe donde se ha refugiado su sensibilidad. Cuando los mismos sujetos están exteriorizados, irradian en su derredor en todas direcciones, formando una atmósfera sensible que puede, como ya he dicho, extenderse a muchos metros. Si se pellizca, quema ó pincha esta atmósfera, el sujeto percibe un vivo dolor, mientras que no percibe nada absolutamente cuando se pincha, quema ó pellizca su piel. Lo mismo sucede en el desdoblamiento, con la diferencia de que la sensibilidad no irradia en derredor del sujeto, sino que está localizada en el fantasma y también en el cordón que le une al cuerpo físico.

Los contactos más ligeros, tales como el rozamiento y las presiones, como los choques, los pinchazos, los pellizcos que se pueden efectuar sobre el fantasma, son siempre percibidos, y algunas veces muy dolorosamente por el sujeto.

Esta sensibilidad del fantasma que repercute en el sujeto es también un serio inconveniente, cuando hay testigos que quieren comprobar esta particularidad. Viendo al fantasma más cerca de ellos, pueden lo primero comprobar su presencia, como ex-

pondré más adelante, por una impresión de frescura muy característica que se experimenta; y si esto no basta á su curiosidad, hunden algunas veces brutalmente la mano en el cuerpo del fantasma, agitando esta mano, pinchando ó pellizcando. El fantasma que sufre, se retira al punto, se enerva, y el sujeto, que igualmente se enerva, percibe un dolor más ó menos vivo.

El fantasma, que está siempre en movimiento, tiene necesidad de una superficie bastante extensa á la izquierda del sujeto. Si el espacio es menor de 30 á 40 centímetros, tropieza á cada instante con la superficie que le limita, y el sujeto se queja dolorosamente.

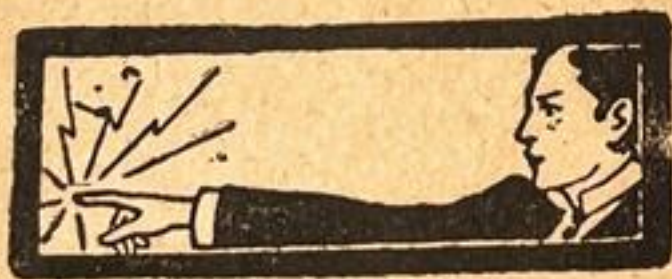
Cuando el fantasma se roza violentamente contra un cuerpo sólido, no solamente se hace daño, sino que el dolor persiste durante muchos días en el sujeto, y alguna vez hasta escoriaciones en la piel de éste, atestiguan la violencia del choque. Daría ejemplos contando observaciones en las cuales entran estos como fenómenos secundarios.

La sensibilidad del fantasma á los contactos se observa en todas las sensaciones y en todos los sujetos, sin excepción ninguna. Constituye, en cierto modo, un hecho común que no tiene necesidad de ser demostrado por observaciones precisas. Por eso me limito á referir únicamente el hecho siguiente:

Al principio de mis experiencias, en octubre de 1907, en presencia del Sr. André, experimentaba yo con Marta y Nénette. Las experiencias tenían lugar ya en la sala de reuniones de la *Sociedad*, ya, cuan-

do hacía más frío, en mi despacho, que estaba calentado.

Un día, Marta, que desde cierto tiempo no había tenido el más pequeño motivo para constiparse, estaba desdoblada en mi despacho. Envíe su fantasma á la sala fría con Nénette y el Sr. André. Bien pronto se quejó el sujeto de tener frío y tiritó penosamente. Hice volver al fantasma, pero el sujeto no reaccionó sino muy difícilmente. La desperté, pero al cabo de algunos instantes, se puso á estornudar y sintió ligeros estremecimientos, indicios de un constipado que se anuncia. En efecto, al día siguiente, Marta tosía, se quejaba de inapetencia, de romadizo y de pesantez de cabeza; estuvo realmente acatarrada.





IV

Acción del fantasma del sujeto sobre otro sujeto

I. EL FANTASMA DE UN SUJETO ACTUA SOBRE EL DE OTRO SUJETO.—II. EL FANTASMA DE UN SUJETO ACTUA SOBRE UN SUJETO NO DESDOBLADO.

El fantasma posee todas las facultades del individuo normal y también otras que no pueden desarrollarse á través de su envoltura física demasiado embarazosa. Esto es lo que se observa en el mayor número de las experiencias.

Aunque las observaciones del capítulo precedente hagan comprender muy bien que la acción de un brujo sobre un individuo lejano se ejercita sobre el

cuerpo astral de éste, y que el cuerpo físico no podía ser impresionado más que por repercusión, creo que debo presentar aquí observaciones hechas sobre el fantasma, y otras sobre el individuo normal.

I. Acción del fantasma de un sujeto sobre el de otro sujeto.—

Estas dos primeras series de experiencias han sido hechas al principio de mis investigaciones con el Sr. André. Para mayor claridad y precisión, creo necesario inspirarme ampliamente en el acta que redacto después de cada sesión de alguna importancia.

I. 22 de octubre de 1907, á las cinco de la tarde, declinando la luz del día. Experimentadores: los señores André y Duville, Sujetos: Srtas. Marta y Nénette. Las experiencias tienen lugar en mi despacho y en la sala de reuniones de la *Sociedad magnética de Francia*.

En mi despacho, el Sr. André desdobla á Nénette y yo desdoblo á Marta. Después de haber hecho algunas experiencias sobre la percepción de las ondas sonoras por los dos fantasmas alejados de sus cuerpos físicos, intentamos darnos cuenta de si el fantasma de un sujeto puede obrar sobre el fantasma de otro sujeto. Para ello, el Sr. André pasa con Nénette á la sala de reuniones de la Sociedad y yo permanezco en mi despacho con Marta, igualmente desdoblada. El fantasma de cada sujeto está sentado á la izquierda de éstos. Las puertas están cerradas, el Sr. André va á comenzar la experiencia, y yo ignoro completamente lo que quiere obtener.

1.º El Sr. André ordena á Nénette que mande á

su fantasma que vaya á donde está el de Marta, y que le *pise los pies*. Casi en el mismo instante, Marta retira vivamente las piernas y se queja de que acaban de *pasar por encima de sus pies*. 2.^o El señor André ordena á Nénette que envíe á su fantasma á dar *un vigoroso puñetazo en la cabeza del fantasma de Marta*. Esta se lleva las dos manos al pecho y se queja de un *vivo dolor que acaba de sentir en él*. Preguntada sobre la causa de este dolor, me dice que es como si alguno hubiera caído sobre su pecho. Le hago observar que en la posición sentada en que se encuentra así como su fantasma, ninguna persona puede caer sobre su pecho. Me responde que ella no lo sabe, pero lo que sí sabe es que ha sentido un choque violento. 3.^o El Sr. André ordena á Nénette que envíe su fantasma á *tirar enérgicamente de la pierna izquierda del fantasma de Marta*. Esta acusa una *tensión muy fuerte de la pierna izquierda* que le produce un vivo dolor.

Se ve que Marta siente muy claramente la acción que el fantasma de Nénette ejecuta sobre el suyo, salvo para la segunda experiencia, en la que sintió el golpe sobre el pecho, en lugar de sentirlo en la cabeza, como se había dicho en la orden dada.

Queremos darnos cuenta de si Nénette sentirá la acción del fantasma de Marta sobre el suyo. El señor André se queda con ella en la sala de la *Sociedad*, y yo en mi despacho con Marta. Los dos sujetos están todavía desdoblados. El señor André y Nénette no saben nada de lo que voy á mandar á Marta. Las puertas están cerradas.

1. — Digo á Marta: Hace algunos instantes, usted

ha sentido un daño, ha sido esa pícara de Nénette que ha venido aquí para eso; su fantasma ha saltado sobre sus pies de usted, le ha dado un puñetazo y le ha tirado de la pierna. Es preciso que usted le haga también daño; ¿quiere usted, no es eso? Con su respuesta afirmativa, añadió: Va usted á enviar su fantasma hacia el de Nénette y á *tirarle fuertemente del cabello*. Nénette declara que no ha sentido nada. 2.—Digo á Marta: vuestro fantasma va á ir á *tirar fuertemente de una pierna del fantasma de Nénette*. Esta ha sentido *un tirón en todo el cuerpo*. 3.—Digo á Marta: no lo hace usted con bastante energía; Nénette no siente casi nada. Tiene los brazos desnudos, que vuestro fantasma reuna toda su energía y le *arañe el brazo derecho*. Nénette se queja de que le acaban de *arañar el brazo derecho*.

Marta está fatigada; despertamos á los sujetos. Nos aguarda una sorpresa. Aun antes de estar completamente despierta. Marta se queja de tener dolor en la pierna izquierda, *como si se la hubieran estirado muy fuerte*,—dice— y Nénette grita que tiene el brazo derecho arañado, que le duele mucho y que tiene la sensación de que le sale sangre. Al mismo tiempo se frota el brazo con la mano izquierda. Los dos sujetos están enteramente despiertos. Marta está todavía sentada. Se queja de tener mucho dolor en la pierna izquierda, *como si alguien le hubiese tirado de ella*. La cojo de las manos para hacerla levantar; se levanta, pero no pudiéndose sostener de pie, vue ve á caer en la butaca. Nénette se aprieta el brazo derecho, y su cara expresa dolor: Mi brazo sangra, ciertamente,—dice—alguien me ha araña-

do. Levanto la manga de su vestido; el brazo está rojo, pero no concedemos importancia á esta rubicundez, que puede ser debida á que el sujeto se lo ha restregado; de todos modos, no observamos ningún rastro de arañazo.

Volvemos á dormir los sujetos para que descansen y también para hacerles desaparecer sus impresiones. Despiertas, están en buenas condiciones físicas y morales, y no sienten la menor fatiga.

En la sesión siguiente, Nénette nos dice que al día siguiente de la última sesión, su brazo derecho le hacía daño y presentaba líneas rojo amarillentas longitudinales, como si unas uñas le hubiesen *arañado* enérgicamente. Estas equimosis, que hemos considerado como debían serlo, estaban casi borradas. Por consiguiente, nos es imposible afirmar la realidad.

Hemos querido comprobar otra vez con los mismos sujetos esta primera serie de experiencias, pero aquellos estaban mal dispuestos, y estando la atmósfera húmeda, los resultados que hubiéramos obtenido hubieran sido casi los mismos, pero algo menos netos.

II. El fantasma de un sujeto actúa sobre un sujeto no desdoblado.—20 de febrero de 1908, á las nueve de la noche, en una sesión de estudios de la Sociedad, ante una quincena de miembros. Sujetos: las señoras Vix y Lambert, en las dos habitaciones de las precedentes experiencias; estamos débilmente iluminados.

En la sala de la Sociedad, cerca de una mesa si-

tuada entre las dos ventanas, el señor Bonnet pone á la señora Lambert en estado de sonambulismo solamente, y yo, en el fondo de mi despacho, desdoblo á la señora Vix. Dos testigos están situados hacia la ventana del pasillo que separa ambas piezas, para ver casi al mismo tiempo al señor Bonnet y la señora Lambert por un lado, y á la señora Vix y á mi por otro.

Me propongo enviar el fantasma de mi sujeto á la señora Lambert para que ésta pueda sentir su presencia. Deberá primero aproximarse á ella y permanecer allí algunos instantes, después, para que no tenga ninguna duda sobre su presencia, la deberá sacudir vigorosamente por los hombros.

La señora Vix me responde que esta acción haría daño á la señora Lambert, y que no quiere hacer daño á nadie. — «El fantasma hará exactamente todo lo que usted quiera, — añade—pero yo no quiero. Solamente apoyará sus manos sobre los hombros de la señora Lambert.»

Parte el fantasma. En el mismo instante, la señora Lambert, que no sabía lo que debió suceder, dice que siente muy distintamente la llegada del fantasma; después grita: — «¡Oh, pero me golpea en los hombros!» Al mismo tiempo hace movimientos con la cabeza y con la parte superior del cuerpo, como si hubiera querido desembarazarse de un peso que le incomodase.

Ruego al fantasma del sujeto que se haga sentir más enérgicamente á la señora Lambert, que lo desea vivamente. Yo quiero que le tire de los cabellos, afirmando que esta acción no le hará ningún daño

duradero. El sujeto rehusa categóricamente, diciendo, que sabiendo ella cuán grande es la sensibilidad del sujeto dormido, se contentará con colocar su mano derecha en la nuca, haciendo un movimiento de los dedos para hacerle cosquillas. Al cabo de unos minutos, dice: «Voy allá.» En el mismo instante, la señora Lambert hace un movimiento significativo de la cabeza y de lo alto del cuerpo, se lleva inmediatamente sus dos manos á la nuca, diciendo que le hacen cosquillas.

Quiero hacer otros ensayos, pero la señora Vix rehusa obstinadamente, repitiendo todavía que no quiere hacer ningún daño al otro sujeto.

Ruego al señor Bonnet que despierte á la señora Lambert, y dejo á la señora Vix descansar algunos instantes.

Me propongo ahora darme cuenta de si la señora Lambert despierta sentiría la acción del fantasma del otro sujeto. La señora Lambert viene á decir por sí misma á la señora Vix que ella quisiera sentir su acción estando despierta y en el fondo de la otra habitación; después vuelve á sentarse hacia la ventana más lejana. El señor Bonnet la acompaña y habla con ella.

Quiero que el fantasma de la señora Vix apoye sus manos sobre los hombros de la señora Lambert y que la sacuda lo más rudamente posible.

El señor Bonnet y la señora Lambert notan la aproximación del fantasma que toca á ésta, pero que no experimenta otra acción.

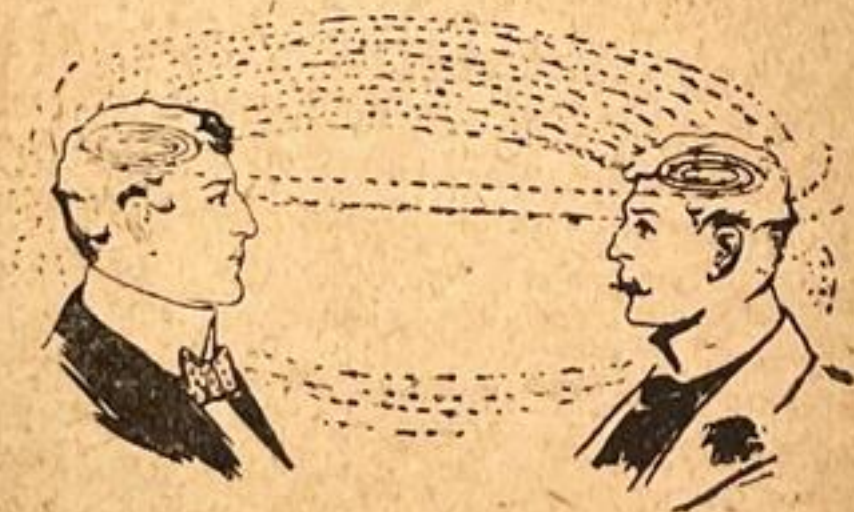
Vuelve el fantasma cerca del sujeto. Yo le ruego que vuelva otra vez á la señora Lambert y que le

tire enérgicamente de la pierna derecha. El señor Bonnet y la señora Lambert sienten su llegada, y ésta dice que le tocan la pierna derecha.

Despierto al sujeto que está en buenas disposiciones físicas y morales.

Resulta de esta última serie de experiencias que el fantasma puede hacerse sentir sobre personas despiertas, pero en grado menor que sobre el fantasma de un sujeto desdoblado.

Más lejos veremos que, en ciertos casos, el fantasma puede actuar sobre personas enteramente despiertas y perfectamente conscientes.





V

Se comprueba la presencia del fantasma en el
sitio que ocupa

I. SENSIBILIDAD DEL FANTASMA.—II. SU ACCIÓN SOBRE
LOS TESTIGOS. —III. SU ACCIÓN SOBRE LAS PANTALLAS
DE SULFURO DE CALCIO.

Las personas sensitivas ven el fantasma tanto mejor cuanto más grande y más ejercitada sea su sensibilidad. Los sensitivos muy buenos le ven perfectamente bien, distinguen sus rasgos, sus movimientos, sus esfuerzos y hasta las modificaciones de la expresión de su cara. Brilla con una luz muy viva, que ilumina casi toda la habitación, con sus notables colores, azul á la deecha, amarillo-ana-

ranjado á la izquierda. Los sensitivos ordinarios le ven bajo una forma humana imperfecta; es luminoso, pero los matices coloreados á penas son apreciables. Los sensitivos débiles no distinguen más que una forma vaga, blanquecina ó grisácea. Muchos de los testigos no sensitivos, ven frecuentemente resplandores que aparecen y desaparecen y rayos luminosos que, dicen los sensitivos, son lanzados por el fantasma. Pero hay algunos que no ven absolutamente nada y que dudarían siempre de la presencia del fantasma en el sitio que ocupa realmente sino tuviesen á su disposición ciertos medios de comprobación. Estos medios son muy numerosos; resumiré algunos bajo los tres títulos siguientes:

I. **Sensibilidad del fantasma.**—Se ha visto en el capítulo II que el fantasma es extremadamente sensible y que el menor contacto repercute en el sujeto, algunas veces, hasta muy dolorosamente. Esta sensibilidad permite siempre darse cuenta de si el fantasma está en el sitio que debe ocupar. Para ello, con luz suficiente, supongamos que, bien condensado, está sentado en la butaca preparada para él á la izquierda del sujeto.

Si se avanza muy cerca de la butaca, se rozan sus piernas, se le pisan los pies, se provoca un dolor más ó menos vivo, y este dolor repercute en el sujeto que retira sus pies, se agita y se queja. Adelantando la mano hacia lo alto del cuerpo, se le impresiona de una manera análoga. Acercando con precaución la mano todo alrededor del fantasma, se puede limitar el lugar que ocupa. Si se está á oscuras, no hay más que tener cogidas las manos del su-

jeto y se percibirán las sacudidas que experimenta cada vez que se toca al fantasma. Procediendo de una manera análoga se puede siempre comprobar si el fantasma se encuentra realmente en el sitio á donde se le ha enviado.

Sucede muchas veces que el fantasma se aleja mucho. Si es imposible saber el sitio á que se ha dirigido, se puede siempre conocer la dirección de ese sitio, por la sensibilidad del cordón que le une al sujeto. Así es que colocándose cerca de éste, levantando y bajando suavemente el brazo extendido, se tocará el cordón en un punto cualquiera del espacio, y la sensación desagradable de este contacto se hará sentir en el sujeto. La dirección del cordón con relación á su punto de partida en éste, indica la dirección en que se encuentra el fantasma.

II. Su acción sobre los testigos.—Cuando los testigos se aproximan al fantasma ó éste se aproxima á ellos, lo menos nueve veces de cada diez, se dan perfectamente cuenta de su presencia por una impresión de frescura que les invade y que desaparece al punto cuando se ha alejado. Algunos perciben distintamente una especie de soplo que no carece de analogía con el que se percibe ante una máquina electro estática en movimiento. Cuando el fantasma ha permanecido seis á ocho minutos ante muchos testigos colocados en un rincón de mi despacho, les parece á éstos que aquella parte de la habitación se enfria notablemente. Existen algunas raras personas que notan esta sensación de fresco, pero que experimentan otras impresiones. Así, cuando se les aproxima el fantasma, y sobre

todo si permanece allí durante cuarenta á cincuenta segundos, el Sr. Dubois nota sudor en las manos, y sobre todo en la extremidad de los dedos. Si el contacto se prolonga más tiempo, este sudor alcanza la parte superior del cuerpo. Otros sufren un ligero temblor, una especie de escalofrío que sorprende, sin ser desagradable.

Si se acercan al fantasma sin tocarle, y después se sumerge en él la mano, ésta es afectada rápidamente por la impresión de fresco ó de sudor. Cuando, en la obscuridad, se mira la mano que ha estado algunos instantes en el fantasma, parece frecuentemente, ligeramente luminosa, sobre todo en la extremidad de los dedos.

Tropiézase aquí con la sensibilidad del fantasma que hace las experiencias delicadas y muchas veces muy difíciles. Se encuentran testigos que no estando jamás suficientemente convencidos de la realidad de su presencia, todavía piden que se envíe al fantasma cerca de ellos; y allí, pinchan, pellizcan ó hien den el fantasma con la mano. El sujeto brama de dolor, el fantasma se retira y ya no quiere arriesgar-se á accidentes de ese género.

Los testigos que poseen cierto grado de sensibilidad sienten más ó menos distintamente los contactos del fantasma, sobre todo si ejerce cierta presión. Solo citaré los ejemplos siguientes:

1.º 6 de noviembre de 1905, las cinco de la tarde, en la obscuridad, en presencia de las señoras Stahl y Fournier, de los Sres. Dubois y Bonnet. Este último situado muy próximo á mi escritorio, al lado de la señora Stahl.

En un momento dado, mentalmente, quiero enviar el fantasma de Edmée y hacer sentir su presencia solamente á las dos damas. Estas declaran sucesivamente que le perciben distintamente por la impresión de frescura habitual. Algunos instantes después de haberse separado de esta última, el señor Bonnet se queja de que le incomoda un fuerte calor en la cabeza, calor que no está habituado á experimentar. — «Estoy, dice, abrumado bajo un peso que gravita sobre mí; la sangre se me sube á la cabeza y me ahoga». En el mismo instante dice el sujeto que el fantasma se ha subido á mi escritorio, detrás del Sr. Bonnet, que se ha colgado de la cabeza de éste y que la aprieta como en un tornillo. Ruego al fantasma que vuelva á su sitio é iluminamos la habitación. El Sr. Bonnet tiene la faz muy congestionada, su cabeza está caliente, sus manos húmedas y su expresión indica que acaba de pasar una profunda angustia. — «Es asombroso, añade. Algunos instantes antes de sentir la presión del fantasma en mi cabeza, pensaba yo que el sujeto trataba de engañarnos».

No comento este resultado inesperado, y dejo al lector entregado á sus propias reflexiones.

2.º 12 de enero de 1909, á las nueve de la noche, estando á obscuras, desdoblo á Juana en presencia de mi hijo Gastón, sin tener un programa bien definido. Entra el Sr. Falque. Se le alumbrá con una lámpara eléctrica de bolsillo; se coloca cerca de Gastón.

Después de haber obtenido algunos fenómenos, ruego al Sr. Falque que se levante, y envío al fan-

tasma hacia él con orden de colocar su mano derecha sobre la frente de éste, y apoyarla enérgicamente. Va allá. El testigo le ve avanzar hacia él, levantar el brazo derecho y colocar pesadamente la mano que nota muy fría sobre su frente. Pero, lo más interesante, es que ve detalles que nada podía hacer suponer. —«La mano es muy luminosa, dice, veo también que los dedos llevan tres sortijas, una en el meñique, otra en el anular y la tercera en el índice. El engarce de la segunda es grueso y largo».

Damos luz, y miramos la mano derecha del sujeto. La afirmación del Sr. Falque era exacta. Yo no había notado las sortijas en los dedos del sujeto al dormirle, lo que excluye toda sugestión mental; y el vidente ignoraba completamente su presencia, desde el momento que había entrado á obscuras, sin haber ni distinguido al sujeto.

Más adelante veremos que el fantasma puede todavía actuar de otras maneras sobre los testigos.

III. Su acción sobre las pantallas de sulfuro de calcio —El fantasma de ciertos sujetos despide rayos N. en gran abundancia, que iluminan las pantallas fosforescentes de un modo muy notable.

Para los que no están familiarizados con los últimos descubrimientos realizados en la física, voy á dar algunas indicaciones relativas á esos nuevos rayos, que todavía no son admitidos por algunos retardatarios que no han podido verlos.

A principios de 1903, el señor Blondlot, profesor de física en la Universidad de Nancy, estudiando los rayos X, que no se refractan, observó rayos que se

refractaban. Al punto observó que estos rayos son independientes de los rayos X, y que presentan como característica principal el aumento del brillo de una llamita.

Estos rayos se encuentran en abundancia en la luz del sol, que es el manantial principal de ellos. Se les encuentra todavía, pero secundariamente, en la luz de un mechero de gas Aüer cuando el manguito es nuevo; en el cuerpo humano, como Charpentier, otro profesor de Nancy, ha demostrado, y en ciertos agentes de la naturaleza, como otros observadores han comprobado. Los profesores de Nancy han dado á estos nuevos rayos, que aumentan el brillo de una llamita el nombre de rayos N, por haber sido descubiertos en Nancy.

La práctica ha demostrado que se podía reemplazar ventajosamente la llamita por una pantalla de papel negro, sobre la cual se hayan depositado previamente, de trozo en trozo, pequeñas superficies de sulfuro de calcio, á condición de que la pantalla esté expuesta durante algunos instantes á la luz solar. Soleada así la pantalla se conserva en la obscuridad en un sitio seco, y cuando se quiere utilizar se coloca en la obscuridad completa ó al menos en una obscuridad relativa, y la pantalla se hace luminosa en cuanto se le acerca un manantial secundario de rayos N.

Así, por ejemplo, en la obscuridad la pantalla soleada desde cinco ó seis días es completamente oscura. En cuanto se acercan á ella las puntas de los dedos á algunos milímetros, se ven las manchas aparecer más ó menos netamente.

Con estas pantallas he hecho yo la mayor parte de mis experiencias con los fantasmas, y el fenómeno siguiente me ha impresionado vivamente desde el principio, así como á todos los que le han visto. Como ya he dicho muchas veces, se observa que el cuerpo del sujeto no sirve de asiento á ninguna actividad; en todos los casos, la propiedad que poseía en su estado normal, de iluminar ligeramente las pantallas, ha desaparecido completamente, y en cambio, el fantasma que está separado de él posee esta propiedad en un grado extraordinariamente elevado. Véanse unos ejemplos

1.—17 de diciembre de 1907, á las nueve de la noche, á obscuras, en presencia del señor François y del señor Sygogne, profesor de la Universidad de Bruselas.

Desdoble á la señora François y coloco á mano tres pantallitas sacadas de la obra «*Rayos N*», por Blondlot, soleadas desde hace cuatro ó cinco días y conservadas en lo obscuridad.

Después de haber hecho algunas experiencias relativas á la percepción del sonido y de los olores por el fantasma, tomo dos de las pantallas en cuestión y las presento á los testigos que comprueban que son completamente obscuras; coloco una sobre las rodillas del sujeto y la otra en el fantasma que está sentado en la butaca preparada para él á la izquierda del sujeto.

La pantalla colocada en el fantasma se ilumina rápidamente, y la que está sobre el sujeto permanece completamente obscura. Al cabo de algunos minutos recojo las dos y las presento á los testigos que

están asombrados por este fenómeno. Tomo después la última pantalla que ha permanecido oscura sobre el sujeto y la coloco en el fantasma. Se ilumina inmediatamente como la primera. La presento de nuevo á los testigos, que la ven suficientemente iluminada para poder contar muy fácilmente todas las manchas de sulfuro de calcio á un metro de distancia.

Tomo después la tercera pantalla que todavía no ha servido, y la coloco sobre el abdomen del sujeto durante dos ó tres minutos, sin que quede el más pequeño indicio de iluminación. La coloco después sobre el fantasma y se ilumina intensamente. Los testigos comprueban que alumbra bastante para permitirles á uno y otro ver la hora que marcan sus relojes.

2.—11 de noviembre de 1907, á las cinco de la tarde, en la oscuridad. Testigos: señoras Stahl y Fournier; señores, el Dr. Pau de Saint-Martin, Gros y Ed. Dubois.

Desdoble á Edmée y tomo dos pantallas de la precedente experiencia, previamente soleadas, pero completamente oscuras. Entrego una al Dr. Pau de Saint-Martin, diciéndole que dentro de un momento le enviaré al fantasma y que haga el favor de presentarle la pantalla, para que nosotros podamos darnos cuenta de si tiene lugar la iluminación. Coloco la otra sobre las rodillas del sujeto durante dos ó tres minutos, pero no se ilumina. Después la pongo verticalmente sobre el respaldo de la butaca en que está sentado el fantasma. A los treinta ó cuarenta segundos, se ilumina en tal grado, que todos los

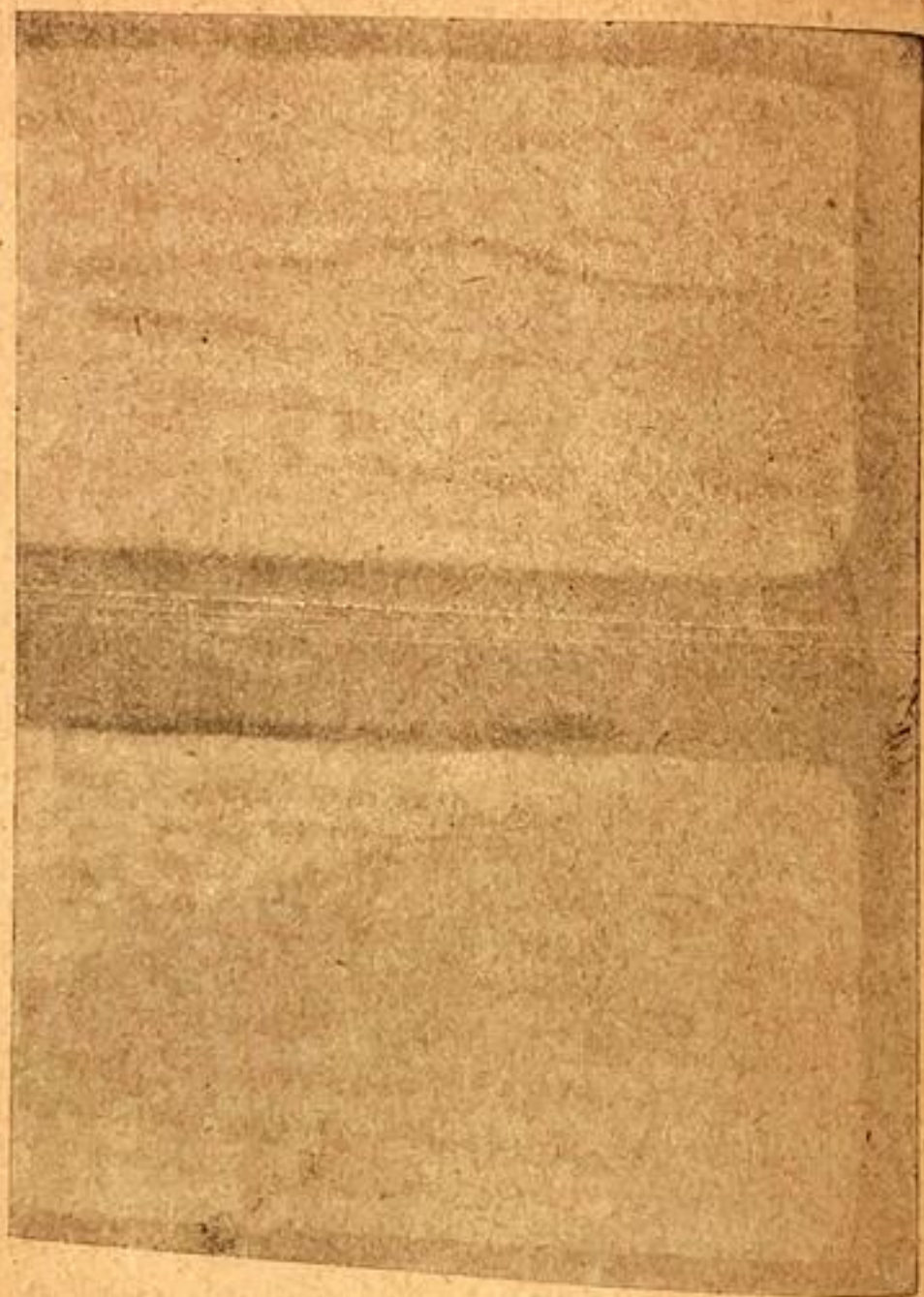


Figura 29.—**Dos pantallas igualmente soleadas.**—La más luminosa ha estado sometida
á la acción del fantasma

testigos que están á 3,50 metros lo menos, ven distintamente las líneas horizontales y verticales de las manchitas fosforescentes. Uno de ellos se acerca un metro más, y allí puede contar todas las manchas luminosas.

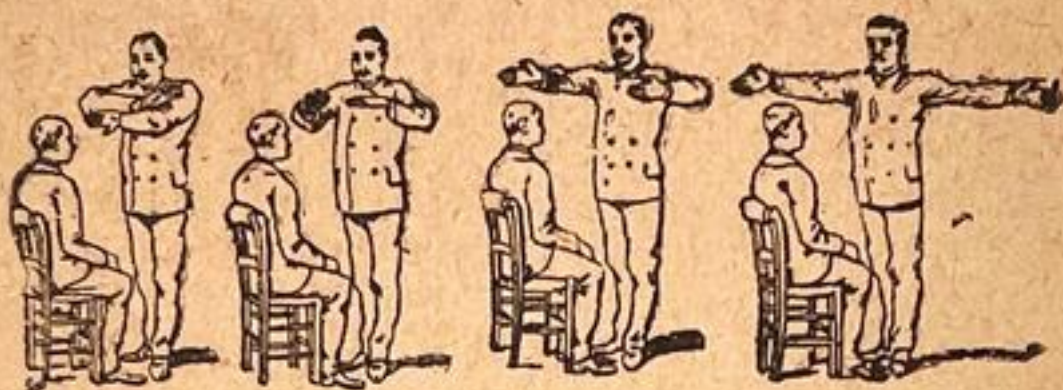
Comprobado esto, envío el fantasma al doctor que le presenta la pantalla que tenía en la mano. Esta se ilumina, pero con poca intensidad.

Más adelante veremos otros ejemplos en que esta acción del fantasma sobre las pantallas fosforescentes es considerado como fenómeno secundario.

La luz almacenada en las pantallas fosforescentes impresiona muy vivamente las placas sensibles, aun cuando parezca completamente extinta.

He querido darme cuenta de si las pantallas iluminadas por el fantasma impresionaban las placas más que las que no habían estado sometidas á esta acción. Para ello, he tomado dos pantallas al sulfuro de calcio del mismo tamaño muy aproximadamente, igualmente soleadas, y después de dos días y medio en la obscuridad, estaban casi igualmente oscuras ambas. Coloqué uná de ellas en el fantasma durante algunos minutos, y se hizo muy luminosa. Coloqué después una placa sensible en un libro abierto; de lado preparado puse la pantalla oscura y la pantalla iluminada por el fantasma, después cerré el libro. A los diez ó doce minutos, revelé la placa que me dió la huella representada por la figura 29.

Aunque la diferencia de impresión sobre la placa no sea tan grande como yo esperaba, se observa, sin embargo, que la que fué iluminada por el fantasma ha sido sensiblemente más luminosa que la otra.



VI

El fantasma del vivo puede comunicarse á distancia

I. El Sr. Rousseau, comisionista comercial, habitante en Versalles, poseía desde luengos años la propiedad de desdoblarse y poder, según decía, enviar su fantasma lejos, donde adquiriría muchas veces conocimiento de ciertos acontecimientos. (Véase sobre este asunto, en la primera parte, *Manifestaciones del Fantasma entre las gentes de mundo*.) Vino á verme y me explicó su caso, que ya me había expuesto, y asistió á una de mis experiencias, en la que, sea dicho de pasada, no obtuve ningún

fenómeno. Fué esto debido á que el Sr. Rousseau pertenece á la categoría de los fuertes, de los voluntarios que *irradian* poderosamente; y que, inconscientemente, á pesar de sus buenas intenciones, impiden en toda la extensión de su campo de irradiación, la formación completa del fantasma de los sujetos desdoblados, le repelen, le *aplastan* y paralizan su acción, de tal suerte, que le es imposible producir los fenómenos que habitualmente realizan.

Sin que se enterasen los sujetos que utilizo en mis experiencias, el Sr. Rousseau convino conmigo que el martes 3 de marzo de 1908, se acostaría (en su casa de Versailles) hacia las nueve y media de la noche, y que á las diez en punto, enviaría su fantasma á mi sesión. Se mostraría y trataría de ver lo que sucedía. Para esto, debía estar preparada para él una butaca cerca de la ventana de mi despacho, al lado del escritorio. Una pantalla fosforescente, acusando la presencia de los rayos N, se colocaría sobre el respaldo de la butaca y el fantasma haría cuanto le fuera posible por iluminarla. Después de diez ó doce minutos se levantaría, se dirigiría á la puerta, nos miraría, nos enviaría un saludo y se retiraría atravesando la puerta cerrada.

El martes 3 de marzo de 1908, á las nueve de la noche, todo estaba dispuesto como acabo de decir, para la recepción del fantasma. Dos sujetos de experiencias, la señora Lambert y Leontina están ya allí, así como los Sres. Dubois, doctor Pau de Saint-Martin y Haudricourt que asisten á la sesión como testigos. Los dos últimos están informados de lo que

debe suceder; pero el Sr. Dubois y los sujetos, ya lo he dicho, no saben absolutamente nada. Estamos á oscuras, y la balanza está dispuesta sobre la mesa, como para comprobar la ponderabilidad del fantasma. Para comprobar la extensión del campo de acción del fantasma esperado, se ha fijado con un alfiler al respaldo de la butaca, una pantalla fosforescente previamente soleada; otras pantallas, igualmente soleadas, están colocadas, una sobre la chimenea, á un metro de la butaca, otra en uno de los estantes de mi biblioteca, á unos dos metros; y finalmente, otras dos en el mismo estante á tres y cuatro metros próximamente.

Desdoblo á la señora Lambert; el Sr. Dubois intenta desdoblar á Leontina. El fantasma de esta última debe permanecer como testigo de los fenómenos que voy á tratar de obtener con el fantasma de la señora Lambert. Esta está situada en el fondo de mi despacho, y Leontina se encuentra cerca de la chimenea, en el lado opuesto á la mesa.

Ruego al fantasma de la señora Lambert que se dirija hacia la mesa y anuncie su presencia por golpes, que después se suba á la balanza para poner en actividad el timbre eléctrico; y, para evitar toda sugestión mental, fijó enérgicamente mi pensamiento en estos fenómenos que quisiera obtener esperando la aparición del fantasma del Sr. Rousseau.

La señora Lambert no está á su gusto. Su fantasma va hacia la mesa bajo la influencia de mi voluntad; pero allí, distraído, no hace esfuerzo ninguno, vuelve hacia el sujeto, y no se produce ningún fenómeno.

Leontina á penas se desdobla; está enervada, inquieta, no quiere ver nada de lo que sucede. Está á disgusto, sufriendo, dice, una influencia extraña, desagradable, que no se relaciona con ninguno de los asistentes.

Desde las nueve y media, la señora Lambert se inquieta igualmente y se pone más nerviosa. Está muy asombrada de ver hacia la ventana, cerca de mi escritorio, precisamente en el sitio ocupado por la butaca, una columna vaporosa, ligeramente luminosa, que flota como si estuviera agitada por un viento ligero. Todavía no ha observado un fenómeno semejante. Trato de apartar de esta visión la atención del fantasma é insisto enérgicamente para que vuelva á la mesa y manifieste su presencia. Vuelve allá, pero su distracción y su inquietud son tales, que no permanece allí y viene á refugiarse detrás del sujeto, como para ocultarse.

A las nueve y cincuenta y cinco, la señora Lambert, asustada, se precipita sobre mí gritando: «Pero si es un fantasma lo que está allí; es el fantasma de un hombre». Trato de consolarla diciéndole que la visita de aquel fantasma era esperada, que ella le conoce ya y que no tiene por qué tener miedo, porque no está animado de malas intenciones. Un poco tranquila, consiente en observarle: «Está tranquilamente sentado en la butaca, dice; nos mira». Al cabo de un tiempo que puedo evaluar en ocho ó diez minutos: «¡Oh!, dice, se levanta, anda, viene aquí». Al mismo tiempo, se levanta muy enervada y dice que es atraída violentamente hacia él. Para impedirle avanzar, me veo obligado á cogerla entre mis

brazos y apuntárame contra ella dándole severamente la orden de permanecer allí. Después de un instante, que me ha parecido muy largo: «El fantasma se retira, dice» Consiente en sentarse, y después de dos ó tres minutos, exhalando un largo suspiro de consuelo, grita: «¡Ah! por fin se va, está hacia la puerta, nos mira... Se ha marchado; prefiero esto».

Durante este tiempo, agitada y temblorosa, Leonina apenas estaba dominada por el Sr. Dubois, que, desconcertado el mismo con lo que sucedía, no cesaba de preguntarle cual era la causa de aquel espanto inexplicado. No pudo obtener de ella más respuesta que ésta: «Es un fantasma, yo no quiero verle.»

Hacemos cuanto nos es posible por calmar á los sujetos y no lo conseguimos sino con gran trabajo. Después de algunos minutos compruebo las pantallas. La de la butaca en que se ha sentado el fantasma, está muy bien iluminada; puedo distinguirla á un metro lo menos. La recojo y la entrego á los testigos. La de la chimenea también lo está, pero en menor grado; apenas si puedo distinguirla á una distancia de 30 centímetros. La que está sobre un estante de la biblioteca, á unos dos metros de la butaca, todavía lo está un poco; pero necesito saber donde está para poner directamente la mano sobre ella. Las otras dos no están iluminadas en modo alguno. Presento todas á los testigos que no distinguen las dos últimas, pero que reconocen muy bien la diferencia de luminosidad que las otras presentan entre sí.

Alumbramos la habitación y despertamos á los sujetos lo más lentamente posible para permitirles re-

recobrar sus fuerzas exteriorizadas. Las volvemos á dormir para despertarlas todavía. En fin, á las once y media, es decir una hora y veinte minutos después de la partida del fantasma del señor Rosseau, los sujetos, encalmados y reconfortados por una colación pueden retirarse, en bastante buenas condiciones físicas y morales.

Hay que notar que el fantasma del Señor Rousseau no ha observado en la sesión todas las condiciones establecidas con antelación, puesto que no debía adelantarse hacia el sujeto.

Aquella misma noche, en presencia de los testigos, escribí algunas palabras al Señor Rousseau, rogándole me quisiera dar sus impresiones. Le decía que los sujetos creían haberle visto, sin darle ningún detalle de esta visión. Me respondió lo siguiente:

Versalles, 5 de marzo 1907.

Mi querido señor: Me apresuro á responder á vuestra carta. Diré á usted, que nada he sentido ni nada he visto. He obrado como habitualmente, queriendo que mi doble fuese á encontraros, que se colocase en la butaca que me habíais indicado y que hiciese lo posible por iluminar la pantalla. Me parece que mi doble ha partido en aquel momento, pero yo no le he visto. Después de un momento, le he mandado que fuese hacia el sujeto en el fondo de la habitación; y, si era preciso, se mezclase con su doble, si había necesidad.

Me he encontrado bien durante un cuarto de hora próximamente: y, de repente, sin notar la menor laxitud, he sentido en mí como si se parase un meca-

nismo. He supuesto que mi doble había entrado en aquel momento allí.... Recibid, etc....

Hay que hacer importantes observaciones respecto á esta aparición.

Primero los sujetos puestos en sonambulismo y preguntados independientemente el uno del otro, después de haber traído á la memoria el recuerdo del desdoblamiento, han declarado igualmente haber tenido, al principio de la sesión, el presentimiento de que iba á pasar algo anormal. Después han visto la columna vaporosa flotar durante un tiempo cuya duración, ni uno ni otro han podido apreciar; más tarde súbitamente en su plaza y lugar, han visto, hasta en sus menores detalles, aparecer el fantasma, como si hubiese pasado á través de la ventana, sin encontrar el menor obstáculo. Le han visto de pie delante de la butaca preparada para él, luego le han visto sentarse muy tranquilamente y mirarnos. Después le han visto los dos avanzar hacia el fondo del despacho, dirigiéndose á la señora Lambert, pero fué detenido por *voluntades* que se oponían. Yendo allá, ha pasado cerca de Leontina y ha rozado su traje. Este rozamiento la ha impresionado bastante para que inmediatamente cayese en contracción. En fin, los dos sujetos han visto de igual manera al fantasma retirarse hacia la puerta, mirarnos todavía y desaparecer instantáneamente. La señora Lambert, que había visto al señor Rousseau en una sesión precedente, ha reconocido perfectamente su fantasma. Leontina no le había visto jamás.

—¿De que naturaleza puede ser esa columna flotante que ha precedido á la aparición del fantasma?

Si apelamos á la teoria de los teósofos, se encuentra una explicación hipotética, pero racional de este fenómeno, que consistiría en esto: Antes de enviar su fantasma, el Señor Rousseau ha pensado segura y formalmente en ponerse en las condiciones requeridas para el éxito de la experiencia; y este pensamiento considerado como fuerza mental revestido de materia astral, sería quien hubiera tomado, no su semejanza, por que esta materia no estaba suficientemente condensada, si no una forma grosera que, condensándose en el momento de la aparición, habría contribuido á la formación de su fantasma.

—Puesto que los dos sujetos han visto frecuentemente su fantasma, deberían estar habituados á soportar sin emoción la vista de otro fantasma.

Hay que observar aquí que siempre ha sentido miedo la señora Lambert cuando, espontáneamente desdoblada, veía flotar su fantasma por encima de su cuerpo físico. Sin que esta emoción sea tan intensa en Leontina, siempre le ha producido temor la vista del suyo.

Si los sujetos tienen habitualmente miedo de su propio fantasma, no es de extrañar que hayan tenido aun más miedo á la vista del de un extraño, sobre todo cuando este se les presenta en condiciones tan inesperadas.

II. En mi sesión del jueves 5 de marzo siguiente pregunté á Leontina en estado de sonambulismo si le sería posible, estando dormida naturalmente en su lecho, enviarnos su fantasma. Me respondió que ella no sabía nada de esto, pero que le parecía posible. Le pregunté entonces si le sería posible acostarse el

próximo martes á las 9 y tres cuartos é intentar la experiencia. Me respondió que no veía inconveniente; además, que tomaría sus disposiciones para ello. Estando seguro de no distraerla de su trabajo, le sugerí lo que sigue: *El próximo martes tendrá usted la idea de acostarse á las nueve y tres cuartos. Se dormirá usted inmediatamente; y á las diez en punto, nos enviará usted su fantasma. Después de esta visita, que no hay necesidad de que sea larga, el fantasma entrará en usted, continuaréis durmiendo pacíficamente, y os despertaréis luego como hacéis habitualmente.* Aceptada esta sugestión con muy buen agrado por el sujeto, la desperté: no conservó recuerdo ninguno y no hablamos más.

El martes, 10 de marzo, la señora Lambert está allí desdoblada para una pesada en la balanza. La señorita Teresa está también en calidad de testigo, así como los señores Dubois y Haudricourt. Estamos á oscuras. Experimentamos. Cuando son cerca de las diez, suplico al fantasma vuelva cerca del sujeto para descansar. Este había mostrado ya síntomas de inquietud, dirigiendo su atención hacia la ventana, á través de la cual el fantasma visitador debía verosímilmente pasar. Al cabo de algunos instantes, el sujeto dió un grito; fué atraída violentamente hacia adelante, y á pesar mío, se arrojó al suelo exclamando: — ¡Oh, un fantasma; no quiero verle! » Le digo que es una visita esperada, y que necesito esencialmente que ella le reconozca. Repito este deseo muchas veces; pero el sujeto, que se cubre la faz con sus manos, repite siempre que no quiere verle. Después de dos ó tres minutos: — « ¡Ah,—dice—está

de pie hacia la puerta, nos mira, se va!» Ayudo al sujeto á levantarse, le hago sentarse y le pregunto todavía quién es aquel fantasma que ella debe conocer: — «Me ha dado miedo,—responde—no quiero conocerle; además, no me habléis más.» El sujeto está enervado, y yo no debo esperar otra respuesta por el momento. Le despierto, tomando las precauciones habituales; está inquieta, pero en buenas disposiciones.

Teresa no se ha impresionado á la vista del fantasma que ya conocía; le ha observado desde su aparición sobre la butaca hasta su desaparición á través de la puerta de mi despacho. Se habia dormido durante las experiencias; el señor Dubois la despierta.

Los dos sujetos están muy calmados. Vuelvo á dormir á la señora Lambert y le ruego me diga ahora si ha reconocido al fantasma que ha venido hace algunos instantes. — ¡Pero, si—me responde nerviosamente—es Leontina!»

III. Martes 12 de mayo, á las nueve de la noche, en presencia de la señora Prothais y de los señores Haudricourt y Dubois. El sujeto es la señora Lambert; estamos alumbrados con una luz roja de fotógrafo.

Esperamos la visita del fantasma de Teresa, que debe venir á las diez. Los testigos están prevenidos de esta visita, pero el sujeto la ignora completamente.

Teresa no tiene conciencia de haberse desdoblado jamás espontáneamente, é ignora si podrá enviar su fantasma. Yo no he actuado sugestivamente sobre ella como con Leontina. El jueves precedente me he

limitado á rogarle que quiera intentar hoy esta experiencia. Para esto, se acostará hacia las nueve y tres cuartos, se concentrará en sí misma con la intención de venir á vernos, y á las diez partirá, si puede. En este caso, penetrará entre nosotros á través de la ventana, se sentará en el sillón de despacho que estará dispuesto para ella, nos mirará, procurará vernos y hará cuanto pueda por iluminar una pantalla fosforescente que estará colocada en el sillón. A los cinco ó seis minutos se levantará y se retirará.

Como de costumbre, coloco al sujeto en el fondo de mi despacho, y preparada á su izquierda una butaca para su fantasma. Una mesita de madera blanca está situada de tal modo que el sujeto ó los stigmas no puedan tocarla sin desplazarla. El emplazamiento de dos de los pies está marcado en el suelo con tiza.

Desdoblo al sujeto y digo al fantasma que se acerque á la mesa y dé golpes ó la desplace.

El fantasma no se condensa sino lentamente. Hacia las nueve y tres cuartos, el sujeto se inquieta al ver hacia la ventana una columna flotante ligeramente luminosa. La tranquilizo y pido al fantasma que haga lo que pueda por darnos algunos fenómenos en la mesita. El sujeto está nervioso y su inquietud aumenta. A pesar de esto, oímos muchas veces golpecitos dados en la mesa.

A las diez y cinco el sujeto se arroja hacia atrás exhalando un grito de espanto y declara que acaba de llegar un fantasma que está hacia la ventana cerca de mi escritorio.

Trato de apaciguarla diciéndole que este fantasma era esperado y que no tiene ninguna intención mala respecto á ella. Pero, como en las dos apariciones precedentes, llena de espanto, está agitada por violentos movimientos nerviosos. En un momento dado, se levanta bruscamente y quiere precipitarse hacia adelante, gritando que su fantasma es atraído violentamente hacia el otro. La retengo haciendo incapie hacia ella. En el momento en que se produce esta atracción, se oye á la mesa deslizarse sobre el suelo. La atracción cesa después de algunos instantes y el sujeto cae pesadamente sobre la butaca, con las piernas cruzadas una sobre otra y muy fuertemente contraídas. En aquel momento, todavía se oye á la mesa resbalando sobre el suelo.

Intento hacer cesar la contracción de las piernas y no lo consigo sino con gran trabajo. Calmo al sujeto cuanto puedo y le dispongo para despertarle. Miramos el emplazamiento de la mesa: un lado se ha alejado un centímetro del lugar ocupado por el fantasma antes de la aparición, el otro extremo, por el contrario, se ha acercado tres centímetros y medio.

Despierto al sujeto, que está muy fatigado, para dormirle en seguida. Vuelto á dormir, le ruego que nos diga cuál es el fantasma que acaba de llegar. — «Es Teresa, — me responde nerviosamente — pero no me habléis, me da miedo.»

Después le pregunto que por qué se desplazaba la mesa en el momento en que ella estaba más agitada. Me responde que su fantasma se encontraba ante la mesa, y que habiendo sido atraído brúsca-

mente hacia el otro, ha colocado ante sí un lado de la mesa haciendo esfuerzos para pasar á través; y que volviendo no menos bruscamente á su sitio, ha movido el otro lado volviendo á pasar á través de ella.

La pantalla preparada sobre el sillón no se ha iluminado.

Consigo calmar al sujeto, pero continúa fatigado y febril.

En la sesión siguiente, la señora Lambert se queja de sentir desde hace ocho días un violento dolor en la rodilla derecha, que parece debido al choque de su fantasma contra la mesa cuando la ha desplazado. Hago desaparecer este dolor magnetizándola.

Teresa ha consagrado toda su buena voluntad para desdoblarse por sí misma y enviarnos su fantasma. Desde los primeros esfuerzos que hizo, su sentido auditivo se hiperetesió, y el ruido de su despertador, que estaba sobre la chimenea, le molestaba mucho. Se levantó para pararle, y el desdoblamiento se hizo en seguida más fácilmente. Agrandándose progresivamente, vió á su fantasma formarse poco á poco. Llegó á ser muy luminoso, un poco mayor, más grueso que ella misma; después, al condensarse, se hizo más obscuro. Bajo la acción de su voluntad, aquel partió, y ella se durmió. Al despertarse, lo cual no se produjo hasta la media noche, tuvo conciencia de haber visto solamente al fantasma del sujeto y la butaca en que ella debía sentarse. Recordaba haber sido atraída violentamente por el fantasma de la señora Lambert y después rechazada. La conciencia de esta re-

pulsión fué un choque que sintió en el pecho, del cual se resintió durante dos días, sin notar, sin embargo, inconveniente grave. Esta experiencia que deseaba realizar por sí misma, ha satisfecho completamente su deseo.

IV. El 11 de junio siguiente, á las nueve, en presencia del señor y señora Ed. Dubois, experimento con Teresa desdoblada en el fondo de mi despacho. Estamos alumbrados por una luz azul.

Precedentemente, sin que se enterase Teresa, había indicado á la señora Lambert que se prestase á enviarnos su fantasma á la diez en punto; que permaneciese allí ocho ó diez minutos y que tratase de darse cuenta de lo que sucedía en mi despacho durante este tiempo.

Teresa, bastante mal dispuesta, sólo produce algunos fenómenos insignificantes: A las nueve y cincuenta y cinco, su fantasma está cerca de una mesita colocada en el centro de mi despacho. Le ruego que vuelva á su sitio cerca del sujeto para descansar.

A las diez, nada dice el sujeto. No diciendo tampoco nada á las diez y cinco; digo al fantasma que haga el favor de mirar bien todo el despacho. El sujeto dice que no ve nada anormal, sino es una columna ligeramente luminosa, situada hacia la ventana. «Es un fantasma, añade». Preguntada sobre la naturaleza de este fantasma, responde que no le ve bastante distintamente para conocerle; no distingue siquiera si es un hombre ó una mujer. Después de algunos minutos añade: «Se va, ha partido».

En la siguiente sesión, la señora Lambert, que

dica que ha venido, que estuvo sentada en mi sillón de despacho y que permaneció en él diez ó doce minutos. Vió muy distintamente el fantasma de Teresa, que le pareció pequeño, poco activo, sin energía. Apenas si estaba revestido de los colores que habitualmente presenta. Me vió perfectamente con los hermosos colores azul á la derecha, amarillo á la izquierda, más particularmente hacia lo alto del cuerpo. Apenas si pudo distinguir el cuerpo del sujeto, que le pareció enteramente decolorado, no vió á los señores de Dubois.

V. 2 de junio del mismo año, las nueve de la noche. Testigos: señor y señora Debrus, Sres. Haudricourt y Dubois, estamos débilmente iluminados con pantalla de vidrio azul trece.

Después de haber obtenido golpes dados en una mesa que nadie tocaba, á las diez y cinco, ruego al fantasma vuelva á su sitio cerca del sujeto para descansar. A esta hora espero la visita de un fantasma; los testigos están prevenidos.

La señora Lalloz, una excelente práctica con título de la *Escuela práctica de Magnetismo y de Masaje*, laureada con el *Premio del doctor Surville*, que cada año se concede al alumno que más curaciones obtiene por el empleo exclusivo del magnetismo, me había dicho muchas veces que ella debía desdoblarse, porque pensando tenazmente en sus enfermos lejanos, muchos le habían afirmado verla cerca de ellos cuando ella no estaba allí. Me había enseñado así mismo muchas cartas de enfermos en tratamiento que declaraban haberla visto realmente en tal ó cual circunstancia. Había suplicado á la seño-

ra Lalloz, que quisiera, un día, á las diez en punto de la noche, concentrar su pensamiento en la idea de desdoblarse y enviarnos su fantasma. Esto es lo que yo esperaba.

A las diez, no dice nada la señora Lambert. A las diez y cinco, todavía no dice nada. Cinco ó seis minutos después, como todavía no dice tampoco nada, y yo pienso que el fantasma esperado podía estar ya allí, pero poco condensado, poco visible, llamo la atención del fantasma sobre la visita esperada. El sujeto declara que nada ve. Ruego al fantasma que se dirija á todos los ángulos del despacho para estar bien seguro de ver y sentir si hay realmente alguien ó no hay nadie. El fantasma se desplaza, pasa próximo á los testigos que perciben su aproximación y vuelve. El sujeto declara todavía que no ve nada, no nota nada y que está bien seguro de que aquí no hay ningún fantasma, porque le hubiera dado miedo.

La señora Lalloz, que se había concentrado desde las ocho de la noche para visitarnos, seguramente no ha podido desdoblarse, y esta debe ser la sola y única causa de que el sujeto no haya visto nada.

La cuarta experiencia es poco satisfactoria, pero la presento porque hace comprender que las facultades del fantasma están en relación directa con las disposiciones físicas y morales del sujeto.

La última completamente nula, es más importante todavía, porque no permite atribuir los resultados de las primeras á la sugestión mental que se invocará siempre por los negadores, puesto que mi afirmación y mi insistencia pueden ser considerados como

una verdadera sugestión verbal mucho más potente que la otra para hacer entrar en juego la imaginación de los sujetos.

Por extraños y anormales que puedan parecer estos fenómenos á los incrédulos sistemáticos, creo que dejan bien demostrada la facilidad de la comunicación del fantasma á distancia, aparte de que todo el que se procure condiciones iguales á las en que yo he actuado, puede fácilmente obtener otros análogos.





VII

Acción del fantasma sobre la materia

- ✓
- I. RUIDOS DIVERSOS, MOVIMIENTO Y DESPLAZAMIENTO DE OBJETOS SIN CONTACTO.— II. ACCIÓN SOBRE LA AGUJA DEL ESTENÓMETRO.

Si como se ha visto en los capítulos precedentes, el fantasma actúa fisiológicamente sobre los individuos haciéndoles experimentar sensaciones diversas; si obra físicamente iluminando pantallas cuya fosforescencia parece extinguida, debe así mismo poder actuar mecánicamente sobre la materia llamada inanimada.

Esta acción está admitida generalmente, porque los ocultistas razonan sobre una teoría que han establecido á este respecto; y los espiritistas, que razonan menos, pero que practican más, obtienen muy frecuentemente fenómenos llamados *de efectos físicos*, debidos evidentemente á la acción de sus mediums sobre dicha materia.

Los fenómenos de este género, sobre todo los golpes dados, ruidos diversos, levitación sobre una ó dos patas y aun desplazamiento de la mesa sobre la cual operan, se obtienen fácilmente cuando el medium y los asistentes aplican sus manos sobre la mesa, pero sólo muy raramente, y eso, con mediums muy potentes, los obtienen sin contacto.

El fantasma de los objetos desdoblados produce estos fenómenos con cierta facilidad. Los golpes, los diferentes ruidos y los movimientos de la mesa se obtienen desde el principio con la mayor parte de los sujetos, cuando éstos y los testigos aplican, á la manera de los espiritistas, sus manos sobre la mesa en torno de la cual están sentados. Los movimientos sin contacto son sensiblemente más difíciles de obtener, y para ello, el fantasma tiene necesidad de ejercitarse, de entrenarse en este género de trabajo que necesita un consumo de fuerza considerablemente mayor.

Como los fenómenos de contacto son generalmente fáciles de obtener y son siempre discutibles, invocando la teoría de los movimientos inconscientes por una parte, y por otra, la mistificación consciente ó inconsciente del medium, no tendré en cuenta más que aquéllos que obtenía á distancia, y, por con-

siguiente, sin ningún contacto del sujeto desdoblado, de mí mismo, ni de ninguno de los testigos.

Para hacer comprender la importancia de los resultados que voy á exponer, creo útil dar una descripción sumaria de mi despacho, en el que han sido hechas todas las experiencias que van á seguir. El plano que acompaña á esta descripción está hecho en la escala de 1 por 40. Se verá en seguida que la distancia que separa la mesa y sus proximidades inmediatas, donde van á producirse casi todos los fenómenos del sujeto y de mí mismo, por una parte, y de los testigos por otra, es demasiado grande para que la mesa pueda ser tocada por un malicioso que quiera engañar á los otros; y todavía, aunque estuviera tan cerca de la mesa como para poder tocarla, se percibiría inmediatamente si la tocaban.

La disposición que yo presento está hecha para seis testigos. Desde la puerta de entrada, lo primero que se ve es mi escritorio cerca de la ventana; en la extremidad opuesta, es decir, en el fondo del despacho, á una distancia de 5 metros 80, se ve el emplazamiento de dos butacas, una para el sujeto, otra á la izquierda de ésta, para el fantasma al principio del desdoblamiento y durante el período de reposo. Ante la butaca del sujeto, á pequeña distancia, se ve el emplazamiento de la silla que yo ocupo, teniendo las rodillas del sujeto entre las mías, cuando no estoy de pie ante ella ó hacia su derecha, magnetizando, sea por la aplicación de las manos, sea por pases longitudinales muy lentos, para sostener el desdoblamiento. Igualmente en el fondo, pero á la izquierda del observador que mira del lado del suje-

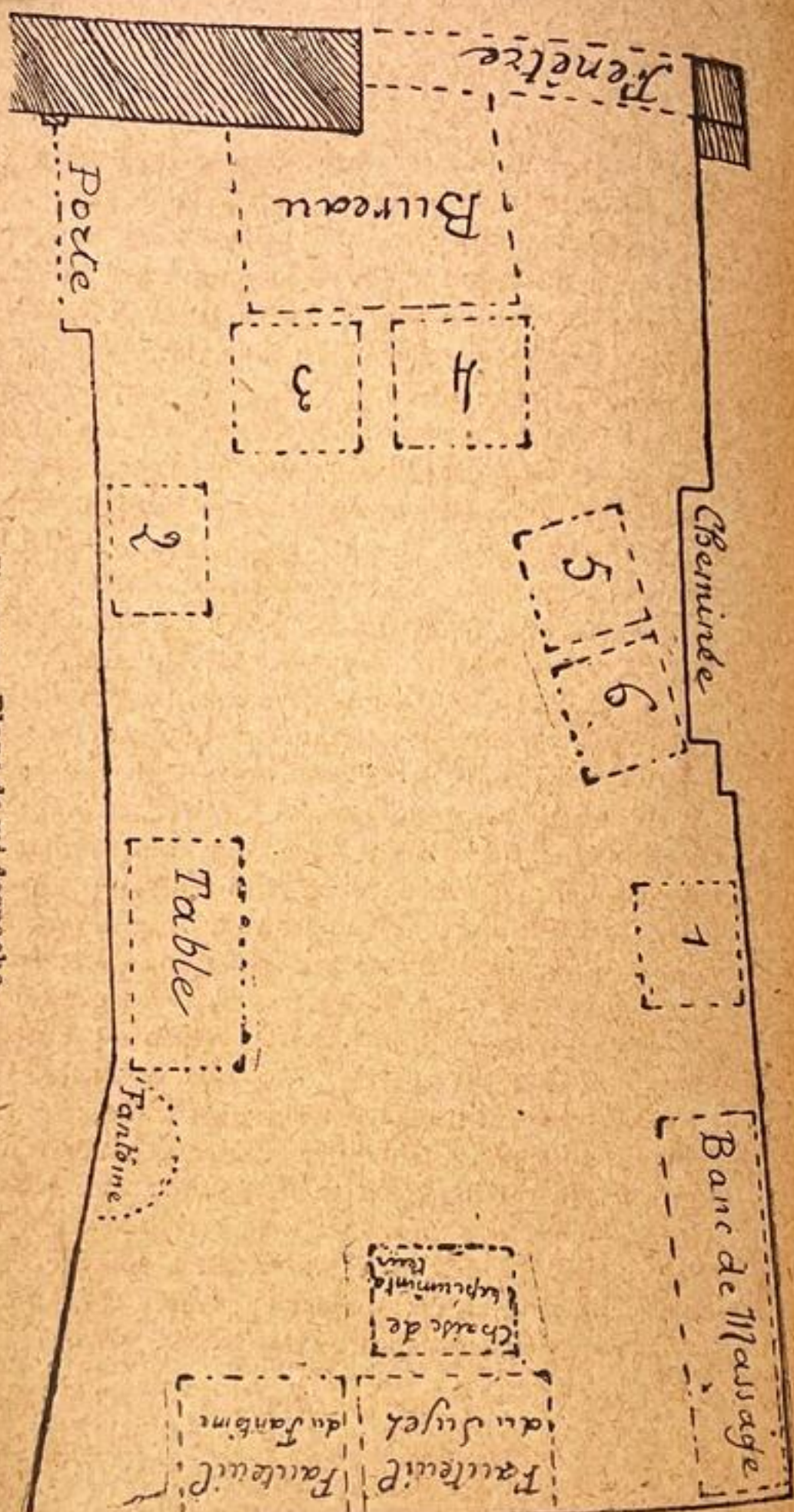


Figura 30. — Plano de mi despacho

to, y en el sentido de la mayor dimensión, se encuentra un banco de masaje que está al alcance de mi mano izquierda y sobre el cual coloco una lámpara eléctrica, las pantallas fosforescentes y los diversos objetos que pueden serme necesarios, objetos que puedo encontrar en la obscuridad. El primer testigo, de preferencia un habituado, sentado en la silla número 1, está provisto de una lámpara eléctrica de bolsillo, con orden de alumbrar al menor ruido la mesa de las experiencias que se encuentra frente á él, así como á los testigos que están hacia su derecha, á fin de que todos puedan estar absolutamente ciertos de que nadie toca á la mesa y que el sujeto, el experimentador y cada uno de ellos están en su sitio respectivo. El segundo testigo, si es posible una persona sensitiva, susceptible de ver al fantasma, está situado en el número 2; los otros ocupan poco más ó menos los números 3, 4, 5 y 6. Si hubiera necesidad, se podría disponer de sitio para otros tantos testigos, sin que ninguno de ellos estuviese bastante próximo á la mesa para poder tocarla sin desplazarse; pero haciendo estas investigaciones exclusivamente para mí, no tengo por que divertir curiosos, ni por el momento, interesar á los sabios. Por esta razón no admito más que algunos observadores serios para ayudarme, y también para no dejarme ilusionar ni tampoco interpretar un fenómeno de distinta manera que merezca. En fin, una mesita sobre la cual ó cerca de ella se va á ejercitar la energía del fantasma, está situada á una distancia de 2 á 3 centímetros de la parte inferior de un cuerpo de biblioteca, en el sitio designado en el plano. Siempre hay

sobre esta mesa objetos diversos y con frecuencia una balanza cuyos platillos están equilibrados, y la ruptura de este equilibrio cierra un circuito eléctrico que pone en actividad un timbre. La obscuridad se obtiene en la habitación por una cortina de tela negra, fija por medio de varillas y de puntas en el cuadro de la ventana. Es suficientemente completa para que se puedan manipular las placas sensibles sobre mi escritorio, sin temor ninguno de velo, ni aún de día.

En esta habitación, fuera de los límites indicados, es donde se encuentra la mayor parte de mi biblioteca y ciertas colecciones. Fuera: 1.º la puerta. 2.º la parte inferior de un cuerpo de biblioteca de 3 metros, 20 de largo por 90 de alto, que se extiende desde la puerta hasta el ángulo obtuso hacia la extremidad de la mesa; 3.º el emplazamiento de un espejo sobre la chimenea, de 95 centímetros de alto; 4.º un armario de 2 metros 80, extendiéndose desde la chimenea al ángulo de la ventana; 5.º la ventana, subiendo hasta el techo de 4 metros 10 de alto; 6.º en fin, otro armario colocado en parte detrás de un extremo de mi escritorio, entre la ventana y la puerta, todos los muros desde el suelo hasta el techo, están guarnecidos de estantes de libros. 8 á 9.000 volúmenes de diversas formas están allí alojados.

Cuando el fantasma está dispuesto á la acción abandona la butaca á la izquierda del sujeto y viene hacia el extremo de la mesa próximamente al semicírculo *Fantôme*, como para tomar un punto de apoyo sobre los estantes de la biblioteca. Al menos esto es lo que pasa siempre con Leontina y la señora Lambert.

1. Ruidos diversos. Movimientos y Desplazamiento de objetos sin contacto. Voy á describir estos fenómenos próximamente en el orden en que los he observado, sobre todo con cada uno de los sujetos. Los primeros son poco importantes; pero debo presentarlos para hacer comprender que al principio de la experimentación, el fantasma obra como un niño inepto y que aprende poco á poco á funcionar fuera de su cuerpo, que, todavía lo repito, no es más que el instrumento de trabajo que la naturaleza ha puesto á su disposición aquí bajo.

Salvo indicación contraria, el lector entenderá que las experiencias siguientes se han realizado en la obscuridad.

1. Golpes dados. —21 de enero de 1908. Testigos, señor y señorita Huselstein, señores Dubois y François.

Desdoble á la Señorita François y pido primero al fantasma que agite una hoja de papel que está colgada encima de la mesa. No obteniendo nada, digo al fantasma que me quedaría satisfecho, si el pudiera dar dos golpes sobre la mesa. Al cabo de un tiempo que yo evaluo en treinta ó cuarenta segundos, oímos todos, claramente, dos golpecitos secos dados sobre la mesa. Estos golpes resonaban como cuando nosotros golpeamos ligeramente con la articulación falango falangiana del dedo de corazón doblado.

Un poco asombrado de tal resultado, que era la primera vez que le buscaba, dije al fantasma: Si es usted quien ha golpeado en la mesa, le ruego que vuelva á golpear todavía. Apenas había pronunciado

estas palabras, cuando dos golpes, menos fuertes que los precedentes, se oían de nuevo en la mesa.

Muy satisfecho de este resultado, pedí al fantasma que volviera á dar tres golpes. En el sujeto que yo tenía cogido de las manos, se produjo cierta agitación y declaró que el fantasma no podía ya hacer nada. Esperamos, pero no se oyó ningún ruido. El sujeto dice que está fatigado; le despierto lentamente, para volverle á dormir durante algunos minutos y le despierto de nuevo definitivamente. Está en excelentes condiciones físicas y morales.

II. *Desplazamiento de una puerta entreabierta.*— 23 de enero de 1908, á las cinco y media, en presencia de los señores Bonnet, Ed. Dubois y otra persona presentada por este último.

El sujeto es la señorita Leontina, que ha comprobado muchas veces que una puerta de armario se abría ó se cerraba por sí misma.

Después de haber ensayado muchas veces inútilmente hacer imprimir la mano del fantasma en harina, pienso ser más feliz tratando de obtener sea el cierre de la tapa de un cofrecillo abierto sobre la mesa, sea una acción cualquiera sobre una puerta del cuerpo inferior de mi biblioteca, que yo dejo entreabierta intencionalmente.

Cuando el fantasma me parece suficientemente condensado, le indico que haga el favor, á su elección, de cerrar la tapa del cofrecillo que está abierto en la mesa ó empujar la puerta de mi biblioteca.

A los cuatro ó cinco minutos, oímos muy distintamente un ruido análogo al chirrido de las alguazas de la puerta. Se dá luz; y comprobamos que esta aber-

tura, que era de 30 centímetros antes de la sesión, no es ya más que de 15 centímetros. La puerta ha sido, pues empujada 15 centímetros. Abrimos la puerta para empujarla después; y á cada movimiento, oímos el mismo rechinar de las alguazas que algunos instantes antes habíamos oído. No hay duda ninguna en los testigos; es pues evidentemente el fantasma quien ha producido el ruido oído empujando la puerta.

III. Pensé que el fantasma, á pesar de su extrema fluidez, debía tener cierto peso y que, en todo caso, puesto que podía hacer ruido y desplazar una puerta entreabierta, debía poder ejercer una presión suficiente sobre la balanza para romper el equilibrio de los platillos.

He ensayado muchas veces, con una fuerte balanza colocada sobre la mesa, sin haber podido obtener este resultado. Estando equilibrados los platillos de la balanza, hay que apercibirse del menor desplazamiento de ellos por un timbre eléctrico. El circuito de este timbre se cierra por medio de una lámina de estaño muy flexible fijada por su centro á un soporte vertical, de tal manera que se puedan colocar las dos extremidades, una encima y otra debajo de uno de los platillos. Al decir «menor desplazamiento», he debido añadir que la balanza no es un instrumento de precisión, lejos de ello y que el circuito está regulado de tal suerte que se necesita generalmente un peso de 2 gramos depositado sobre uno de los platillos, para cerrarlo y poner el timbre en actividad.

Golpes dados sobre la mesa.—El 5 de marzo siguiente, á las cinco y cuarto desdobló á Leontina en

presencia del Señor Ed. Dubois. Cuando el fantasma me parece suficientemente condensado, le ruego que vaya á la mesa y nos anuncie su presencia por golpes dados; después aplicará sus dos manos en uno de los platillos de la balanza, para romper el equilibrio y poner el timbre en actividad.

A los cinco ó seis minutos, oímos ruiditos en la mesa, como si una persona golpease encima con las uñas, estando los dedos á medio cerrar. Estos golpes no obedecen á nuestra voluntad; son débiles, pero distintos.

Quiero que el fantasma golpee más fuerte para que sea más fácilmente oído. Golpea todavía pero apenas si llega á la fuerza que anteriormente. Le indico que descanse y después de algunos instantes, le ordeno que golpee bastante fuerte para que se le pueda oír mejor. Inmediatamente son dados los golpes como la primera vez. Insisto en obtener la rotura del equilibrio de los platillos; pero el fantasma, que no está suficientemente condensado, no tiene fuerza bastante para realizarlo. Doy algunos pases al sujeto para fortificar al fantasma; y para darnos cuanta de si el fenómeno puede ser obtenido más fácilmente por el contacto, yo aproximo la mesa á la butaca del sujeto, de tal modo que adelantando el cuerpo, pueda poner las manos sobre el ángulo de la mesa más próximo. Yo me coloco á su derecha para poder colocar fácilmente mi mano izquierda sobre su espalda y mi derecha sobre sus manos, siempre continuando el contacto con la mesa. El Señor Dubois se coloca hacia mi derecha y aplica sus dos manos sobre la mesa.

Vuelvo á pedir golpes dados. Pronto los obtenemos á voluntad, y bastante fuertes para que se les oiga á una distancia de 6 á 8 metros.

Digo entonces al fantasma que se suba á la mesa. Oímos después en esta crujidos singulares, como si una persona *pesada* y poco ágil hiciese esfuerzos considerables por conseguirlo. En toda la mesa se dejan sentir vibraciones particulares pareciendo que es zarandeada por todos lados. Se produce un poco de calma y el sujeto nos dice que el fantasma está de pie sobre la mesa. Le suplico que suba sobre la balanza y que *actúe sobre ella con todo su peso*. El Sr. Dubois y yo sentimos corrientes de fresco que se establecen del fantasma á nosotros; y, después de uno ó dos minutos la balanza parece agitarse en todos sentidos y se oyen rozamientos metálicos de las diferentes piezas, como si se le agitase horizontalmente, después se produce el silencio y pasados unos segundos el timbre entra en actividad el Sr. Dubois alumbra inmediatamente y vemos oscilar los platillos ligeramente para recobrar su equilibrio.

He obtenido muchos resultados análogos con el mismo sujeto, cuando, al principio de las experiencias era imposible en absoluto obtenerlos á distancia.

IV. *Golpes dados, pesadas en la balanza.*—17 de marzo de 1908, á las nueve, en presencia de los señores Ed. Dubois, señorita Fernanda Durville y señor y señora Delattre, desdoble á la señora Lambert. Muchas veces ya, su fantasma ha roto el equilibrio de los platillos de la balanza y puesto en actividad el timbre, pero solamente cuando los testigos aplicaban sus manos sobre la mesa á la manera de

los esperitistas como en la experiencia precedente. En la presente sesión, va á hacerlo á la distancia indicada, á mi voluntad, sin que nadie toque la mesa y con muy gran precisión.

Pareciendo suficiente la condensación del fantasma, le digo que vaya hacia la mesa y anuncie su presencia dando en ella dos golpes. Se dirige allí; y después de un tiempo muy corto, dos ó tres minutos, oímos todos dos golpes ligeros, pero bien distintos, como si hubiesen dado con el extremo de un dedo casi derecho. Pido al fantasma que apoye sus manos sobre uno de los platillos de la balanza para romper el equilibrio. Instantes después el timbre entra en actividad. El Sr. Dubois ilumina la mesa y todos vemos que los platillos oscilan para recuperar su equilibrio.

Indico al fantasma que descanse durante unos instantes y que después, haga el favor de hacer una pesada para que suene el timbre, cese el esfuerzo y pese segunda vez, treinta ó cuarenta segundos después, suena el timbre, cesa y suena de nuevo, como yo había pedido. El Sr. Dubois alumbra y todavía vemos la oscilación de los platillos buscando el restablecimiento del equilibrio. El sujeto está desalentado, como si hubiese hecho un esfuerzo considerable. Ruego al fantasma que venga á descansar cerca del sujeto y magnetizo á este durante seis ú ocho minutos para sostener el desdoblamiento. Después de este tiempo, digo al fantasma que se acerque de nuevo á la mesa, que suba á ella, que se coloque en uno de los platillos de la balanza; y una vez allí, que se mueva, *pasando con todo su peso*, tres veces diferen-

tes. Apenas había expresado este deseo, cuando suena el timbre, se para, para sonar por segunda vez, después por tercera vez. El Sr. Dubois alumbra la mesa y cada vez vemos la oscilación de los platillos.

Hay que hacer aquí una observación important. El circuito está regulado, como he dicho—antes de la sesión se lo había hecho notar á los testigos—de tal suerte que se necesita un peso de dos gramos para cerrarle. Si se utiliza un peso mayor, la hoja de estaño que es muy flexible, se aleja por la acción de la pesada y no vuelve completamente á su sitio. Ahora bien, nosotros hemos comprobado, después de la sesión, que la extremidad de la lámina de estaño que cierra el circuito, estaba de tal manera que eran precisos diez gramos para cerrarle de nuevo. Como la hoja de estaño, á pesar de su gran flexibilidad, presenta todavía cierta elasticidad que le hace obrar algo como un resorte, hemos estimado que se habrá necesitado la acción de un peso de 25 á 30 gramos para operar este desnivel. Este peso, pues, representa, en cierto modo, el del fantasma de pie sobre uno de los platillos de la balanza.

V. *Golpes dados á distancia, rozamientos metálicos en la balanza; golpes más fuertes por el contacto, pesada en la balanza.*—14 de abril de 1908, á las nueve.

Solo con la señora Lambert desdoblada, trato de obtener los fenómenos de la sesión precedente; para ello está todo preparado de igual manera. No obtengo más que algunos golpes muy débiles sobre la mesa. Aproximo la butaca del sujeto, para que, colocado delante de ella como lo estoy habitualmente,

pueda, sin separarme de ella, alargando el brazo derecho, tocar la mesa con la punta de los dedos. Oigo entonces crujidos en ella y un ligero rozamiento de las diferentes piezas de la balanza. Estos ruidos continúan haciéndose oír aún cuando yo cese de tocar la mesa, pero el timbre no entra en actividad. Me dice el sujeto que el fantasma no tiene suficiente fuerza. Magnetizo enérgicamente durante ocho ó diez minutos para condensarle y vuelvo á pedir una pesada en la balanza. Los ruidos son más fuertes; pero el equilibrio de los platillos de la balanza no se interrumpe. Entonces aproximo la butaca del sujeto, de manera que este pueda poner sus manos sobre la mesa. Me coloco cerca de él hacia su derecha, para poder, tocándole con mi mano izquierda en la región dorsal, colocar mi mano derecha en contacto con la mesa y con las dos suyas. Pido al fantasma que se suba á la balanza. Parece que sobre la mesa se hacen esfuerzos formidables, crujiendo por todas partes, y también en la balanza, cuyas piezas todas parecen rozar unas con otras. A pesar de estos evidentes esfuerzos, solo después de un tiempo que evalúo en ocho ó diez minutos, cesan los ruidos y suena el timbre. Suena tres veces diferentes separadas por intervalos de diez á quince segundos. Ruego al fantasma que repose durante algunos instantes y que toque dos veces todavía. Toca dos veces. Le pido que toque aun otras dos veces. Apenas he formulado este deseo cuando el timbre toca largamente una vez, después una segunda y una tercera vez. Esta última acción que yo no había pedido, se prolonga mucho más allá de la

orden que doy al fantasma de cesar toda acción. Alumbrando con mi lámpara de bolsillo, veo á los platillos de la balanza desplazarse sin cesar bruscamente y, entre los timbres, desplazarse más lentamente buscando recuperar su equilibrio.

El sujeto está agitado, sin aliento, extenuado y en un estado de fatiga extrema. La dejo en reposo durante algunos minutos y hago cesar el desdoblamiento. Despertada después muy lentamente, se encuentra en excelentes disposiciones físicas y morales.

Como muchas de las experiencias precedentes, esta hace comprender que las acciones á distancia son mucho más difíciles de obtener que las acciones por contacto.

VI. *Doble desplazamiento de la mesa.*—12 de mayo, á las nueve, en presencia de la señora Prothais y de los señores Handricourt y Dubois, por el fantasma de la señora Lambert. Estamos debilmente alumbrados con una luz roja de fotógrafo.

Este notable fenómeno está descrito en la exposición de la tercera experiencia del capítulo precedente, al que remito al lector.

VII. *Golpes dados.*—19 de mayo, á las nueve, en presencia de las señoras Dangles y Prothais, y de los Sres. Haudricourt y Ed. Dubois, con el fantasma de la señora Lambert. Tenemos encendida una luz roja de fotógrafo.

Trato de obtener golpes dados y el desplazamiento de la mesa sin contacto alguno.

Después de quince ó veinte minutos, oímos crujidos singulares, y golpes dados en la mesa, que no

obedecen á nuestra voluntad. El Sr. Dubois propone sumar su voluntad á la mía, y nos dice que quiere que el fantasma dé 3 golpes sobre la mesa. Al cabo de algunos instantes, todos los testigos oyen muy claramente tres golpes. Pide después dos golpes; los dos golpes son igualmente oídos muy distintamente por todos los testigos. Quiere que la mesa se desplace; yo lo deseo igualmente con energía, pero no se produce ningún desplazamiento.

Análogos resultados han sido obtenidos muy gran número de veces, con casi todos los sujetos, sobre todo cuando se opera en la obscuridad. Como considero que son poco importantes, en razón de la grandísima facilidad con que se obtienen, no hablaré más de ellos si no cuando se presenten con otros fenómenos más difíciles de obtener.

VIII. Tracción de la mesa. - 9 de junio, á las nueve. Estoy solo con la señora Lambert. Estamos alumbrados muy débilmente por una lamparilla, en una gran linterna de fotógrafo aficionado, á través de un cristal de un azul verdoso, llamado azul trece. Aunque sufriendo ligeramente de dolores de naturaleza reumática, el sujeto está en excelentes disposiciones morales.

Se desdobla rápidamente, y dice, que el fantasma es muy brillante, lo que quiere decir que está bien dispuesto á la acción.

El sujeto, yo mismo, y la mesa sobre la cual se encuentran algunos objetos menudos, están en su sitio respectivo. El emplazamiento de los pies de la mesa está marcado con tiza en el suelo. Magnetizando al sujeto, y extendiendo el brazo derecho en

la dirección de la mesa, no puedo tocar el borde de ella sino retrocediendo sensiblemente.

Cuando el fantasma me parece bien condensado, le ruego que se dirija á la mesa, que anuncie su presencia dando algunos golpes y que haga cuanto pueda por acercarla á nosotros. De ocho á diez minutos después, se dejan oír ruidos ligeros como rozamientos de telas, y el sujeto me dice que las manos del fantasma están colocadas sobre la mesa, que trata de levantar un lado y atraerla hacia nosotros. No puede conseguirlo. Magnetizo enérgicamente al sujeto para fortificar al fantasma, y después de algunos minutos, «ha vuelto á la mesa, va á traerla», dice el sujeto. Se producen contracciones en sus brazos y sus manos, y hace el movimiento de tirar hacia atrás, como si ella misma tirase de la mesa. Después de dos ó tres tentativas, se oyen en la mesa rozamientos y golpes más fuertes, y siempre haciendo el simulacro de atraer alguna cosa hacia sí, me dice: «La arrastra, se desplaza». No oigo nada, y toda mi atención, toda mi energía se dirigen al sujeto que se contrae más y más. Pasados unos segundos, grita con el acento de la mayor satisfacción: «Esto resbala como sobre un terciopelo»; y agotada, se hunde en la butaca. No he oído el menor rozamiento. No estando suficientemente alumbrado para ver si realmente se ha desplazado la mesa, enciendo la lámpara eléctrica de bolsillo y compruebo que el ángulo más cercano á nosotros se ha aproximado cinco centímetros y medio.

Después de un momento de reposo, quiero hacer

un nuevo ensayo; pero no obtengo más que ruidos muy poco diferentes de los primeros.

Es la primera vez, después de ocho ó diez sesiones, con tres sujetos, en presencia de diversos testigos, que obtengo el desplazamiento de la mesa por los esfuerzos conscientes del fantasma y del sujeto.

Tras de algunas semanas de vacaciones, en julio-agosto, reanudo mi experimentación, pero con el único objeto de comprobar y completar cierto número de las observaciones que preceden. Al principio de enero de 1909, mis investigaciones están más especialmente dirigidas á la fotografía, de que no había vuelto á ocuparme desde las vacaciones y al objeto del presente capítulo.

IX. *Golpes dados. Desplazamiento de la mesa.*— 17 de enero de 1909, á las cinco, en presencia de las señoras Lefranc y Plantini, sus esposos y el Sr. Falque. Trato de obtener solamente golpes dados en la mesa. Las disposiciones precedentes están ligeramente modificadas. La mesa está colocada detrás de mí y un poco á mi derecha, á 80 centímetros próximamente de su sitio habitual, en la dirección de la silla núm. 1, que está ocupada por el Sr. Lefranc. Los otros cuatro testigos ocupan las sillas 2, 3, 4 y 5.

Desdoble á la señora Lambert. A medida que multiplicamos las sesiones, su fantasma adquiere más y más fuerza; se hace más voluntario y casi no hace más que lo que debe hacer. Le ruego que se dirija á la mesa y dé en ella dos golpes enérgicos. Después de esperar de quince á veinte minutos, resueña en la mesa un golpe muy fuerte; seguramente

se hubiera podido oírle á una distancia de 8 á 10 metros. El Sr. Lefranc enciende inmediatamente, todos los testigos están en sus puestos. Vuelvo á pedir dos golpes. Dan uno sólo más fuerte que el primero, pero nerviosamente y como con impaciencia. El señor Lefranc enciende de nuevo; cada uno ocupa su sitio. Insisto y exijo que se den dos golpes. Esperamos; pero no se produce ningún ruido. Después de algunos minutos, el sujeto arroja un grito, se lleva sus manos á lo alto de su pierna derecha y se hunde en su butaca. En el mismo instante, se oye á la mesa resbalar sobre el piso, y un ruido como si dos de sus pies levantados, hubieran vuelto á caer. Al grito del sujeto, el Sr. Lefranc alumbra la mesa y ve distintamente que tiene dos pies levantados, y que después de un deslizamiento de los otros dos, caen pesadamente. Todos los testigos ocupan sus plazas. Calmo al sujeto y me dispongo á hacer cesar lentamente el desdoblamiento. El sujeto ha caído en sonambulismo, después de haber apelado al recuerdo de lo que acaba de pasar, le pregunto que ha sido lo que le ha hecho gritar y cómo se ha desplazado la mesa. — «El fantasma, responde, ha marchado bruscamente hacia el señora Lefranc; ha empujado la mesa pasando á través, y el choque me ha hecho daño en la pierna». Las señoras Lefranc y Plantini que son algo sensitivas, dicen haber visto perfectamente á la forma fantasmagórica iluminar bruscamente la mesa y atravesarla para dirigirse hacia la primera.

Comprobamos que la mesa ha sido empujada hacia los cuatro últimos testigos de 28 á 30 centímetros

lo menos. Nos ha sido imposible apreciar exactamente este desplazamiento, porque, no contando con este fenómeno, no se había marcado en el piso el emplazamiento de la mesa.

X. *Golpes violentos dados en la mesa. Desplazamiento de ésta.*—24 de enero, á las cinco, en presencia de la señora Lefranc, su esposo y el Sr. Falque. Trato de obtener el desplazamiento de la mesa. El Sr. Lefranc ocupa la silla núm. 1, la señora Lefranc el núm. 2 y el Sr. Falque el núm. 3, pero acercado al costado de la precedente. El emplazamiento de los pies de la mesa está marcado en el suelo con tiza.

Desdoblo á la señora Lambert, y ruego al fantasma que se dirija hacia la mesa y que anuncie su presencia y la empuje hacia los dos últimos testigos. Pasados diez á quince minutos, se dan dos golpes en la mesa, se oyen crujidos en ésta y también se oye un ruido de resbalamiento. El Sr. Lefranc enciende, se acerca á la mesa y comprueba que se ha acercado 3 centímetros en la dirección de los otros dos testigos.

Pido al fantasma que haga un segundo estuerzo y empuje todavia la mesa. Cinco ó seis minutos después, se oyen en la mesa crujidos y todos la oímos resbalar sobre el piso. El Sr. Lefranc da luz y comprobamos que la mesa ha avanzado aun 4 centímetros, en la misma dirección.

Digo al fantasma que vuelva á su sitio para reposar; le condenso de nuevo, le vuelvo á enviar á la mesa y le ruego que la empuje todavia con todas sus fuerzas. Vá allá. Minutos después la mesa cru-

je por todas partes como si se intentase dislocarla, y la oímos resbalar como á tirones. Enciende el señor Lefranc, y comprobamos todos que todavía ha adelantado 6 centímetros, en la dirección de los dos últimos testigos.

En tres veces sucesivas, la mesa fué pues empujada 13 centímetros, por el fantasma, en la dirección de la señora Lefranc y del Sr. Falque.

XI. Golpe violento dado en una mesa. Desplazamiento de esta. Un pie vertical soportando una hoja de estaño encorbada en su parte media para cerrar sobre un platillo de la balanza, el circuito de un timbre eléctrico, es cambiado de sitio.— 21 de febrero, á las cinco, en presencia del Sr. Falque y del señor y señora Lefranc. Me propongo conseguir el desplazamiento de la mesa y una pesada en la balanza para poner en actividad el timbre. El emplazamiento de los pies de la mesa está marcado con tiza en el suelo, la balanza está sobre la mesa con la combinación descrita anteriormente y los tres testigos ocupan sus sitios respectivos, como en la sesión última.

Desdoblo á la señora Lambert y pido al Sr. Lefranc que nos alumbre; quiero comprobar todavía una vez más el funcionamiento del circuito, que está regulado de tal manera que soplando ligeramente sobre uno de los platillos de la balanza, el timbre suena. Vuelvo á ocupar mi sitio ante el sujeto, le magnetizo enérgicamente durante doce á quince minutos para condensar al fantasma cuanto sea posible. Obtenida esta condensación, le envío á la mesa diciéndole que aplique sus dos manos sobre

uno de los platillos de la balanza para alterar el equilibrio y cerrar el circuito. Se dirige allí.

Esperamos quince á veinte minutos, y se producen en la mesa crujidos singulares que se oyen claramente y renace el silencio. Insisto y exijo que funcione el timbre. En la balanza se produce un chirrido, la mesa cruje por todas partes, se oye un ruido como de arañar y retumba un golpe muy violento como el que produciría un fuerte puñetazo. Enciende el Sr. Lefranc y se vé que en aquel momento la mesa se desliza hacia el segundo y tercer testigo. Volvemos á la obscuridad é insisto de nuevo con la mayor energía para que el fantasma ponga en actividad el timbre. Cruje la mesa, se deja oír un chirrido singular en la balanza y se escuchan golpes dados como con impaciencia; los testigos afirman que oyen el desplazamiento de los platillos de la balanza, pero el timbre permanece silencioso. El sujeto está agotado y cesa todo esfuerzo. Hago cesar poco á poco el desdoblamiento. El Sr. Lefranc alumbra y comprobamos que la mesa se ha desplazado 19 centímetros. Yo digo que debía ser más fácil al fantasma interrumpir el equilibrio de los platillos de la balanza, que desplazar la mesa, y como al principio del desdoblamiento, sopló sobre un platillo, pero el timbre permanece silencioso; pongo la mano encima, el mismo silencio. Buscamos la razón. El soporte sosteniendo las hojas de estaño que debían cerrar el circuito eléctrico al alterar el equilibrio de los platillos había sido cambiado de sitio y el circuito no se cerraba ya.

Al comenzar el desdoblamiento, se dirigió hacia

la butaca del fantasma un aparato fotográfico en el que se había enfocado una pantalla al sulfuro de zinc, iluminada por medio del magnesio en ignición en una habitación inmediata. La pantalla se retiró después de diez ó doce minutos de exposición, en el momento que el fantasma se dirigía hacia la mesa. Se aplicó encima, durante dos minutos, una placa sensible. Revelada, nos presenta chispas luminosas como las de las figuras 25 y 26; y además, un perfil situado á la derecha, que no se explica más que por la presencia del fantasma en el momento en que, situado hacia los estantes de la biblioteca, se disponía á actuar sobre la mesa.

Habiendo hecho cesar el desdoblamiento y continuando todavía en sonambulismo el sujeto, excito completamente el recuerdo por aplicación de un dedo de la mano derecha sobre la frente del sujeto, y pregunto á éste, que me responde que ahora que el fantasma es fuerte, no hará más que lo que le plazca, que no quería tocar y que por esto ha movido el soporte vertical que permitía cerrar el circuito del timbre.

Despertado, aunque fatigado, el sujeto está en excelentes disposiciones físicas y morales.

XII. *Desplazamiento de la mesa. Elevación de un objeto que es arrojado al suelo.*— 28 de febrero, á las cinco, presentes los señores de Lefranc. Se han tomado las mismas disposiciones que en las sesiones anteriores, con la diferencia de haber colocado derecha sobre uno de los platillos de la balanza una columnita de madera. Como el fantasma no hace más que lo que quiere, nada exijo de él.

Desdoblo á la señora Lambert, y cuando el fantasma me parece suficientemente condensado, le ruego que se dirija á la mesa y que haga lo que bien le parezca. Después de una espera que no dura menos de veinticinco á treinta minutos, se dejan oír en la mesa algunos crujidos; después, pasados algunos segundos, el sujeto exhala un grito, se levanta brúscamente y cae en mis brazos completamente contraída. La tiendo en el suelo. En el momento de oírse el grito, un formidable golpe, como si hubiera dado con un mazo, retumbó en la mesa. Inmediatamente ilumina el Sr. Lefranc y ve á la columnita levantada en el aire, á una altura de 12 á 15 centímetros, por encima del platillo de la balanza en que se encontraba; describe una parábola y cae ruidosamente al suelo, en la dirección de los pies del fantasma. Alterado el equilibrio de los platillos, el timbre se pone en actividad. Se suprimen los contactos y, antes de toda comprobación, hago cesar la contracción del sujeto y me dispongo á hacer cesar el desdoblamiento. Comprobamos. La mesa ha girado sobre una pata y las otras tres se han desplazado 4 á 5 centímetros en dirección del fantasma. Recojo la columna y observamos que el fuste, sujeto á la base por una punta, está separado de 5 á 6 milímetros, y que el uno ha girado sobre la otra. Ajustamos en su sitio las dos partes de la columna, la colocamos sobre la balanza y damos con el puño en la mesa, sobre uno y otro de los platillos de la balanza. A cada golpe, la columna cae, pero no es proyectada en el aire. La arrojamamos violentamente al suelo en todas las posiciones y no

observamos separación ninguna del fuste con la base.

En estado de sonambulismo, pregunto al sujeto como se las ha arreglado el fantasma para arrojar la columna al suelo. Me responde que la ha cogido con la mano derecha y la ha lanzado á tierra, y que al arrojarla con una mano, se ha servido de la otra para girar el fuste sobre la base y separar uno de otra.

Despertada la señora Lambert, se encuentra en excelentes disposiciones físicas y morales; á pesar de esto, á la noche siguiente se ve agitada por ensueños extraños; se figura sin cesar, aun en un semi sueño, que arroja un objeto que cae pesadamente sobre el piso.

XIII. *Un testigo es cambiado de sitio con su silla.*—14 de marzo, á las cinco, en presencia del señor y señora de Lefranc. La mesa está en su sitio habitual, el emplazamiento de sus pies está marcado con tiza en el suelo, la balanza y diversos objetos están colocados encima de ella. Los testigos están en sus sitios respectivos. El Sr. Lefranc en la silla núm. 1, la señora Lefranc sobre la núm. 2. El aparato fotográfico colocado á disposición del primer testigo, en el ángulo de la chimenea, y asestado sobre el lugar que ocupará el fantasma para actuar sobre la mesa, es decir, á un extremo de ésta, hacia los estantes de la biblioteca. El fantasma hará lo que le plazca.

Desdoblo á la señora Lambert y cuando el fantasma está suficientemente condensado, se dirige por sí mismo hacia la mesa y anuncia su presencia por golpecitos secos, que resuenan en la mesa; parece

muy bien dispuesto y el sujeto nos dice que va á producir seguramente fenómenos asombrosos. El Sr. Lefranc abre el objetivo del aparato.

Durante unos doce á quince minutos, oímos de tiempo en tiempo golpecitos en la mesa. La señora Lefranc, que es semi sensitiva, nos dice que vé al otro lado de la mesa una forma grosera que es más brillante que de costumbre. En un momento dado, oímos un ruido de deslizamiento, como el que se oye cuando la mesa se desplaza. La señora Lefranc, dice inmediatamente que la mesa adelanta hacia ella; yo mismo y sobre todo el señor Lefranc, experimentamos la misma impresión.

Tras de algunos minutos de silencio, oímos un nuevo deslizamiento; y, también esta vez los tres tenemos la misma impresión.

Transcurrido otro silencio de tres ó cuatro minutos, el fantasma abandona su sitio, y la señora Lefranc dice que avanza hacia ella; inmediatamente siente la impresión particular de fresco que la invade. Unos segundos más tarde, se ve completamente envuelta por un fluido grisáceo que formaba, instantes antes, la forma fantasmagórica. Aumenta la sensación de fresco; después nota frío. Experimenta impresiones extrañas, se adormece y se emociona. Yo la reanimo afirmándole que, no estando expuesta al menor peligro, debe conservar su calma y sangre fría. Pronto, están sus piernas completamente dormidas; le parece que no pesa casi nada y que, con un esfuerzo insignificante, se la levantaría en el aire con la silla á la que parece clavada. Instantes después, se oye un ruido de deslizamiento más fuer-

te que los primeros y la señora Lefranc, que se emociona más y más, arroja una exclamación de miedo y de sorpresa.

Apenas había cesado el deslizamiento cuando el sujeto cae agotado en la butaca y el fantasma cesa toda acción para volver á la butaca dispuesta para él á la izquierda del sujeto.

El Sr. Lefranc cierra el objetivo y da luz. Tranquilizamos á la señora Lefranc que, toda temblorosa y extremadamente pálida, se queja de tener las piernas heladas y encontrarse en la imposibilidad de moverlas. Un ligero masaje y algunos pases magnéticos modifican rápidamente este estado, después nos cuenta sus emociones. Envuelta en la materia del fantasma, adormecida é incapaz de hacer el mejor movimiento, ha tenido miedo, porque se figuraba que la mesa, que adelantaba á saltos sucesivos, iba á ser precipitada sobre ella con la balanza y los diversos objetos que tenía encima.

Examinamos el emplazamiento de la mesa y comprobamos con sorpresa que no se ha movido y que todos los objetos colocados encima están todavía en el lugar en que se habían puesto antes del desdoblamiento. Todavía más asombrada que nosotros está la señora Lefranc, porque tiene la certidumbre absoluta de que la mesa se ha acercado á ella.

Entonces comprobamos, con la mayor estupefacción, que la señora Lefranc, que aún no se ha movido de su silla, no está en el lugar que ocupaba al comienzo de la sesión; con su silla, ha sido llevada hacia adelante, hacia la mesa, á una distancia que evaluamos, por lo menos de 30 á 35 centímetros.

Dos importantes notas se desprenden naturalmente de esta observación con respecto á la señora Lefranc: 1.º La ilusión que ha experimentado figurándose tener conciencia de que la mesa se desplazaba, mientras que era ella misma el objeto de este desplazamiento; 2.º El conocimiento que ha tenido de que el fantasma la envolvía y que quería arrojar sobre ella la mesa con la balanza y otros objetos situados encima.

Vuelvo á la señora Lambert para hacer cesar el desdoblamiento y ponerla en estado sonambúlico. Habiendo fijado el recuerdo de lo que acaba de pasar le ruego que nos diga lo que el fantasma había querido hacer. — «Se había prometido asombraros—dice—ha ensayado levantar en el aire á la señora Lefranc; pero esto ha sido imposible. Entonces la ha empujado hacia la mesa, quería precipitarla sobre esta para volcarla con todos los objetos que tenía encima; pero le han faltado las fuerzas.»—Le pregunto si este choque hubiera hecho daño á la Señora Lefranc. «¡Oh! no, apenas, responde, si le hubiera dado miedo.»

Los temores de esta última estaban pues perfectamente justificados; pero quedaba una cosa inexplicable, la ilusión que ha experimentado de permanecer en su sitio y de que la mesa adelantaba hacia ella, mientras que por el contrario, ésta no se estremecía y era ella misma la que se desplazaba.

Por la noche, revelando la placa, el Sr. Lefranc, tuvo la satisfacción de comprobar la notable impresión groséramente representada por la figura 28.

La atmósfera estaba fría, algo húmeda y nevaba abundantemente.

XIV. *Golpes dados en la mesa. Desplazamiento de la butaca destinada al fantasma en sus momentos de reposo. Cierre de la tapa de un cofrecillo abierto sobre la mesa.* 4 de abril, á las cinco, en presencia del Sr. G. de Fontenay y del señor y señora de Lefranc. Esta está en su sitio habitual, así como el Sr. Lefranc; El Sr. de Fontenay ocupa, poco más ó menos, la silla núm. 4. Está provisto de un aparato estereoscópico colocado á su derecha. Mi aparato está cerca del Sr. Lefranc, en el ángulo de la chimenea. Están enfocados sobre el lugar que viene á ocupar el fantasma cuando se dispone á actuar. La balanza está sobre la mesa con un cofrecillo abierto y diversos objetos. Me propongo no pedir nada al fantasma, que así hará lo que quiera.

Desdoblo á la señora Lambert. En cuanto el fantasma está suficientemente condensado, se dirige por sí mismo hacia la biblioteca, al extremo de la mesa, y anuncia su llegada por ruidos ligeros análogos á golpecitos dados. Se abren los objetivos. De tiempo en tiempo, oímos ruidos que cada vez se hacen más fuertes. Una media hora después, aproximadamente, resuena en la mesa un golpe violento como un ligero puñetazo, y todos oímos un ruido de deslizamiento, como cuando se desliza sobre el entarimado. Durante algunos instantes se produce un silencio, y la señora Lefranc nos dice que siente que le tiran de las piernas, después se escucha un nuevo deslizamiento. Pido que se cierren los objetivos y se de luz. Miramos la mesa que está en su sitio, pero

observamos que la butaca destinada al reposo del fantasma se ha adelantado hacia la mesa. Si el sujeto hubiera estado libre, hubiera podido, con una mano, empujarla hacia adelante; pero estaba muy agitada, estaba yo de pie ante ella y un poco á su derecha; sus piernas entre las mías, le tenía cogidas las manos y su cabeza se apoyaba en mi pecho.

Volvimos á la obscuridad; yo conservo siempre las manos y las piernas del sujeto como acabo de indicar. Uno ó dos minutos después, la mesa parece ser sacudida, se dejan oír golpes secos, la tapa del cofrecillo cae con su ruido especial. En el mismo instante, el sujeto exhala un grito de sorpresa y se revuelve agitado. La butaca del fantasma se desliza todavía. Al grito del sujeto se enciende luz y los testigos ven que yo le tengo todavía de la manera indicada más arriba; sus piernas están fuertemente contraindas. Se mide la distancia que ha sido recorrida por la butaca; es de 35 centímetros.

Hago cesar la contracción del sujeto con cierta dificultad; luego se queja de tener dolor en las piernas. La coloco muy lentamente en estado de sonambulismo y excito el recuerdo de lo que ha sucedido en el desdoblamiento. Nos dice que el fantasma ha querido primero arrastrar á la señora Lefranc hacia la mesa, pero le han faltado las fuerzas, porque estaba muy lejos. Después ha querido empujar la mesa hacia ella; pero sus fuerzas no eran todavía suficientes, á causa del gran alejamiento del sujeto que le proporcionaba la materia que sostenía su condensación. Para facilitar su trabajo fué por lo que, en varias veces, empujó su butaca para acercarla á la

mesa, prometiéndose después acercar su cuerpo físico (el sujeto) con la butaca en que estaba sentado. Pero echaba cuentas galanas sobre sus fuerzas, porque estas le han faltado.

La placa del señor de Fontenay está virgen de toda impresión; la mía nos presenta una chispa luminosa análoga á la de la figura 24.

Despierto, descansado y recomfortado, el sujeto se encuentra en excelentes disposiciones físicas y morales.

La atmósfera estaba á una temperatura algo por encima de la normal, pero no estaba saturada de humedad.

XV. *Desplazamiento de la butaca del fantasma. Inversión de una columnita colocada encima de la mesa. Cierre de la tapa de un cofrecillo situado sobre la mesa. Pesada en la balanza. Desplazamiento de la mesa.*—18 de abril, á las cinco, en presencia del señor y señora de Lefranc; hace calor seco. Los testigos, la mesa y el aparato fotográfico están en sus sitios habituales. La balanza está equilibrada sobre la mesa y la rotura del equilibrio de los platillos pone en actividad el timbre eléctrico. Una columnita de madera está derecha sobre la mesa; un cofrecillo está abierto también allí. El emplazamiento de los pies de la butaca del fantasma, como el de los pies de la butaca de la mesa, están marcados con tiza en el suelo.

Desdoble al sujeto que, sin estar indispuerto, no está en muy buenas condiciones físicas. Bien condensado el fantasma se dirige por si mismo al sitio donde va habitualmente cuando está dispuesto á ac-

tuar. Le ruego que se coloque inmóvil ante el objetivo abierto durante diez ó doce minutos. Lo hace, después vuelve á sentarse cerca del sujeto. El señor Lefranc cierra el objetivo.

Condensó al fantasma que se ha debilitado sensiblemente; después, en un momento determinado, cuando la condensación es suficiente, abandona bruscamente la butaca para volverse hacia la biblioteca; y mientras yo tengo al sujeto, con las piernas apretadas entre las mías, sus manos en las mías, él arrastra la butaca 6 centímetros en esta dirección.

Después de doce ó quince minutos, oímos algunos ruidos ligeros en la mesa; cae la columnita y, en su caída, toca uno de los platillos de la balanza y rompe suficientemente el equilibrio de éstos para que entre en actividad el timbre durante un tiempo extremadamente corto. El Sr. Lefranc da luz, y vemos que todo está en su sitio, salvo la columnita que está horizontalmente sobre la mesa.

Minutos después, se oye un ruido de caída. El Señor Lefranc alumbra y vemos que el cofrecillo está cerrado.

Los dos testigos han visto fenómenos luminosos por tres veces diferentes. Estos fenómenos que hasta ahora no habíamos observado con tanta intensidad, consisten en un aclaramiento súbito y muy intenso, que parece nacer en un punto, para extenderse en derredor en un radio de 10 á 15 centímetros. Esta luz presenta con poca diferencia el aspecto del arco eléctrico; pero es infinitamente más suave y más agradable á la vista. Ocupándome yo mismo conti-

nuamente del sujeto, no he visto más que uno de estos fenómenos, que fuera suficientemente intenso para permitirme ver perfectamente, en la obscuridad profunda, los platillos de la balanza.

El sujeto, enervado, estremecido del todo, está muy fatigado. Ruego al fantasma que vuelva á la butaca para descansar y reparar sus fuerzas. Magnetizo enérgicamente al sujeto para sostener la condensación del fantasma. Seis ú ocho minutos después, se precipita por si mismo hacia la biblioteca, y este cambio brusco de lugar, impresiona dolorosamente al sujeto, que es tirado violentamente por el cordón. Tras unos minutos de espera, el sujeto se vuelve hacia atrás y exhala gemidos. En el mismo instante suena el timbre y no se detiene sino cuando se abre el circuito. El Sr. Lefranc alumbra y vemos á los platillos oscilar rápidamente, el sujeto arroja una serie de gritos, y los testigos ven que un extremo de la mesa, que gira sobre un pie opuesto, se adelanta 36 centímetros hacia el interior del despacho, como si aquel lado fuese empujado por el fantasma.

Las piernas del sujeto, cruzadas una sobre otra, están fuertemente contraídas. Hago cesar este estado, que parece doloroso para el sujeto, y conduzco á este lentamente al estado sonambúlico. Excitando el recuerdo de lo que ha sucedido en la última parte del desdoblamiento, le pregunto como es que en el momento en que tenía lugar el último fenómeno, se han contraído sus piernas. Sin la menor vacilación me responde que, para empujar la mesa, el fantasma pasó entre esta y la biblioteca que le sirvió entonces de punto de apoyo; haciendo esfuerzos consi-

derables doblando las piernas, de tal manera que los músculos de las pantorrillas (jemelo y solar) estaban fuertemente extendidos, y que ésta tensión repercutía en ella y determinaba la contracción.

La placa sensible, que solo ha estado durante diez ó doce minutos, expuesta á la acción del fantasma, tiempo de exposición durante el cual era poco activo, presenta una impresión notable; la parte inferior está muy bien dibujada, como la del fantasma del capítulo II, pero lo alto del cuerpo parece estar constantemente desplazada moviéndose á derecha é izquierda, la cabeza no es visible. La reproducción sobre papel sensible es igualmente imposible.

XVI. *Desplazamiento considerable de la butaca del fantasma. Ruidos de zumbidos. Inversión de dos objetos colocados derechos sobre la mesa; desplazamiento de esta.*—22 de abril, á las nueve de la noche, en presencia de los señores de Lefranc. El cielo está cubierto de nubes, el aire es seco, pero cargado de electricidad. Mi despacho presenta las mismas disposiciones que en la última sesión, con la diferencia de que el cofrecillo abierto ha sido remplazado por una caja que contuvo placas sensibles 13×18 , que está derecha sobre la mesa.

Desdoblo á la señora Lambert, que está en bastante buena disposición. Bien condensado el fantasma, se va bruscamente hacia la biblioteca, arrastrando su butaca 20 centímetros en dicha dirección. El Sr. Lefranc abre el objetivo. El fantasma está agitado y no permanece inmóvil. A los diez ó doce minutos de exposición, vuelve á la butaca hacia el

sujeto. El Sr. Letranc cierra el objetivo y coloca otra placa.

Condensó de nuevo al fantasma, y á los quince ó veinte minutos, el sujeto produce una exclamación dolorosa; el fantasma se precipita hacia la biblioteca y arrastra por segunda vez la butaca 28 centímetros en la misma dirección. Se abre el objetivo.

El fantasma no permanece quieto; va sucesivamente hacia los dos testigos que le sienten perfectamente. Frecuentemente se oyen ruidos singulares que parecen nacer en la proximidad de la cabeza del fantasma, ruidos análogos á los zumbidos de un gran abejorro volando. Estos zumbidos son bastante intensos para que les oigamos todos muy distintamente.

En un momento dado, desde el centro de mi despacho, el fantasma se precipita hacia la mesa y derriba al mismo tiempo la caja y la columnita colocadas sobre la mesa. La columnita es así mismo proyectada en la dirección de la butaca del fantasma, á 80 centímetros de la mesa. Pocos instantes después, el sujeto exhala un ¡ea! doloroso y oímos á la mesa resbalar sobre el entarimado. Como en la última sesión, girando sobre un pie, el extremo opuesto se ha desplazado 26 centímetros. Estando el sujeto agotado, pongo fin á la experiencia. Se cierra el objetivo.

Dejo al sujeto reposar largamente, y después le despierto; se encuentra en excelentes disposiciones físicas y morales.

El hecho material más notable es el desplazamiento de la butaca que, en dos veces, fué de 48 centímetros.

Las dos placas sensibles, débilmente impresionadas, no presentan nada notable.

XVII. *Desplazamiento de la butaca del fantasma. Desplazamiento considerable de la mesa. Inversión de cuatro objetos colocados encima. Ruidos diversos.* - 29 de abril, á las nueve de la noche, en presencia de los señores de Lefranc. Caen algunos chaparrones; la temperatura es ligeramente fría, enciendo la estufa. La mesa y los testigos están como de costumbre en sus sitios. La columna de madera de que ya nos hemos ocupado, una cajita de cartón, una pesada caja de encina de $7 \times 9 \times 23$ centímetros sobre la cual reposa un gran cencerro están colocados verticalmente sobre la mesa.

Desdoblo á la Señora Lambert, y cuando está suficientemente condensado el fantasma, vá bruscamente hacia la biblioteca arrastrando su butaca 4 centímetros. El Sr. Lefranc abre el objetivo del aparato fotográfico. El fantasma está muy calmado. Ocho á diez minutos después, el sujeto que yo tengo por las manos profiere un grito de dolor y se arroja sobre mí. En el mismo instante, dos pies de la mesa resbalan sobre el entarimado, mientras que los otros dos levantados en alto, caen pesadamente, arrastrando la caída de los cuatro objetos puestos encima; el cencerro rueda á tierra con fracaso y se detiene bajo la butaca del fantasma. El Sr. Lefranc cierra el objetivo.

El fantasma desorganizado vuelve hacia el sujeto. Le condenso de nuevo, y á los ocho ó diez minutos, se precipita hacia su sitio habitual arrastrando todavía consigo su butaca 17 centímetros. El señor

Lefranc abre el objetivo ante una segunda placa sensible. Después de esperar cuatro ó cinco minutos, el sujeto lanza un ¡ea! doloroso, la mesa resbala ruidosamente sobre el piso y la columnita rueda por tierra. El Sr. Lefranc cierra el objetivo.

En dos veces, la mesa ha avanzado hacia mí 66 centímetros. Es la primera vez que observamos semejante desplazamiento.

Encuéntrese el sujeto agitado. Le calmo y hago cesar lentamente el desdoblamiento para conducirle al estado sonambúlico. Preguntado en este último estado, después de haber fijado el recuerdo, nos dice que la primera vez que se ha desplazado la mesa, el fantasma la ha arrastrado levantándola por un lado; y que al dejarla caer bruscamente, ha sido cuando han sido derribados los objetos colocados encima. Quería arrastrar la mesa hasta mí; pero le han faltado las fuerzas.

Todavía hemos oído zumbidos y ruidos análogos á los golpes dados; y hemos observado que estos ruidos parecían nacer en los estantes de la biblioteca, á una distancia de 2 á 3 metros del sitio ocupado en aquel momento por el fantasma.

Despertado, el sujeto se encuentra en excelentes disposiciones físicas y morales.

Las dos placas sensibles apenas están impresionadas.

II. Acción sobre el Estenómetro.—14 de noviembre de 1907, á las cinco, en presencia del Sr. Ed. Dubois y de mi hijo Gastón.

La disposición de mi despacho está modificada para esta experiencia del modo siguiente. Estan dispues-

tas dos butacas en el sitio que ocupaba el banco de masaje, una para el sujeto, la otra para el fantasma á la izquierda de aquella. Una mesita está colocada delante de la butaca del sujeto, de tal manera que adelantando la parte superior del cuerpo, pueda aplicar su antebrazo encima sin estar molesto. El estenómetro de Joire está dispuesto sobre otra mesita que se ha puesto delante de la butaca del fantasma, como la precedente y sin tocarla para que los movimientos conscientes ó inconscientes del sujeto no puedan serle transmitidos. No siendo suficiente la luz del día, estamos débilmente iluminados por la luz de una bujía colocada á unos 3 metros del aparato. Para observar los movimientos de la aguja, las dos testigos se colocaron en la proximidad del instrumento, sin tocarle y sin tocar la mesa sobre la que está dispuesto.

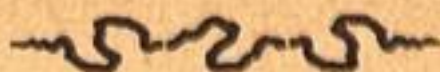
Tomadas estas disposiciones, antes del desdoblamiento, ruego á Leontina que se siente bien cómodamente cerca de la mesa en que se encuentra el instrumento y presente su mano derecha hacia una de las extremidades de la aguja, sin tocar á nada. Transcurridos de seis á ocho minutos, se observa una desviación de 13 grados.

Después indico á Leontina que ocupe la butaca dispuesta para ella, y la desdoblo, colocándome de pie á su derecha. Cuando la condensación del fantasma me parece suficiente, llevo el busto del sujeto hacia adelante, pongo su antebrazo sobre la mesa y extendiendo su mano derecha que descansa encima, por su borde cubital. Tomo esta precaución, porque el fantasma adopta naturalmente la actitud del suje-

to y ejecuta los mismos movimientos. Entonces ruego al fantasma que dirija la cara palmar de su mano derecha hacia una de las extremidades de la aguja del instrumento que se encuentra precisamente á su alcance, y que permanezca allí, inmóvil, para obtener una desviación. Los dos testigos han observado que la aguja está inmóvil desde hace diez ó doce minutos lo menos.

Magnetizo enérgicamente al sujeto, para mantener la condensación del fantasma. Muy pronto, la aguja se desvía, al principio muy lentamente, como si debiese establecerse una relación entre éste y el instrumento, después más rápidamente, de tal suerte, que al cabo de un tiempo que evaluamos en cinco ó seis minutos, la aguja se ha desviado 48 grados. Ceso de actuar sobre el sujeto; le vuelvo á su posición habitual y quiero que el fantasma se enderece igualmente y cese toda acción. En virtud de la velocidad adquirida, muy lentamente, la aguja se desvía todavía dos grados más y queda inmóvil.

Repito esta experiencia otras dos veces en las mismas condiciones, con Edmée y la señora Vix, y los resultados son análogos al precedente; pero como el estenómetro de Joire es un instrumento muy sensible, sobre todo al ruido y á la luz, las experiencias resultan dudosas; y aun nulas si no se reúnen todas las condiciones necesarias para el éxito.





VIII

El Fantasma se desdobra

Las experiencias que acabo de presentar demuestran que el funcionamiento de nuestro organismo es más complicado de lo que se supone; porque prueban hasta la evidencia que el cuerpo visible, inerte por sí mismo, está animado por un principio invisible.

Existen pues realmente en nosotros la materia y la fuerza, el cuerpo y el alma, el hombre visible y su doble invisible que pueden ser separados uno de otro y estudiados separadamente. Pero este doble, este fantasma incorporeo en nosotros, es en sí mismo un cuerpo material, puesto que es visible, tangi-

ble para un gran número de individuos, y susceptible de ejercer acciones muy apreciables sobre las personas y sobre las cosas. Y lo que parece más asombroso, es que ese cuerpo :útil se desdobla él mismo en otros cuerpos más sùtiles todavia.

La enseñanza clásica, sea religiosa, filosófica ó científica es insuficiente para enseñarnos lo que son estos cuerpos y cuales son sus facultades. Solo la teosofia es capaz de guiarnos en este terreno extracientífico; y creo que debo tomar de ella la teoría siguiente que nos permitirá comprender al menos dentro de cierta medida, cual es el cuerpo que se tiene ante si durante el curso de tal ó cual manifestación fantasmagórica.

Para esto, me veo obligado á considerar que existe en nosotros un principio inmortal, aunque la inmortalidad no se me haya demostrado experimentalmente, y considerar, con los ocultistas y espiritistas, que la reencarnación es una necesidad indispensable para nuestra evolución.

Voy á tomar al hombre en un grado de evolución relativamente elevado, ó todavia mejor el principio que anima á este hombre, el alma, y seguirla en sus etapas sucesivas sobre los diferentes planos de la naturaleza á los que ya he hecho alusión.

Puede representarse la marcha evolutiva del alma, que es el hombre real, por un circulo vertical, figura 31. La parte inferior representará los grados del plano físico; la parte superior, las cimas del plano mental, y la parte media constituirá el plano astral. Es evidente que las partes más groseras, más densas, más materiales, ocupan la parte inferior de

esta escala, y que á medida que se eleve hacia la cima, la materia se haga más y más sutil.

Quiero tomar al alma hacia la cima del plano mental constituyendo el punto culminante del curso

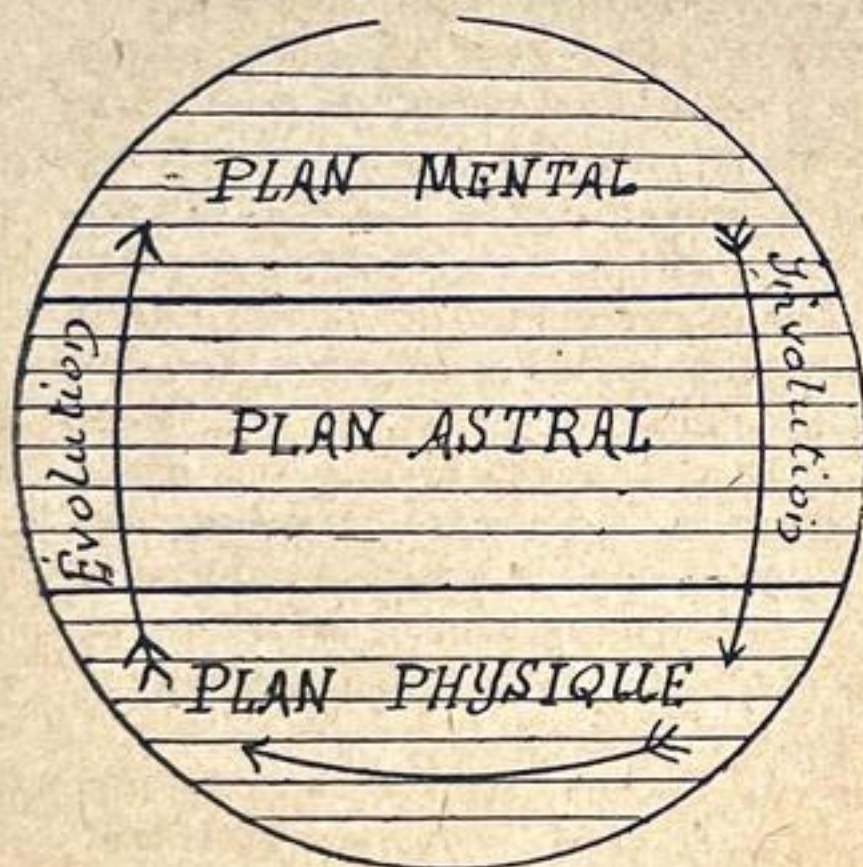


Figura 31.—Los planos de la naturaleza

evolutivo que debe recorrer muchas veces todavía, antes de llegar á la perfección que le permitirá franquear el círculo, elevarse todavía y escapar á la necesidad de los nacimientos y de las muertes, para conquistar definitivamente su inmortalidad. Allá, reviste un traje extremadamente sutil, el *cuerpo causal*, que debe abandonar para equiparse de

nuevo, á fin de volver á tomar la vida física. Desciende hacia la parte inferior del plano mental, y atrae á sí materia de este medio para hacerse un vestido, un cuerpo muy sutil, un instrumento que vá á permitirle expresarse en ese medio muy elevado. Revestida de este *cuerpo mental*, el alma continúa su carrera descendente, su involución, y penetra en el plano astral. Aquí como más arriba, atrae materia de este plano para hacerse un segundo vestido, un cuerpo sutil, el *cuerpo astral*, que va á servirle para relacionarse en este medio intermedio. Continuando su descenso bajo la impulsión de los deseos que la aguijonean y que no pueden ser satisfechos más que en la vida física, el alma, ya doblemente vestida, llega al plano de esta vida donde, atrayendo materia etérica, se hace un tercer vestido, el *cuerpo etérico* que va á servir de molde al *cuerpo físico*, cuarto vestido que la naturaleza prepara ya en el seno de la madre para el nuevo viajero que va á nacer bien pronto.

Llega pues aquí el alma con un equipo que ella misma se ha hecho á medida, y que responde exactamente á sus necesidades, á sus aptitudes, á su carácter, á sus cualidades así como también á sus defectos.

Podrá así mismo, en ciertas circunstancias, abandonar uno ó muchos de sus vestidos más pesados y remontarse momentáneamente sobre los planos que ya conoce. Así, en el sueño natural y mejor todavía en el sonambulismo magnético, abandona el cuerpo físico y el cuerpo etérico que no hace más que vigilar, y se vá con su cuerpo astral, á contemplar las

bellezas de este plano. El alma puede hacer más todavía, dejando en sus planos respectivos los cuerpos físico, etérico y astral, puede permitirse con su cuerpo mental por vehículo, ciertas incursiones en este plano. Esto es lo que, en el éxtasis y en las grandes meditaciones, hacen ciertas almas muy elevadas.

Como se ha visto en el capítulo I de la parte histórica, en la muerte, el alma flota sobre el plano físico con todos los cuerpos que le restan. Después de algunos días, el cuerpo etérico se disocia y muere, y el alma aligerada, asciende al plano astral, donde vá á manifestarse en su cuerpo astral. Pasado un tiempo más ó menos largo, la energía almacenada en este cuerpo por los deseos no satisfechos se agota y muere á su vez. Más y más ligera, el alma se eleva con su cuerpo mental á los primeros grados de este plano. La energía almacenada en este cuerpo es proporcional á la suma de los buenos pensamientos que hemos emitido y de las buenas acciones que hemos realizado aquí bajo. Dura generalmente muy largo tiempo, pero termina por estenuarse, y este cuerpo se disocia y muere como los precedentes. El alma más libre vuela entonces á los grados superiores del mismo plano donde encuentra su cuerpo causal. Llegada próximamente al lugar en que yo lo he tomado para mi demostración, se encuentra en el punto culminante de su carrera. No pudiendo detenerse allí; la necesidad de volver á adaptar la vida física se hace sentir de nuevo; y pronto, con el doble objeto de realizar sus deseos y perfeccionarse, no tendrá más que volver á descender con todas las

cualidades que haya adquirido y los defectos de que debe acabar por desembarazarse.

Hémos pues, teóricamente al menos, en presencia de cuatro vestidos, de cuatro cuerpos que el alma toma sucesivamente para su uso y que luego abandona cuando están usados, cuerpos que cada uno tiene su existencia propia en tres planos de la naturaleza. Conociendo las características de cada uno de ellos, se puede en el curso de la experimentación, saber si se está en presencia de tal ó cual de estos cuerpos.

De 1850 á 1865, poco más ó menos, De Reichenbach ha demostrado que á los ojos de los sensitivos, en la obscuridad completa, el hombre brilla con bellos colores que son generalmente azul á la derecha, amarillo, anaranjado ó rojizo—digamos anaranjado—á la izquierda. En 1882, repitiendo estas experiencias, que me han permitido formular las leyes físicas que rigen las acciones del magnetismo, he descrito mis observaciones en mi *Física magnética*. Más tarde, De Rochas, Luys y otros investigadores las han confirmado.

El resultado de sus observaciones va á servirnos de punto de apoyo para deducir en el desdoblamiento, un juicio sobre uno y otro de estos cuerpos sutiles que compenetrán nuestro cuerpo visible.

—Estoy en el cuarto oscuro con el sujeto que quiero desdoblar y algunos testigos, entre los cuales se encuentra un sensitivo muy bueno, susceptible de ser también desdoblado, pero que va á quedar despierto y plenamente consciente.

Después de algunos minutos, los dos sensitivos

nos dicen que ellos, como yo, y todos los testigos, nos hacemos luminosos, y que brillamos con un hermoso azul á la derecha y un anaranjado no menos hermoso á la izquierda.

Parece que estos matices coloreados pertenecen en propiedad al cuerpo físico; nada menos que eso.

Duermo al sujeto, que parece también más luminoso que lo era antes. Le exteriorizo. Se hace menos luminoso, siempre conservando sus matices coloreados, y una especie de atmósfera de una extensión de 1 metro á 1,50 se hace luminosa, pero no coloreada en torno de él. Continúo la magnetización y determino el desdoblamiento. El cuerpo físico se hace completamente obscuro; el sujeto no se ve siquiera, mientras él ve á todos los testigos; y no solamente es muy luminoso el cuerpo del fantasma, sino que brilla con los colores azul á la derecha, anaranjado á la izquierda, que iluminaban el cuerpo del sujeto hace algunos instantes.

Toda la materia luminosa ha pasado, pues, del cuerpo físico al fantasma. Pero, ¿cuáles son los cuerpos que componen éste?

— Es evidente que está formado por el conjunto de los cuerpos invisibles; y el físico, según la pintoresca expresión de Leontina, «no es más que un saco vacío».

Vayamos más lejos. Creemos saber que el cuerpo etérico no abandona sino muy raramente el cuerpo físico, y que jamás se aleja, porque está obligado á sostener el principio de vida que le es indispensable para subsistir. Si rogamos al fantasma que se aleje, que vaya á algunos kilómetros, á su casa, por ejem-

plo, para ver lo que allí sucede, se produce un fenómeno muy notable á la vista del sujeto y del sensitivo desvelado. Una especie de disociación se produce en el cuerpo del fantasma. Se hace más brillante, más resplandeciente, pero abandona los matices azul y anaranjado que iluminaban sus costados, y el cuerpo del sujeto, que vuelve á ser luminoso, los recupera. El fantasma se va, pasando á través del muro que esté más cerca de él; cumple su tarea y vuelve á ocupar su sitio á la izquierda del sujeto. Todavía está chispeante de luz blanca. Bien pronto, recupera poco á poco sus matices coloreados, pierde un poco de su chispeante blancura, y el cuerpo del sujeto, vuelve á ser enteramente obscuro.

¿Qué es, pues, lo que ha pasado? Es fácil de comprender. El cuerpo etérico que formaba el cuerpo del fantasma ha entrado en el del sujeto para sostener allí la vida, y el fantasma ha partido con su cuerpo astral por vehículo.

Esta experiencia, muy fácil de hacer, se comprueba de muchas maneras diferentes que se confirman unas á otras.

Cuando un sujeto se desdobla espontáneamente, siempre ve que el fantasma flotando por encima de él, brilla con una luz más ó menos viva.

Cuando un sujeto está tranquilamente dormido en su lecho y su fantasma se va, aparece á lo lejos, como en las experiencias del capítulo VI, esto es siempre resplandeciente de luz blanca no coloreada. En los dos casos, el cuerpo etérico no se ha separado del cuerpo físico, y el cuerpo visible (para los sensitivos) del fantasma está constituido por el cuerpo

astral, más brillante, más resplandeciente que el cuerpo etérico.

Otra prueba de que así es, es la siguiente: Los sujetos sensitivos ven muchas veces el fantasma de los muertos, y le ven siempre luminoso, pero sin estar coloreado. Y, aparte de los sujetos que sirven para la experimentación, todas las personas que, en ciertas circunstancias, han tenido apariciones de difuntos, siempre les han visto bajo forma luminosa, pero no coloreada. La razón de este fenómeno es fácil de determinar. El alma ha partido con su cuerpo astral por vehículo, abandonando á la descomposición que sigue á la muerte el cuerpo físico y el cuerpo etérico, de que se ha separado para siempre. Cuando quiere volver á ver á alguno que le es querido, no va á mostrarse de otro modo que con su cuerpo astral, que se ha hecho su único vestido exterior, su solo cuerpo, su sólo vehículo.

Es cierto que en el curso de mi experimentación, muchos sujetos han visto el cuerpo astral coloreado, á la inversa del cuerpo etérico; pero yo considero que si el primero está realmente coloreado, lo que me parece casi cierto, sus colores no pueden ser percibidos más que por sensitivos muy [desarrollados, y todavía cuando ellos consagren á esto toda su atención.

Diré, pues, que me ha sido suficientemente demostrado que, cuando el fantasma brilla con los hermosos colores azul y anaranjado á derecha ó izquierda, tiene por cuerpo tangible, visible (á los ojos de los sensitivos) el cuerpo etérico; y que cuando se le vé más brillante, más resplandeciente, más

sin matices coloreados apreciables, su cuerpo tangible, su vestido exterior, no está constituido más que por su cuerpo astral.

Existen argumentos á los que he aludido en el capítulo II de esta parte, y otros todavía que se pue-



Figura 32. Fantasma con bola mental

den invocar en apoyo de esta afirmación; más como lo juzgo suficiente, no añado ninguno más.

Pienso que la fotografía de los espiritistas, es decir del fantasma de los muertos, es posible en ciertas circunstancias excepcionales; pero pienso también que 98 y tal vez 99 por 100 son engaños. Para

mi, es seguro que las que son reales se deben á la presencia del cuerpo astral del difunto, que ha llegado á materializarse de modo suficiente para impresionar la placa. Lo mismo sucede con las apariciones visibles para todo el mundo.



Figura 33.—Fantasma con bola mental

La huella que yo he obtenido, groseramente representada por la figura 32, se debe á la presencia del cuerpo etérico.

El cuerpo mental está formado de materia muy sutil, y sobre todo, no está suficientemente desarrollado en el mayor número de los individuos para ser visible; si no es para los que estén muy desarrolla-

dos. A pesar de ésto, se le observa en algunas circunstancias.

En las sesiones espiritistas en que se producen apariciones, fenómeno extraordinariamente raro, se ve muchas veces por encima de la cabeza de éstas una



Figura 34.—**Fantasma con bola mental**

bola luminosa. Véanse tres ejemplos representados por las figuras 32, 33 y 34, que extraigo de un suplemento al periódico *Het Toekomstig Leven*, (*La vida futura*), que aparece en Holanda. Se observan tres figuras fantasmagóricas con esta bola que han sido vistas en sesión, por un cierto número de personas. Estas figuras no han sido fotografiadas, si no

dibujadas tan exactamente como ha sido posible, por un artista que las ha visto.

En el desdoblamiento, los sujetos muy sensitivos ven esta bola luminosa que les parece de una belleza incomparable; flota por encima de la cabeza del fantasma al cual está unida por un cordón[fluidico igualmente muy luminoso. Yo he obtenido una huella fotográfica bastante notable de esta bola, figura 35, sobre una placa envuelta en papel negro y colocada al lado izquierdo de Leontina, á la altura del bazo, en el momento en que el fantasma asusado se ha precipitado sobre el sujeto para entrar en él. Era el 25 de junio de 1908, á las seis de la tarde, en presencia de la señora Dangles y de los Sres. Ed Dubois, Fardeau y Comandante Darget.

El doctor Baraduc ha obtenido frecuentemente en el objetivo, ¡pruebas en las cuales, por encima de la persona fotografiada, se observaba una bola luminosa. Algunas veces, esta bola forma una aureola en derredor y por encima de la cabeza. La figura 36, representa un medium místico, el doctor Ixon de Londres; que trata á sus enfermos por la oración con imposición de las manos. La figura 37, representa al doctor Baraduc, fotografiado en una explosión de devoción. Esta última nos muestra sobre todo que el fenómeno del desdoblamiento no debe jamás producirse en las circunstancias ordinarias de la vida, y que para observarle, es indispensable *salir de sí mismo*.

Bajo el punto de vista del desdoblamiento del fantasma, he recogido algunas observaciones procedentes de sujetos, bastante ignorantes en general, que

no sabían absolutamente nada de este fenómeno. He aquí algunas que me parecen las más importantes.

1. El 7 de octubre de 1907 en la segunda sesión de



Figura 35.—Bola mental en el desdoblamiento

desdoblamiento que celebré con Marta, le pregunté, si en aquel estado, podría ella enviar su fantasma á algunos kilómetros de allí, para ver si una de sus amigas se encontraba, en aquel mismo instante, en tal es alocamiento. Me respondió en seguida, sin la



Figura 36.—**El Doctor Ixon**

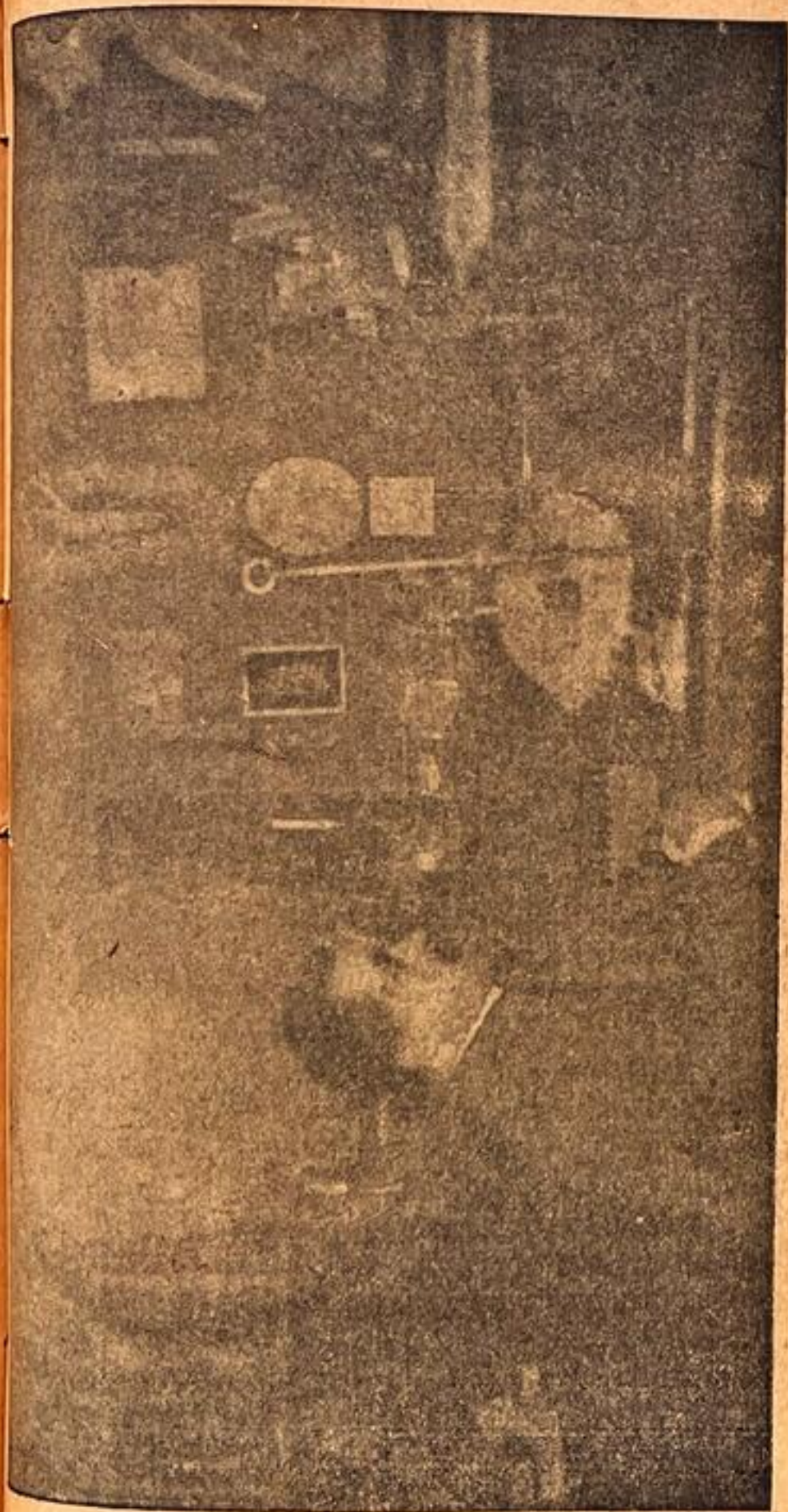


Figura 37.—El Doctor Baraduc

menor reflexión: «No, todavía no puede ir tan lejos; pero enviando allá mi pensamiento, veré seguramente.»

Dos observaciones hay que hacer sobre esta corta respuesta: La primera, es que el fantasma que «no puede todavía ir tan lejos», debe poder ir allá cuando la práctica le haya enseñado á funcionar fuera de su cuerpo astral etérico ó físico; la segunda, más importante por responder al título de este capítulo, es que el sujeto sabía intuitivamente que el doble podía desdoblarse, y que, dejando aquí la parte grosera del doble, le hubiera sido posible enviar allá un elemento más sutil, el pensamiento, que es del dominio mental.

II. En la tercera sesión que tuve con Edmée, el 23 de octubre de 1907, después de haberme descrito los colores del fantasma, añadió espontáneamente: «Este doble soy yo; sus colores son míos; pero en este doble, hay otro doble y tal vez muchos. Es una broma, pero es complicado».

Piensa usted, le pregunté, ¿qué se pueda desdoblar este doble y estudiarlos separadamente? — «Ciertamente; pero más tarde... Tendrá usted sorpresas».

III. Cinco días después de esta última sesión, habiendo previamente convenido que en adelante llamaríamos *fantasma* al doble, Edmée me dijo espontáneamente: «El físico, esto no tiene importancia, eso no es nada. El fantasma es el todo. Pero como ya os he dicho, este no es simple; hay en él un círculo muy brillante que emite rayos. Son independientes uno de otro y pueden separarse. El círculo tiene los mismos colores que el fantasma,

pero incomparablemente más bellos, están dispuestos inversamente (azul á la izquierda, anaranjado á la derecha)».

Le hago después las preguntas siguientes: «¿Ese círculo, corresponde á la cabeza, al pecho ó al abdomen del fantasma?». — «Está situado en el estómago». — «¿Qué sucede, pues, cuando morimos?». — «Pero si nosotros no morimos». ¡Entonces, qué sucede en la muerte física? — «El fantasma se desprende y se va; pero el fantasma, se disocia al cabo de cierto tiempo, y la bola queda».

IV. En la primera sesión que tuve con la señora François, después de haberme manifestado su sorpresa de verse desdoblada así, me dijo espontáneamente: «El fantasma es azul á la derecha, anaranjado á la izquierda. La parte superior del cuerpo es más bella y más luminosa que la inferior. La cabeza es particularmente luminosa. Por encima hay una gruesa bola brillante de una luz mucho más hermosa todavía, que despide rayos por todas partes».

Preguntada sobre el papel que desempeña esta bola en los fenómenos ordinarios de la vida, me respondió sin la menor vacilación: — «Es el asiento del pensamiento y de la voluntad».

Le pregunto si esa bola subsiste largo tiempo después de la muerte del cuerpo físico. — «Vive siempre, responde».

Después le pregunto si piensa que el cuerpo que brilla azul y anaranjado vive mucho tiempo después de la muerte física. — «Cuatro ó cinco días» — me dice.

Cuando el físico y ese cuerpo luminoso están

muertos, ¿que se hace esa bola?—«Se vá, pero no está sola, por que lleva algo consigo.» ✓

¿Que es lo que lleva ese cuerpo?—«Veo bien un cuerpo, pero no distingo lo que es.»

V. En otra sesión, le pregunto todavía sobre los colores del fantasma.—«Es bien complicado—me dice.—El fantasma es azul á la derecha, anaranjado á la izquierda; pero sin embargo yo distingo otros colores en el interior que se agitan continuamente. Son los colores de otro elemento del fantasma; están dispuestos á la inversa de los primeros.»

Le pregunto si esos colores no pertenecerán á dos cuerpos diferentes del fantasma, que debe desdoblarse.—«Si—me responde—los colores exteriores pertenecen al cuerpo que vive cuatro ó cinco días después de la muerte del físico; los más interiores pertenecen á un cuerpo astral.» ✓

VI. Desde la primera sesión que celebré con la Señora François, noté que al principio del desdoblamiento dirigía la vista hacia su derecha con asombro. Lo mismo sucedió en otras muchas sesiones. En la del 7 de enero de 1908; en presencia de su marido, al comenzar el desdoblamiento, dirigió la mirada también á su derecha; después, retirándose, gritó toda sorprendida. «¡Aparta, un oso!». Le ruego que dirija su atención á tan extraña visita.—«Ea!—dice—es mucha guasa... ¡viene del fantasma!» Sorprendido yo mismo de esta respuesta, le pregunto como es que un cuerpo que debe ser el asiento de la inteligencia mayor que la que se manifiesta en nuestro cuerpo físico, se muetre bajo la forma de un animal.—«No sé nada—dice—pero estoy bien ¡segura

que es él, por que acabo de verle entrar en el fantasma; además, tiene la facultad de cambiar de forma y de mostrarse como le place.»

Le pregunto después si el otro cuerpo del fantasma que, con sus colores azul á la derecha y anaranjado á la izquierda, es el más superficial, puede también cambiar de forma.—«Este cuerpo, me responde sin la más pequeña vacilación, no tiene potencia; no cambia jamás de forma.»

Parece bien evidente que este cuerpo exterior es el cuerpo etérico, y que el del interior es el cuerpo astral, que toma la forma que quiere tomar, como parece probado por los hechos de la licantropia.

VII. Durante más de un año, la Señora Lambert no me dejó suponer que veía en el fantasma una posibilidad de desdoblarse. En el curso de enero de 1909, durante una sesión en que la mesa se desplazó 25 á 30 centímetros, nos dijo espontáneamente que una bola luminosa extremadamente brillante flotaba por encima de la cabeza del fantasma. «Está unida á este—añadió—por un cordón de materia fluidica muy luminosa.»

Le pregunto si puede comprender cuales son las funciones de esta bola en las manifestaciones ordinarias de la vida.—«Es el sitio de la voluntad» me dice:

La Señora Lambert no es lúcida, y no razona sobre la metafísica; á pesar de esto, le pregunto si se puede figurar lo que se hace de esa bola después de la muerte física.—«No sé nada—me responde—pero creo perfectamente que no muero.»

Según lo que acabo de describir, podemos tener

la certidumbre absoluta de que el fantasma se desdobra en muchos elementos que se separan unos de otros según las circunstancias. Parece asimismo casi cierto que está compuesto, como afirman los teósofos, del *cuerpo etérico*, del *cuerpo astral* y del *cuerpo mental*. ✓





IX

Conclusiones

Acabo de demostrar, no por el razonamiento con frecuencia sospechoso, si no por la experimentación metódicamente dirigida, que el cuerpo humano se desdobra en dos partes distintas, el *cuerpo visible* y el *cuerpo invisible*, y que se pueden estudiar al mismo tiempo independientemente el uno y el otro.

Lo que hay de más asombroso, de más nuevo y ciertamente de más inesperado, es que el cuerpo invisible arrastra consigo el principio mismo de la vida, así como la voluntad, la inteligencia, la memoria, la conciencia, los sentidos físicos, mientras que el cuerpo visible no posee ya ninguna facultad.

He suministrado después argumentos serios, pero insuficientes para probar que el cuerpo invisible ó fantasmagórico, se desdobra á su vez, y que está for-

mado de tres cuerpos, de tres instrumentos del Alma de desigual sutilidad, que actúan también, sobre sus planos respectivos, independientemente el uno del otro.

Me parece cierto que es el principio que anima al cuerpo físico en su estado normal, pues el fantasma sobrevive después de la muerte, como piensan los espiritualistas de todas las escuelas. Añadiría también que tengo cierta certidumbre de que ese principio constitutivo de nuestra individualidad es inmortal por consiguiente indestructible, y que vuelve a animar nuestra personalidad temporal en el nacimiento, según la afirmación de los espiritistas, de los ocultistas, y de los teósofos. Pero, esta inmortalidad, no habiéndoseme demostrado de un modo suficiente, me veo obligado a deducir:

1.º Por una afirmación formal que considero como indiscutible.

2.º Por una afirmación hipotética que, en un porvenir más ó menos lejano, se hará igualmente indiscutible.

1.º EL DESDOBLAMIENTO DEL CUERPO HUMANO ES UN HECHO CIERTO QUE SE DEMUESTRA POR EXPERIMENTACIÓN DIRECTA. ESTA DUALIDAD PRUEBA AL MISMO TIEMPO QUE LA FUERZA ES INDEPENDIENTE DE LA MATERIA Y QUE NUESTRA INDIVIDUALIDAD SE COMPONE DE UN CUERPO BRUTO Y DE UN ALMA INTELIGENTE.

2.º PUESTO QUE EL FANTASMA FUNCIONA LIBREMENTE FUERA DEL CUERPO, EL ALMA QUE LE DIRIGE PUEDE Y DEBE SUBSISTIR DESPUÉS DE LA MUERTE. SI ES ASÍ LA INMORTALIDAD ES UN HECHO QUE PUEDE SER DEMOSTRADO CIENTÍFICAMENTE.



Indice de materias

	<u>Páginas</u>
Dedicatoria.....	2
Prefacio.....	3
PARTE TEÓRICA, HISTÓRICA Y FILOSÓFICA	
I. Los cuerpos del hombre.....	10
I. Los cuerpos del hombre según los teósofos, 11.—II. Los cuerpos del hombre según los antiguos, 18.—III. Los cuerpos del hombre entre los chinos contemporáneos, 24.	
II. Características de los cuerpos invisibles.....	26
I. Doble ó cuerpo etérico, 27.—II. El cuerpo astral, 31.—III. El cuerpo mental, 37.	
III. Manifestaciones del fantasma.....	43
I. Entre los profanos de la antigüedad, 44.—II. En el mundo religioso, 46.—III. Entre los hechiceros, 57.—IV. Entre los teósofos, 67.—V. Entre los espiritistas, 71.—VI. Entre las gentes de mundo, 77.—VII. Entre los sonámbulos, 114.—VIII. Entre los moribundos, 120.—IX. Entre los amputados, 128.—X. Entre los animales, 138.—	

XI. Lycontropía, 142.—XII. Repercusión, 145.—	
XIII. El fantasma sobrevive al cuerpo físico, 148.	
IV. Conclusiones de la primera parte.	152

PARTE EXPERIMENTAL

Introducción á la experimentación....	157
I. Presentación de los sujetos de experimentación.....	170
I. Marta, 171.—II. Nènette, 172.—III. Edmée, 173.—IV. Leontina, 175 —V. Señora Francois, 180.—VI. Señora Vix, 183.—VII. Señora Lambert, 183.—VIII. Señorita Teresa, 191.—IX. Señorita Juana, 192.	
II. Generalidades sobre el fantasma...	194
I. Formación del fantasma, 195.—II. Relaciones del fantasma con el cuerpo físico.—Repercusión, 208.—III. El fantasma es luminoso, 217.—IV. Ropajes del fantasma, 236.—Condiciones de experimentación, 239.	
III. Acción del fantasma sobre su propio cuerpo.	252
I. Nuestros sentidos, nuestras sensaciones, 252.—II. La vista, 259.—III. El oído, 269.—IV. El olfato, 274.—V. El gusto, 278.—VI. El tacto, 281.	
IV. Acción del fantasma del sujeto sobre otro sujeto.....	285
I. Acción del fantasma de un sujeto sobre el de otro sujeto, 286.—II. El fantasma de un sujeto actúa sobre un sujeto no desdoblado, 289.	
V. Se comprueba la presencia del fantasma en el sitio que ocupa.,.....	293
I. Sensibilidad del fantasma, 294.—II. Su acción sobre los testigos, 295.—III. Su acción sobre las pantallas de sulfuro de calcio, 298.	
VI. El fantasma del vivo puede comunicarse á distancia.....	302
VII. Acción del fantasma sobre la materia.....	320
I. Ruidos diversos. Movimiento y desplazamiento de objetos sin contacto, 327.—II. Acción sobre el estenómetro, 357.	
VIII. El Fantasma se desdobla.....	360
IX. Conclusiones.....	381